



BELOT  
Y  
DAUBET

LA  
VENUS  
DE  
GORDÈS

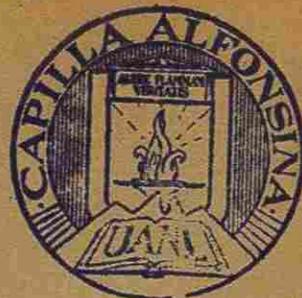
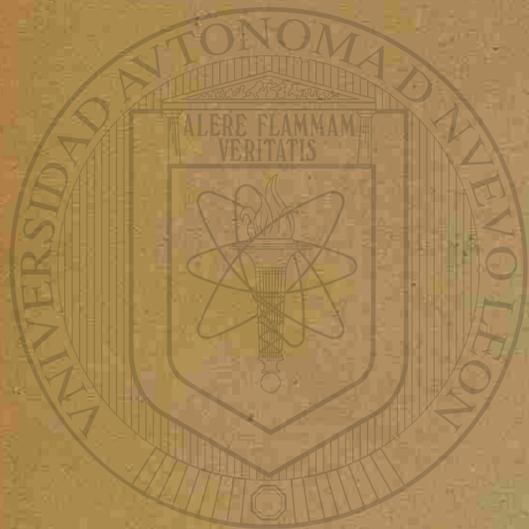
PQ2193

.B7

V48



1020026108



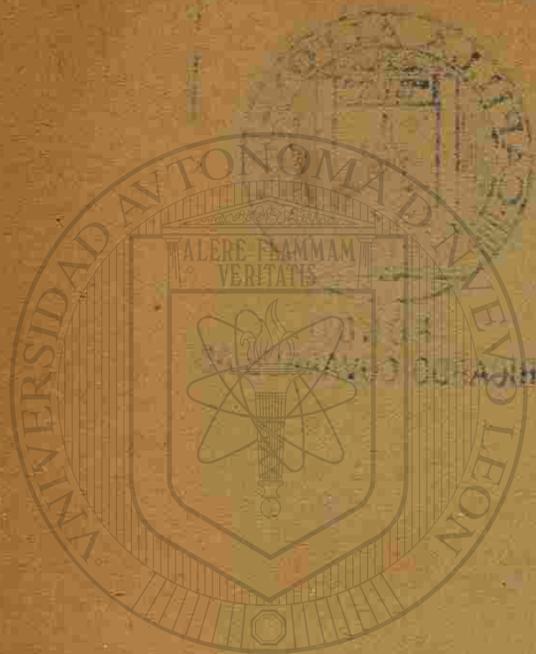
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LA VÉNUS DE GORDES.

Núm. Clas. N  
Núm. Autor B 4525  
Núm. Adg. 29764  
Procedencia -8-  
Precio ---  
Fecha ---  
Clasificó ---  
Catalogó ---

ADOLFO BELOT.—ERNESTO DAUDET.

# LA VÉNUŠ DE GORDES,

POR EL AUTOR DE

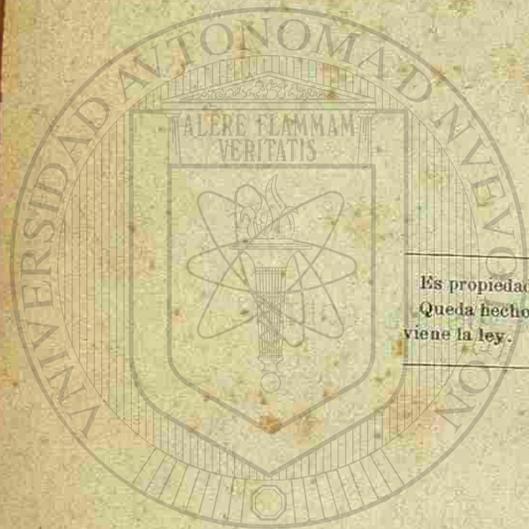
## LA MUJER DE FUEGO,

TRADUCIDA DE LA 7.<sup>a</sup> EDICION

POR

JOSÉ BUSTILLO.

Es propiedad del traductor.  
Queda hecho el depósito que pre-  
viene la ley.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Calle de la Colegiata, 6

098163

1878

29764



843  
B.

PQ2193  
B7  
V48



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

### LA VÉNU S DE GORDES.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I.

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En el camino de Avignon á Apt, al pié de los Alpilles, no léjos de la fuente de Vaucluse, inmortalizada por los versos de Petrarca, se encuentra un pueblo llamado Gordes. No sólo se compone del grupo de casas apiñadas al pié de la colina que les resguarda del mistral, sino tambien de dos pequeñas aldeas, la Bastida-Nueva y Fontblanche, cuyas viviendas se hallan esparcidas no léjos de allí, en la llanura de Vaucluse, como fortines avanzados de una plaza de guerra. Todo el país es admirable. Diríase que las praderas pobladas de cipreses y de mirtos, en medio de las cuales está situado Gordes, han servido de modelo á los más hermosos paisajes del Poussin. La Provenza es rica, por otra parte, en sorpresas de este género. Por la belleza de sus sitios y la pureza de su cielo, participa á la vez de la Grecia y de la Italia.

Hace algunos años, las haciendas de Teodoro Rivarot ocupaban la mayor parte del territorio de la Bastida-Nueva. En mimbrerales, en prados, en

rubiales, en plantíos de morales, Rivarot poseía una fortuna considerable, aumentada de día en día por sus acertadas disposiciones. La granja en que hacía largo tiempo habitaba, situada al Sur de Gordes, presentaba todas las señales de una opulenta prosperidad.

Nada había en ella que demostrase el desorden y la mezquindad que tan comunes son en las casas de los pueblos. La cocina, donde comían los criados y criadas, decía claramente que los cuidados de madama Rivarot para todo lo que estaba bajo su dirección, no cedían en nada á los de su marido para todo lo que se hallaba bajo la suya.

En la reluciente arca, los panes estaban simétricamente colocados. La gran mesa de encina no tenía una mancha, lo mismo que las blancas baldosas que cubrían el suelo. La loza de flores multicolores que adornaba la chimenea, los platos de estaño colocados en los vasares, acababan de dar á aquella cocina de granja un aire de fiesta, por más que no hubiera allí otro lujo que el de la limpieza.

Al lado de la cocina había una gran pieza que servía á la vez de salón y de comedor para los amos, y cuyos muebles sencillos, pero decentes, revelaban su educación y sus gustos.

En efecto, Rivarot no era un labrador en la acepción vulgar de esta palabra, sino más bien un agricultor, que administraba él mismo sus bienes, que manejaba con gusto el arado, que llevaba indiferentemente la blusa azul en las horas de su trabajo, y la casaca cuando recibía al cura ó comía en casa del alcalde.

En el momento en que comienza esta narración, Rivarot se aproximaba á los cincuenta. Sus cabellos y su barba se cubrían de eso que el poeta ha llamado la nieve de los años; pero tan sólo por esta circunstancia se revelaba la edad del arrendador, porque su cuerpo se conservaba derecho y vigoroso, sus ojos vivos y despiertos como en otro tiempo.

Mad. Rivarot había envejecido un poco más que su marido. Sin embargo, las arrugas no habían podido hacer desaparecer de su semblante los vestigios de la belleza de su juventud. Y además, su espíritu y su corazón habían conservado esa serenidad que es el privilegio de las existencias puras y tranquilas.

De la larga y dichosa unión en que habían vivido quedaba una hija, que tenía entonces diez y ocho años. Se llamaba Margarita, que era el nombre de su abuela paterna.

Margarita era, á no dudar, la más hermosa heredera de la comarca. Nadie lo ignoraba en diez leguas en contorno. Con frecuencia se la había visto en las fiestas votivas, y la impresión producida por su belleza había sido tal, el día en que se presentó por primera vez, elegantemente vestida con el traje de las Provenzales, que desde aquel momento ya no se la designó más que con el nombre de *Vénus de Gordes*.

Era alta y esbelta, con cabellos negros y espesos. Sin que esto sea exageración, su porte era de reina: en cada uno de sus movimientos, en sus más insignificantes ademanes, había esa gracia y esa majestad tan admiradas en las hijas de Arles, y que han heredado de la raza griega, cuya sangre corre por sus venas. Margarita tenía manos adorables, piés de niña, y un talle cuya delicadeza hacía resaltar sus opulentos hombros. Pero lo que no podría explicarse es el brillo y la penetración de sus ojos que comunicaban un no se qué de sorprendente á su semblante, en el que todo era tan perfecto.

Con razón se la había llamado *la Vénus de Gordes*. ¿Cómo, en efecto, poderse figurar más bella y más perfecta á la voluptuosa diosa? La antigüedad nos ha legado de ella espléndidas imágenes. Ninguna podía igualar á la belleza de Margarita.

Parece que, poseyendo en su casa un tesoro tan

precioso, Teodoro Rivarot, rico, amado de todos, debía ser un hombre feliz. Así lo creían en toda la comarca. Únicamente Mad. Rivarot, gracias á la inteligencia de su afección, había podido adivinar que era todo lo contrario. Es que había tenido ocasión de sorprender las preocupaciones de su marido; en el silencio de las noches había oído los suspiros que se escapaban de su pecho varonil; había descubierto el secreto de sus penas.

A fin de que el lector pueda hacer otro tanto, conviene introducirle en la granja, en el seno de la familia Rivarot, durante una de las noches del invierno de 18...

Era la víspera de Navidad.

En esta época del año, la católica Provenza está de fiesta. El 24 de Diciembre, en todas las granjas y en todas las casas de los pueblos, los amos se sientan á la mesa de los criados para cenar con ellos. A causa de la solemnidad del día siguiente, no se presentan en la mesa platos de carne. En su lugar se sirven legumbres, pescado, tortas, cremas, que son un regalo delicado para estómagos acostumbrados á un alimento más nutritivo.

En un rincón reservado de la cueva, el amo busca la botella más añeja y la ofrece á sus convidados. Pero antes de vaciar su contenido en sus vasos, vierte algunas gotas de él sobre un enorme leño que arde alegremente en la chimenea, y pide para todos los que ama, para su casa, para sus cosechas, las bendiciones del cielo.

Observada así la costumbre tradicional, empieza la cena. Los ojos se encandilan, reina la alegría, el vino desata las lenguas, y todos se entregan al más expansivo regocijo. Después se acercan á la chimenea, se sientan alrededor de la brillante llama, y se cantan villancicos hasta el momento en que, á excepción de los niños y de los ancianos achacosos, todo el mundo se dirige á la misa del gallo.

Se celebraba, pues, la noche-buena en la granja

de Teodoro Rivarot. Los convidados, muy numerosos, llegaban á ese momento de la cena en que, el estómago ya satisfecho, las conversaciones van siendo cada vez más ruidosas. Los platos pasaban todavía por delante de ellos, pero ya no los tocaban. Las botellas habían cesado de vaciarse; los semblantes estaban enrojecidos; los ojos animados. Las lenguas no se daban un instante de reposo, pero los dientes descansaban.

En un extremo de la mesa que presidía, Rivarot estaba sentado entre su mujer y su hija, vestidas la una y la otra con sus trajes de fiesta. Los miembros de la familia habían tomado asiento al lado de ellos. El personal de la granja seguía después ocupando el otro extremo de la mesa.

En medio de aquellos gozosos semblantes, había dos que, al parecer, no participaban de la alegría que reinaba en la granja. Eran el de Rivarot y el de su hija.

Nunca había estado Margarita más hermosa.

La ancha cinta que ceñía su cabeza y de la que se escapaban dos bandos de cabellos negros y brillantes, parecía una diadema. Su cuello esbelto y redondo salía de su pañoleta, plegada sobre sus hombros según la costumbre del país; llevaba un corpiño de terciopelo negro que dejaba ver el nacimiento del pecho, y cuyas mangas reproducían los delicados contornos de sus hermosos brazos.

Puños de encaje rodeaban sus muñecas y volían á caer graciosamente sobre sus manos deslumbradoras de blancura. Al verla así, elegante y altanera, se adivinaba que estaba hecha para el amor. Todo lo que llevaba lo decía con elocuencia, todo, hasta los sedosos pliegues de su falda gris, que descendían en torno suyo con tanta gracia, que parecían querer descubrir las armoniosas formas de su cuerpo.

El codo apoyado sobre la mesa, su barba descansando en su mano derecha, con la otra jugaba

distraidamente con su cadena de oro, de cuya extremidad pendía una cruz de brillantes.

En esta posición, sus ojos vagaban al acaso, mientras que un joven sentado á su lado la contaba en voz baja historias divertidas, que por intervalos la arrancaban una triste sonrisa. Pero, seguramente, su pensamiento no estaba en la sala del festín. Seguía fuera de allí algún objeto desconocido, con el que su ánimo debía estar muy preocupado, y cuya ausencia sentía quizás.

Teodoro Rivarot había adivinado las preocupaciones de su hija?

Preciso es creerlo, porque él mismo parecía participar de ellas. Su frente se arrugaba con frecuencia como bajo la presión de una inquietud que se esforzaba por disimular. Echaba sobre Margarita rápidas miradas, y parecía de pronto volver en sí cuando era interpelado por uno de sus alegres convidados.

—Federico, —exclamó de repente, dirigiéndose al vecino de Margarita, —¿crees acaso que mi hija te escucha? ¡Desengáñate, querido! pierdes tu tiempo y tus palabras.

Federico Borel, que era el sobrino de Rivarot, permaneció con la boca abierta, porque había sido interrumpido en medio de una frase bastante larga que no pudo acabar.

—Pues qué, no ves, —añadió su tío, —que Margarita está en los espacios imaginarios?

Federico, cada vez más inquieto, miró fijamente á su prima como para convencerse de que se hallaba á su lado.

—Os engañais, padre mio, os lo aseguro, —respondió la joven. —No estoy en los espacios imaginarios. Escucho con mucha atención lo que me cuenta mi primo, y lo escucho con gran interés.

Estas palabras, que volvieron la alegría al semblante de Federico, produjeron en el del arrendador un efecto enteramente contrario. Un relám-

pago de cólera brilló en sus ojos, é inclinándose hácia su hija, cuya mano cogió bruscamente por debajo de la mesa:

—¿Cómo os atreveis á desmentirme en mi cara? —la dijo en voz baja. —¿Acaso no veo, acaso no sé que pensais todavía en el otro? Procurad al ménos que no se aperciban de ello.

Mientras que su padre la dirigía esta corta y energética reprimenda, Margarita había bajado los ojos. Pero, así que hubo terminado, los volvió á levantar, los paseó con arrogancia á su alrededor, y, convencida de que el incidente no había tenido testigos, dijo alegremente á su primo:

—Otro día concluirás tu historia, Federico. Ahora, si quieres agradarme y agradarnos á todos, vas á cantarnos algunos villancicos.

Al mismo tiempo, se levantó de la mesa y fué á colocarse delante de la chimenea. Dos ó tres muchachas la siguieron y se agruparon á su lado, formando así un cuadro encantador, del que ella era el principal personaje.

—¿Debo cantar, tío? —preguntó Federico dirigiéndose á Rivarot.

—Sin duda alguna, sobrino, —contestó el arrendador, satisfecho de haber interrumpido y hecho cesar los pensamientos de su hija. —Te escuchamos.

El amo había hablado; en seguida se restableció el silencio.

Federico Borel se levantó, tosió, y entonó con voz juvenil y fresca uno de esos cantos populares y sencillos que han relatado desde hace siglos á nuestros antepasados las aventuras misteriosas y legendarias de los reyes y de los pastores acudiendo á prosternarse ante la cuna del Cristo.

Hacia algunos minutos que Federico cantaba, cuando de repente resonaron fuera los ladridos furiosos de los perros de la granja.

La hora era ya tan avanzada, las visitas tan ines-

peradas, que las mujeres se miraron asustadas. La misma Margarita se puso pálida.

Hubo un minuto de silencio y de ansiedad.

Los ladridos de los perros aumentaban.

—No puede ser un malhechor,—dijo gravemente Rivarot.—No hay un alma tan perversa que sea capaz de cometer el mal durante la noche buena.

Al pronunciar estas palabras, miró á Margarita, que temblaba como una hoja.

—Mas bien será,—continuó,—un mendigo que viene á reclamar su parte de la fiesta. Es preciso que esta noche todo el mundo sea dichoso.

Después de hablar así, Rivarot se levantó para salir: su mujer le cogió la mano como para detenerle, porque los perros continuaban ladrando.

En el mismo momento, un hombre, sentado entre los criados de la granja, dejó su sitio.

—No os movais, señor,—dijo,—yo voy allá.

—Bien, Moulinet,—replicó el arrendador.—Seguidle vosotros,—añadió dirigiéndose á los compañeros de Moulinet,—y, si es una visita, conducidla aquí.

Cinco minutos se pasaron. Los criados volvieron á presentarse entónces, viniendo en medio de ellos una mujer, que debía ser anciana, á juzgar por las arrugas de su cara y por la blancura de sus cabellos. Pero la edad no la había encorvado. Andaba con un paso bastante firme, y no se turbó, al parecer, al encontrarse ante una reunion tan numerosa.

—Buenas noches y alegría á todos,—dijo entreabriendo el manto que la cubría.

—No me habia engañado,—exclamó Rivarot.—Es la Valbray: buenas noches. Seais bien venida: hay sitio para vos en el fuego y en la mesa.

—Lo sabia, señor Rivarot. Los pobres siempre son bien recibidos en vuestra casa.

La Valbray se sentó á la mesa y se puso á comer

y beber silenciosamente, mientras que los grupos se formaban de nuevo, como ántes de su entrada, alrededor de Federico, que repasaba en su memoria un nuevo villancico.

Solo Margarita no volvió á ocupar su sitio. La mirada fija en el semblante de la pordiosera, trataba de sorprender en él una seña que pudiera comprender. De repente, se acercó á ella.

—Dadme vuestro manto, buena anciana; comedreis con más comodidad.

A éstas palabras, la Valbray se levantó.

—¡Dios os bendiga, hermosa niña!

Y se quitó el ancho ropaje que la cubria por completo. Pero, en el momento en que Margarita le recibia de sus manos, se inclinó hácia la jóven y la dijo, tan bajo que ésta sola las oyó, estas tres palabras:

—Vendrá sin falta.

## II.

A la hora en que pasaban estos sucesos en la granja de la Bastida-Nueva, en la pequeña plaza de Gordes, delante de la iglesia, envuelta aún en la sombra, un hombre caminaba con rapidez. La noche estaba serena y clara. Durante el invierno, cuando la helada endurece la tierra, el cielo, en el Mediodía, adquiere tintas luminosas. Las estrellas tienen un brillo singular que hace resaltar la tranquila pureza del firmamento.

El frio era intenso; el hombre de que hablamos parecia esperar, y sin duda caminaba rápidamente por la estrecha plaza del pueblo, á la que daba la vuelta varias veces en ménos de cinco minutos, con el objeto de no dejar que el aire glacial de la noche penetrara sus ropas y adormeciera sus miembros.

Solo se oía el ruido de sus pasos. En ninguna de las casas inmediatas se dormía: no se consagra al sueño la noche-buena. Pero puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas; ninguna luz, ningún ruido llegaba hasta el nocturno paseante.

Ya hacía largo tiempo que el misterioso personaje se paseaba, cuando la puerta del presbiterio situado enfrente de la iglesia giró sobre sus goznes para dar paso al cura y su vicario, que atravesaron la plaza, precedidos del sacristan, que llevaba un farol, y desaparecieron en la iglesia, dejándolo todo abierto detrás de ellos. El silencio turbado por un momento se restableció; pero fué de corta duración. Mientras que en el fondo de la iglesia se encendían las velas del altar, se oyó crujir la armadura del campanario, y dos campanas puestas en movimiento fueron echadas á vuelo.

Entónces el pueblo pareció que se despertaba. Al principio fueron algunas voces aisladas, algunas luces vacilantes que, sucesivamente, se escaparon de todas las casas. Despues un sordo murmullo se elevó y creció poco á poco, á medida que los vecinos bajaban á la calle. Luego el ruido se hizo atornador; todos los habitantes de Gordes, unos con antorchas, otros con bujías, otros con faroles, desembocaron en la plaza, hablando, gritando, cantando. Las mujeres entraban apresuradamente en la iglesia, cuyo interior estaba espléndidamente iluminado; los hombres formaban corrillos, de los que algunos, los menos devotos, se separaron en seguida para refugiarse en una pequeña taberna situada en la esquina de la plaza y que hasta aquel momento habia permanecido cerrada.

—¡Por fin, ya están aquí los de la Bastida-Nueva!—exclamó de pronto el hombre de la capa, que habia interrumpido hacía un instante su paseo.

Y se dirigió á su encuentro, teniendo cuidado sin embargo de no ser reconocido.

Eran ellos, en efecto. Teodoro Rivarot iba de-

lante, dando el brazo á su mujer. Despues seguian, en desórden, los parientes, los amigos, los criados, y en medio de estos últimos, la Valbray. Margarita no estaba allí.

Despues de haber visto pasar á los de la granja, el desconocido iba á retirarse, cuando la Valbray se adelantó hácia él, y, poniéndole la mano sobre el hombro:

—¿Eres tú, Pascou?

El se estremeció.

—Por fin, os veo,—contestó.—Crei que ya no vendriais.

—Margarita te espera. Si no he venido ántes, es porque he querido cerciorarme de que todos salian y poder decirte que en este momento está sola y libre.

—¿Cómo Rivarot ha permitido que no le acompañase á la misa del gallo?

—Despues de haber recibido mi contestacion, ha pretextado que le dolia mucho la cabeza, y no ha habido más remedio que dejarla sola. Su madre queria quedarse, pero ella ha rehusado sus cuidados, diciendo que iba á acostarse.

—¿Quién custodia la granja?—preguntó Pascou.

—Moulinet y otro criado. Margarita te espera en la gran sala inmediata al jardín. Escalarás la empalizada y te encontrarás á su lado. Vé, y sé prudente.

—Gracias,—respondió Pascou.

Y se dirigió rápidamente, por los campos cubiertos de una oscuridad protectora, hácia la granja de la Bastida-Nueva, mientras que en la iglesia de Gordes los fieles que habian acudido de todas partes entonaban gozosos cantos de alegría.

Aunque nacido en Gordes é hijo de labrador, Pascou era uno de esos seres que se encuentran algunas veces en los pueblos: á pesar de la oscuridad de su nacimiento, deben á una larga perma-

nencia en la ciudad, á una educacion relativa, el no ser confundidos con los de su clase. Tenía veinticinco años; vivía solo en la hacienda que habia heredado de su padre, y cuya explotacion habia dejado á un arrendador, con el objeto de no tener que ocuparse de ella. Pasaba en el país por un sabio y un poeta, porque se le encontraba solo por los campos, leyendo en un libro; y como habia compuesto una ó dos canciones en dialecto provenzal, se le designaba con más gusto con el nombre de *Félibre*, aquel que hace libros, que con el de Pascoul.

En el fondo era una naturaleza delicada y soñadora, llena de entusiasmo y de corazon. Todos los que le trataban le querian, y decian que era un sér muy superior á los aldeanos entre los cuales vivía.

¿Era por esto por lo que Margarita le habia distinguido, ó era por su belleza? porque Pascoul era hermoso, jóven, lleno de salud, sincero. ¿Quién lo sabe? El mismo lo ignoraba.

El no sabía más que una cosa, y es, que despues de haber vivido hasta los veinticuatro años alegre de genio y libre de corazon, se habia enamorado de repente de Margarita. No confiò á nadie su secreto. Durante algunos meses, la misma Margarita no se apercibió de ello, y eso que algunas veces era recibido en la granja de Rivarot y tenía delante al objeto de su cariño. Pero una tarde, durante el baile de una fiesta de las cercanías, mientras que, creyendo no ser comprendido, lanzaba á Margarita miradas amorosas, le pareció que ella le hacía señas para que se acercara. Medio sofocado, temblando, pálido, obedeció, y en medio de la fiesta cambiaron las palabras siguientes:

—Vos me amais,—le dijo Margarita,—no lo negueis. Lo he adivinado.

—¿Os he disgustado?—preguntó él.

—No,—contestó ella con dulzura.—Venid ma-

ñana á la granja, á la caída de la tarde. Paseaos por la era; yo iré allí á encontraros.

Era su primera cita de amor. Acudió á ella embriagado de cariño, fascinado, trasfigurado, no pensando siquiera en lo que tenía de singular el atrevimiento con que Margarita habia provocado su declaracion. Margarita le esperaba y le dejó hablar cuanto quiso. Jamás jóven alguna escuchó una declaracion tan elocuente. La habló como saben hablar los poetas, en ese dialecto encantador de la Provenza, en el que cada palabra es una imágen, en el que todas las expresiones están llenas de encanto.

—¿Estais dispuesto á casaros conmigo?—dijo ella al fin, despues de haber escuchado con frialdad aquella palabra febril.

—¿Cómo! ¿Vos lo deseais?

—Sí, si eso os conviene. En ese caso, apresuraos á sacarme de esta casa, en la que soy desgraciada.

—¿Desgraciada! ¿Por quién? ¿Cómo?

—Más tarde os lo diré todo,—respondió ella enjugándose una lágrima.—Por de pronto no penseis más que en pedir mi mano... Os amo y os amaré siempre.

Se volvió lentamente á Gordes, con el corazon ensanchado. Era amado por Margarita; ella se lo habia dicho. ¿Existía en el mundo un hombre más feliz? Solo y sin objeto hasta entónces, se veía ya el esposo de la incomparable criatura que se habia confiado á él.

Al dia siguiente se dirigió á la Bastida-Nueva. Encontró al arrendador sentado á la mesa entre su mujer y su hija. Esta última salió al verle entrar, y Rivarot exclamó:

—Buenos días, Pascoul; ¿qué buen viento os trae por acá?

Pascoul saludó.

—No será buen viento,—respondió,—si no escuchais la súplica que vengo á dirigiros, Sr. Rivarot.

—¿Qué puedo hacer en vuestro obsequio?—preguntó este último.

El corazón de Pascoul latió con violencia. Sintió que toda su sangre se le agolpaba á las mejillas, que sus ojos se oscurecian, y sin tener conciencia de lo que decia hizo conocer á Rivarot su amor por Margarita, y le pidió la mano de su hija, haciéndole saber que su amor era correspondido.

—¡Ah, hé aquí lo que yo temía!—exclamó el arrendador.—¿No lo habia yo previsto, mujer?

Mad. Rivarot guardó silencio; pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Respondedme, Sr. Rivarot, — dijo Pascoul.—¿Mi petición os desagrada?

—No, vuestra petición no me desagrada. Es muy natural, sobre todo si os han impelido á hacerla. Lo que me desagrada es verme obligado á contestaros con una negativa. No quiero casar á mi hija.

El arrendador habia pronunciado estas palabras muy despacio, como si le hubieran costado muchos esfuerzos. En cuanto á Pascoul, se quedó sorprendido, pero no convencido ni resignado.

—¿No quereis casar á vuestra hija, Sr. Rivarot! Hablais formalmente?

—Muy formalmente.

—Sin embargo, tiene diez y ocho años, y yo soy de una edad y de un rango convenientes.

—Es verdad.

—Mi amor es sincero y correspondido.

—Lo creo, Pascoul. Pero, os lo repito, por razones que yo solo sé, no quiero casar á mi hija.

Al oír estas palabras, Pascoul tuvo una súbita inspiración.

—¡Ah! — exclamó, — ya adivino. Pero yo tengo para los dos; yo no pido dote.

—No es una cuestión de dinero la que se opone á ese matrimonio. Mi hija será rica; está libre de todo compromiso. Es por otras causas por lo que no quiero casarla.

Esta respuesta fué dada en un tono que no admitía réplica. Pascoul lo comprendió, y un vivo dolor se pintó en su semblante.

—Es decir, — dijo tristemente, — que un hombre honrado que ama á vuestra hija y es amado de ella, viene á pedirnos que hagais su felicidad, y sin causa aparente, sin explicaciones, rehusais.

—Rehuso, y lo siento en el alma. Vos sois el yerno que yo hubiera elegido; pero persisto en mi negativa. Es preciso que sea así.

Después de hablar de este modo, el arrendador salió precipitadamente de la sala, dejando al desgraciado Pascoul con Mad. Rivarot, que no habia cesado de llorar desde el principio de este diálogo.

—¿Qué misterio es éste? — exclamó el jóven.—

Mad. Rivarot, — continuó dirigiéndose á ella en actitud suplicante, — yo recurro á vuestro corazón; esa resolución no será irrevocable.

—El es el amo, — respondió ella señalando la puerta por donde Rivarot habia salido, — y lo que él ha decidido no tiene apelación. En nombre de vuestra felicidad, hijo mío, no volvais más.

Esta negativa singular, cuyas causas no se le querían revelar, habia exasperado á Pascoul.

Habia acariciado tanto tiempo una idea querida, que no podia comprender que se le quisiera hacer renunciar á ella de aquel modo. Se le debian explicaciones; si se las rehusaban, es porque no podian decirse. Las palabras de Margarita, pronunciadas por ella el día de su primera entrevista, le vinieron á la memoria:

«Soy desgraciada, — habia ella dicho. — Sacadme de esta casa.»

Talvez habia querido dar á entender que su padre la maltrataba. Estas reflexiones aumentaban la irritación de Pascoul.

—Se me oculta la verdad, — exclamó. — Yo la descubriré; y los que hacen á Margarita desgraciada serán castigados.

—Aquí nadie hace á Margarita desgraciada,— contestó dulcemente Mad. Rivarot. — Ni su padre ni yo tenemos que acusarnos de nada. La hemos amado tanto como podíamos y debíamos amarla.

Así terminó esta conversacion. En el momento en que Pascoul, pálido y desesperado, iba á traspasar el umbral de la granja, Margarita apareció á su lado, con gran sorpresa suya.

— Mi padre acaba de contármelo todo, — le dijo. — Me ha prohibido que os vuelva á ver y hablar. Partid y no volvais más hasta el momento en que yo os avise. Tened confianza.

Al mismo tiempo ofreció á Pascoul una flor que adornaba su pecho, y desapareció sin darle tiempo de contestar.

Esta escena habia pasado tres días ántes de Navidad. La víspera por la mañana, Pascoul, que no habia vuelto á ver á Margarita, recibió la visita de la Valbray. Supo, por un billete que le entregó esta mujer, que Margarita le esperaba en la granja durante la misa del gallo.

Pascoul contestó que asistiría puntualmente al lugar de la cita.

Esta fué la noticia que la Valbray habia dado á Margarita, cuando en la granja, delante de todos los convidados, la habia dicho misteriosamente:

—«Vendrá sin falta.»

No le costó á Margarita mucho trabajo encontrar un pretexto para quedarse sola. Se quejó de un fuerte dolor de cabeza, producido por la larga velada y por la cena. Los Rivarot lo creyeron y partieron, dejando la granja al cuidado de dos fieles servidores, de los cuales el uno, Moulinet, era tratado como amigo por el amo, á quien habia servido lealmente durante algunos años.

En cuanto se marcharon todos y quedó la granja en silencio, Margarita abandonó su cuarto, en el que se habia encerrado, á fin de que el engaño fuera más completo, y bajó á la gran pieza que se

llamaba el salon, y que tenia una puerta con vidrieras que daba al jardin. Al pasar por delante de la cocina, vió dos criados sentados junto á la chimenea. El uno se habia dormido: el otro, Moulinet, fumaba en una pipa de madera y bebía vino cocido. Parecían dispuestos á pasar de aquel modo la noche. Un silencio profundo reinaba en la casa.

Margarita abrió muy despacio la puerta del salon, entró, la volvió á cerrar con cuidado, y sentándose en un sillón, esperó á Pascoul.

Una pequeña lámpara, colocada en el suelo á su lado, arrojaba una débil claridad en la parte baja de la sala, cuyo techo se hallaba envuelto en la oscuridad. En aquella claridad sin brillo, Margarita, inmóvil, sombría, parecia una vestal convertida en estatua. Si no hubiera sido por el temblor nervioso de sus labios rojos y sensuales, se hubiera podido creer que estaba muerta. Sus ojos se habian cerrado. Pero no dormía. Pensaba.

Pascoul entró; ella se dirigió silenciosamente á su encuentro, le cogió la mano, le condujo hasta el sillón, en el que volvió á sentarse, y cuando él se puso de rodillas delante de ella, le envolvió en una indefinible mirada que le penetró hasta lo profundo del corazón.

Habia en aquella mirada tanta perversidad como amor. Revelaba bien á las claras las esperanzas y los ardores de su sangre juvenil; pero revelaba á la vez los deseos impuros de su alma que no tenia nada de la castidad de una doncella.

El mismo Pascoul experimentó esa impresion de terror causada por la aproximacion de un peligro desconocido. Aquella espléndida belleza estaba abierta como una flor maravillosa, pero como una flor que contuviera un veneno.

Sin embargo, aquella impresion fué de corta duracion. Los brazos de Margarita formaban á Pascoul un collar tibio y perfumado; le decia al oído palabras embelesadoras, tan dulces como sus besos.

Todo esto no había durado más que algunos instantes. Enteramente entregados á la felicidad de volverse á ver en los momentos en que trataban de separarlos, no habían aún hablado nada acerca de su situación.

Margarita fué la primera que comprendió que los instantes eran preciosos.

—Escuchadme, querido mio,—le dijo;—quiero ser vuestra, deseo poder reposar sin temor en vuestros brazos. Pero quieren impedir nuestra union. A nosotros nos toca luchar y vencer. He concebido un proyecto cuya ejecución asegurará nuestra felicidad.

—¡Oh, hablad, hablad, amiga mia! ¿Qué hay que hacer?

Y dichas estas palabras, Pascoul esperó una contestación.

De repente vió á Margarita cambiar de color y de pálida tornarse lívida. Se apoderó de ella un súbito temblor, y un grito doloroso y sordo se escapó de sus labios, mientras que sus ojos estaban fijos en un punto.

Pascoul, que se había levantado precipitadamente, dirigió los suyos en la misma dirección.

A su vez permaneció helado de espanto.

Silencioso, inmóvil, los brazos cruzados sobre su pecho, un hombre les contemplaba.

### III.

El indiscreto testigo, cuya presencia inesperada había arrancado á Margarita un grito de terror, no era otro que Moulinet.

¿Cómo está a allí? ¿Cómo había sorprendido aquella dulce entrevista?

Nada más sencillo. Por prudente que hubiera

sido Margarita, ¿qué podía contra la activa vigilancia de Moulinet? Sentado en la cocina, fumando silenciosamente, mientras que su compañero dormía, había oído el ruido de los pasos de Pascoul, cuando de lo alto de la empalizada este último había saltado al jardín. Había salido, le había visto entrar en la sala donde estaba Margarita y le había seguido allí, conteniendo su respiración, andando de puntillas. Acurrucado en la oscuridad, lo había espiado todo, todo lo había oído, y despues de haber comprendido el objeto de aquella nocturna entrevista, se había levantado, presentándose ante las miradas espantadas de Margarita y de Pascoul.

Moulinet tenía unos treinta y cinco años. Era un hombre alto, delgado, cuyas facciones atezadas y tostadas del sol parecían dibujadas en un arrugado pergamino. No conocía á sus padres. Fruto probable de un amor desgraciado, había sido encontrado, pocos dias despues de su nacimiento, por el dueño de la Bastida-Nueva, que era entónces un tío de Mad. Rivarot, en un molino abandonado que levanta todavía, en la cumbre de la colina de Gordes, sus grandes y descarnados brazos. De aquí provenia su nombre. Se le había criado en la granja por caridad. Más tarde, cuando Rivarot se había casado é instalado en la Bastida-Nueva, había encontrado á Moulinet ocupando el primer lugar entre los criados, teniendo la dirección de los trabajos y la confianza del amo. Todos estos privilegios se los había conservado Rivarot, y éste había sido el origen de la afección ilimitada de Moulinet, afección que le hubiera llevado hasta el crimen si su amo hubiera querido abusar de ella.

Hacia veinte años que el amo y el criado vivían juntos, sin haberse salido un momento, el uno de su autoridad, el otro de su sumisión. Y, sin embargo, había entre ellos una confianza sin límites.

A fin de no separarse ni de la granja ni del arrendador, Moulinet no había querido casarse

Todo esto no había durado más que algunos instantes. Enteramente entregados á la felicidad de volverse á ver en los momentos en que trataban de separarlos, no habían aún hablado nada acerca de su situación.

Margarita fué la primera que comprendió que los instantes eran preciosos.

—Escuchadme, querido mio,—le dijo;—quiero ser vuestra, deseo poder reposar sin temor en vuestros brazos. Pero quieren impedir nuestra union. A nosotros nos toca luchar y vencer. He concebido un proyecto cuya ejecución asegurará nuestra felicidad.

—¡Oh, hablad, hablad, amiga mia! ¿Qué hay que hacer?

Y dichas estas palabras, Pascoul esperó una contestación.

De repente vió á Margarita cambiar de color y de pálida tornarse lívida. Se apoderó de ella un súbito temblor, y un grito doloroso y sordo se escapó de sus labios, mientras que sus ojos estaban fijos en un punto.

Pascoul, que se había levantado precipitadamente, dirigió los suyos en la misma dirección.

A su vez permaneció helado de espanto.

Silencioso, inmóvil, los brazos cruzados sobre su pecho, un hombre les contemplaba.

### III.

El indiscreto testigo, cuya presencia inesperada había arrancado á Margarita un grito de terror, no era otro que Moulinet.

¿Cómo está a allí? ¿Cómo había sorprendido aquella dulce entrevista?

Nada más sencillo. Por prudente que hubiera

sido Margarita, ¿qué podía contra la activa vigilancia de Moulinet? Sentado en la cocina, fumando silenciosamente, mientras que su compañero dormía, había oído el ruido de los pasos de Pascoul, cuando de lo alto de la empalizada este último había saltado al jardín. Había salido, le había visto entrar en la sala donde estaba Margarita y le había seguido allí, conteniendo su respiración, andando de puntillas. Acurrucado en la oscuridad, lo había espiado todo, todo lo había oído, y despues de haber comprendido el objeto de aquella nocturna entrevista, se había levantado, presentándose ante las miradas espantadas de Margarita y de Pascoul.

Moulinet tenía unos treinta y cinco años. Era un hombre alto, delgado, cuyas facciones atezadas y tostadas del sol parecían dibujadas en un arrugado pergamino. No conocía á sus padres. Fruto probable de un amor desgraciado, había sido encontrado, pocos dias despues de su nacimiento, por el dueño de la Bastida-Nueva, que era entónces un tío de Mad. Rivarot, en un molino abandonado que levanta todavía, en la cumbre de la colina de Gordes, sus grandes y descarnados brazos. De aquí provenia su nombre. Se le había criado en la granja por caridad. Más tarde, cuando Rivarot se había casado é instalado en la Bastida-Nueva, había encontrado á Moulinet ocupando el primer lugar entre los criados, teniendo la dirección de los trabajos y la confianza del amo. Todos estos privilegios se los había conservado Rivarot, y éste había sido el origen de la afección ilimitada de Moulinet, afección que le hubiera llevado hasta el crimen si su amo hubiera querido abusar de ella.

Hacia veinte años que el amo y el criado vivían juntos, sin haberse salido un momento, el uno de su autoridad, el otro de su sumisión. Y, sin embargo, había entre ellos una confianza sin límites.

A fin de no separarse ni de la granja ni del arrendador, Moulinet no había querido casarse

nunca, á pesar de los esfuerzos de Mad. Rivarot.

—Yo ya no puedo pasarme sin la Bastida-Nueva, —decía él algunas veces, —como la Bastida-Nueva no puede pasarse sin mí.

Tal era Moulinet, y tal como era, le querían, por más que él no demostrase ninguna simpatía á sus semejantes. Esto consistía, segun decían, en una pena secreta que le roía el corazón. ¿Sería ésta la causa de que hablara tan poco, riera tan raras veces y no pusiera nunca los pies en la taberna?

Sólo Margarita podia alegrar el triste semblante de Moulinet. Si se detenía á hablar con él, si le acompañaba alguna vez cuando se dirigía al campo, si le pedía que la ensillara la pequeña yegua con la que ella iba, en los días hermosos, á recorrer el país en compañía de su padre, Moulinet tenía alegría para mucho tiempo. Entónces charlaba tanto como una muchacha parlanchina, y los de la granja decían:

—Moulinet está de buen humor.

Mas ¡ay! estas dichas eran cada vez más raras. A medida que crecía y se herмосeaba, Margarita parecía alejarse más de Moulinet. La mañana del día cuyos sucesos referimos, el desgraciado habia hecho constar que hacia tres meses que Margarita no le habia dirigido la palabra.

Por eso, cuando la sorprendió á solas con Pascoul, cuando el secreto de aquel amor profundo y antiguo ya le fué de pronto revelado, creyó haber adivinado la causa de la frialdad y del desden que Margarita le demostraba hacia mucho tiempo.

—Ese condenado Pascoul, —pensó, —me habrá privado de su confianza. Ese hermoso *félibre* la habrá dicho que un ignorante como yo no era digno de la amistad de una linda muchacha como ella.

Y con los puños apretados, lleno de cólera, los contemplaba con rabia. Ellos, impacientes, avergonzados de haber sido sorprendidos por él, guardaban silencio.

Margarita, la primera, levantó la cabeza y cogió la mano de Pascoul.

—Véte, —le dijo.

Por toda respuesta, Pascoul la estrechó contra su pecho. Sus labios se acercaron, y, á la vista de Moulinet, como en el momento en que les habia sorprendido, como si hubieran estado solos, cambiaron un prolongado beso.

Despues, Pascoul se dirigió lentamente hácia la puerta, mientras que Margarita, apoyada en su brazo, le hablaba con amor. Durante esta corta escena, Moulinet habia permanecido inmóvil, preguntándose si el espectáculo que pasaba ante sus ojos era un sueño ó una realidad.

Así, pues, era aquella la Margarita que él habia visto nacer y crecer, por la que hubiera dado su vida y á la que creía pura y casta. Acababa de despedazar su pudor delante de él. Habia besado á aquel hombre con un ardor que ofendía la natural honestidad de aquel aldeano. Al instante tomó su determinacion. Se fué derecho á la puerta, la cerró precipitadamente, dió vuelta á la llave en la cerradura, se metió la llave en el bolsillo, y dirigiéndose á Pascoul:

—No saldreis, —le dijo.

—¿Qué pretendéis hacer? —preguntó con arrogancia Pascoul.

—Esperar, —contestó Moulinet. —Antes de la una volverá el amo, y os entenderéis con él.

—¿Y si quiero salir á pesar vuestro?

—Tendreis que hacerlo á la fuerza.

—Entónces esperaré, porque no quiero turbar con una lucha la tranquilidad de esta casa.

—Moulinet, —exclamó Margarita, —déjale salir.

—No me supliqueis, señorita, —dijo con dulzura. —Dejarle marchar, sería hacer traicion á la confianza de mi amo. Eso no lo haré: no faltaré á mi deber.

Ante esta declaracion, que la quitaba su última

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONDO KEYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

esperanza, Margarita dió un salto de pronto, y poniéndose delante de Moulinet:

—¿Es por celos, no es verdad,—exclamó,—por lo que quieres detenerle aquí?

—¡Por celos!—balbuceó Moulinet.

—¡Sí, por celos! ¿Crees que no me he apercibido de tu ridículo amor?

A su vez, Moulinet retrocedió. Perdió toda su tranquilidad, miró á Margarita con espanto, mientras que Pascoul se habia acercado á ellos.

—¿Qué es lo que esperas,—replicó la jóven,—vengándote de mi amante? Aun cuando no debiera ser su mujer, y lo seré hagan lo que hagan, ¿te has figurado que podría ser la tuya, que llegaría á ser Mad. Moulinet?

Y empezó á reir á carcajadas, con una risa nerviosa, dejando escapar de sus labios estas palabras:

—¡Yo Mad. Moulinet!...

Despues añadió:

—Ve ahí á lo que se reduce tu austera conducta, servidor fiel! Deseas la hija de tu amo. ¿Se lo has dicho á él?

Moulinet no contestó.

Temblando, la cabeza baja, la mirada torva, escuchaba oprimiendo convulsivamente su abrasado pecho.

¿Qué pasó en el interior de aquel hombre? ¿Qué voz secreta escuchó en medio de la tormenta desencadenada en su corazon?

Despues de algunos instantes de profundo silencio, buscó en su bolsillo la llave que hasta entónces habia negado á Margarita. La puso temblando en la cerradura, abrió la puerta, y volviéndose hácia Pascoul:

—Salid,—le dijo.

Pascoul, á quien aquella escena habia llenado de asombro, estrechó, sin decir palabra, la mano de Margarita, y se dirigió hácia la puerta. Pero, en el

momento en que atravesaba el umbral, oyó súbitamente á su lado una voz y se vió precisado á retroceder.

—¿Qué haceis aquí á estas horas, Pascoul?

Esta voz era la del arrendador.

—¡Ya es tarde!—murmuró dolorosamente Margarita.

Los ojos de Moulinet revelaron una expresion indefinible. Era á la vez de dolor, de satisfaccion, de cólera y de espanto.

Se adelantó hácia Rivarot, y en el momento en que este último iba á abrir la boca, le señaló, con un gesto rápido, las personas que acababan de entrar en la sala al mismo tiempo que él. Rivarot comprendió.

Se volvió hácia los que le habian seguido, y afectando un humor alegre:

—Hijos míos,—dijo,—los que querais tomar alguna cosa no teneis más que pasar á la cocina. Federico,—y se dirigió á su sobrino Federico Borel, que se encontraba entre ellos,—tú cuidarás de que nada les falte. Da tus órdenes como si estuvieras en tu casa.

Federico salió acompañado de todo el personal de la granja.

Cuando se quedó sólo con su mujer, en presencia de los tres personajes que habia sorprendido, Rivarot los miró con impaciencia, y dirigiéndose á Moulinet:

—¿Me explicarás, por fin, lo que significa todo esto?—le dijo.

—Señor,—contestó Moulinet,—me habiais confiado la vigilancia de la granja. Yo he vigilado y he encontrado á este jóven encerrado aquí con vuestra hija.

Mad. Rivarot lanzó un grito, se cubrió el rostro, mientras que el arrendador se lanzaba sobre Pascoul con el puño levantado. Pero este último detuvo el brazo que iba á caer sobre él, y dijo con firmeza:

—Mis intenciones eran puras, Rivarot; os he pedido vuestra hija en matrimonio; os la pido otra vez.

La calma de Pascou, las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron al parecer las disposiciones del arrendador. Reflexionó un instante, y, dirigiéndose á Moulinet:

—Véte con tus compañeros,—le dijo.

Después, volviéndose á Margarita:

—En cuanto á vos,—añadió,—subid á vuestro cuarto. Debeis necesitar descanso.

Fué obedecido. Moulinet y Margarita salieron. Cuando la puerta de la gran sala se abrió para darles paso, se escapó de esta pieza un torrente de luz y de ruido. En la que habia quedado Pascou con el arrendador y Mad. Rivarot no reinaba más que una débil claridad, que comunicaba á todos los semblantes, quebrantados por la emoción, fatigados por la larga velada, un tinte de dolor que daba pena verlo. Rivarot tomó la palabra.

—Os he negado á mi hija,—dijo á Pascou;—habeis vuelto, sin embargo. Quereis que sea vuestra á pesar mio; no culpeis, pues, á nadie más que á vos de lo que vais á saber. Voy á haceros conocer el motivo de mi negativa.

—¿Es tu hija!—exclamó Mad. Rivarot.—Lleva tu nombre: es tu sangre.

—¿Qué importa! Sí, desgraciadamente, es mi hija; pero Pascou quiere ser mi hijo, y no tengo el derecho de ocultarle nuestro secreto.

Se detuvo y prosiguió solemnemente:

—El Dios que acabo de recibir, ese Dios es testigo de que lo que voy á decir es la pura verdad. Si os niego mi hija, Pascou, es porque no es digna de vos ni de ningun hombre honrado.

Al pronunciar estas palabras, un sollozo se escapó de su pecho, sollozo que tuvo un eco, porque Mad. Rivarot vertia también abundantes lágrimas.

—¿Deshonrada!—exclamó Pascou apretando los puños.—¿Quién es el miserable?...

—Interpretais mal mis palabras,—contestó dulcemente el arrendador;—si mi hija no es digna de vos, no es porque se haya entregado á otro. Bajo ese punto de vista, es pura.

Pascou respiró.

—Pero su alma está pervertida; si no ha obrado mal, es porque no ha podido.

Hubo un doloroso silencio. Rivarot continuó:

—Es una triste historia. Nunca hemos tenido más que esa hija; aún no andaba, y ya era el encanto de todos los que la veian; entónces no pensábamos más que en regocijarnos. Es verdad que tenía un carácter descontentadizo. A los cinco años, ya era vanidosa, coqueta, hipócrita, embustera. Pero esto apenas me ponía en cuidado... ¡era tan niña! Eso pasará, decía la madre. Se equivocaba; aquello no pasó. Un día, Margarita no habia cumplido siete años, se cometió un hurto de manzanas, y se atribuyó el hecho al hijo de uno de los criados. El padre le molió á golpes, le hubiera matado si no se le hubieran quitado de las manos. Margarita asistió fría, impasible, muda á aquel espectáculo. Algunos días después supe que habia sido ella la ladrona.

El desgraciado Rivarot se detuvo un momento. Pascou le escuchaba presintiendo que iba á saber cosas horribles. En cuanto á Mad. Rivarot, tendida sobre su silla, los ojos cerrados, parecia inmóvil.

—Este lance,—prosiguió Rivarot,—nos abrió los ojos. En vano tratamos de descubrir á qué maligna influencia obedecia Margarita. La interrogamos, y adquirimos una horrible certidumbre: hacia el mal por instinto. Entónces determinamos meterla en un convento de Avignon. Tres meses después, una mañana, la superiora me llamó y me dijo que ya no podia conservar á su lado á mi hija. A todos los defectos que yo habia advertido en Margarita, habia que añadir la pereza; pero no era esto todo, siempre tenía en la boca cuentos que demostraban una corrupcion sin ejemplo. Varias veces habian

sorprendido en su pupitre libros horribles que ella sabía proporcionarse fuera é introducir fraudulentamente con una habilidad infernal; sin embargo, apenas sabía leer. Parecia que no los tenía allí más que para pervertir á sus compañeras. La traje aquí: fué rigurosamente vigilada, y, al cabo de un año, creí que podía ponerla en otro colegio. Me figuraba que estaba corregida en parte, porque, mientras habia estado sola, no habia tenido por qué quejarme de ella. ¡Ay de mí! cuán desengañado quedé, cuando de nuevo tuve que reprenderla por las mismas causas que me habian obligado ya á retirarla del convento de Avignon. Me citaron de ella hechos odiosos que no me atrevo á repetiros y que demostraban una imaginacion malsana. Lo que me exasperaba era no poder hacer á nadie responsable de los estragos causados en aquel alma tan jóven y que no habia tenido más que buenos ejemplos que imitar. Habia venido al mundo dispuesta al mal. Decidimos que no se separara ya de nosotros. La profesora de Gordes la daba lecciones á las cuales asistia siempre la madre. El cura, que conocia nuestra desgracia, venía con frecuencia. Estudiaba con nosotros los progresos de la corrupcion moral que nada podía detener, por más que yo habia empleado sucesivamente el rigor y la dulzura. Largo tiempo discutimos si sería conveniente que Margarita hiciera su primera comunión. El cura pensó que este grandioso acto ejercería tal vez sobre ella una benéfica influencia. El día de la ceremonia, nuestra hija estaba admirable entre sus compañeras, á las que aventajaba en gracia y hermosura. Parecia un ángel. Supe por la tarde, que en el momento más solemne habia dicho á una de ellas: «No tragues ese pedazo de pasta; es veneno. ¡Los curas envenenan las hostias!»

Rivarot se detuvo otra vez, como si no tuviera fuerzas para continuar. Pascoul se estremecía de horror.

—¿Y despues—dijo por fin,—no ha cambiado?

—Despues, ha crecido, se ha hecho más hermosa, pero al mismo tiempo más hipócrita. Yo hubiera querido tenerla encerrada, no dejarla ver á nadie; pero hubieran dicho que la maltrataba. He hecho, pues, de tripas corazon. La vigilo y lo vigilo todo á su alrededor. He despedido dos ó tres jóvenes aldeanos á los cuales hacia cara, por el sólo placer de ser adulada. En las fiestas votivas, á las que he tenido que llevarla porque me ha sido preciso tratarla como si fuera la mejor de las hijas, la habeis visto orgullosa y fria, siempre dispuesta á oír lisonjas; pero nunca, nunca ha tenido su corazon un arranque sincero. Os lo repito con dolor, pero sin cólera: está pervertida hasta la médula de los huesos.

Mad. Rivarot, que hasta entónces no habia abierto la boca, se levantó, y acercándose á Pascoul:

—¿No tenía yo razon,—le dijo,—cuando el otro día os aconsejaba que no volvierais?

—Yo no os he culpado, señora,—respondió Pascoul.

—He resuelto,—prosiguió Rivarot,—no casarla en tanto que yo pueda ejercer sobre ella mi voluntad. Sería la deshonra de su marido, y viviendo yo, no la consentiré que haga á nadie desgraciado. Tal vez pasaré por un padre original y cruel, porque á todos sus pretendientes yo no he dicho, yo no diré lo que os he dicho á vos; á quien compadecerán será á ella. Poco me importa. Por otra parte, yo espero no sufrir mucho tiempo. Dentro de tres años será mayor de edad y se apresurará á librarse de mi autoridad. Pero tengo la conviccion de que antes de que llegue ese momento, Dios me habrá llamado á sí.

—Y yo, Rivarot,—dijo su mujer arrojándose á su cuello,—¿te olvidas de mí?

—No, mujer, no te olvido; porque en medio de

los disgustos que he sufrido, siempre me has consolado y sostenido.

Esta escena habia conmovido á Pascoul hasta el fondo del alma, y de pronto tuvo una inspiracion.

—No está todo perdido,—dijo;—si quereis, la salvaremos. Dádmela. El amor la transformará.

Rivarot se encogió de hombros.

—¡Pobre loco! la obra que quereis emprender os mataria. ¡Creeis que Margarita os ama; os engañais! Ella no amará ni á su marido ni á sus hijos, porque no ha amado ni á su padre ni á su madre. Lo que ella busca en el matrimonio es su libertad. ¿Qué uso hará de ella? Ahora,—añadió,—mi confidencia ha terminado. Yo debia hablaros así; sí, un padre debe decir la verdad, por mucho trabajo que cueste decirla, al hombre honrado que le pide su hija. La primera vez he vacilado en explicarme, pero hoy ya no tenia el derecho de hacerlo. Partid; guardadme el secreto y olvidad todo esto; olvidad á mi hija: no puede ser vuestra mujer. En este punto mi resolucion es irrevocable.

—Ah! sois muy cruel,—respondió el desgraciado Pascoul, que lloraba sus destruidas esperanzas y su felicidad perdida;—mi amor ha resistido á vuestras declaraciones. Yo la adoro siempre. Me ha robado el corazon, y esto es para toda la vida. ¡Ceded á mis ruegos; os repito que la salvaré!

—Y yo os digo que ella os perderia. ¿Acaso puede enderezarse el árbol despues que ha crecido? El mal está hecho; ya no tiene remedio. Estais advertido; no os espongais.

Esta cruel entrevista habia terminado.

En la pieza inmediata, los gritos y las risas habian cesado. Rivarot abrió la puerta del jardin. El cielo iba aclarando; las estrellas palidecian medio cubiertas por nubes de color gris.

—Partid, Pascoul,—dijo entónces el arrendador,—y creedme, no volvais más. Esta casa os sería fatal.

—¡Ah, qué desgraciado soy!—exclamó el jóven. Y pálido, loco, desesperado, trastornado por tantas emociones, se lanzó al campo sin saber hácia dónde dirigia sus pasos.

## IV.

Pascoul caminaba por el campo desierto y triste, vacilante como un hombre ebrio bajo el peso de la amorosa locura que llevaba en la cabeza y del abatimiento que tenia en el corazon.

Su capa flotaba en torno suyo, y para calmar el fuego que abrasaba su frente, iba con la cabeza descubierta, insensible al frio, al viento, á la nieve que, de repente, habia empezado á caer en el momento en que salia de la casa de Rivarot.

A su paso, los desnudos árboles crujian produciendo mil ruidos que él no oia. Todo era oscuridad y silencio en aquellos campos que el dia no iluminaba aún, imágen de su alma, de donde la luz habia desaparecido.

Los pensamientos más diversos se agolpaban á su imaginacion, sin que fuera capaz de fijarse en ninguno de ellos. Tan pronto se confesaba que Margarita era una criatura peligrosa y que era preciso olvidarla, como, por el contrario, se decia que Rivarot habia exagerado y tomado por vicios sin remedio lo que no era más que la exuberancia de un alma ardiente contenida en sus aspiraciones.

Aquel grito que él mismo habia lanzado: «Yo la salvaré,» resonaba sin cesar en sus oidos, y resumia la única de sus esperanzas que habia resistido á las revelaciones que acababa de oir. Pero alguna vez esa misma esperanza se debilitaba á medida que se presentaban en su imaginacion los odiosos hechos citados por Rivarot. Entónces odiaba al arrendador

los disgustos que he sufrido, siempre me has consolado y sostenido.

Esta escena habia conmovido á Pascoul hasta el fondo del alma, y de pronto tuvo una inspiracion.

—No está todo perdido,—dijo;—si quereis, la salvaremos. Dádmela. El amor la transformará.

Rivarot se encogió de hombros.

—¡Pobre loco! la obra que quereis emprender os mataria. ¡Creeis que Margarita os ama; os engañais! Ella no amará ni á su marido ni á sus hijos, porque no ha amado ni á su padre ni á su madre. Lo que ella busca en el matrimonio es su libertad. ¿Qué uso hará de ella? Ahora,—añadió,—mi confidencia ha terminado. Yo debia hablaros así; sí, un padre debe decir la verdad, por mucho trabajo que cueste decirla, al hombre honrado que le pide su hija. La primera vez he vacilado en explicarme, pero hoy ya no tenia el derecho de hacerlo. Partid; guardadme el secreto y olvidad todo esto; olvidad á mi hija: no puede ser vuestra mujer. En este punto mi resolucion es irrevocable.

—Ah! sois muy cruel,—respondió el desgraciado Pascoul, que lloraba sus destruidas esperanzas y su felicidad perdida;—mi amor ha resistido á vuestras declaraciones. Yo la adoro siempre. Me ha robado el corazon, y esto es para toda la vida. ¡Ceded á mis ruegos; os repito que la salvaré!

—Y yo os digo que ella os perderia. ¿Acaso puede enderezarse el árbol despues que ha crecido? El mal está hecho; ya no tiene remedio. Estais advertido; no os espongais.

Esta cruel entrevista habia terminado.

En la pieza inmediata, los gritos y las risas habian cesado. Rivarot abrió la puerta del jardin. El cielo iba aclarando; las estrellas palidecian medio cubiertas por nubes de color gris.

—Partid, Pascoul,—dijo entónces el arrendador,—y creedme, no volvais más. Esta casa os sería fatal.

—¡Ah, qué desgraciado soy!—exclamó el jóven. Y pálido, loco, desesperado, trastornado por tantas emociones, se lanzó al campo sin saber hácia dónde dirigia sus pasos.

## IV.

Pascoul caminaba por el campo desierto y triste, vacilante como un hombre ebrio bajo el peso de la amorosa locura que llevaba en la cabeza y del abatimiento que tenia en el corazon.

Su capa flotaba en torno suyo, y para calmar el fuego que abrasaba su frente, iba con la cabeza descubierta, insensible al frio, al viento, á la nieve que, de repente, habia empezado á caer en el momento en que salia de la casa de Rivarot.

A su paso, los desnudos árboles crujian produciendo mil ruidos que él no oia. Todo era oscuridad y silencio en aquellos campos que el dia no iluminaba aún, imágen de su alma, de donde la luz habia desaparecido.

Los pensamientos más diversos se agolpaban á su imaginacion, sin que fuera capaz de fijarse en ninguno de ellos. Tan pronto se confesaba que Margarita era una criatura peligrosa y que era preciso olvidarla, como, por el contrario, se decia que Rivarot habia exagerado y tomado por vicios sin remedio lo que no era más que la exuberancia de un alma ardiente contenida en sus aspiraciones.

Aquel grito que él mismo habia lanzado: «Yo la salvaré,» resonaba sin cesar en sus oidos, y resumia la única de sus esperanzas que habia resistido á las revelaciones que acababa de oir. Pero alguna vez esa misma esperanza se debilitaba á medida que se presentaban en su imaginacion los odiosos hechos citados por Rivarot. Entónces odiaba al arrendador

por haberle hecho tan terribles confidencias. Se odiaba á sí mismo por haberlas provocado. Se tenía por un cobarde por haber conservado intacta y en pié en su corazón la estatua á la sazón manchada.

—Yo la arrancaré de él,—se decía,—y la haré pedazos bajo mis piés.

Apénas había adoptado esta resolución, cuando el amor volvía á recobrar sus derechos y le entregaba desarmado, vencido, á la devoradora pasión que le avasallaba.

Retrocedía espantado cuando en ciertos momentos comprendía que todo lo malo que le habían dicho de Margarita contribuía á que ésta se le apareciera más seductora. Así como el abismo atrae, así la mujer encantadora cuya ignominia había tocado con el dedo le parecía más bella adornada con sus vicios que si lo hubiera estado con su sola virtud. El animal que todo hombre lleva dentro de sí estaba contento con la posesión de una criatura pervertida. Y la horrible sensación que le revelaba á él mismo su propia debilidad llevaba consigo un amargo placer que saboreaba como un fruto delicioso.

Así, llevado de una determinación á otra, tan pronto queriendo romperlo todo, tan pronto deseando internarse más en el pantano cuya profundidad creía ya conocer, sentía en su alma espantosos dolores.

Caminaba sin objeto, sin saber á dónde iba, en dónde estaba, lo que quería.

Así anduvo largo tiempo, y cuando, ya cansado, se detuvo, reconoció que al salir de la Bastida-Nueva había atravesado Gordes, pasado por delante de su casa sin verla y que se hallaba en la aldea de Fontblanche.

La nieve continuaba cayendo, y el día empezaba á despuntar á través de los espesos copos que blanqueaban el horizonte. Pascoul tenía frío, sus dientes castañeteaban; la humedad le había penetrado.

Se sacudió como un perro mojado y se dirigió hacia una casucha pequeña y ahumada situada en medio de un prado sin cercar. Dió dos golpes en la puerta carcomida y desvencijada.

—¿Quién va?—preguntó desde adentro una voz encolerizada.

—Soy yo, Pascoul; abrid pronto, la Valbray; me muero de frío.

La voz de la Valbray se dulcificó.

—Voy en seguida,—contestó.

Pascoul no esperó mucho tiempo. La puerta se abrió, y la Valbray, llevando en la mano una vela clavada en una botella, que levantó por encima de su cabeza para ver el rostro del que la visitaba, le invitó á entrar en su habitación.

Era un interior de un aspecto miserable y asqueroso.

El ajuar se reducía á tres sillas cojas y estropeadas, una mala cama cubierta de vestidos sucios y arrugados, y una mesa mugrienta. Sobre la chimenea había tazas desportilladas, platos en deplorable estado, y un pedazo de pan duro. Las paredes eran horribles, y no lo eran ménos los obscenos grabados que habían clavado en ellas. Nada más siniestro que aquella habitación en medio de los campos, en la cual penetraba el viento por los vidrios rotos y mal recompuestos con tiras de papel. Parecía la casa del crimen.

En cuanto Pascoul entró, la Valbray volvió á cerrar la puerta, se acercó á la chimenea, se puso en cuclillas delante del hogar y avivó el ascua cubierta de ceniza que aún quedaba; después colocó encima un sarmiento que no tardó en encenderse.

—Tienes frío, muchacho,—dijo soplando el fuego;—lo comprendo sin trabajo. Hace una noche endemoniada. Para ocuparme de tus asuntos, he acompañado á los de la Bastida-Nueva á la misa del gallo y, al volver, he creído que me helaba. Me iba á quedar dormida cuando has llamado. ¿Qué

diablos me quieres á estas horas? ¿Sabes que si yo fuera más jóven tu visita daría que hablar?

Y se echó á reir, colocando al mismo tiempo sobre la mesa el pedazo de pan duro que estaba sobre la chimenea, un poco de queso y algunos dedos de vino que quedaban en el fondo de un vaso cubierto con un papel.

—Si tienes frio, caliéntate; si tienes hambre, come, y dime lo que te trae.

Pascoul no contestaba; contemplaba con admiración aquella extraña vieja, cuyo talle era todavía derecho, aunque cruelmente señalado por la edad.

Sorprendida en el lecho, apenas se habia vestido. Sus piernas salían desnudas de un zagalejo sin color, desgarrado por varias partes. Su pecho y sus descarnados brazos, mal ocultos bajo una ancha camisa de tela roja, se dejaban ver como si hubieran podido ejercer aún alguna seducción.

Ella se apercibió de la atencion de que era objeto. Un ligero rubor coloreó sus mejillas. Pero no era efecto del pudor, sino del despecho de no ser más hermosa y de haberse mostrado, sin quererlo, en todo su horror. Fijó sobre Pascoul una extraña mirada.

—Me examinas y me encuentras fea, ¿no es verdad?—dijo, echando un mal pañuelo alrededor de su cuello.—Pero hace veinte años no me hubieras mirado impunemente. Yo era hermosa todavía, tan hermosa como tu Margarita.

—Lo sé,—contestó Pascoul;—me lo han dicho.

—Hay varios que lo saben, y he visto á más de uno de ellos, tan jóvenes y tan elegantes como tú, arrastrarse á mis piés.

Asomó á sus labios una maliciosa sonrisa; miró de nuevo al jóven, mientras que su semblante tomaba una expresion lasciva y horrorosa, y lanzando un suspiro de pesar, añadió:

—;Pero hace ya mucho tiempo de eso! ;Todo ha pasado!

Y quedó sumida en profundas reflexiones, cuyo objeto debía preocuparla en gran manera, porque su frente se arrugó varias veces.

Tal vez su vida entera volvía á pasar ante sus ojos, desde su nacimiento, acaecido sesenta años ántes, y que habia llenado de alegría á los honrados labradores de quienes era hija, hasta el presente en que, no inspirando más que desprecio ó lástima, concluía en la miseria los últimos dias de una existencia que hubiera podido ser honrada si ella hubiera querido.

Tal vez se volvía á ver elegante y bella, cuando á los veinte años entró en la casa de su marido, un hombre honrado, á quien abandonó algunos meses despues, para seguir de pueblo en pueblo á un infame saltimbanquis de quien se habia locamente enamorado, que la maltrató y la abandonó despues de haberla arruinado.

Tal vez se volvía á ver al dia siguiente de aquel cobarde abandono que vengaba á su marido, muerto de desesperacion, arrastrándose por los caminos, miserable y golpeada; volviendo al pueblo y colocada en la necesidad de rehabilitarse por medio del trabajo; rehusando dedicarse á él; prefiriendo vivir del precio de una perpétua deshonra; seduciendo á los jóvenes, llevando la desesperacion á las familias de las que sus malditos encantos arrancaban al hijo y alguna vez al padre, hasta el dia en que la vejez habia atajado sus desenfrenos. Tal habia sido, en efecto, su triste vida.

Pascoul no conocía más que imperfectamente el pasado de la Valbray. Participando de la idea más extendida en torno suyo, veía en ella una anciana pecadora, miserable y arrepentida, á la que habia que perdonar mucho. Abísimo insondable de malas pasiones, el alma de la Valbray le era desconocida. No sentía más que indulgencia y simpatía por aquella mujer, á la que él habia hecho algun bien siempre aceptado con agradecimiento, y que se

complacia en favorecer sus juveniles amores. Por eso, cuando habia salido de la granja de la Bastida-Nueva, asustado por las confidencias de Rivarot, sus pasos le habian llevado naturalmente hácia la casa de la Valbray.

Ya se ha visto la acogida que le hizo. Se hallaban sentados el uno enfrente del otro, silenciosos: ella, entregada á sus pensamientos; él, contemplándola y pensando en todos los sucesos de aquella noche funesta.

—Pascoul,—le dijo ella, poniendo término al largo silencio que habia reinado en la choza;—ya te he preguntado qué es lo que te trae; ¿me lo dirás?

—¿No lo adivina en mi semblante, la Valbray?—preguntó él.

—¿En tu semblante! Espera un poco. No está alegre; hay lágrimas en tus ojos. Dáme tu mano. Tienes calentura: ¿es la entrevista de esta noche?

—Sí, la entrevista de esta noche, y sobre todo los sucesos posteriores á ella.

Y en breves palabras contó á la Valbray todo lo que el lector conoce ya, callando sin embargo discretamente las confidencias que Rivarot le habia hecho.

—En resumidas cuentas,—dijo por fin la Valbray,—te la niegan. ¿Qué piensas hacer?

—Yo no sé; ya no tengo esperanza.

—¡Ah! en verdad, por poco desesperas. Lo que te queda que hacer es muy fácil. ¡Róbala!

Y como Pascoul diese á entender por un gesto que le repugnaba semejante medio:

—No será tu mujer,—continuó la Valbray,—si no recurrer á la violencia; de lo contrario, el padre te la negará siempre. Deja á un lado tus necios escrúpulos. Margarita me ha dicho: «Si mi padre persiste en su negativa, Pascoul sabrá arrancarme de esta maldita casa.»

—¿Margarita os ha dicho esas palabras,—exclamó;—ella las ha dicho?

—Lo juro,—contestó gravemente la Valbray.—Además,—añadió,—no serás tú el primero que de ese modo haya forzado una voluntad tiránica.

Al ver el efecto que acababa de producir, se levantó, dejando al desgraciado presa de una vacilacion que le atormentaba, acurrucado delante del fuego y con la cabeza entre sus manos.

Habia amanecido.

Ella se acercó á la puerta, la abrió y aspiró algunas bocanadas de aire puro. Por delante de la casa pasaban los aldeanos con sus trajes de fiesta, porque era Navidad. Pero nadie se detuvo á darla los buenos dias.

Durante algunos instantes permaneció de aquel modo en el umbral de su puerta. Despues volvió á acercarse á Pascoul, y, poniéndole la mano sobre el hombro:

—¿Estás decidido?—le dijo.

Pascoul se levantó.

—Sí, si me respondeis del consentimiento de Margarita.

—Respondo de él.

—Entonces encargaos de avisarla. Yo corro á hacer los preparativos.

—Yo me encargaré de todo, si te conviene; pero te costará mucho dinero.

—Pagaré lo que sea necesario.

La Valbray reflexionó un momento.

—Procura estar esta noche á las diez en las intermediaciones de la granja de Rivarot. Allí estaré yo con un carruaje y caballos; Margarita estará avisada.

Dichas estas palabras, se separaron; Pascoul para volver á su casa, y la Valbray para ir á la Bastida-Nueva.

En la noche de este dia, la granja de Rivarot no estaba tan animada como de costumbre: los criados habian obtenido permiso para ir á la fiesta. Despues de cenar, los amos se habian retirado á sus

habitaciones. Moulinet, según su costumbre, dió una vuelta á la casa, soltó los perros, y habiéndose cerciorado de que todo estaba seguro, se dirigió á su cuarto, situado encima de las cuadras.

Margarita no se habia acostado; á las diez tiraron una piedrecita contra sus cristales. Esta señal la encontró dispuesta. Vestida con un traje oscuro, envuelta en su manto, abrió con mucho cuidado la ventana, y, á pesar de la oscuridad, pudo notar que habian arrimado á la pared una escalera para proteger su fuga. Bajó sin ruido los escalones y se encontró en los brazos de Pascoul.

—Eres tú, bien mio!—le dijo estrechándose contra su pecho.

—Lo que hacemos está muy mal hecho,—contestó él tristemente;—pero la culpa no es nuestra, sino de los que no han querido uniros. Sin embargo, si te has de arrepentir algun dia de este paso, vuelve á subir; yo no te querré mal por eso.

—Te amo,—murmuró ella á su oído.

Él se la llevó lejos de la casa.

A cien metros encontraron á la Valbray. Con una seña les indicó un carruaje de dos caballos, á cuya cabeza estaba de pie un hombre que los amantes no reconocieron. Se colocaron en aquel mal calesin; Pascoul empuñó las riendas, y despues de poner en la mano de la Valbray una bolsa con dinero, tocó á los caballos con el látigo y partieron sin ruido. Una mano prudente habia envuelto sus piés con trapos de lienzo húmedos.

—¡Buen viaje!—dijo la Valbray.

Y volviéndose á su compañero, le entregó la mitad de la cantidad que habia recibido.

—Gracias, anciana,—dijo.

Y riendo añadió:

—De buena gana hubiera perdonado el dinero si hubiera robado por mi cuenta á esa hermosa muchacha.

—Ese bocado no es para tí, Furbicio.

—¡Bah! ¿quién sabe!—contestó el que la Valbray habia llamado Furbicio.

El calesin tomó la direccion de Avignon. En la granja todo el mundo dormía, y hasta el dia siguiente á las ocho no conocieron Rivarot y su mujer toda la extension de la desgracia que acababa de herirles.

—¡La miserable!—exclamó Rivarot;—¿no nos habia atormentado bastante, por lo visto? Estaba escrito que habia de concluir deshonrándonos de ese modo.

—Es ese Pascoul, que la habrá devanado el seso,—dijo Mad. Rivarot.

El arrendador hizo un gesto negativo.

—No, no; más bien es ella la que habrá vuelto el juicio á ese pob e imbécil. Sin embargo, yo le habia prevenido. Ella nos vengará de él. Pero de ella, ¿quién nos vengará?

—Dios,—contestó solemnemente Mad. Rivarot.

Y al mismo tiempo abrazó á su marido, en cuyos ojos acababa de ver una lágrima de desesperacion.

—No daré ningun paso para encontrar á los fugitivos; nuestra hija ha muerto.

Esta fué la última palabra del arrendador sobre aquel suceso. Ni él ni su mujer volvieron á hablar más de él. Tan triste lance quedó ignorado. Moulinet y tres de sus compañeros fueron los únicos que le conocieron, y tuvieron la delicadeza de no divulgarle. En Gordes no se apercibieron de la desaparicion de Margarita. A los que la notaron, se les habló de viaje. El honor de la casa Rivarot quedó de este modo en salvo.

Pero la herida que las pobres gentes habian recibido era profunda. Estuvieron quince dias sin saber nada; durante este tiempo hicieron esfuerzos por aparecer tranquilos el uno al otro. Parecia que se habian propuesto ver quién hacia mejor alarde de su insensibilidad. Pero en cuanto se separaban, lloraban á lágrima viva

En los primeros días de Enero se recibió una carta de Margarita. Estaba fechada en Tolon.

«Volveremos, decía ella, si consentís en nuestro matrimonio.»

Rivarot contestó:

«Consiento: venid.»

Volvieron después de un viaje febril, durante el cual no habían disfrutado más que á medias de la alegría de pertenecerse, constantemente agitados en el aislamiento de su amor: Margarita por el temor de ser perseguida; Pascoul por el doloroso pesar de ver empezar de aquel modo su vida conyugal, que él había soñado pura y honrada. De Avignon habían ido á Marsella, de Marsella á Tolon. Aquí fué donde, al visitar el arsenal, encontraron un presidiario cuyo semblante dulce y digno no revelaba nada de criminal.

—¿Qué ha hecho?—preguntó Margarita al vigilante que los conducía.

—Ha dado muerte á su hija, que se había escapado con un jóven.

Al oír esta respuesta, Margarita se estremeció como si hubiera sentido de pronto un frío glacial, y Pascoul tuvo que sostenerla. El mismo día escribió á su padre la carta á la que él había contestado dando su consentimiento.

Margarita llegó á la granja diez y siete días después de su salida. Moulinet había ido á esperarla á Avignon, y Pascoul entró en Gordes, por su lado; pudo creerse que Margarita, según habían dicho, volvía de pasar una temporada en casa de una parienta de su madre.

No se la reconvinó ni se la dirigió ninguna palabra severa, ni aún se hizo alusión á lo que había pasado.

Rivarot parecía armado de una coraza de impasibilidad; su mujer hacía esfuerzos por imitarle.

El día siguiente el arrendador hizo llamar á Pascoul, y, llevándole aparte:

—La dote y las galas de Margarita están preparadas. En cuanto á la mujer, ya os pertenece; ¿cuándo quereis que se verifique la boda?

—Decididlo vos mismo, —contestó de un modo lastimero Pascoul.

—Dentro de un mes; ¿os conviene? Así salvaremos todas las apariencias. Porque es preciso pensar en el honor de la casa que vais á fundar.

—Sois el amo. Puesto que esa demora os parece necesaria, el matrimonio tendrá lugar dentro de un mes.

—Yo espero que hasta entónces mi hija y vos respetareis mi casa,—añadió Rivarot.

—¡Rivarot, —exclamó Pascoul con los ojos llenos de lágrimas,—no merezco que me habéis así!

—No os reconvengo,—contestó friamente el arrendador. —Habeis querido casaros con mi hija contra mi voluntad. La habeis robado. De lejos me habeis impuesto condiciones; las sufro sin quejarme. Pero no sucederá así si teneis la desgracia de olvidar en mi casa que mi hija no es todavía vuestra mujer.

Pascoul ocultó su semblante entre sus manos temblorosas. Aquella escena le afligia, porque era honrado, generoso; sólo tenía que echarse en cara el haber sido débil ante la deslumbradora belleza de Margarita.

Por fin se celebró la boda. Al ver la alegría que reinó en la granja aquel día, nadie hubiera adivinado que un drama íntimo y doloso había precedido y preparado aquella fiesta de familia.

En tanto que un espléndido festin reunía á todos los convidados en el salon de la granja, los pobres de Gordes se sentaron en la cocina en torno de otra mesa y tuvieron su parte de las liberalidades que se hicieron. La Valbray estaba entre ellos.

Rivarot y su mujer, aunque agitados por siniestros presentimientos, no dejaban traslucir nada. Únicamente se advirtió que el arrendador estaba

muy pálido. Pero su semblante estuvo constantemente risueño; y cuando Pascoul y Margarita se levantaron para marchar, él quiso acompañarles hasta la puerta de la granja. Su mujer le siguió.

De este modo hubo un momento en que los cuatro se encontraron separados de sus convidados.

—¡Padre mio! — dijo entónces Pascoul con voz conmovida; — me llevo vuestra hija; yo procuraré hacerla feliz, y si habeis tenido motivos para quejarnos de ella, juro hacerla digna de vos.

Rivarot no contestó; su mujer lloraba.

—¡Padre mio! — prosiguió Pascoul, — ¿no bendecireis á vuestros hijos?

Y cogiendo á Margarita por la mano, se puso de rodillas, obligando á su mujer á hacer lo mismo.

Mad. Rivarot miraba á su marido angustiada y suplicante. Su boca no se abrió, pero parecía decir: «Sé clemente, perdona.» Rivarot quedó vencido. Extendió los brazos. Pero, en el momento en que de sus labios iban á salir tal vez palabras de perdón, se le vió tambalearse, llevar la mano á su frente, lanzar un suspiro ahogado y caer desplomado, inerte, con los ojos medio cerrados, desfigurado.

Mad. Rivarot dió un grito terrible. Pascoul se abalanzó hácia él, en tanto que Margarita pedia socorro.

Acudieron en seguida, le rodearon, pero todos los cuidados fueron inútiles. Una oleada de sangre, agolpándose al cerebro, le habia dejado sin vida.

## V.

Los dos años habian pasado desde los acontecimientos referidos en los capítulos precedentes. La fisonomía bajo la cual el lector conoce la granja de la Bastida-Nueva no se habia modificado. Reinaba en

ella la misma actividad que en otro tiempo. Nada habia cambiado sino los amos.

Muerto Rivarot, su mujer, desesperada, no le habia sobrevivido más que tres meses. Pascoul y Margarita habian dejado entónces su casita de Gordes para venir á ocupar la morada en que Rivarot y su mujer se habian amado. Margarita vivia ahora allí con su marido. Libre, dueña absoluta, se habia creado una existencia lujosa y coqueta que, por otra parte, no era un marco demasiado rico para su deslumbradora y soberana belleza.

Moulinet continuaba trabajando en la granja.

Habia querido abandonar el país cuando Pascoul habia ido á establecerse en él. Creia que debia temerle todo del nuevo amo. Se acordaba de la fatal noche-buena, cuyas dramáticas peripecias conoce el lector. Alimentaba en su corazón aquel desgraciado amor á Margarita, cuya existencia le habia revelado ella tan brutalmente y cuya locura le habia demostrado. Creyó que seria prudente partir.

—Quedaos, le dijo Pascoul. — De lo que pasó no se hablará más entre nosotros. No os tengo ojeriza por haber cumplido con vuestro deber. En cuanto á lo demas, Margarita lo ha olvidado y yo tambien.

Moulinet se quedó, decidido á servir á Pascoul con tanta lealtad como habia servido á Rivarot. Cumplió su palabra, y su nuevo amo no tardó en dispensarle toda su confianza.

Tales eran los cambios ocurridos en la Bastida-Nueva en dos años.

Habia quizás otros, pero eran de una naturaleza más íntima: la continuacion de este relato los hará conocer al lector.

Era en el mes de Setiembre á la caída de la tarde.

En el campo, en los días buenos, no hay hora más deliciosa que esa hora indecisa y crepuscular que precede á la noche. Todo es poesía; todo es misterio. Los prados se cubren de una niebla blanca y trasparente que deja ver los árboles como á tra-

muy pálido. Pero su semblante estuvo constantemente risueño; y cuando Pascoul y Margarita se levantaron para marchar, él quiso acompañarles hasta la puerta de la granja. Su mujer le siguió.

De este modo hubo un momento en que los cuatro se encontraron separados de sus convidados.

—¡Padre mio! — dijo entónces Pascoul con voz conmovida; — me llevo vuestra hija; yo procuraré hacerla feliz, y si habeis tenido motivos para quejarnos de ella, juro hacerla digna de vos.

Rivarot no contestó; su mujer lloraba.

—¡Padre mio! — prosiguió Pascoul, — ¿no bendecireis á vuestros hijos?

Y cogiendo á Margarita por la mano, se puso de rodillas, obligando á su mujer á hacer lo mismo.

Mad. Rivarot miraba á su marido angustiada y suplicante. Su boca no se abrió, pero parecía decir: «Sé clemente, perdona.» Rivarot quedó vencido. Extendió los brazos. Pero, en el momento en que de sus labios iban á salir tal vez palabras de perdón, se le vió tambalearse, llevar la mano á su frente, lanzar un suspiro ahogado y caer desplomado, inerte, con los ojos medio cerrados, desfigurado.

Mad. Rivarot dió un grito terrible. Pascoul se abalanzó hácia él, en tanto que Margarita pedia socorro.

Acudieron en seguida, le rodearon, pero todos los cuidados fueron inútiles. Una oleada de sangre, agolpándose al cerebro, le habia dejado sin vida.

## V.

Los dos años habian pasado desde los acontecimientos referidos en los capítulos precedentes. La fisonomía bajo la cual el lector conoce la granja de la Bastida-Nueva no se habia modificado. Reinaba en

ella la misma actividad que en otro tiempo. Nada habia cambiado sino los amos.

Muerto Rivarot, su mujer, desesperada, no le habia sobrevivido más que tres meses. Pascoul y Margarita habian dejado entónces su casita de Gordes para venir á ocupar la morada en que Rivarot y su mujer se habian amado. Margarita vivia ahora allí con su marido. Libre, dueña absoluta, se habia creado una existencia lujosa y coqueta que, por otra parte, no era un marco demasiado rico para su deslumbradora y soberana belleza.

Moulinet continuaba trabajando en la granja.

Habia querido abandonar el país cuando Pascoul habia ido á establecerse en él. Creia que debia temerle todo del nuevo amo. Se acordaba de la fatal noche-buena, cuyas dramáticas peripecias conoce el lector. Alimentaba en su corazón aquel desgraciado amor á Margarita, cuya existencia le habia revelado ella tan brutalmente y cuya locura le habia demostrado. Creyó que seria prudente partir.

—Quedaos, le dijo Pascoul. — De lo que pasó no se hablará más entre nosotros. No os tengo ojeriza por haber cumplido con vuestro deber. En cuanto á lo demas, Margarita lo ha olvidado y yo tambien.

Moulinet se quedó, decidido á servir á Pascoul con tanta lealtad como habia servido á Rivarot. Cumplió su palabra, y su nuevo amo no tardó en dispensarle toda su confianza.

Tales eran los cambios ocurridos en la Bastida-Nueva en dos años.

Habia quizás otros, pero eran de una naturaleza más íntima: la continuacion de este relato los hará conocer al lector.

Era en el mes de Setiembre á la caída de la tarde.

En el campo, en los días buenos, no hay hora más deliciosa que esa hora indecisa y crepuscular que precede á la noche. Todo es poesía; todo es misterio. Los prados se cubren de una niebla blanca y trasparente que deja ver los árboles como á tra-

ves de un prisma de cristal. Las estrellas, todavía un poco pálidas, comienzan á aparecer; entre la hierba, canta el grillo; en las rocas, en lo alto de los antiguos muros, las aves nocturnas dejan oír sus lastimeros gritos. Los labradores vuelven al hogar entonando alguna canción. Todo parece decir que la naturaleza y los hombres van á entregarse al descanso.

Tal es el aspecto que ofrecía la quebrada garganta en que está situado Gordes, la tarde de que hablamos. El sol acababa de ponerse detrás de las colinas del Lubéron, ese primer estribo de los Alpes. Los criados de la Bastida-Nueva volvían á la granja. En el gran patio, las mulas estaban colocadas en torno del abrevadero; las criadas encerraban en los gallineros á los habitantes del corral; un joven pastor conducía de la montaña las ovejas y las cabras.

Pascoul estaba sentado en un banco delante de la puerta principal de la granja.

Nadie hubiera podido reconocer, en aquel hombre de tez macilenta, mejillas descarnadas y ojos hundidos, al Pascoul fresco y vigoroso que, dos años antes, hacía meditar á la Valbray.

¿Salía de alguna larga crisis? No. Ningun médico había sido llamado á la Bastida-Nueva. ¿Padecía de una de esas enfermedades orgánicas de que la ciencia no puede darse cuenta? No era probable, porque hubiera sido imposible hacer constar en él ninguna lesión de los principales órganos, ninguna alteración interior. Estaba sencillamente fatigado, enervado, extenuado hasta el último extremo. La sávia que da la vida al cuerpo humano parecía agotada en el suyo. ¿Cómo se había verificado semejante transformación en tan poco tiempo? La naturaleza tiene secretos impenetrables. Quizás había amado á Margarita con demasiada pasión.

Lo que puede decirse, es que el mal que consumía á Pascoul no carecía de dulzura; le producía

una exaltación febril que le hacía dichoso y que al mismo tiempo absorbía su vida. Si hablaba á Margarita de su amor, tan violento como en los primeros días, se expresaba con una elocuencia infinita. Sus besos, como sus palabras, tenían el ardor del fuego, y parecía complacerse en su fatiga, su mal-estar y su extenuación, todavía impregnada de queridos recuerdos.

Pero no podía salir nada bueno de aquel amor desordenado, malsano, que no vivía más que de excitaciones, y que había destruido poco á poco una salud en otro tiempo tan vigorosa. Al cabo de dos años de matrimonio, Pascoul no tenía aún hijos, y á juzgar por su demacración y decrepitud precoces, debía perderse toda esperanza de que los tuviera.

Cuando él profundizaba estas cosas, á su pesar sentía una impresión muy semejante al terror. Pero las profundizaba poco, porque amaba apasionadamente, y Margarita era el único objeto de sus pensamientos. Su imaginación, siempre sobreexcitada, se la representaba sin cesar, y si ella no se encontraba á su lado, aún le parecía agradable estar solo, á fin de poder soñar con ella. Esto es lo que hacía aquella tarde, mientras que, sentado delante de la granja, con la mirada perdida en el horizonte, esperaba á su mujer.

De repente, un individuo apareció á su lado.

Era un joven que aun no tenía treinta años. De estatura poco elevada, llevaba sobre sus hombros, anchos y dobles, sobre su cuello robusto, una cabeza expresiva, cubierta de cabellos rubios y rizados. Tenía la frente ancha y cuadrada, la nariz vigorosamente dibujada, los labios rojos y gruesos, los ojos redondos y azules, la barba poblada y fuerte. Este conjunto parecía demostrar una gran energía de carácter y una fuerza hercúlea.

Fresco, listo y rozagante, con un cigarro en la boca, se acercó á Pascoul y le tendió la mano, dándole las buenas noches.

—¡Ah! sois vos, Furbicio,— respondió con languidez Pascoul, distraído de pronto de sus reflexiones.—¿Qué deseáis?

—¿No me habeis hecho llamar, señor Pascoul?— replicó Furbicio.

—Sí, es verdad; ahora lo recuerdo. Se trata de venderme un par de buenas mulas de labor. Es preciso que os veais con Moulinet, á quien concierne este asunto.

—Veré á Moulinet y procuraré complaceros.

Entonces el chalan preguntó á Pascoul por el estado de su salud, con la afabilidad interesada del mercader que trata de agradar á su pa roquiano.

—Os encuentro un poco debilitado,—le dijo.—En vuestro lugar, consultaría á los médicos.

—Pues yo no me siento débil,—dijo á su vez Pascoul.—Estoy fuerte.

Y, al pronunciar estas palabras, se levantó y echó á andar, á fin de probar á Furbicio que estaba en el pleno goce de todos sus miembros.

El chalan iba á su lado, hablando del mismo asunto y dándole consejos sobre el régimen que debía seguir.

Eran cerca de las ocho.

La noche habia cerrado completamente, pero la claridad de la luna permitia ver como en pleno dia.

En aquel momento, una de las ventanas del primer piso de la granja se abrió, y apareció una blanca vision: era Margarita. Una ligera gasa cubria sus brazos y sus hombros, dejando admirar sus delicados contornos. Una toquilla de lana blanca, colocada con coquetería, cubria sus hermosos cabellos. Era imposible imaginarse nada más admirable que aquella criatura. Margarita no tenía entonces más de veinte años. Su belleza se hallaba en todo su esplendor, más completa, más acabada que en la época de su matrimonio. Los ojos parecian más grandes, la tez más reposada; las carnes se habian cubierto de un reflejo dorado, que por la no-

che tenía un brillo incomparable. Más que nunca, Margarita merecia llevar el nombre de la diosa de los amores. Permaneció algunos momentos siguiendo con la mirada á Pascoul y Furbicio que andaban lentamente, volviendo la espalda á la granja. El primero se apoyaba en su baston, arrastrando al parecer con trabajo su enflaquecido cuerpo. El segundo, por el contrario, de buen corte, ancho de hombros, caminaba con paso firme y seguro. Jamás la fuerza y la debilidad personificadas en dos hombres se habian aparecido mejor con todos sus contrastes. Margarita no pudo ménos de advertirlo por su parte, mientras que una extraña sonrisa cruzó por sus labios. Cuando vió que los dos paseantes iban á volver hácia la granja, abandonó su sitio, cerró la ventana y bajó á reunirse con ellos.

Furbicio iba raras veces á casa de Pascoul. Conocia á Margarita por haberla encontrado en el pueblo, pero nunca habia estado cerca de ella. Puede comprenderse qué impresion sentiria cuando la vió adelantarse bella, soberbia, elegante.

—Aquí, teneis á mi mujer,—dijo Pascoul, cuyo semblante se animó y cuyo cuerpo pareció enderezarse.

Se adelantó al encuentro de Margarita; Furbicio se detuvo, echó una rápida mirada sobre su traje y se descubrió.

—Es Furbicio, tratante en caballos,—dijo Pascoul á su mujer.

El chalan saludó profundamente.

—Si teneis que hablar con mi marido, señor Furbicio, es preciso que ceneis con nosotros.

Ante esta invitacion formulada por una voz melodiosa, en la boca de una mujer tan bella, Furbicio quedó alucinado, y apenas pudo contestar que sólo tenia que entenderse con Moulinet.

—No importa. Mi mujer ha tenido una buena idea,—dijo Pascoul.—Cenad con nosotros; vereis á Moulinet despues.

Furbicio aceptó, y entraron en la granja.

La mesa estaba puesta en un comedor como se ven pocos en los pueblos. El viaje que había hecho á Marsella con Pascoul, ántes de su casamiento, había desarrollado en Margarita el gusto del lujo y de la comodidad, y desde que era dueña en la casa, la habitacion de los amos se había trasformado tan completamente, que la Bastida-Nueva, al ménos en este sentido, no tenía de granja más que el nombre.

Al aspecto de una bonita lámpara, suspendida sobre la mesa cubierta de un blanco mantel y de una hermosa vajilla de plata; á la vista de dos aparadores de madera negra tallada, que estaban en la Bastida-Nueva hacía medio siglo, Furbicio creyó hallarse en un palacio. La exquisita amabilidad de Margarita contribuía á aumentar su ilusion.

—¿Sois casado, señor Furbicio?—le preguntó ella durante la cena.

—Sí, señora.

—¿Teneis hijos?

—Sí, señora, tengo dos.

Fué preciso arrancarle de este modo las palabras.

Es que se hallaba agitado de una manera extraña por dos sentimientos muy opuestos. Por una parte, comparaba su mujer, que no era más que una aldeana; su casa, que no era más que una casa de aldeano; su fortuna, que sólo le proporcionaba un mediano pasar, con la fortuna, con la casa, con la mujer de Pascoul.

Y entónces envidiaba la suerte de aquel hombre.

Pero cuando ponía en parangon su vigorosa salud, su buen apetito, su fuerza hercúlea, con la fuerza, el apetito, la salud de Pascoul, comprendía que era ménos digno de lástima, y sus deseos se resumían de este modo:

«¡Tener lo que tengo y tener lo que él tiene!»

Durante este tiempo, Margarita le examinaba con atencion, y sus ojos se encontraron varias veces.

Partió despues de la cena, y Moulinet, que le había esperado á la puerta del comedor, se ofreció á acompañarle, á fin de poder hablar con él del asunto que le había llevado á la granja.

—¿Me amas, angel mio?—dijo Pascoul á su mujer cuando estuvieron solos.—Estás triste.

A esta pregunta, que la sorprendió pensando en Furbicio, Margarita miró á su marido.

—¿Si te amo!—le dijo;—¿pues no lo sabes?

Se levantó de su sitio y fué á arrodillarse cerca de ella.

—Levántate, Pascoul; alguien puede entrar.

—Entónces, un beso.

—No, aquí no.

—Uno solo, te lo suplico.

Ella le besó con rapidez, febril, impaciente; y como él se admirara de aquella frialdad:

—No quiero que te agites,—le dijo casi colérica y en voz baja, mirándole fijamente.

El se levantó con trabajo.

—¿Por qué me hablas así?—la preguntó tristemente.—Es la primera vez que eso te sucede.

—Te veo tan débil!

—Débil yo! ¿qué disparate! Si estoy muy fuerte, fuerte como Furbicio,—añadió sonriendo.

—¡Oh! yo creo que exageras,—dijo Margarita contemplándole.

Despues abrió la puerta, llamó á una criada, dió una orden y salió.

Subió á su cuarto, y allí, sola, de pie delante de un espejo que reproducía su imágen, se dijo con frialdad:

—Decididamente, ese Furbicio me gusta.

Al salir de la granja de la Bastida-Nueva, Furbicio volvió á su casa. Vivía en la aldea de Fontblanche, al otro lado de Gordes.

Fontblanche no tiene más que ocho ó diez casas, aun suponiendo que se quiera llamar así la choza habitada por la Valbray, y en la cual hemos introducido ya á nuestros lectores. Una de ellas pertenecía á Furbicio. Había sido construida en las dependencias de un castillo que los aldeanos quemaron en la época del Terror. Esta casa era de apariencia sombría. Sus gruesas paredes estaban ennegrecidas por el tiempo; sus ventanas eran de tamaño desigual: las del piso bajo cuadradas, las del principal en forma de claraboya. Sobre la puerta había una gran muestra en la que se leían estas palabras: *Furbicio, tratante en caballos*. Detrás de la casa había una cuadra, y más allá de esta cuadra un gran prado cerrado con tablas, en el que se soltaban las bestias para que paciesen la hierba fresca.

El comercio de Furbicio consistía principalmente en recibir en depósito caballos, mulas, asnos, y en venderlos por cuenta de los dueños, cobrando una comision sobre el precio de la venta. En Apt, en Avignon, en Carpentras, hay mercados varias veces al mes. A estas poblaciones conducía Furbicio sus pupilos, y en ellas tomaba otros nuevos. Escaso de dinero, no podia extender su comercio tanto como hubiera deseado, y uno de sus disgustos era no ser bastante rico para dedicarse á comprar por su propia cuenta.

Sin embargo, sus operaciones, tal como él las hacía, no dejaban de ser lucrativas. Su producto

hubiera bastado para asegurar la suerte de su mujer y sus dos hijos, si hubiera manejado sus negocios con un poco de orden. Pero era jugador; le gustaba beber. Generalmente, los dias de mercado no volvía á su casa por la noche, ó si volvía, era medio borracho y con los bolsillos considerablemente aligerados por las pérdidas que habia tenido jugando con otros chalanés más hábiles ó más afortunados que él.

Su mujer merecía un marido mejor. Era una pequeña criatura, de poca salud, pero llena de corazón, amante, apasionada y bastante bonita. Nunca se la oía quejarse, y sus vecinas decían á menudo:

—Es preciso que Brígida Furbicio tenga una gran paciencia para aguantar á un hombre como ese.

La verdad es que ella le amaba. Sin embargo, en cinco años que llevaban casados, no habia tenido más que motivos de queja. Su pequeña dote estaba consumida. Para alimentarse ella y sus hijos, se veía obligada á coger dinero durante la noche de los bolsillos de su marido, mientras que él dormía, y á coger muy poco, para que él no advirtiese al dia siguiente aquella sustraccion legitima. Solo á fuerza de orden, de economía, conseguía vestirse con decencia y proporcionar algun bienestar á las dos pequeñas criaturas que habia tenido de aquel miserable. Su juventud se pasaba triste y solitaria. Su belleza desaparecía todos los dias borrada por las lágrimas.

Entretanto, Furbicio iba á las ferias, á los mercados, elegantemente vestido, porque compraba sus trajes y su ropa blanca en Avignon. Llevaba sortijas en los dedos, un alfiler en su corbata. Era el héroe de las fiestas de los pueblos, cortejaba á las muchachas, y no tenia ningun escrúpulo en turbar la paz de las familias.

Brígida no conocia ni la mitad de sus excesos; pero sabía lo bastante para no hacerse ilusiones so-

bre su triste porvenir. Cruelmente experimentada, se había acostumbrado á vivir en perpetua alarma. A cada instante esperaba ver caer sobre ella una catástrofe más terrible todavía que todo lo que había sufrido.

A pesar de los horrores de semejante vida, amaba á Furbicio; le amaba por deber, porque ella había sido educada cristianamente, él era el padre de sus hijos y recordaba sin cesar los tres primeros meses de su matrimonio, durante los cuales la había hecho muy feliz. En el sentimiento que experimentaba había algo de admiración. Porque le veía elegante, decidior, aquella ingenua criatura, en quien parecía encarnada una bondad divina, le creía de una naturaleza superior á la suya. Alguna vez, en el momento en que más sufría por sus vicios, se decía que, despues de todo, debía estar orgullosa de pertenecer, aun de lejos, á un hombre tal como él, y que la había hecho un gran honor yendo á buscarla entre las más humildes muchachas de Gordes.

A la hora en que Furbicio cenaba en la Bastida-Nueva, su mujer le esperaba. Ella sabía que aquel día no se celebraba ningún mercado en los alrededores y que no había salido de la comarca. Preparó, pues, la cena con algun cuidado, como para una fiesta. ¿No era para ella una fiesta la presencia de Furbicio?

La hora pasó; le esperó todavía. Despues, renunciando á verle llegar, cenó sola entre sus hijos, subió con ellos, les colocó en sus cunas, y cuando se durmieron volvió á bajar y se puso á coser. Pero sus pensamientos eran tristes; algunas veces tuvo que suspender el trabajo: las lágrimas oscurecían sus ojos.

Por fin, él entró: estaba de buen humor. Ella le sintió venir de lejos cantando. Creía que vendría borracho. Por la primera vez, despues de mucho tiempo, tuvo una agradable sorpresa.

—¿Me has esperado, mujer? —dijo al entrar.

—Sí, amigo mio, —contestó ella olvidando ya sus penas ante la dulzura de su lenguaje.

—He ido á evacuar un asunto á la Bastida-Nueva. Pascoul me ha hecho quedarme á cenar.

Ella le contempló con una sorpresa mezclada de placer. Había sido convidado en la granja. Luego apreciaban sus cualidades. Era feliz y orgullosa por él.

—¡Bien pueden, —continuó él, —alabarse de llevar una gran vida! Sin cuidados; una casa donde todo está á medida del deseo; dinero en abundancia.

—Dicen, sin embargo, que Pascoul está muy enfermo, —objeto ella.

—¡Bah! —dijo él, —conozco su enfermedad. Se cura de ella. Es rico.

—Tambien nosotros podríamos serlo, si tú quisieras, amigo mio. Tú ganas dinero: en tí está el economizar.

Ella esperaba una tormenta, y ya sentía no haber sabido contener una frase tan audaz; pero él se contentó con reír á carcajadas.

—¿Crees tú que Pascoul economiza? No se priva de nada; su mujer tiene unos trajes que deben costarle caros. Pero es rico, y el dinero llama dinero. Ahí tienes todo el secreto. Es como el agua que va al río. Todo eso cambiará; todo eso cambiará, —añadió aparte, encendiendo un quinqué.

Y sin decir nada más, se fué á acostar. Necesitaba meditar en los incidentes de la noche.

Al día siguiente, estaba de pie al nacer el sol, y salió en seguida para dirigirse á la cabaña de la Valbray.

La puerta estaba abierta. La dueña de aquel chibitil, en cuclillas delante del fuego, vigilaba con cuidado una pequeña vasija llena de café en ebullición.

Volvió la cabeza y reconoció á Furbicio.

—Llegas á tiempo, —le dijo, —si quieres tomar buen café.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

to 1625 MONTERREY, MEXICO

—No es cosa de negarse, vieja,—respondió.

Y sentándose en una de las dos sillas que amueblaban la única pieza de aquel palacio de la miseria, esperó silbando entre dientes. La Valbray se levantó luego, tomó dos tazas desportilladas, las llenó de café, colocó una delante de Furbicio, y le dijo:

—Ya tiene azúcar.

Una sonrisa amable le dió las gracias. Bebió el humeante licor, á pequeños sorbos, y despues, dirigiéndose á la Valbray:

—¿No habreis olvidado, anciana,—le dijo,—el rapto de Margarita Rivarot?

—No por cierto; tú me prestaste ayuda y has guardado fielmente el secreto. Pero tambien recibiste una buena cantidad de dinero. Va á hacer dos años por Navidad que pasaron esos sucesos.

—¿Recordais haberme dicho entónces que la hermosa que acabábamos de robar no era bocado para mí?

—Sin duda.

—Pues bien, creo que os equivocasteis.

Al oír tan singular declaracion, la Valbray lanzó una exclamacion de sorpresa, dió dos pasos hácia Furbicio, y cruzando los brazos:

—¿Es verdad lo que dices, parlanchin?

—Pues yo lo creo. Juzgad si no.

Y la contó en sus menores detalles la cena de la vispera, la hizo tocar con el dedo las mil particularidades que su ingenio sutil habia comprendido, y que le probaban que, á primera vista, Margarita se habia ocupado de él.

—¿Pobre Pascoul!—dijo la Valbray meneando la cabeza.

—No le compadezcáis, anciana. Si sucede lo que preveo, le habré hecho un gran servicio, porque se curará y me lo deberá á mí.

—La verdad es que el pobre muchacho se ha estropeado mucho en pocos meses.

—Ahora que conoceis mi secreto, ¿estais dispuesta á servirme?—preguntó Furbicio.

Y como ella no contestára:

—Voy á verme obligado á obrar con prudencia, para no despertar las sospechas del marido. Hasta ahora yo no iba á la granja más que muy raras veces. No quiero que por el pronto me vean allí con frecuencia. Pero, á no dudar, tendré que remitir cartas, mandar recados y recibirlos. ¿Puedo contar con vos? No os pesará.

—Este hombre no duda de nada,—exclamó ella alegremente, engolosinada por la esperanza del lucro.—Forma sus planes como si lo que desea hubiera sucedido ya.

—Sucederá,—contestó él.

Despues añadió:

—Ireis hoy á la granja. Creo que Margarita os hablará de mí.

Dicho esto, salió. Habia mercado en Cavaillon y no queria faltar á el.

A la misma hora, Margarita pensaba en él, con esa exaltacion peculiar á las naturalezas meridionales. La noche habia sido para ella mala consejera. Honra de su nombre, dignidad, marido, nada significaban en su opinion. Estaba decidida á no hacer resistencia al nuevo sentimiento que la dominaba.

La entrada de la Valbray fué una alegría para ella. Podia hablarla de Furbicio.

—¿Le conoceis?—preguntó despues de haberle nombrado.

—Sí le conozco, yo lo creo, y hace mucho tiempo. Es vecino mio; un hombre muy amable.

—¿Su mujer es bonita?

—Ya empiezan los celos,—pensó la Valbray.

Y en alta voz, contestó:

—¡Bonita! como una aldeana. Comparada con vos, querida mia, es un cardo al lado de una rosa.

La certidumbre de ser más hermosa que su rival

hizo asomar una sonrisa á los labios de Margarita. En seguida preguntó á la Valbray acerca de las costumbres de Furbicio. Esta la hizo un halagüejo retrato del chalan. La jóven hebía sus palabras con delicia. Despues tuvo un movimiento de cólera, y la Valbray la oyó exclamationar:

—¡Ah! ¿por qué estoy casada?

—¿Teneis por qué quejaros de Pascoul?

—No; ¿pero puedo regocijarme de estar unida á un sér débil?

—Pues cuando os casasteis con él era un hombre hermoso.

—¡Hermoso! sí, como una muchacha.

Estas últimas palabras fueron dichas con una amargura que la Valbray comprendió perfectamente. Conocía el corazón de Margarita. Había tenido sus confidencias de soltera; ahora recibía sus confidencias de casada. Las primeras explicaban las segundas. Lo escuchó todo hasta el fin, y tuvo la habilidad de no revelar que Furbicio había estado en su casa por la mañana. Pero al marcharse, sabía que este último no había exagerado nada.

—Estoy á vuestra disposición, querida; pero, por Dios, sed prudente.

Esta recomendacion la hizo con engañoso acento, y partió colmada por Margarita de toda clase de regalos.

—Si sé manejar me,—se dijo,—mi vida de hoy en adelante no me costará ya nada y será mejor. Estos dos locos me darán cuanto necesite.

En cuanto se retiró la Valbray, Margarita salió á dar un paseo por el campo. Tenía necesidad de movimiento y de aire. Además, estaba libre. Pascoul no se hallaba en la granja.

En lugar de dirigirse hácia Gordes, volvió la espalda al pueblo, no queriendo encontrar á nadie que pudiera dirigirla la palabra. Bien pronto se encontró en el camino de Cavaillon. Eran cerca de las cinco. El dia había sido muy caluroso. Relámpa-

gos cada vez más frecuentes y el ruido sordo del trueno anunciaban la proximidad de una tempestad. Margarita no veía nada, no oía nada. Caminaba por los solitarios campos entregada por completo á sus culpables pensamientos. Rápidas imágenes pasaban por delante de sus ojos, y sus dilatadas narices parecían aspirar un aire cargado de perfumes voluptuosos y penetrantes.

De repente empezaron á caer gruesas gotas de lluvia, que vinieron á distraerla de sus reflexiones. Quiso volverse atras. Pero había recorrido un gran trecho, y ántes de llegar á la granja no había ningun sitio donde guarecerse. Entónces abrió una pequeña sombrilla y apretó el paso.

Pronto descubrió una guarida. En el punto donde se encontraba, el camino está encajonado entre dos rocas elevadas. Estrecha en su base, ancha en su vértice, una de aquellas rocas avanzaba atrevidamente sobre el camino, como el arco de un puente que hubiera sido cortado por el medio y del que una mitad solamente hubiera quedado en pié. Bajo aquella vasta seta de piedra fué donde corrió á refugiarse. Había allí una especie de nicho; se acurrucó en él, estrechamente envuelta en su vestido, y miró cómo caía la lluvia. A la sazón caía con violencia, azotada furiosamente por el viento, iluminada por rápidos relámpagos. El trueno sonaba encima de las rocas con estallidos formidables que el eco repercutia largo rato. En medio de todos aquellos ruidos, Margarita creyó oír el galope de un caballo y el rodar de un carruaje. Escuchó con más atención, y reconoció que no se había equivocado. El carruaje se acercaba cada vez más; algunos minutos despues se detuvo bajo la roca.

Metida en su encontrado abrigo, no atreviéndose á sacar la cabeza, Margarita no podía ver al conductor. Este último tampoco la vió á ella. Creyéndose solo, saltó con rapidez á tierra, renegando del tiempo, tomó en su carruaje una manta y la echó

sobre su caballo, cubierto de sudor y de lluvia.

Entonces Margarita dió un paso fuera de su guarida para tratar de reconocer á su nuevo compañero. Fué en vano; estaba al otro lado de su caballo y oculto detras de él. Pero lo que la llamó la atención, fué que aquel birlocho, montado sobre dos ruedas, cubierto con una capota forrada de indiana, no la era desconocido. En efecto, en seguida recordó que en aquel coche habia recorrido el trayecto de Gordes á Avignon la noche en que Pasoul la habia robado de la Bastida-Nueva. ¿Sería este recuerdo el que hizo latir su corazón? No; pero sabía que aquel carruaje pertenecía á Furbicio.

—¡Cielos! —pensó— ¡si fuera él!

En aquel momento el hombre dió un paso, y pudo ver su semblante: era Furbicio.

Por su parte, él acababa de divisar á Margarita, y repuesto de su primera sorpresa, se adelantó hácia ella:

—¿Vos aquí, señora,—la dijo,—y con un tiempo semejante?

Ella le contestó que la tempestad habia interrumpido su paseo y que habia tenido que refugiarse bajo la roca.

—A fe mía,—exclamó él,—es una felicidad para mí haber sido sorprendido de la misma manera.

Ella no se atrevió á decirle que tambien para ella era una felicidad.

—Es preciso salir de ese agujero,—continuó.— Subid al carruaje. Allí estareis con toda comodidad.

Ella sonrió y contestó con dulzura:

—Teneis razon; estaré mejor.

El la ofreció la mano, fascinado por su belleza, por el metal de su voz, por la delicadeza de su cutis, por el perfume que exhalaba, y la ayudó á colocarse sobre los almohadones del birlocho, sin olvidarse de echar una manta sobre sus rodillas. Despues se quedó de pié en el camino, silencioso, apo-

yado contra el caballo y ocupado en contemplarla, mientras que ella miraba á otro lado. Sus corazones latian con violencia.

Entretanto, la lluvia aumentaba. Margarita lo advirtió, y volviéndose á Furbicio:

—Os estais mojando, señor Furbicio,—le dijo.— Queda un asiento en el carruaje. Ocupadle.

Al mismo tiempo recogia su vestido. El vacilaba.

—Subid, pues,—le dijo.—Yo lo quiero.

El obedeció en silencio y tomó asiento al lado de Margarita, cuyos ojos estaban lánguidos y húmedos.

Estaban sentados juntos, arrimados el uno al otro, en aquel estrecho carruaje, en un camino, sin temor á las miradas indiscretas.

Margarita esperaba que Furbicio la hablara, que revelara las disposiciones de su alma. Ella quería ser amada de aquel hombre, que encontraba hermoso, y con quien habia soñado desde la vispera. Entonces comprendia la diferencia que existia entre el sentimiento que habia experimentado por Pasoul y el que la inspiraba Furbicio. El primero habia sufrido su encanto y obedecido á sus seducciones. En Furbicio, por el contrario, veia un dueño, ante el cual se sentia dispuesta á ser humilde y amable.

Hubiera deseado expresarle todo esto, pero no se atrevia.

Furbicio no estaba ménos conmovido que Margarita. ¿Cómo aquel hombre de treinta años, de pasiones fuertes, de sangre ardiente, de cerebro quemado por el sol de su país, habia de permanecer insensible junto á aquel cuerpo jóven, robusto, divinamente hermoso, que sentia palpitar bajo sus ojos?

—¿Sabeis,—dijo por fin despues de haber hecho un esfuerzo,—que el carruaje en que estamos en este momento es el que os llevó á Avignon hace dos años con vuestro marido?

—Creia haberle reconocido,—dijo ella.

—Debeis tenerle cariño

—Le tengo cariño, en efecto; pero no por el recuerdo que traeis á la memoria.

Ella dijo estas palabras sin inmutarse, y Furbicio leyó claramente en sus ojos estas otras, que no pronunció: «Le tengo cariño porque estoy en él con vos.»

—¿Le tendriais tambien cariño—replicó él con calor, animado por las miradas de Margarita—si diera con el látigo á este caballo y os llevara lejos de aquí?

Sus ojos despedían fuego, su robusto pecho se agitaba con violencia. Se apareció espléndido á Margarita.

Ella se dejó caer sobre él.

El la cogió en sus brazos, palpitante y vencida.

—¡Ah! ¡querido mio!—murmuró ella.

En aquel momento el sol atravesaba las aligeradas nubes.

La tempestad había cesado.

## VII.

—¿Cómo volvernos á ver?

Esta fué la pregunta que Furbicio y Margarita se habian hecho al separarse.

Desde el día siguiente, cada uno por su parte trabajó para resolverla.

En apariencia, nada más sencillo; en realidad, nada más difícil. Por una parte, las visitas de Furbicio á la Bastida-Nueva no podían ser muy frecuentes á no estar justificadas. Importaba, ante todo, no despertar las sospechas de Pascoul. Por otra parte, le era imposible á Margarita ir á casa de Furbicio, que estaba casado. Quedaba la casa

de la Valbray, siempre dispuesta para esta clase de citas; pero la distancia de la Bastida-Nueva á Fontblanche es larga, sobre todo para una mujer. ¿Cómo iba á explicar Margarita á Pascoul sus frecuentes viajes?

La belleza de Margarita era tambien un obstáculo á correrías de esta especie. Para ir á Fontblanche es necesario atravesar Gordes. Ahora bien: la mujer de Pascoul era de aquellas que llaman la atencion. Cuando pasaba por el pueblo, se lo decían. Los aldeanos se volvian para admirarla. En las puertas, en las ventanas, los curiosos aparecian. ¡Era tan distinguida, tan notable en todos sentidos!

Una inteligente complicidad venció estos obstáculos. Por de pronto, Furbicio encontró mil causas para dar largas al asunto que tenía pendiente con el propietario de la Bastida-Nueva. De aquí los pretextos para presentarse en la granja.

Margarita, por su parte, trabajaba activamente. Vió al médico de Gordes, le hizo presente el estado de salud de su marido. Pascoul, á instancias de su mujer, tuvo con el doctor una larga entrevista, cuyo resultado fué separarle de la habitacion que ocupaba con Margarita desde el principio de su matrimonio.

Libre por este lado, la jóven no temió dar una cita á Furbicio durante la noche, en aquella habitacion que debía haber sido sagrada para ella. La ventana por la cual habia salido, dos años ántes, para huir con Pascoul, se abrió una noche para Furbicio. Este se marchó una hora ántes de amanecer, impregnado todavía de los besos de su querida.

Desde entónces, el uno y el otro obraron bajo la presión de un extremado delirio.

La primera cita fué seguida de otras semejantes. Con ese descaro que en otro tiempo habia indignado á su padre, Margarita prodigaba á Pascoul los cuidados más tiernos y afectuosos. Por la noche, le

—Creia haberle reconocido,—dijo ella.

—Debeis tenerle cariño

—Le tengo cariño, en efecto; pero no por el recuerdo que traeis á la memoria.

Ella dijo estas palabras sin inmutarse, y Furbicio leyó claramente en sus ojos estas otras, que no pronunció: «Le tengo cariño porque estoy en él con vos.»

—¿Le tendríais tambien cariño—replicó él con calor, animado por las miradas de Margarita—si diera con el látigo á este caballo y os llevara lejos de aquí?

Sus ojos despedían fuego, su robusto pecho se agitaba con violencia. Se apareció espléndido á Margarita.

Ella se dejó caer sobre él.

El la cogió en sus brazos, palpitante y vencida.

—¡Ah! ¡querido mio!—murmuró ella.

En aquel momento el sol atravesaba las aligeradas nubes.

La tempestad había cesado.

## VII.

—¿Cómo volvernos á ver?

Esta fué la pregunta que Furbicio y Margarita se habian hecho al separarse.

Desde el día siguiente, cada uno por su parte trabajó para resolverla.

En apariencia, nada más sencillo; en realidad, nada más difícil. Por una parte, las visitas de Furbicio á la Bastida-Nueva no podían ser muy frecuentes á no estar justificadas. Importaba, ante todo, no despertar las sospechas de Pascoul. Por otra parte, le era imposible á Margarita ir á casa de Furbicio, que estaba casado. Quedaba la casa

de la Valbray, siempre dispuesta para esta clase de citas; pero la distancia de la Bastida-Nueva á Fontblanche es larga, sobre todo para una mujer. ¿Cómo iba á explicar Margarita á Pascoul sus frecuentes viajes?

La belleza de Margarita era tambien un obstáculo á correrías de esta especie. Para ir á Fontblanche es necesario atravesar Gordes. Ahora bien: la mujer de Pascoul era de aquellas que llaman la atencion. Cuando pasaba por el pueblo, se lo decían. Los aldeanos se volvían para admirarla. En las puertas, en las ventanas, los curiosos aparecían. ¡Era tan distinguida, tan notable en todos sentidos!

Una inteligente complicidad venció estos obstáculos. Por de pronto, Furbicio encontró mil causas para dar largas al asunto que tenía pendiente con el propietario de la Bastida-Nueva. De aquí los pretextos para presentarse en la granja.

Margarita, por su parte, trabajaba activamente. Vió al médico de Gordes, le hizo presente el estado de salud de su marido. Pascoul, á instancias de su mujer, tuvo con el doctor una larga entrevista, cuyo resultado fué separarle de la habitacion que ocupaba con Margarita desde el principio de su matrimonio.

Libre por este lado, la jóven no temió dar una cita á Furbicio durante la noche, en aquella habitacion que debía haber sido sagrada para ella. La ventana por la cual habia salido, dos años ántes, para huir con Pascoul, se abrió una noche para Furbicio. Este se marchó una hora ántes de amanecer, impregnado todavía de los besos de su querida.

Desde entónces, el uno y el otro obraron bajo la presión de un extremado delirio.

La primera cita fué seguida de otras semejantes. Con ese descaro que en otro tiempo habia indignado á su padre, Margarita prodigaba á Pascoul los cuidados más tiernos y afectuosos. Por la noche, le

acompañaba á su habitacion, le abrazaba como una mujer enamorada, y despues de separarse de él, se hermosteaba para Furbicio.

Las vendimias tienen lugar generalmente en el mes de Octubre, y todos los años acudia á la granja un sinnúmero de trabajadores, á los que se les alojaba por la noche como se podia. Su presencia fué un obstáculo para aquellas indignas citas; Margarita cambió de stratagema. Durante el dia, mientras que los vendimiadores estaban diseminados en las viñas, en las bodegas, en el lagar, iba á ocultarse en un hórreo, y Furbicio iba allí á buscarla.

—Estoy deseando que se marche toda esa gente,—decia entonces Furbicio.—Aquí no me pertenez bastante. Estoy siempre con cuidado por temor de ser sorprendido.

—Sí, tienes razon,—contestó Margarita.—Y despues este hórreo no es un sitio digno de nuestro amor.

Por esta época fué cuando Moulinet empezó á concebir algunas sospechas. Un detalle insignificante en apariencia le abrió los ojos.

Por dar gusto á su querida, Furbicio se habia retratado en casa de un fotógrafo de Avignon. El dia que le mandaron los retratos, llevó varios á Margarita; ella escogió uno, que colocó sobre su corazon. Al guardar los otros en su cartera, Furbicio perdió dos.

Moulinet los encontró en el hórreo.

Este descubrimiento le causó un dolor atroz. Sufrió más todavia que cuando en otro tiempo habia sabido el amor de Margarita por Pascoul. Lloró durante una noche, interrumpiendo sus lágrimas para preguntarse acerca de lo que debia hacer.

Decírselo todo á Pascoul, ésta fué la primera determinacion que le sugirieron los celos. ¡Dírcelo todo! no se atrevió. Y además, temia que Pascoul, cegado por su amor, no quisiera dar crédito á aquella denuncia. ¡Ah, cómo en su egoismo envidió

la suerte de Furbicio, cómo maldijo el destino que le habia hecho nacer feo y le habia dejado en la ignorancia.

—¡Ah!—exclamó;—cuando pienso que yo hubiera podido conocer la dicha que esos dos hombres han probado!

Y al envidiar á Furbicio, no compadecia á Pascoul; hasta experimentaba en medio de su coraje una feroz alegría al saber que era engañado. Por eso no habló.

Despues de una noche febril, durante la cual, en el paraisimo de su desesperacion, se habia tirado diez veces por el suelo, se decidió á hablar á Margarita.

—Aquí teneis lo que he encontrado,—dijo presentándola los retratos de Furbicio.—Ese hombre debería ser más prudente, y, si os ama, arreglarse de modo que no os perdiera.

Margarita cogió los retratos con cólera, y, en vez de justificarse, como hubiera podido hacerlo, contestó descaradamente:

—¿Qué siempre os he de encontrar en mi camino! ¿Os habeis propuesto vigilar todas mis acciones, y vais á tener celos de Furbicio, como los tuvisteis en otro tiempo de Pascoul? Tened cuidado! Yo soy aquí el ama; pu do despediros.

—No, no,—exclamó él cayendo á sus piés,—no me despidais! Sí, es verdad, tengo la desgracia de estar locamente enamorado de vos. No es culpa mia. He hecho todo lo posible por olvidar, no he podido; pero os he dicho nunca una palabra de este mal que me corroe? ¿Qué deseais de mí? Mirad, yo faltaré á la confianza que Pascoul ha depositado en mí; os serviré, serviré á Furbicio, vigilaré en torno vuestro. Si algun peligro os amenaza, yo lo sabré y os lo diré. Tendreis en mí un perro vigilante, fiel para vosotros y feroz para vuestros enemigos. ¡Pero, por piedad, no me despedais!

Aquel hombre feo, que decia estas cosas en un

lenguaje inculco y con una voz ahogada por las lágrimas, estaba á la vez conmovedor y grotesco.

—¡Ah!—dijo Margarita, insensible á todo lo que no fuera su amor,—en dos años vuestras ideas se han modificado. En otro tiempo se lo hubieras contado todo á mi marido.

—Es que,—exclamó él,—¡os amo todavía más que en otro tiempo!

Este grito tan patético y tan verdadero no la conmovió. Se sonrió desdenosamente, se encogió de hombros y se alejó. El desgraciado fué desde entónces el cómplice del crimen que llevaba la deshonra bajo el techo de su amo.

En tanto que pasaban estos diversos incidentes, Pascoul, lleno de confianza en su mujer, observaba el régimen riguroso que el médico le habia impuesto. En ningun tiempo le habia prodigado Margarita más tiernos cuidados.

El los tomaba por un aumento de afecto, cuando en realidad no eran más que un medio de impedir que cayera de los ojos de su marido la venda que habia colocado sobre ellos.

Furbicio, por su parte, no habia perdido el tiempo. Al principio, habia ido á la granja con el pretexto de arreglar las cuerdas. Despues, se habia mostrado tan amable con Pascoul, que este último no tardó en tomarle cariño. El chalan se aprovechó de esta circunstancia para ir con más frecuencia. Subia á la habitacion del enfermo; le contaba, para distraerle, las historietas del país; jugaba á las cartas por complacerle, ó ajustaba sus cuentas, haciéndole así una porción de favores que el arrendador debia agradecerle.

Poco á poco llegó á ser el comensal de la casa. Pascoul ya no podia pasarse sin él. Citaba sus palabras, reía de sus chistes, seguía todos sus consejos. Luégo Furbicio ya no tuvo ningun inconveniente en pasar los dias enteros en la granja, y encontró mil ocasiones de acercarse á Margarita.

Un dia, Pascoul, cuya salud se iba restableciendo, indicó el deseo de acompañar á Furbicio al mercado de Carpentras. Salieron por la mañana de la Bastida-Nueva, en el carruaje del arrendador, para no volver hasta la noche. Pero el cansancio del viaje le sentó mal á Pascoul; á la vuelta, á algunas leguas de Gordes, se puso bastante malo. Furbicio se detuvo con él en una posada, declarando que pasaria allí la noche. Colocó al enfermo en una buena habitacion, le hizo acostar y salió en seguida.

—Tengo necesidad de volver á Gordes esta misma noche,—dijo al posadero.—Hacédselo presente á mi amigo, advirtiéndole que vendrán á buscarle mañana.

Y, sin ver á Pascoul, partió inmediatamente para reunirse con Margarita.

Otros incidentes del mismo género se produjeron durante los primeros meses de aquella relacion criminal, como si todo hubiera conspirado para favorecerla.

Una noche, sin embargo, la imprudencia de Margarita estuvo á punto de echarlo todo á perder.

Furbicio habia cenado en la granja con Federico Borel. La cena, durante la cual los convidados habian estado muy alegres, acababa de terminar, y el arrendador esperaba con impaciencia el momento de pedir las cartas y organizar una partida de sacanete. Furbicio, acostumbrado á jugar aquel juego con sus compañeros los chalanes, se le habia enseñado, y Pascoul le habia tomado una gran afición.

—Me debeis una revancha,—dijo á Furbicio.

Trajeron las cartas. La partida empezó; Margarita y Federico tomaron parte en ella.

Margarita perdió, se quemó, y pronto se quedó sin un céntimo, por más que las puestas fueran muy pequeñas. En un momento, Pascoul tomó la baraja, y pasó varias veces con perjuicio de las tres personas que jugaban con él.

—¡Copo!—exclamó Margarita exasperada. Había seis francos en la mesa. Pascoul tiraba las cartas muy despacio. Sentada enfrente de su marido, entre su primo y su amante, Margarita con los codos sobre la mesa y la barba entre sus manos, seguía con ansiedad la partida. Sus ojos brillaban; sus labios estaban apretados. Esperaba con impaciencia: Pascoul ganó.

—Hay doce francos,—dijo.

—Copo,—contestó ella con viveza.

Y añadió:

—Préstame dinero, Furbicio. Se me ha concluido el que tenía.

A esta interpelacion inesperada, Furbicio se quedó consternado. Federico miró á Pascoul, éste miró á su mujer, mientras que Moulinet, que acababa de entrar, se detenía de pronto, estupefacto y helado de espanto.

—¿Qué diablos estás diciendo?—dijo Pascoul á Margarita.

—Yo no sé lo que me digo,—contestó ella.—Hablaba á Federico. Tened la bondad de dispensarme, señor Furbicio. Está visto, no juego más, pierdo la cabeza.

Y, precipitadamente, se levantó de la mesa, y corrió á encerrarse en su cuarto para reponerse de la emocion que acababa de experimentar. Algunos instantes despues, Furbicio salió de la granja para volver luego y reunirse con Margarita. En cuanto le vió, se arrojó á su cuello llorando.

—Perdóname,—le dijo;—he estado á punto de perdernos, de perder nuestro amor. En adelante tendré cuidado. Pero esta sujecion es insopportable. ¡Ah! ¿por qué no soy tu mujer?

Furbicio no contestó, pero aquella palabra quedó grabada en él para siempre.

El día siguiente, Federico Borel, que había dormido en la granja y que iba á marcharse para volver á Apt, donde vivía, hablaba con Moulinet.

—¿La interpelacion dirigida por Margarita á Furbicio no os pareció singular?—preguntó.

—Si se dirigía á vos,—contestó Moulinet,—¿dónde está la singularidad? Hubo un error de nombre, nada más.

Se había propuesto obligar á Margarita á que le tomara cariño, defendiéndola contra todos y contra ella misma.

—De todos modos, es muy extraño equivocarse así,—hizo notar Federico.

—Tan extraño como queráis. Yo lo encuentro muy natural.

Esta contestacion no convenció á Federico. Aquella escena le llamó la atención, y de ella nacieron sus sospechas poco despues.

Pascoul no concibió ninguna. Tenía en su mujer una ilimitada confianza, que no podia alterarse por una palabra pronunciada en un momento de cólera y explicada inmediatamente. Desde la entrada de Furbicio en su casa, sentía que le volvían las fuerzas. Ya no tenía aquel color cadavérico que en otro tiempo le asustaba. Su cuerpo recobraba la robustez; sus ojos su antigua viveza.

—Esto lo debo á vuestros buenos consejos y á los cuidados de mi mujer,—decía él á Furbicio.

Margarita y Furbicio quedaron, pues, libres para amarse, y abusaron. Nunca Margarita se había cuidado tanto de su hermosura. No vivía más que para Furbicio; no pensaba más que en él, y sólo maldiciendo su destino cumplía sus deberes con Pascoul. Pero ella le detestaba, como á todo lo que se oponía á la plenitud de su felicidad, como á todo lo que se interponía entre ella y su amante.

En semejantes disposiciones, debía estar celosa de la mujer de Furbicio, y no podía ocultárselo. Una vez Furbicio había anunciado que se veía obligado á hacer un pequeño viaje con Brígida.

—¡Qué dichosa es,—contestó Margarita,—en poder ir á todas partes contigo, en presentarse en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

público cogida de tu brazo! ¡Ah! mira: yo la odio; me roba una parte de tí mismo: ¡la odio!

El trató de calmarla, y puso en juego las mejores razones.

—¿Por qué irritarte,—decía,—si yo no la amo?

—¿Me lo juras?

—Ciertamente.

—Pues bien,—exclamó,—pruébame; no vayas solo con tu mujer. No quiero que pueda hablarte libremente de amor. Lleva á tus hijos. Estarán entre ella y tú. Yo te lo suplico; llévalos.

El se lo prometió. El día siguiente, ella fué á colocarse en el camino por donde debía pasar Furbicio, y no se calmó su exaltación hasta después de haber visto á los niños.

Era su primera separación; desde que le conocía no había dejado de verle un solo día. No podía dominar su tristeza, y sin embargo, él la escribió por conducto de la Valbray. Aquella carta, escrita para aumentar la pasión de Margarita, terminaba con estas palabras: «Quema este papel.» Ella la cubrió de besos, y después de rasgarla, quemó los pedazos uno por uno, besándolos todavía ántes de entregarlos á las llamas. Después escribió á su vez:

«Mi querido amante. No pienses, te lo suplico, que yo pueda olvidarte nunca. Te amo demasiado para que eso suceda. Sí, tú no puedes amarme más que yo te amo. Hace dos días que no hago más que llorar, porque tu ausencia me oprime el corazón. Y después tengo grandes cuidados. Necesito de pensar que, si se descubriera alguna cosa, sería preciso dejar de vernos. Privada de esa felicidad, pronto moriría. Quisiera decirte aún muchas cosas, pero no puedo escribir más; tengo la cabeza trastornada. Vuelve, vuelve pronto; no estaré tranquila hasta tu regreso.»

La Valbray se encargó de remitir esta carta, la primera que Margarita escribió á Furbicio. Furbicio no volvió el día señalado para su regreso. Ella

le esperó, encerrada en su cuarto, fingiéndose enferma para no verse obligada á sentarse á la mesa con su marido. Por fin, en el colmo de la inquietud, llamó á Moulinet, y sin hacer la menor alusión á lo que anteriormente había pasado entre ellos, le dijo:

—Id á Fontblanche, y si Furbicio ha vuelto, decidle que quiero verle inmediatamente.

Moulinet partió como una flecha, y volvió al cabo de una hora, anunciando que Furbicio, de regreso hacía algunos instantes, venía detrás de él.

—Gracias, Moulinet,—exclamó Margarita.

Y besó en las dos mejillas al criado, trastornado de sorpresa y alegría.

Margarita abrió su ventana, se puso de codos en ella y esperó, á pesar de la frialdad de la noche. El invierno se acercaba, y ya hacía dos meses que era la querida de Furbicio.

Le vió venir de lejos, coger bajo un cobertizo la escalera de que ordinariamente se servía, arrimarla á la pared y subir rápidamente. Sin decir palabra, retiró la escalera; la ventana se cerró, y entonces ella se arrojó en sus brazos.

—¡No vuelvas á ausentarte, no vuelvas á ausentarte, yo te lo suplico; se sufre demasiado!

Al decir estas palabras, le cubría de besos rápidos y febriles; le estrechaba entre sus brazos con locura.

## VIII.

Algunos meses se pasaron sin que ocurriera ningún cambio en la situación que hemos descrito.

Las relaciones de Furbicio y Margarita, á pesar del sinnúmero de incidentes y de imprudencias, permanecieron secretas durante la mitad de un año. Es verdad que Moulinet y la Valbray, únicos

iniciados en su existencia, guardaron silencio, y que el solo hombre que habia concebido una sospecha, Federico Borel, vivia á algunas leguas de Gordes é iba allí raras veces.

El fué, sin embargo, el que hizo estallar la tormenta que, hacia mucho tiempo, Furbicio y Margarita no habian cesado de provocar.

Federico era muy jóven; pero como pasaba por un muchacho formal, sensato, y, sobre todo, muy preocupado de sus intereses, su padre le habia puesto al frente de un comercio, que consistia en comprar á bajo precio, para revenderlas en seguida á un precio mucho más elevado, las haciendas ó propiedades de los aldeanos á quienes las pérdidas de dinero, las malas cosechas, las desgracias domésticas ponian en la necesidad de deshacerse de sus bienes. Habia establecido en Apt una especie de oficina donde se trataban los negocios, y cuya direccion habia tomado su hijo.

Así es como Federico habia vendido á Furbicio algunos años ántes la casa que el último poseia en Fontblanche. Desgraciadamente para el chalan, aquella casa no estaba pagada por completo. Hacia mucho tiempo que no cumplia las obligaciones contraidas con Federico Borel, y éste le hacia sentir de una manera cruel la irritacion que aquella demora le causaba.

No hay acreedor más insoportable que un aldeano. Sólo los que han vivido en los pueblos pueden decir lo codicioso, lo impaciente y al mismo tiempo lo friamente cruel que es el hombre de campo á quien se debe dinero. Todos los dias, á todas las horas, en todas las ocasiones, el desgraciado deudor se ve asediado, interrogado, humillado por su intratable tirano. Si lleva un traje nuevo, si la mujer se pone un adorno de moda, si su mesa está mejor servida que la víspera; su acreedor verá ó sabrá todos estos detalles y se los echará en cara amargamente.

Furbicio habia sufrido todas estas humillaciones varias veces por algunos cientos de francos que debia aún á Federico Borel. Pero no habian conseguido apresurar el pago reclamado.

Un dia, estando ausente Furbicio, Federico se presentó en su casa. Iba á buscar dinero. Brígida estaba sola. Recibió al jóven lo mejor que pudo, pero tuvo que confesarle que le era imposible á su marido satisfacer reclamaciones de aquella especie.

—Yo no puedo, en verdad, comprender,— exclamó Federico Borel,—lo que hace de todo el dinero que gana. Fuerza es creer que lo gasta en la granja de la Bastida-Nueva. Pero puesto que está en tan buenas relaciones con Pascoul y con mi prima Margarita, debia pedirles prestada la cantidad que me debe hace más de dos años.

—A no dudar, Furbicio es muy bien recibido en la granja,—contestó Brígida.—Pascoul le profesa amistad. Pero, vos lo sabeis, señor Borel, una cosa es la amistad y el dinero es otra cosa.

—Yo sé lo que sé,—replicó Federico.—Con que vuestro marido dijera una palabra á Pascoul ó á mi prima, saldría del paso y me pagaría.

Cuando Furbicio volvió á su casa, su mujer le repitió la conversacion que habia tenido con Borel.

—Está bien,—contestó Furbicio,—yo le veré.

No dió otras explicaciones, y se encolerizó con Brígida, que se empeñaba en obtenerlas.

—¿Se carece aquí de algo?—dijo.—No. Entonces, ¿por qué te apuras?

—Te equivocas, Furbicio,—replicó ella,—se carece de todo. El invierno está encima. Los niños necesitan vestidos de más abrigo, y yo misma...

No concluyó la frase. Pero la pobreza de su traje completaba su pensamiento con más elocuencia que ella hubiera podido hacerlo. La cólera de Furbicio aumentó. Tuvo valor de echar en cara á su mujer que gastaba mucho, que era exigente, ambiciosa.

—¡Yo exigente! ¡yo ambiciosa!—exclamó Brígida en un acceso de desesperación.

Y, sofocada, fué á caer sobre una silla, exhalando, á su vez, quejas amargas y más fundadas que las de su marido. Este, no sabiendo qué contestar, descargó sobre la mesa un terrible puñetazo, y mientras que sus hijos, asustados, corrían á refugiarse entre las faldas de su madre, salió, ó mejor dicho, huyó.

Como era natural, se fué á casa de la Valbray y la contó lo que acababa de pasar. Esta le escuchó silenciosamente, y cuando acabó:

—Es preciso pagar á Federico Borel,—le dijo.—Tiene sospechas, y sus frecuentes visitas á tu casa son un gran peligro para tí. Págale, á fin de que no vuelva más.

—Pagarle! eso se dice muy fácilmente. Pero, ¿donde está el dinero?

La Valbray le miró con lástima y desprecio á la vez.

—Está visto,—murmuró:—los hombres son tontos. Si yo estuviera en tu lugar, viviria descansadamente, no me privaria de nada y no me expondría á que mi mujer formulara quejas, muy fundadas despues de todo.

Furbicio la interrogaba sorprendido. Ella añadió:—¿De qué te sirve tener una querida como Margarita?

Estas palabras le sumieron en reflexiones profundas, que no tardaron en producir sus frutos.

Por indicacion de la Valbray, combinó la comedia á la cual vamos á hacer asistir á nuestros lectores.

El mismo dia, Furbicio se hallaba en la granja con Margarita. Estaban solos en el jardín, sentados en un banco, en el fondo de un cenador cubierto de dulcamara. Tenian cariño á aquel pequeño rincón. Expuesto al Mediodía, les proporcionaba calor en invierno; durante el estío, su sombra les pro-

tegía contra los rayos del sol. Pero les agradaba sobre todo, porque en él no podían ser sorprendidos; desde allí veían sin ser vistos.

Sentado al lado de Margarita, que se estrechaba contra él, Furbicio contestaba distraidamente á las dulces palabras que ella le dirigía, lanzaba grandes suspiros, y si ella le miraba amorosamente, fingía no verla ó distraerse, por agradarla, de pensamientos que le preocupaban. Aquella actitud debía poner en cuidado á una mujer enamorada y celosa. Margarita no tardó en impacientarse, y como su pasión era sincera, no pudo permanecer callada.

—¿Qué es lo que me ocultas, Furbicio mio?—le dijo.—Tú tienes penas. ¿Por qué no me lo dices?

El hizo como que queria desechar un mal pensamiento y abrazó á Margarita con infinita ternura con el objeto de disipar toda inquietud.

—Tú eres bueno,—añadió ella;—me amas, lo sé. Pero no me lo probarias si tuvieras un secreto para mí. He visto tus preocupaciones, he oido tus suspiros. Yo quiero conocer la causa.

Y se desprendía de sus brazos, interrogándole con una súplica en el ademan y en la mirada.

—Te equivocas,—dijo él.

Impacientada, golpeó con el pié en el suelo, exclamando:

—No me equivoco y quiero saberlo todo.

El se resistió todavía, se hizo rogar, y por fin se dejó arrancar una por una las confidencias que tenia preparadas, con el objeto de presentarlas hábilmente y de conmover el corazón de Margarita. De este modo supo que desde que Furbicio la conocía, habia abandonado sus negocios, á fin de poder estar con más frecuencia y más tiempo á su lado. De aquí habian resultado pérdidas para él, se hallaba muy apurado, su mujer y sus hijos casi no tenían pan, y Federico Borel le amenazaba con arrojarse de su casa.

Cuando terminó de hablar, ella se arrojó á su cuello.

—¿Eso es lo que me ocultabas?—le dijo;—pero ¿no debía ser yo la primera en saberlo, si me hubieras amado como yo te amo? ¡Pero qué digo!—exclamó abrazándole de nuevo.—Tú me has probado, por el contrario, la fuerza de tu amor por la extensión del sacrificio que me has hecho. ¡Y no querías hablar! Todo lo que me has revelado contribuye á que te quiera todavía más la que tanto te adora.

El la devolvía sus caricias, y ella, desprendiéndose de sus brazos, añadió:

—Escúchame: ahora es preciso poner término de un solo golpe á tus apuros. Mañana habré hablado á Pascoul; él te prestará la cantidad que necesitas. No conviene dejar sufrir ni á tu mujer ni á tus hijos; sería un remordimiento para mí. En cuanto á Federico Borel, habrá que pagarle, porque no quiero que estés atormentado.

Furbicio trató de rehusar lo que le ofrecía; pero fué sólo en la forma. Se decidió que Margarita hablaría á su marido y obtendría los tres mil francos que Furbicio creía necesarios para salir de sus compromisos. No fué esto todo: apenas había salido Furbicio, llegó la Valbray á la granja, y Margarita la entregó algunos pedazos de telas de abrigo, varias botellas de buen vino, provisiones de toda clase y un poco de dinero, encargándola que se lo llevara todo á Brigida. No quería que reinara la miseria en la casa habitada por su amante.

—Os prohibo que me nombreis,—la dijo á la Valbray.—La direis que todo esto proviene de un alma caritativa que conoce su situación y la quiere bien.

La Valbray cumplió su comision, y Brigida recibió aquella abundante limosna llorando de vergüenza, pero profundamente agradecida á la desconocida persona cuya mano se mostraba tan ge-

nerosa. Trató de averiguar su nombre, pero la Valbray permaneció impenetrable.

El mismo día Margarita habló á su marido de las confidencias de Furbicio, y declaró que deseaba que se le ayudara.

—Es pobre,—dijo ella,—cargado de familia y digno de ser favorecido. Nosotros somos ricos, no tenemos hijos; ayudémosle, Pascoul. Dios nos lo pagará.

¿Cómo resistir á una súplica tan encantadora!

Dichoso al poder agradar á su mujer, Pascoul concedió todo lo que ella pedía, y con un placer tanto mayor, cuanto que sentía por Furbicio una gran simpatía. El mismo quiso, al día siguiente, darle esta noticia, y lo hizo en términos que, para otro que no hubiera sido el chalan, hubieran duplicado su valor.

Lo primero que hizo este último, fué ir á Apt á pagar á Federico Borel, cuyas habladurias temía.

—¿Habeis encontrado dinero?—dijo el acreedor, muy sorprendido al ver colocados delante de él cuarenta luises todos nuevos.

—Así parece, puesto que os pago,—contestó secamente Furbicio.—Aquí está la cuenta. Dadme mi recibo.

—¡Pardiez! supongo que no habeis recurrido á ningun crimen para proporcionaros la cantidad,—contestó Federico, que extendía muy despacio el recibo, despues de haber contado el dinero más despacio todavía.

Y añadió con malicia:

—Ya sé qué no la hubierais tenido si, para conseguirla, hubiera sido preciso dar algun paso poco honroso.

Furbicio sintió el tiro, y la cólera enrojació su semblante. Cogió rápidamente la muñeca de Federico.

—Jóven,—le dijo con voz sorda,—os aconsejo que no os ocupeis jamás de mis asuntos, y que ten-

gais presente que yo me encargo de haceros tragar vuestra lengua, si alguna vez tuviera la desgracia de alargarse á costa mia.

Federico retiró su mano, enrojecida por la presión que habia sufrido entre los dedos de Furbicio, y renegando dió el recibo, que libraba al chalan de sus persecuciones. Pero habia sido herido en lo vivo, y juró vengarse de la brutalidad de Furbicio.

Cumplió su palabra algunos dias despues. Halliendo encontrado en las calles de Gordes á la mujer del chalan, la hizo saber que, gracias á la intervención de Pascoul, la deuda de Furbicio estaba pagada: tuvo cuidado de añadir que no trataba de averiguar de qué medios se habia valido este último para conseguir del arrendador una cantidad tan considerable.

—¿Qué quereis decir?—contestó Brígida.—Explicaos.

—¡Que me explique! eso no es fácil. Vuestro marido no me perdonaria el haberós revelado uno de sus secretos.

Brígida presintió una desgracia.

—Señor Borel, ignoro lo que vais á hacerme saber. Pero os juro que no os descubriré jamás.

—Confío en vuestra palabra, y ya no tengo inconveniente en deciros la verdad.

Entónces Federico la reveló la infame conducta de Furbicio y sus amores con Margarita.

Brígida volvió á su casa presa de una espantosa aflicción, fuera de sí, medio loca. Ya lo hemos dicho: amaba á Furbicio. En sus peores dias, jamás habia sospechado de su fidelidad. La traición cuya existencia la hacian saber colmaba la medida de su desgracia. Ya no la quedaba ninguna ilusion. Su última alegría habia desaparecido.

Hacia ya mucho tiempo que se lamentaba y lloraba, cuando sus ojos se fijaron en sus hijos. La vista de aquellos dos pequeños séres que parecian tener conciencia de su infortunio, contuvo sus lágri-

mas. Les acarició, se sintió consolada y contempló más friamente su situacion.

Furbicio ya no la amaba, puesto que hacia algunos meses que la engañaba. ¿Qué la quedaba que hacer? ¿Morir? No; vivir, porque allí estaban sus hijos, y su padre nunca sabria evitarles los sufrimientos del frio y del hambre.

Aquella aldeana sin instruccion, pero dotada de un corazon ardiente, tuvo una hora de heroismo: la en que tomó la resolucion de vivir sin quejarse, sin faltar á ninguno de sus deberes.

Pero de repente, la asaltó una sospecha. Acababa de acordarse de aquellas limosnas generosas que la Valbray la habia llevado de parte de una desconocida caritativa y que se habian repetido en distintas ocasiones. Si los dos niños estaban más abrigados, si ella misma habia podido cambiar su pobre traje por otro más decente, se lo debia á aquellas limosnas.

Quiso saber de dónde procedian aquellos favores. De un salto estuvo en casa de la Valbray.

—Conozco á mi bienhechora,—la dijo con la fiere en los ojos y en la voz.—Es Margarita Pascoul.

—¡Cómo! ¿sabeis?...—contestó la Valbray sorprendida.

Ya Brígida no estaba allí; acababa de entrar en su casa, y arrancándose el vestido que la cubria el cuerpo, le pisoteaba para volver á ponerse el antiguo. Despues corrió hácia sus hijos. Ellos tambien debian los vestidos que les cubrian á la generosidad de Margarita. Brígida iba á desnudar á los pobres pequenuelos, pero se detuvo desatinada.

Hacia frio. ¿Debían ellos sufrir las consecuencias de tantas infamias? Su entereza la abandonó, y de nuevo las lágrimas se escaparon de sus ojos. Pero ya no lloraba de desesperación, sino de cólera y de debilidad. ¡Ah, cómo aborrecia á aquella Margarita, tan criminal como hermosa! ¡Cuánto mal la hubiera hecho en aquel momento, si hubiera podi-

do, para devolverla todo el que ella la causaba! ¡Qué! aquella mujer la había quitado su marido; despues, la había dado una limosna! ¡La caridad cómplice de la adúltera! ¡Tanta monstruosidad y tanta hipocresía!

Los pensamientos más diversos se agolpaban á la cabeza de Brígida. Sentía en ella como un hervidero. Sus piés y sus manos estaban helados, y si sus ojos tenían aún la apariencia de la vida, era porque la cólera les animaba. Sin fuerzas, quebrantada, abatida, iba al fin á ceder á tantas emociones y á perder el conocimiento, cuando de repente vió abrirse la puerta y entrar una mujer. Aquella mujer era hermosa, sonriente, elegantemente vestida. Parecía el ángel que consuela los grandes dolores y cicatriza las heridas profundas.

Era Margarita.

## IX.

A la vista de la mujer que la había arrebatado su última alegría, Brígida se irguió llena de orgullo y de ira, y, extendiendo hácia su rival victoriosa un brazo irritado, la dijo:

—¿Cómo os atreveis á venir aquí?

Esta frase hizo comprender á Margarita que Brígida conocía sus intrigas.

Permaneció un momento silenciosa, turbada; despues contestó:

—Sabía que erais desgraciada, y he querido conocer la extension de vuestra desgracia, con el objeto de aliviarla.

—¿Queréis conocer la extension de mi desgracia! Entónces, escuchad bien. Estais viendo una mujer que acaba de saber que su marido, despues de haberla maltratado, arruinado, matado á disgustos, la engaña ahora con otra.

Margarita guardó silencio.

—Durante cinco años,—continuó Brígida,—he llorado mucho, y sin embargo, nunca mis ojos habían derramado lágrimas tan amargas como las que han vertido hoy. Al presente todo ha concluido; tengo resuelto lo que he de hacer. Mostraré á todos un semblante tranquilo y resignado. Pero á vos, que sois la causa de mis dolores más crueles, quiero deciros que os odio, y que mi odio os hará desgraciada. Podría á mi vez causaros mucho mal, revelar á vuestro marido la infamia de que como yo es víctima; pero me callaré. Creía ser amada, pero he comprendido el amor que inspiro: no vale la pena que yo emprenda una lucha para defenderle. Unicamente os advierto que no me provoquéis más volviendo aquí. ¡Salid! vuestra presencia en esta casa me es odiosa.

Margarita, humillada, dominada, vencida por aquella palabra vehemente, iba á salir, cuando apareció Furbicio.

De una mirada lo comprendió todo.

El ademan de su mujer, la actitud embarazosa de Margarita decían lo bastante. No era difícil adivinar las palabras que las dos mujeres acababan de cambiar.

A su vista, Brígida se sonrojó; su brazo, hasta entónces extendido hácia adelante para señalar la puerta á su rival, volvió á caer á lo largo de su cuerpo, y echó sobre su marido una mirada suplicante, que decía claramente: «No reniegues de mí delante de esta mujer.» Pero ya ésta se había adelantado hácia Furbicio, y tomando á su vez la palabra:

—Conocía la miseria que reina aquí, y había venido á aliviarla. Tú has visto cómo me lo han agraciado y cómo me han tratado. A nadie guardo rencor. Soy feliz al haber sufrido por tí.

Y vengada por estas palabras, Margarita se dirigió de nuevo hácia la puerta.

do, para devolverla todo el que ella la causaba! ¡Qué! aquella mujer la había quitado su marido; despues, la había dado una limosna! ¡La caridad cómplice de la adúltera! ¡Tanta monstruosidad y tanta hipocresía!

Los pensamientos más diversos se agolpaban á la cabeza de Brígida. Sentía en ella como un hervidero. Sus piés y sus manos estaban helados, y si sus ojos tenían aún la apariencia de la vida, era porque la cólera les animaba. Sin fuerzas, quebrantada, abatida, iba al fin á ceder á tantas emociones y á perder el conocimiento, cuando de repente vió abrirse la puerta y entrar una mujer. Aquella mujer era hermosa, sonriente, elegantemente vestida. Parecía el ángel que consuela los grandes dolores y cicatriza las heridas profundas.

Era Margarita.

## IX.

A la vista de la mujer que la había arrebatado su última alegría, Brígida se irguió llena de orgullo y de ira, y, extendiendo hácia su rival victoriosa un brazo irritado, la dijo:

—¿Cómo os atreveis á venir aquí?

Esta frase hizo comprender á Margarita que Brígida conocía sus intrigas.

Permaneció un momento silenciosa, turbada; despues contestó:

—Sabía que erais desgraciada, y he querido conocer la extension de vuestra desgracia, con el objeto de aliviarla.

—¿Queréis conocer la extension de mi desgracia! Entónces, escuchad bien. Estais viendo una mujer que acaba de saber que su marido, despues de haberla maltratado, arruinado, matado á disgustos, la engaña ahora con otra.

Margarita guardó silencio.

—Durante cinco años,—continuó Brígida,—he llorado mucho, y sin embargo, nunca mis ojos habían derramado lágrimas tan amargas como las que han vertido hoy. Al presente todo ha concluido; tengo resuelto lo que he de hacer. Mostraré á todos un semblante tranquilo y resignado. Pero á vos, que sois la causa de mis dolores más crueles, quiero deciros que os odio, y que mi odio os hará desgraciada. Podría á mi vez causaros mucho mal, revelar á vuestro marido la infamia de que como yo es víctima; pero me callaré. Creía ser amada, pero he comprendido el amor que inspiro: no vale la pena que yo emprenda una lucha para defenderle. Únicamente os advierto que no me provoquéis más volviendo aquí. ¡Salid! vuestra presencia en esta casa me es odiosa.

Margarita, humillada, dominada, vencida por aquella palabra vehemente, iba á salir, cuando apareció Furbicio.

De una mirada lo comprendió todo.

El ademan de su mujer, la actitud embarazosa de Margarita decían lo bastante. No era difícil adivinar las palabras que las dos mujeres acababan de cambiar.

A su vista, Brígida se sonrojó; su brazo, hasta entónces extendido hácia adelante para señalar la puerta á su rival, volvió á caer á lo largo de su cuerpo, y echó sobre su marido una mirada suplicante, que decía claramente: «No reniegues de mí delante de esta mujer.» Pero ya ésta se había adelantado hácia Furbicio, y tomando á su vez la palabra:

—Conocía la miseria que reina aquí, y había venido á aliviarla. Tú has visto cómo me lo han agraciado y cómo me han tratado. A nadie guardo rencor. Soy feliz al haber sufrido por tí.

Y vengada por estas palabras, Margarita se dirigió de nuevo hácia la puerta.

Furbicio la detuvo cogiéndola la mano.

—Perdonad si os detengo,—dijo.—Pero no podeis salir así; es preciso que se disculpen con vos.

—¡Disculpar!—exclamó Brígida indignada.

—Disculpar,—repitió friamente Furbicio.

Y mirando á su mujer con una fijeza extraordinaria, añadió:

—Eres una estúpida, una tonta, una ingrata. Esta mujer nos ha hecho bien á todos. Tú deberias besar donde ella pisa, y la injurias. ¡De rodillas, yo lo quiero!

Apoyó brutalmente su mano sobre los hombros de Brígida, y la hizo caer sobre sus rodillas, pronunciando esta insensata palabra:

—Discúlpate.

Brígida no abrió la boca. Su semblante permaneció impassible, y sus labios, estrechamente apretados, indicaban bien á las claras que no se moverian aun cuando debieran abrirlos con un hierro candente.

—¡Furbicio!—dijo Margarita avergonzada de aquel espectáculo.

—¡Es que yo soy aquí el amo, y el único!—replicó el chalan.—Ya he dicho que no queria que se ocuparan de mis asuntos particulares. Tengo la pretension de ser obedecido.

Hizo una señal; Brígida se levantó. Despues continuó, señalando á Margarita, y dirigiéndose á Brígida:

—Quiero que á esta mujer se la tenga un respeto profundo. ¡Yo lo quiero! y si se niegan á obedecerme...

No terminó; pero su hercúleo cuerpo se habia inclinado hácia adelante, sus labios murmuraban terribles palabras, sus manos estaban en actitud amenazadora, y sus ojos, centelleantes de furor, permanecieron fijos un momento sobre Brígida, como si hubiera querido magnetizarla. Un temblor

convulsivo se apoderó de la desgraciada mujer, y con voz alterada dijo:

—Haré lo que querais.

Tenía miedo.

—Está bien,—contestó Furbicio sonriendo.—Bien sabía yo que Brígida seria razonable. Ahora será amable hasta el fin, y nos dará unos vasos, porque debeis tener necesidad de refrescaros,—dijo á Margarita.

Esta contestó con una negativa. Pero Furbicio se adelantó hácia ella.

—Yo quiero,—dijo otra vez, pero con voz conmovida.

Margarita quiso tambien; y despues de presentar Brígida los vasos, Furbicio vertió en ellos algunos dedos de un vino añejo. Mientras que él vaciaba el suyo, Margarita humedecia sus labios, y de pié delante de ellos, como su criada, Brígida les miraba con sorpresa y horror á la vez.

Margarita salió por fin, profundamente conmovida y bajo la impresion de un inexplicable terror. Por pervertida que fuera, la conducta de Furbicio habia turbado su alma de tal modo, que la parecia ver surgir de todas partes, en torno suyo, catástrofes terribles. Hasta aquel momento, sus relaciones con Furbicio habian permanecido ignoradas. Moulinet, que las conocia, arrodillado ante ella, se habia atado las manos y cerrado la boca. Sabia que por su parte no habia que temer ninguna indiscrecion. Pero desde aquel momento, sus pasos estaban vigilados por un ser cuya desgracia habia causado; por eso temblaba al pensar en las represalias que la amenazaban.

Durante esas noches agitadas, la parecia que arancaban brutalmente á Furbicio de sus brazos. Entónces, si él estaba á su lado, le cubria de apasionadas caricias.

—¡No me abandones!—le decia.—Veo levantarse

un fantasma entre nosotros. Quieren separarnos. No te vayas, ó me moriré.

Y se retorcia en los paratismos de la fiebre y del delirio. Furbicio, sin embargo, consiguió tranquilizarla. La aseguró que Brígida no hablaría nunca, que su amor no sería turbado, y que su corazón era de ella y sólo de ella. Sus protestas fueron sinceras. Estuvo tan elocuente, que comunicó al alma de Margarita una inquebrantable convicción. Segura de ser amada y de poder amar sin riesgo, había vuelto á encontrar la calma, y entonces su único cuidado fué mantener intacta la confianza que su marido no había cesado de demostrarla.

Pascoul no había tenido conocimiento de las escenas que acabamos de contar.

Ya lo hemos dicho: era un hombre honrado, crédulo y bueno, incapaz de sospechar el mal, como era incapaz de hacerle. Había olvidado lo que en otro tiempo le había dicho el padre de Margarita; creía en su mujer como creía en Dios. La amaba hasta la adoración, y esto basta para explicar su ciega credulidad.

Iba recobrando la salud. Su cuerpo se enderezaba, gracias á la bienhechora inacción en que se complacía. Renacía á la vida, y la primavera que aparecía en todo su sér físico producía también sus efectos en su espíritu y en su corazón. Todo parecía sonreírle; y en la amistad que, ante sus ojos, demostraba Margarita á Furbicio, no veía más que una santa conspiración cuyo objeto era su felicidad.

En cuanto á Moulinet, desde el día en que Margarita le había besado en las dos mejillas, se sentía dispuesto á morir por ella. No estaba celoso de Furbicio, cuya presencia en la granja le proporcionaba la posibilidad de ver y hablar á Margarita. Este afecto tan tierno, tan desinteresado, tan apasionado, se encuentra generalmente en los seres desheredados é imperfectos. Viven en la sombra

que proyecta sobre ellos la felicidad de los demás, y se contentan con las migajas del festín. El amor platónico de Moulinet por Margarita hacía un extraño contraste con la pasión material de Furbicio.

El tiempo, pues, pasaba sin producir ningún cambio en esta situación singular. Margarita y Furbicio se amaban; Pascoul hacía alarde de su confianza; Moulinet acariciaba sus quimeras, y Brígida, enteramente abandonada, insultada, engañada, pero dominada como si hubiera despertado de un sueño magnético, devoraba su dolor y su vergüenza. La Valbray prestaba sus servicios á los amantes, recibía sus confidencias, vivía de sus beneficios, les inspiraba con sus consejos; genio malhechor, siempre dispuesto á tomar parte en todas las infamias.

Entretanto, Federico Borel esperaba en Apt el resultado de la confidencia que había hecho á Brígida. Había creído que la mujer de Furbicio, dueña del fatal secreto, sabría poner término á unas relaciones que habían introducido la deshonra en la casa de Pascoul. La veía arrojándose á los piés de aquel marido confiado y engañado, revelándole la extensión de su desgracia, pidiéndole venganza para él. Entonces Margarita, que en otro tiempo había despreciado su amor, era vergonzosamente arrojada de la Bastida-Nueva, y, en su calidad de primo, conseguía de Pascoul moribundo la donación anticipada de una parte de su fortuna.

Borel se equivocó en sus previsiones. Esperó algunas semanas. Ningun eco, ningún rumor le hicieron saber que sus esfuerzos habían sido coronados por el éxito. Entonces decidió ir á Gordes; vió á Brígida, y la interrogó. Esta se encerró en la dignidad de su infortunio; no hizo ninguna confidencia; y, á las interesadas instancias de Federico, se contentaba con contestar estas palabras:

—Mi marido me ama. Ya volverá á mí.

Al separarse de ella, Federico Borel examinó

con frialdad la situación, y buscó medios de acción bastante poderosos para conseguir sus fines. Varios partidos se le ofrecían. El más sencillo, seguramente, consistía en acercarse á Pascoul. Repetirle todo lo que había dicho á Brígida, parecía un procedimiento cuyo éxito no era dudoso. Pero Borel, como ya lo hemos dicho, temía á Furbicio, y le repugnaba obrar paladinamente. También podía emplearse el anónimo; pero Pascoul era de los que van con la frente levantada, despreciando sin reserva las venganzas ejercidas secretamente; no haría caso de las revelaciones firmadas por un desconocido.

Sólo un arma quedaba á la disposición de Federico. Resolvió emplearla. Cerca de siete meses habían transcurrido desde el día en que Margarita había encontrado á Furbicio bajo la roca del camino de Cavaillon. De repente empezó á susurrarse en Gordes que la mujer de Pascoul tenía un amante, y que este amante era el chalan de Fontblanche. No había ninguna prueba, pero sin embargo se decía.

La primera persona de la granja que lo oyó decir, fué Moulinet, estando una noche en la taberna. Sintió un dolor inexplicable, porque quería tanto á Margarita como si hubiera tenido derechos sobre ella. Pero la emoción que experimentó no le hizo perder su presencia de ánimo.

El aldeano que había hablado se había contentado con aludir á las frecuentes visitas de Furbicio á la Bastida-Nueva y á las consecuencias que de ellas podían sacarse. Moulinet sin vacilar se fué derecho al fondo del asunto.

—Querriais dar á entender,—dijo,—que la mujer de Pascoul es la querida de Furbicio? Pensad en la gravedad de vuestras palabras.

—Yo no digo eso,—contestó el aldeano, asustado de lo que había hablado.—Yo no sé nada, ni nada he visto; repito únicamente lo que se susurra por todas partes.

—No deberiais repetirlo con tanta ligereza. Se trata de la honra de una mujer á quien su fortuna y su hermosura han creado muchos enemigos. Es honrada, entendedlo bien. Nada hay contra ella: ni los hechos ni las apariencias. Si Furbicio va con frecuencia á la Bastida-Nueva, es porque es amigo del amo, y á este último le gusta tenerle á su lado. ¡Animales!—añadió Moulinet encolerizándose;—si les dijera que Dios ha volado en la iglesia de Gordes, lo creerian! ¿Quién es el infame que ha dicho esas falsas palabras contra nuestra ama? Quisiera conocerle para enseñarle á contener su lengua.

Todos se callaron, como sucede en semejantes circunstancias, y Moulinet salió con arrogancia algunos momentos despues, dejándolos medio convencidos de la inocencia de Margarita Pascoul.

Al volver á la Bastida-Nueva, se apresuró á contar á Margarita lo que había pasado delante de él.

—Tened cuidado, os lo suplico,—la dijo,—toda la prudencia es poca. Hay gentes mal intencionadas que os vigilan. ¿No podría Furbicio dejar de veros durante algun tiempo?

—¿Dejar de verme? ¡Tú estás loco! Aun cuando él lo quisiera, yo sabría impedirselo.

Este fué el primer grito de Margarita.

Despues añadió:

—Además, tú has dado á todas esas habladurias un mentís que las reduce á la nada. Yo te prometo, sin embargo, ser más prudente. Empezaré desde mañana. Debo acompañar á Furbicio al mercado de Isla. Partiremos ántes de amanecer y no volveremos hasta la noche.

—¿Vais á Isla con él! Eso es imposible; os verán allí. No vayais, os lo suplico. Si me profesais alguna amistad, no vayais.

Margarita se encogió de hombros.

—¡Siempre la pasión!—exclamó.

Y como viera la pena que causaba á Moulinet, prosiguió con voz más dulce:

—Yo te agradezco lo que has hecho. Primero me has defendido, y en seguida me has avisado; está bien. Pero la amistad que pueda profesarte no es capaz de cambiar en nada mi amor por Furbicio. Mañana pasaremos el día juntos. Es él quien lo ha querido. Además, mi marido lo sabe.

Dicho esto, se retiró, inquieta sin embargo, á pesar de su aparente tranquilidad. El día siguiente, con el consentimiento de su marido, que sabía que tenía necesidad de ir á Isla, fué allí en el carruaje de Furbicio. No encontraron á nadie durante el camino. Al llegar á las puertas de la poblacion, se separó de su amante para no reunirse á él hasta la noche. Únicamente á la vuelta le habló de los temores de Moulinet.

—Alguien ha hablado,—dijo Furbicio,—y no puede haber sido otro que Borel. Yo sé lo que me queda que hacer.

—¿Qué quieres decir?—exclamó Margarita alarmada.

Furbicio contestó con un signo elocuente. Quería dar á Federico una lección á bastonazos.

—Guárdate bien de hacerlo!—prosiguió ella.—Maltratarle, sería probar que ha tenido razon. Seamos prudentes; mantengamos la confianza de mi marido, y los rumores cesarán por sí mismos.

Algunos instantes más, y se iban á separar, despues de aquel viaje mano á mano y solitario que habia sido un continuo beso.

Habia llegado la noche, apenas iluminada por una pálida luna. El aire era tibio é impregnado de los aromáticos olores que la fértil tierra enviaba al cielo.

—¡Ah, te amo tanto,—exclamó Margarita,—que quisiera sufrir incesantemente para probarte mi amor, con la condicion de ser tuya sin cesar!

Furbicio la estrechó con sus poderosos brazos. Habia abandonado las riendas sobre la grupa de su caballo, que seguía lentamente el camino blanco y

derecho, entre los rubiales y las praderas pobladas de sauces. Las pasiones son violentas bajo el sol del Mediodía, y Furbicio amaba. Su robusta naturaleza estaba unida, por todas partes, á aquella mujer, seductora como el vicio.

La tuvo largo tiempo estrechada contra su pecho. Todo les hablaba de amor, y la hora que pasaba, aunque precedida de otras semejantes, les proporcionaba dulzuras infinitas, más completas aún que las de la vispera. Ya no se pertenecian, encadenados por sus pasiones, dominados por ellas.

—¡Nos han visto!—exclamó de repente Margarita poniéndose derecha.

Un hombre, en efecto, acababa de salir de una hondonada, y, al pasar, habia lanzado una mirada al interior de aquel carruaje que rodaba con tanta lentitud á la hora en que todos se apresuran á retirarse á su casa.

—Te has engañado,—contestó Furbicio.

—Te digo que ha pasado un hombre.

Furbicio saltó con presteza del carruaje, y miró en torno suyo. La noche era oscura; no vió nada.

—De todos modos,—replicó,—la oscuridad nos ha protegido.

Volvió á ocupar su sitio, y algunos instantes despues entraban en la granja, de donde Furbicio se dirigió á su casa.

En los días siguientes, Moulinet se presentó con más frecuencia en Gordes y en la taberna. Quería escuchar, espiar; habia dicho no hacia mucho á Margarita: «Yo velaré en torno vuestro como un perro fiel; adicto á vuestros amigos, feroz para vuestros enemigos.»

Cumplía su promesa.

Pero se preparaba una catástrofe.

## X.

Una mañana llegó á la granja el cura de Gordes. Era un anciano de elevada estatura, de semblante apacible, de mirada penetrante, de cabellos largos y blancos. Habia conocido la infernal juventud de Margarita. Las penas que habia causado á su padre y á su madre no eran un secreto para él. La mujer de Pascoul no le inspiraba ni simpatía ni aprecio; le constaba demasiado hasta dónde llegaba su perversidad. Por eso iba raras veces á la granja, y se contentaba con preguntar á Margarita y á Pascoul por el estado de su salud cuando los encontraba á la salida de los oficios.

—¡Vos aquí, señor cura!—exclamó Pascoul.—Es una buena fortuna á la que no habeis querido acostumbrarnos, á pesar de todas nuestras invitaciones. Han pasado bastantes semanas sin que hayamos tenido el gusto de veros.

—Lo que decís es verdad, mi querido Pascoul,—contestó el cura inclinándose ante la mujer y tendiendo la mano al marido,—pero no os he olvidado. Yo no olvido á ninguna de las ovejas de mi rebaño.

—Sí, sois un pastor vigilante y, aún de lejos, velais por todos aquellos cuya custodia espiritual os está encomendada.

Se habian sentado bajo los árboles del jardin, en torno de una mesa que, gracias á los cuidados de Margarita, se habia cubierto en seguida de refrescos.

Con su baston entre las piernas, su sombrero sobre su baston, su caja de rapé entre sus manos, el venerable sacerdote seguía con la mirada dulce y entristecida á la dueña de la casa, que todavía no

habia abierto la boca más que para contestar á sus cumplidos.

—He venido,—dijo entónces el anciano,—primero para tener noticias vuestras, porque he sabido que habeis estado enfermo, y despues, para hablar á vuestra esposa de cierto beneficio que hay que hacer en la comarca.

—Habeis hecho bien en pensar en nosotros, señor cura,—dijo Pascoul;—seremos muy dichosos en poder secundaros en el cumplimiento de vuestras buenas acciones. ¿Qué podemos hacer hoy?

Y como para probar mejor que asociaba á su mujer á los sentimientos que acababa de expresar, la tendió la mano sonriendo. Ella la estrechó distraidamente con la punta de sus dedos.

—Yo hubiera querido hablar sólo á la señora,—respondió el cura mirando á Margarita, no sin turbarse.—Se trata de secretos que no me pertenecen; es inútil repetirlos delante de dos personas, cuando basta una sola para que el bien se haga.

Margarita sintió entrar la inquietud en su corazón.

—Desconfiais de mí, señor cura,—exclamó alegremente Pascoul.—Entónces me voy. Además, esta es la hora de mi paseo.

Saludó al anciano, abrazó á su mujer y salió.

—¿Teneis que hablarme?—dijo entónces Margarita, demostrando en su voz la impaciencia que sentía.

—Lo que tengo que deciros es grave, hija mia, y por eso, á fin de estar solo con vos, he mentido á vuestro marido, haciéndole creer que se trataba de una limosna. Esta mentira me será perdonada: la he dicho con buena intencion.

Su voz estaba conmovida hasta tal punto, que tuvo que detenerse.

Despues prosiguió, temblando:

—Yo no sé, hija mia, si habeis conservado en la memoria los consejos que os daba en otro tiempo:

entonces erais pequeña, y vuestro desgraciado padre, asustado, venía á suplicarme que detuviera los progresos del mal en vuestra alma. Esos consejos jamás los habeis seguido y tal vez los habeis olvidado. Yo los tengo presentes; á los recuerdos que despiertan en mi corazon va unido uno de los más amargos pesares de mi vida sacerdotal: el de no haber podido hacer de vos una hija piadosa y casta.

—Me decís cosas poco agradables, señor cura,— contestó con viveza Margarita interrumpiéndole,— y yo no merezco que me hablen así. Mi juventud no ha sido dichosa; mi padre nunca me demostró un gran cariño y me castigó demasiado pronto y con demasiada severidad por faltas que merecian más indulgencia. Mi corazon estuvo comprimido en el momento en que se despertaba á la vida. De ahí, tal vez, esas locuras que me vituperaban y que vos me vituperais aún con tanta amargura. Pero, desde mi casamiento, mi conducta no ha dado lugar á que me reprendan; y soy acaso una niña para que vengan á hablarme de ese modo?

—Interpretais mal mis palabras,— contestó el cura, siempre tranquilo.—No son palabras de reprehension. No me corresponde vituperaros nada; mi ministerio me obliga únicamente á recordaros vuestras faltas pasadas, á fin de advertiros sobre las que podais cometer hoy. Vengo á daros consejos; escuchadlos, si es tiempo todavía; pero sobre todo, cuando hableis de vuestro padre, guardaos, desgraciada, de acusarle de nada. He contado las lágrimas que le habeis hecho verter. Os ha amado tanto, que vuestra ingratitud le ha herido en el corazon y de eso ha muerto, bien lo sabeis.

—¿Y es para remover esos recuerdos para lo que habeis querido verme?—preguntó friamente Margarita.

—No, y nada hubiera dicho de ellos si vuestras propias palabras no me hubieran obligado á hacerlo. Pero dejemos ese asunto; por grave que sea, no

lo es tanto como el de que tengo que hablaros.

—¿A qué quereis aludir?

—A eso que ha llegado á ser en el país un rumor general. Se asegura que teneis con el chalan Furbicio relaciones indignas de una mujer honrada.

El sacerdote, presa de una emocion que trataba de dominar, esperó una respuesta á esta acusacion.

Margarita se habia levantado, y, la mirada tranquila, la voz clara, dijo:

—¡Os han engañado, señor cura; os han repetido una infame calumnia!

—No mintais, pobre mujer, no mintais. Yo sé, ¡ay de mí! toda la verdad. Brígida Furbicio ha venido á pedir consuelos á su pastor espiritual y á contarme sus males. Conozco la extension de ellos; es decirlo que conozco al mismo tiempo la enormidad de vuestra falta.

—Entonces, ¿qué quereis?

—Que pongais un término á una situacion horrible que os deshonra, que puede tener por resultado hacerlos arrojar vergonzosamente de esta casa, y que va á llegar á ser un escándalo público en este país, en el que estais llamando la atención por vuestra fortuna. Cesad de ver á Furbicio, devolvedsele á su mujer, á la que abandona por vos, á sus hijos, á los que deja en la miseria; volved vos misma á vuestro marido, cuya confianza engaños. El arrepentimiento debe al fin entrar en vuestra alma y conduciros á ese Dios que se ha retirado de vuestro corazon, pero cuya indulgencia es infinita. En nombre de vuestros padres, muertos por vos; en nombre de vuestro marido, de vuestra honra, de vuestro reposo; en nombre de vuestra salvacion, dad fin á una situacion que luego sería irreparable.

El sacerdote se habia levantado, solemne y sencillo á la vez, elocuente, inspirado. Su dedo señalaba el cielo. Margarita ya no le escuchaba. De todas sus palabras no habia oido más que una.

—¡Cesar de ver á Furbicio! ¡Devolverle á su mujer!—exclamó en el colmo de la exaltacion.— ¡Jamás, áun cuando debiera morir, áun cuando debiera arder toda la eternidad en las llamas del infierno, si es que hay uno! Señor cura, no entendéis nada de achaques del corazón. Creéis que se puede amar á un hombre que os ama, entregarse á él en cuerpo y alma para abandonarle en nombre de los deberes que me recordáis. Esos deberes no están hechos para mí. Yo soy, como habeis dicho, una criatura criminal, pervertida, á quien vuestro Dios ha abandonado. Si he de creerlos, en la otra vida encontraré castigos eternos... ¡Pues bien! que me dejen entregarme toda entera al sentimiento que los aleja de mí, puesto que me hace vivir. Amo á Furbicio, y el acento con que os lo digo debe probaros que estoy dispuesta á arrostrarlo todo.

Este lenguaje asustaba al anciano; su cuerpo temblaba de indignacion reprimida. Aunque acostumbrado á la violencia de los cerebros de aquel país, en que el sol lo enardece todo, cabezas y corazones, no habia conocido nada parecido á lo que veia. Aquella mujer arrebatada, haciendo gala de su crimen, gloriándose de él, se le aparecia como una cosa monstruosa. Trató, sin embargo, de permanecer tranquilo, y lo consiguió á fuerza de voluntad.

—Yo sé,—dijo,—que una pasion infernal os ciega; que extraviada, loca, inconsciente, camináis entre densas tinieblas, tropezando con obstáculos verdaderos y asiéndoos á quimeras, con la esperanza de salvarlo todo: vuestro culpable amor y vuestro reposo. Os equivocáis; descendéis á un abismo del que no podreis salir.

Margarita contestó:

—¡Amo á Furbicio!

—Pero,—replicó el sacerdote desesperado,—si no creéis en nada de lo que pudiera desengañaros, ni en la iras de arriba, ni en las venganzas de vuestro marido, ni en los dolores que os reserva vuestro

indigno amante, ¿cómo no os contiene el cuidado de vuestra honra? Os he dicho que vuestro nombre anda en todas las bocas. Vais á ser despreciada, infamada, señalada con el dedo.

—¡Amo á Furbicio!—repitió ella.

El cura levantó las manos al cielo como para tomarle por testigo de la inutilidad de sus desesperados esfuerzos.

—Ya nada tengo que hacer aquí,—dijo por fin;—si Dios no se apiada de vos, estais perdida.

Y cogiendo su baston y su sombrero, que habia puesto en un rincon, salió con el corazón lleno de tristeza y de horror, alejándose apresuradamente de aquella casa, en la que parecia haber entrado la desgracia.

Quando el cura hubo salido, Margarita se dejó caer en un sillón, y con la cabeza entre sus manos, lloró amargamente.

No era el temor de los castigos invocados para convencerla la causa de sus lágrimas. Lloraba porque la parecia que de todas partes trataban de quitarla á Furbicio.

En aquel momento entró éste y le contó la escena que acababa de pasar. Furbicio no se sorprendió. También él habia recogido algunos de los rumores de que el cura habia hablado y sobre los cuales la Valbray le habia igualmente llamado la atención.

—¡Pero entónces estamos descubiertos!—exclamó Margarita.—Nuestra honra está amenazada, y sin embargo, debemos tenerla cariño, puesto que nuestra secreta esperanza es casarnos un dia. ¡Qué dulce hubiera sido estar unidos sin haber perdido nada de nuestra reputacion!

Ser la mujer de Furbicio, amarle con toda tranquilidad, no temer ya ninguna separacion, ¡cuántas veces habia tenido este hermoso sueño, mientras que Furbicio, por su parte, desembarazado de su mujer, se veia llegar á ser el esposo de Margarita,

viuda al fin del débil Pascoul! Dueño de la fortuna del arrendador, saboreaba el placer de vivir en la abundancia y en la ociosidad al lado de una mujer amada. Semejantes ideas, en imaginaciones tan corrompidas como las de Margarita y Furbicio, debían producir sus frutos.

—Nada hay todavía perdido,—dijo este último despues de haber echado una rápida mirada sobre el horizonte que se abría delante de él; pero es preciso tomar una determinación.

—¡Huir!—exclamó Margarita.

—No, quedarse para que salgamos del cuidado,—contestó.—Sin embargo, tú debes prepararte á un sacrificio.

—¿Cuál?—preguntó ella palideciendo.

—Vernos con ménos frecuencia. Es preciso para que den buen resultado todos los proyectos que tengo aquí.

Y señalaba su frente.

—¡Perderte para conservarte!—exclamó ella.

—Perderme por algun tiempo á fin de no separarnos ya nunca.

Estrechó á Margarita contra su pecho, y no queriendo encontrarse con Pascoul que iba á volver, salió para ir á casa de la Valbray, su consejera y su confidente.

—Quiero casarme con Margarita,—la dijo.—Ella tambien lo quiere. Es el único medio de acabar con tantas dificultades.

—¡Cáscaras! ¡pues no es mala tarea! ¿Y su marido, y tu mujer? ¿qué hareis de ellos?

—Estoy decidido á todo,—replicó Furbicio con aire sombrío.

La Valbray se acercó, le tocó en el hombro, y le dijo:

—¿Has hablado seriamente, muchacho?

—Sí,—dijo Furbicio con voz ahogada.

—Entónces escúchame. Cuando hablas así, es que has reflexionado en los peligros á que te ex-

pones. La mujer, por otra parte, bien vale la pena de que se intente algo arriesgado para hacerse dueño de ella y de su dinero. Pero, créeme, nada de violencia. Ya ves, los jueces son malos; es indudable que una puñalada termina pronto los asuntos, pero hay sangre, y basta una gota para perdernos. En tu lugar, yo...

Y la Valbray, apoyándose en la punta de los piés para que su boca llegara al oído de Furbicio, añadió con voz casi imperceptible:

—¡El veneno! es un poco largo, pero es seguro; y además, no quedan señales si uno es hábil.

Furbicio se estremeció.

—Escucha aún,—continuó más alto;—á Margarita la profeso amistad, pero te profeso más á tí y no quiero que te suceda nada malo. Sigue mi consejo. No obres tú mismo, haz obrar. Si empleas el veneno, no le viertas. Manda que le viertan. Ella será el brazo, tú la cabeza. Hay ménos peligro.

—Veo que sabeis mucho,—dijo Furbicio.—¿A qué escuela habeis ido?

—El viejo Rivarot decia que yo habia nacido para el mal,—murmuró.—Confía en mí, y si sigues mi consejo, conseguirás lo que te propones.

—Seré rico ó me cortarán el pescuezo,—exclamó resueltamente Furbicio.

Esto fué lo último que dijo. A pesar de su resolución, no se atrevió á decir nada á Margarita en los días siguientes. Estaba decidido á llegar hasta el crimen, pero hubiera querido ser provocado ó encontrar una ocasion que le permitiera aprovecharse de la exasperacion de Margarita para hacerla su cómplice. Las circunstancias le sirvieron á medida de su deseo.

Un domingo, Pascoul, que iba recobrando rápidamente las fuerzas, propuso á su mujer acompañarla á misa. Hacía seis meses que no habia puesto los piés en la iglesia de Gordes, y con una alegría

para él andar el camino á pié y asistir á la ceremonia religiosa.

Salieron por la mañana, y á las ocho, Pascoul y Margarita ocupaban sus sillas. En el momento en que entraron, Pascoul oyó algunos murmullos.

—Se admiran de volverme á ver,—dijo á su mujer.

Margarita hizo una señal de cabeza sonriendo, pero había creído advertir al paso miradas hostiles. Hizo esfuerzos para que no adivinaran su inquietud, pero palideció visiblemente cuando, al volverse, vió el vacío que se había hecho en torno suyo. En un espacio de cerca de tres metros estaba sola con su marido. Las mujeres que, ordinariamente, se complacían en tomar sitio á su lado, habían sido las primeras que se habían alejado de ella.

—¡Misericordia, — se dijo, — estoy ya deshonrada!

Y sus hermosos ojos se dirigieron suplicantes á las que, hasta entónces, se decían sus amigas. Nadie respondió á su llamamiento. Sólo Moulinet, que se hallaba á los piés de la iglesia, tuvo el valor de atravesar la nave en toda su extension, á fin de colocarse detrás de sus amos, en el espacio que había quedado vacío á su alrededor. Pascoul no comprendió nada de aquel incidente. ¿Y cómo lo iba á comprender si estaba á mil leguas de sospechar de su mujer? Devotamente arrodillado, oraba por ella y pedía á Dios que se la conservara siempre tan bella, siempre tan apasionada. El suplicio de Margarita no había terminado todavía. Al final de la ceremonia, el cura subió al púlpito, y, después de leer la lista de los matrimonios que debían celebrarse en la semana, recomendó á las oraciones de los fieles un alma extraviada en las tinieblas del mal y que necesitaba que Dios la ayudara pronto. Al oír estas palabras, todos los presentes miraron de nuevo á Margarita, y cuando al terminarse el oficio

salió del brazo de su marido, se alejaron de ella como de una apestada.

—¿De quién ha querido hablar el cura al recomendar á las oraciones de los fieles un alma extraviada?—preguntó ingenuamente Pascoul.

Margarita no contestó. Acababa de pasar por delante de Federico Borel, recostado en la verja de una capilla, y en la expresion de su semblante había adivinado que era el autor de todos sus males. No había sido ella sola la que había adivinado la verdad. Moulinet, que iba detras de ella, acababa de experimentar la misma impresion á la vista de Federico Borel.

Se dirigió resueltamente hácia él.

—Vos sois el que ha hablado,—le dijo precipitadamente;—vos sois el que ha esparcido esas infames calumnias contra Margarita. ¡Desgraciado de vos si la sucede una desgracia!

Y pasó de largo, dejando á Borel sobrecogido y confuso.

En su cuarto, Margarita encontró á Furbicio que la esperaba. No le vió al pronto, y apretando los puños como para amenazar á los enemigos que acababan de ofenderla:

—¡Miserables!—exclamó airada;—¡injuriar á una mujer!

—¿Qué sucede?—preguntó el chalan.

—Me han tratado como si tuviera la lepra; todos se han alejado de mí, sin compadecerse de mi debilidad, sin que la presencia de mi marido pudiera detener su venganza. ¿Qué les he hecho yo á todas esas gentes? ¿Por qué me tienen ojeriza?

—Nada les has hecho; pero eres jóven, eres hermosa, eres rica, eres amada. Envidiosos, han querido destruir tu felicidad. ¡Pero no lo conseguirán, porque yo te amo y te defenderé, lo juro!

Su respuesta fué tan apasionada, que puso fuera de sí á Margarita.

—No es á mí sola á quien defenderás,—exclamó;—defenderás tambien á tu hijo.

El chalan dejó escapar un gesto de sorpresa; ella continuó:

—He sentido un estremecimiento en mis entrañas. Nuestro amor ha producido su fruto. Llevo en mi seno un hijo; es tuyo, no puedo dudarle, y te llamaré desde hoy mi marido.

Mientras que hablaba así, su voz febril y vibrante tenía acentos desconocidos. Estaba transfigurada, como si la revelacion de su maternidad la hubiera convertido en otra mujer distinta y poetizado el crimen hácia el cual caminaba á grandes pasos!

## XI.

Al saber que Margarita iba á ser madre, Furbicio experimentó á la vez inquietud y alegría: inquietud, porque esta noticia hácia imperiosamente necesaria la ejecucion del proyecto en que se habia fijado; alegría, porque en adelante Margarita estaba irrevocablemente ligada á él, é iba á poder ejercer sobre la desgraciada una influencia todavía más absoluta. De este modo se explicará la conversacion que tuvieron despues que Margarita reveló á Furbicio el estado en que se encontraba.

—¡Es preciso salvar nuestro hijo!—dijo ella.—¡Es preciso salvar nuestro amor! Nos cercan innumerables lazos. Mi embarazo justificará las maldades que se dicen por todas partes. A mi marido le abrirán los ojos. Todos los esfuerzos que hice para no despertar sus sospechas serán perdidos. ¡Querán separarnos, y si nos separan, me moriré!

—No te arrebatarán á mi cariño,—contestó Furbicio.—Yo sabré defenderte contra todas las asechanzas. Sólo que, como ya te lo he advertido, es

preciso tomar una determinacion. Tú querias huir conmigo. Pero la fuga es la deshonra, es la miseria. Yo he buscado otra cosa.

—¿Y has encontrado?

—Sí, y la ejecucion de mi proyecto será fácil si juras obedecer ciegamente á mi voluntad, á mis consejos.

—Lo juro,—dijo ella con voz firme, la cabeza levantada, como una mujer decidida á todo.

—No hay más que un medio de acabar con nuestras penas,—prosiguió Furbicio,—y es casarnos. Nuestro matrimonio pondria término á todos los rumores que nos inquietan. Podríamos amarnos tranquilamente. Nada nos impediría abandonar este país, si no nos conviniera vivir más en él, y si permaneciamos aquí, nadie tendria derecho á reconvenirnos.

—¡Qué sueño!—exclamó Margarita.

—Ese sueño puede realizarse, con tal que nos desembaracemos, yo de mi mujer, tú de tu marido.

Esta horrible proposicion no asustó á Margarita. El pensamiento criminal que su amante acababa de someterla, se agitaba en ella hácia mucho tiempo. A la vez que su amor por Furbicio, un odio profundo á su marido habia crecido en su corazón. El cariño y la pasion de Pascoul, el afecto que ella misma habia sentido en otro tiempo por él, nada de esto tenía en cuenta. El pasado no existia ya; ella no vivia más que para el presente.

—Tú eres mi marido hace mucho tiempo,—le dijo;—ni las palabras del alcalde, ni el sermón de un sacerdote añadirán nada á mi amor. Pero, pues to que es preciso para nuestra dicha, para nuestro reposo, que esas palabras sean pronunciadas, lo serán. Haré todo lo que quieras.

—No será difícil,—prosiguió entonces Furbicio,—acabar con mi mujer. Desaparecerá sin ruido, sin dificultad. No sucede lo mismo con tu marido. Cuando te conocí, su muerte estaba próxima. Ha

—No es á mí sola á quien defenderás,—exclamó;—defenderás tambien á tu hijo.

El chalan dejó escapar un gesto de sorpresa; ella continuó:

—He sentido un estremecimiento en mis entrañas. Nuestro amor ha producido su fruto. Llevo en mi seno un hijo; es tuyo, no puedo dudarle, y te llamaré desde hoy mi marido.

Mientras que hablaba así, su voz febril y vibrante tenía acentos desconocidos. Estaba transfigurada, como si la revelacion de su maternidad la hubiera convertido en otra mujer distinta y poetizado el crimen hácia el cual caminaba á grandes pasos!

## XI.

Al saber que Margarita iba á ser madre, Furbicio experimentó á la vez inquietud y alegría: inquietud, porque esta noticia hácia imperiosamente necesaria la ejecucion del proyecto en que se habia fijado; alegría, porque en adelante Margarita estaba irrevocablemente ligada á él, é iba á poder ejercer sobre la desgraciada una influencia todavía más absoluta. De este modo se explicará la conversacion que tuvieron despues que Margarita reveló á Furbicio el estado en que se encontraba.

—¡Es preciso salvar nuestro hijo!—dijo ella.—¡Es preciso salvar nuestro amor! Nos cercan innumerables lazos. Mi embarazo justificará las maldades que se dicen por todas partes. A mi marido le abrirán los ojos. Todos los esfuerzos que hice para no despertar sus sospechas serán perdidos. ¡Querán separarnos, y si nos separan, me moriré!

—No te arrebatarán á mi cariño,—contestó Furbicio.—Yo sabré defenderte contra todas las asechanzas. Sólo que, como ya te lo he advertido, es

preciso tomar una determinacion. Tú querias huir conmigo. Pero la fuga es la deshonra, es la miseria. Yo he buscado otra cosa.

—¿Y has encontrado?

—Sí, y la ejecucion de mi proyecto será fácil si juras obedecer ciegamente á mi voluntad, á mis consejos.

—Lo juro,—dijo ella con voz firme, la cabeza levantada, como una mujer decidida á todo.

—No hay más que un medio de acabar con nuestras penas,—prosiguió Furbicio,—y es casarnos. Nuestro matrimonio pondria término á todos los rumores que nos inquietan. Podríamos amarnos tranquilamente. Nada nos impediría abandonar este país, si no nos conviniera vivir más en él, y si permaneciamos aquí, nadie tendria derecho á reconvenirnos.

—¡Qué sueño!—exclamó Margarita.

—Ese sueño puede realizarse, con tal que nos desembaracemos, yo de mi mujer, tú de tu marido.

Esta horrible proposicion no asustó á Margarita. El pensamiento criminal que su amante acababa de someterla, se agitaba en ella hácia mucho tiempo. A la vez que su amor por Furbicio, un odio profundo á su marido habia crecido en su corazón. El cariño y la pasion de Pascoul, el afecto que ella misma habia sentido en otro tiempo por él, nada de esto tenía en cuenta. El pasado no existia ya; ella no vivia más que para el presente.

—Tú eres mi marido hace mucho tiempo,—le dijo;—ni las palabras del alcalde, ni el sermón de un sacerdote añadirán nada á mi amor. Pero, pues to que es preciso para nuestra dicha, para nuestro reposo, que esas palabras sean pronunciadas, lo serán. Haré todo lo que quieras.

—No será difícil,—prosiguió entonces Furbicio,—acabar con mi mujer. Desaparecerá sin ruido, sin dificultad. No sucede lo mismo con tu marido. Cuando te conocí, su muerte estaba próxima. Ha

recobrado la salud, y es una desgracia, porque ha de costar mucho trabajo ántes de volverle al estado en que entónces se encontraba. Tocándole con el dedo, se le hubiera muerto.

Furbicio decia estas cosas en voz baja, pero con frialdad, como si se hubiera tratado de algun honroso proyecto, y Margarita le escuchaba sin horror. ¡Ah! qué bien la habia juzgado su padre cuando, al negársela tan obstinadamente á Pascoul, exclamaba con voz ahogada por el llanto: «¡Está corrompida hasta la médula de los huesos!»

Desde la muerte de Rivarot, aquella corrupcion natural no habia hecho más que aumentar, y ahora, dominada, enloquecida por la más violenta de las pasiones, caminaba á pasos agigantados hácia el crimen.

Sentados estos preliminares, Furbicio abordó los medios de ejecucion.

—Será preciso emplear el veneno para Pascoul,— dijo.—Es seguro y rápido. Tú podrás echarle en sus manjares, en sus tisanas, y nadie se sorprenderá al verle morir. El mismo no se apercibirá de nada.

Se ve que Furbicio se acordaba de los prudentes consejos de la Valbray. Margarita no estuvo enteramente conforme con él.

—No es fácil proporcionarse el veneno ni servirse de él sin despertar las sospechas. Ya te lo he dicho; haré lo que me digas que haga. Conozco que si mi marido no muere, estamos perdidos. Además, aborrezco á ese hombre, que me impide gritar que eres tú á quien amo. Pero, para desembarazarnos de él, ¿no sería mejor emplear un medio que permitiera atribuir su muerte á una casualidad? ¿Cuando vas con él á los mercados de las cercanías, ¿no podrias hacerle caer bajo las ruedas de tu carruaje, ó bien llevarle de paseo á la fuente de Vaucluse y arrojarle al abismo? ¿Quién pensaria en acusarnos?

—Eso es muy expuesto,— objetó Furbicio;—se

puede errar el golpe, y entónces todo se descubre.

—Tú no lo errarás!

—Quién sabe; por más que uno sea fuerte y decidido, esas cosas no se hacen á sangre fria. Empecemos por el veneno, ¿quieres?

—¡Corriente! en cuanto me lo traigas, empezaré.

Dichas estas palabras, se despidieron, y Furbicio salió, despues de haber advertido á Margarita que no volveria hasta el dia siguiente por la noche. Debía obrar en adelante con la más estricta prudencia, y el chalan habia resuelto no presentarse en la granja, durante el dia, más de una vez por semana. Esta decision afligió á Margarita; ya no podia consagrar á Furbicio todo el tiempo, é iba á pasar muchas horas léjos de él. Pero el sacrificio que se veia obligada á imponerse, no hizo más que aumentar su deseo de terminarle cuanto ántes por la muerte de su marido.

A partir desde aquel momento, el objeto que se proponia estuvo sin cesar ante su vista. Pensaba en él hasta en sueños; éstos la hacian ver con frecuencia á su marido tendido sin movimiento, al lado de Brigida inanimada; Furbicio rechazaba con el pié aquellos dos cadáveres que le separaban de Margarita; se reunía con ella, y la estrechaba contra su pecho varonil.

La belleza de Margarita adquirió tambien hácia esta época un carácter más sombrío. Alrededor de sus ojos, abismos velados y profundos que no dejaban traslucir nada de las maldades de su alma, se dibujó un círculo morado. Las preocupaciones que la asaltaban sin cesar se revelaron en su semblante, en el que jamás se vieron ya ni las lágrimas ni la risa, porque aprendió pronto á concentrar todas sus emociones, las más ligeras como las más vivas.

La mañana siguiente del dia en que, por primera vez, Furbicio la habia hablado de sus criminales proyectos y decidido sin trabajo á tomar parte en ellos, entró como de costumbre en el cuarto de su

marido. Todas las mañanas se acercaba á su cama, y violentándose, le presentaba su frente. Aquel día se acercó á él, como se habia acercado la víspera, y le besó como si ya no hubiera sido para ella un hombre fatalmente condenado.

—¿Has pasado buena noche? ¿Has dormido bien? Estas dos preguntas salieron maquinalmente de sus labios.

Pascoul pasó sus brazos en torno del flexible talle de Margarita, y atrayéndola hácia sí:

—Estoy curado, —dijo, —bien curado. Bebo, como, duermo, ando. Algunos días más, y volveré á ocupar mi sitio á tu lado, en tu cuarto, que nunca hubiera querido abandonar. Esta sola idea me devuelve las fuerzas; porque yo te quiero mucho, ¿sabes? y he sufrido cruelmente cuando me he visto condenado á pasar lejos de tí una parte de mi vida. Pero pronto volveré para siempre á nuestro amado nido.

Margarita se estremeció. La esperanza que su marido acariciaba amorosamente era para ella la perspectiva de un intolerable suplicio. Pascoul prosiguió:

—No serás dichosa al ver empezar de nuevo nuestra antigua vida?

—Sin duda, —contestó Margarita distraida.

—¡Esa vida era tan dulce! —prosiguió Pascoul. —Durante el verano, nuestros largos paseos mañana y tarde; en invierno, nuestras queridas veladas, nuestras conversaciones cuando todo nos hablaba de amor. ¿Has perdido el recuerdo de todas esas cosas? Volverán á empezar.

¡Volverán á empezar! palabras imprudentes, dulces al pronunciarlas para él, terribles al oirlas para Margarita. Ellas condenaban á muerte á Pascoul y le quitaban toda esperanza de perdon.

Algunas horas despues, al atravesar el patio de la granja, vió á su marido solo, de pié, delante del pozo; todo un lado del brocal habia sido derribado

la víspera por una carreta. Estaba allí, al borde del agujero abierto, examinando con la atencion interesada del propietario el destrozo causado por el accidente. Su posicion era tal, que hubiera bastado un choque para precipitarle en aquel abismo, cuya profundidad no le hubiera ofrecido ninguna esperanza de salvacion.

Margarita tuvo una inspiracion infernal. Miró en torno suyo. El patio estaba desierto, todos los criados de la granja en los campos, las criadas en la casa. Entónces, con paso lento, pero seguro, conteniendo su respiracion, se encaminó hácia su marido con los brazos extendidos, las manos cerradas, reuniendo en un supremo esfuerzo todas sus fuerzas duplicadas por la cólera nerviosa que la agitaba.

Iba á alcanzar á Pascoul y á precipitarle en el abismo, cuando éste se volvió de repente. Ella, sin duda, habia previsto aquel movimiento, porque ninguno de los músculos de su cara se alteró. Sus brazos permanecieron extendidos hácia adelante, pero sus manos se abrieron, y Pascoul, interpretando mal aquel ademan, los cogió con viveza, y atrayendo hácia sí á su mujer:

—¿Si quiero abrazarte? —dijo; —pues ya lo creo.

Y abrazándola y besándola, la condujo dulcemente hácia la casa.

—Caros pagarás estos besos, —murmuró Margarita cuando estuvo sola, al mismo tiempo que se enjugaba la cara.

No quiso volver á ver á su marido en todo el día. Se encerró en su cuarto y allí permaneció. Pascoul tuvo que comer solo, y cuando fué á verla, la encontró tendida sobre una silla, quejándose de un violento dolor de cabeza y pidiendo que no fueran á turbar su reposo. La verdad es que habia querido quedarse sola á fin de considerar friamente su situacion. El largo exámen á que se entregó no modificó sus sentimientos.

A los pocos minutos de separarse de ella su marido, ya estaba de pie. Esperaba á Furbicio. Habia prometido ir por la noche, y cumplió su palabra. Le recibió como si llegara de un largo y peligroso viaje, y le contó todas las emociones de aquel dia.

—He creído,—dijo ella,—que todo iba á concluir. Le tenía entre mis manos. Un paso más, y le arrojaba en aquel pozo, del que no hubiera salido vivo. Su mala suerte quiso que se volviera, y me he visto obligada á besarle. ¡Besarle! Aquellos besos me han manchado la cara. Que los tuyos borren sus huellas.

A eso de la media noche, Furbicio se dispuso á salir; no debía volver hasta dentro de tres dias.

—Es preciso,—decia;—temo que me sigan. Se habla de nosotros en el país; estamos amenazados. Sólo la prudencia nos salvará. Soporta con valor esta separación. Pronto acabarán nuestras penas; tú serás mi mujer, y no tendremos que dar cuenta á nadie de nuestras acciones.

Margarita no contestó. Se preguntaba por qué todo la separaba del que amaba y por qué el que ella aborrecia vivía á su lado en una quietud absoluta, dichoso, creyéndose amado y dueño de retenerla junto á él segun su voluntad. La misma impresion sentia siempre que Furbicio la dejaba. Olvidaba las locas alegrías que habia disfrutado, para abandonarse por completo al cruel dolor que la habia causado su partida.

El estaba de pie delante de ella dispuesto á marcharse. Iba á apagar la lámpara, abrir la ventana y bajar la escalera que por la noche le daba acceso al cuarto de su querida, cuando de repente ella le dijo:

—Escucha, no te vayas tan pronto. Mi marido duerme en su habitación. Todo está tranquilo en torno nuestro. Acabemos con él, puesto que está escrito que debemos hacerlo. Nunca volveremos á encontrar una hora más propicia.

—Nada de sangre,—contestó él.—Eso lo echaria todo á perder.

—¿Qué niño eres! ¿Acaso querré yo que nos perdamos? Ven, y verás cuán fácil es poner un término á nuestros males. No temblaré.

Sin darle tiempo de replicar, cogió la lámpara, cuya luz, oculta bajo una pantalla de color sombrío, arrojaba en torno de ellos un reflejo pálido y siniestro, y echó á andar delante de Furbicio. El la siguió maquinalmente.

Abrió sin ruido la puerta de su cuarto, y se encontraron en un ancho pasillo al que comunicaban dos puertas. Se dirigió á una de ellas y levantó el pestillo. Era una vasta pieza envuelta en la oscuridad. En el fondo habia un lecho rodeado de cortinas de lana oscura. Margarita hizo seña á Furbicio para que no entrara, y acercándose sola al lecho, levantó la lámpara por encima de su cabeza, miró, y volviendo al lado de su amante:

—Acércate,— le dijo en voz baja.

Él obedeció, caminando de puntillas.

Pascoul estaba allí acostado, dormido; su sueño era apacible como el de un niño. Su cabeza descansaba sobre un monton de almohadones. Sus cabellos, largos y abundantes, cubrian la almohada; sobre sus labios vagaba una sonrisa que el sueño parecia haber interrumpido. En aquella posicion, Pascoul estaba verdaderamente hermoso, y si el adelgazamiento de sus facciones indicaba todavía alguna debilidad, la coloracion de su semblante anunciaba el completo restablecimiento de su salud, poco ántes tan profundamente quebrantada. En el tranquilo sueño de aquel hombre honrado y feliz habia una serenidad que imponia. Pero Margarita no se dejó enternecer por aquel espectáculo. Acercó la lámpara á los ojos de su marido y la tuvo allí un momento á fin de ver si su sueño era profundo. Varias veces la luz pasó por el semblante de Pascoul. No se movió. Entónces Margarita, apo-

derándose de un ancho almohadon colocado en los piés de la cama, se le alargó á Furbicio, pronunciando, con voz melodiosa, estas sencillas palabras:

—Tú que eres fuerte, ahógale.

Furbicio dió un paso adelante, y, excitado por las provocadoras miradas de Margarita, cogió el almohadon y lo suspendió sobre la cabeza del arrendador.

Un minuto se pasó, uno sólo, pero terrible.

En las vigorosas manos de Furbicio, el almohadon continuaba suspendido sobre la cabeza de Pascol dormido. Margarita habia cerrado los ojos instintivamente, sin alejarse, sin embargo, porque era valiente á su manera y estaba dispuesta á auxiliar á su amante. Pero este último no se movía. Ella abrió los ojos.

—¿Qué tienes?—dijo á Furbicio.

En vez de contestar, se volvió lentamente con la frente bañada en sudor, y el almohadon, escapándose de sus manos temblorosas, cayó sin ruido sobre la piel de zorro extendida delante del lecho, mientras que de sus labios salian estas palabras:

—No puedo.

—¿Cómo, tú, Furbicio, retrocedes!—murmuró ella á su oído.—Está durmiendo, mira; yo lo llevaré á cabo, yo, si tuviera fuerzas.

—Te digo que no puedo. ¡Ven, ven, salgamos de aquí, tengo miedo!

Y sin esperar más, se alejó pálido y vacilante como un hombre ebrio.

Margarita le encontró en su cuarto.

—Dormia,—le dijo en tono de reconvenccion.

—Eso es lo que me ha asustado,—contestó Furbicio,—si hubiera hecho un movimiento, uno sólo, era hombre muerto. Pero aquel sueño tranquilo me ha turbado. Hubiera preferido tener que atacar á dos hombres bien despiertos.

—Entonces, no acabaremos nunca!

—Sí, pero con la ayuda del veneno solamente.

—Del veneno! sea. Pero, ¿dónde le vas á encontrar? Es preciso salir de esta situacion. Estas emociones me van á quitar la vida.

En efecto, estaba profundamente conmovida. La excitacion que hasta entonces la habia sostenido acababa de pasar, y un temblor convulsivo agitaba todo su cuerpo. Al verla así, Furbicio la obligó á descansar, y partió prometiéndola enviarla el veneno al dia siguiente. Ella se durmió con esta promesa, quebrantada de cansancio, pero sin remordimientos.

Cuando él entró en su casa iba á amanecer.

Acostumbrada á la existencia singular que él la habia creado hacía mucho tiempo, su mujer dormía sola en la casa con los niños. ¡Pobre Brígida! A pesar de todos sus disgustos, de los celos que la atormentaban, de las brutalidades de todo género que tenia que sufrir, permaneció sumisa á su marido. Jamás salía una queja de sus labios, jamás se escapaba una confidencia de su destrozado corazón.

Furbicio, al llegar, evitó entrar en el cuarto en que su mujer estaba acostada cerca de la cuna de sus hijos. Se detuvo en una pequeña cueva contigua á la cocina. Allí es donde guardaba las drogas destinadas á sus caballos. Tomó de encima de una tabla un gran frasco de cristal lleno de agua, en la que se veían brillar unos palitos cortos y delgados de un color pálido. Agitó el frasco, y el líquido despidió al punto reflejos semejantes á los que produce sobre la mar durante la noche la estela de una nave. Entonces hizo saltar el pergamino que tapaba el fras-

co, y se esparcieron en el aire unos vapores blanquecinos. Después metió las manos en el agua, sacó uno de los palitos, que ofrecía el aspecto de un pedazo de cera, y trató de romperle. Lo consiguió sin trabajo; pero habiendo producido el choque un rozamiento, la materia se inflamó de repente, y el chalan sólo tuvo el tiempo suficiente para abrir los dedos á fin de no quemarse. El fósforo, porque era fósforo, cayó sobre la tierra húmeda y se consumió lentamente.

Satisfecho de la experiencia, tapó herméticamente el frasco y dijo en alta voz:

—Esto arreglará el asunto.

Volvió á la cocina, se echó vestido sobre un mal canapé cubierto con un jergon de paja de maíz, y se durmió profundamente hasta la salida del sol.

Cuando se despertó, Brígida se ocupaba silenciosamente de los quehaceres de su casa, y los niños jugaban á su lado.

—¿Qué es esto! ¿no se me besa hoy?—exclamó el chalan.

Los dos pequeñuelos, interrumpidos en sus juegos, se acercaron con timidez. Su padre los colocó sobre sus rodillas, y trató de arrancarles una sonrisa. Pero fué en vano.

—Es que os causó miedo?—dijo.

Como no contestaran, los colocó con aspereza en el suelo; murmuró algunas palabras groseras, y se fué á ver sus caballos. Pero ántes se habia vuelto hácia su mujer, que habia observado aquella escena al parecer con indiferencia, y la habia dicho:

—Quiero almorzar. Date prisa.

Cuando volvió, después de haber recorrido la cuadra, su almuerzo estaba servido sobre la mesa, almuerzo modesto y frugal, que no le gustó. No se quejó; pero Brígida, adivinando su repugnancia, creyó que debía disculparse.

—No creí que comerías aquí hoy,—dijo,—que si

no, hubiera procurado hacerte un desayuno como los de la Bastida-Nueva.

Furbicio la miró desdeñosamente y se encogió de hombros.

—¿Acaso me quejo yo, idiota? Guarda tus reflexiones para tí.

Ante tan brutal apóstrofe, Brígida bajó la cabeza, y una lágrima, una sola, porque supo dominar al punto su emoción, apareció en sus ojos.

Algunas horas después, mientras él se dirigía á Cavaillon á vender caballos, la Valbray llegaba á la Bastida-Nueva. Margarita estaba sola. La mendicante entró misteriosamente en su cuarto, y sacando un objeto que llevaba oculto bajo la ropa:

—Querida mia,—dijo,—aquí teneis lo que Furbicio os envía.

—Está bien,—respondió Margarita,—ha cumplido su palabra.

—Es fósforo,—continuó la Valbray.—Hace mucho tiempo reposa en el fondo de ese agua. Está impregnada de él, y constituye una especie de veneno cuyo efecto es seguro. Cuantas veces podais, echareis de ese agua en las bebidas y en los alimentos de vuestro marido. Si eso no produce pronto resultado, Furbicio os enviará otra cosa.

—Hay venenos que matan en el acto,—dijo Margarita á la Valbray.—¿Por qué no me ha mandado uno de esos?

—Teneis demasiada prisa, querida,—contestó la vieja.—Los venenos que matan en el acto dejan huellas... Y la guillotina también mata en el acto.

Y riendo de su horrible juego de palabras, salió, después de haber besado á Margarita.

El frasco permaneció todo el día en el mismo sitio. La Valbray habia dicho que, si se rompía, el fósforo se inflamaria. Margarita no se atrevia á tocarle. Le estuvo contemplando largas horas, y cuando se veía obligada á bajar, cerraba con llave la puerta de su cuarto. Pero, en cuanto se veía li-

bre, volvía á subir, como si hubiera querido vigilar aquella terrible botella que llevaba la muerte en su fondo quebradizo. Por la noche, al entrar sin luz en su cuarto, el frasco se le apareció echando fuego.

Aquel fenómeno, de los más sencillos, le era desconocido, y la asustó.

—¡Cielos,—exclamó,—está ardiendo!

Y se lanzó á la escalera para pedir socorro. Pero un secreto instinto la detuvo. ¿Cómo iba á explicar la presencia de aquel frasco en su cuarto? Se acercó para apagar por sí sola aquel incendio singular, y tuvo el valor de tocar el cristal: estaba frío. Entonces recordó lo que en otro tiempo había aprendido en el convento; encendió una vela á la otra extremidad del cuarto, y la fosforescencia desapareció.

Estas emociones la habian inspirado un indecible terror. En la víspera de cometer el crimen, sentía pesar sobre ella la responsabilidad de todo lo que iba á suceder, y la faltaba el valor; no porque tuviera piedad de su víctima, pero la Valbray la habia hablado del cadalso, y el cadalso la daba miedo, y más que el cadalso, la perspectiva de la vergüenza que recaería sobre ella, si era descubierta.

Casi se arrepintió. ¿Por qué habia conocido á Furbicio? Pero aquel impulso de debilidad no tuvo consecuencias; su destino ya no la pertenecía.

Durante un momento se le ocurrió la idea de tomar ella misma el veneno.

—De este modo, todo acabaría,—se dijo.

Dos razones la contuvieron: la pena que causaría á su amante, y el temor de quedar desfigurada sin conseguir morir instantáneamente.

Por fin, se decidió. Todas las noches, Pascoul, al acostarse, tenía costumbre de beber una tisana caliente y calmante, destinada á hacerle dormir. A la hora ordinaria, vió entrar á su mujer en su

cuarto, llevando en la mano una taza humeante, llena hasta los bordes.

En las facciones de Margarita se veía una angelical serenidad. Andaba con una rigidez automática, pero con paso firme y seguro.

—Bebe,—le dijo á su marido.

El tomó la taza sonriendo, y de un trago apuró el contenido.

—Esta tisana está hoy peor que ningún día,—dijo devolviendo la taza.—No quiero volverla á tomar.

—El médico ha mandado que la tomes algunos días más.

El lanzó un suspiro y murmuró estas sencillas palabras:

—¿Cuándo me veré libre de sus garras?

Después, acercándose á su mujer, quiso abrazarla.

—¡Ah!—exclamó ella con horror,—déjame.

—¿Acaso te causo miedo?—preguntó él.—¡Te amo tanto! ¡Eres tan hermosa, Margarita mía!

Ella trató de escapar.

—¡No te vayas,—la dijo dulcemente;—en nombre del hijo que llevas en tu seno, no te vayas!

Se hallaba á la sazón embarazada de algunas semanas, y la prudencia la habia obligado á prevenir á su marido cuando se habia sentido en aquel estado. El mismo sentimiento la contuvo.

—Si él no muere, moriré yo,—se dijo cuando estuvo sola.

Durante quince días, sirvió á Pascoul agua de fósforo en sus tisanas. Pero Furbicio se habia engañado en cuanto á la eficacia de este veneno. Se sabe, en efecto, que el fósforo no se disuelve en el agua fría. El agua toma el gusto y el olor del fósforo, pero absorbe la materia en tan pequeña cantidad, que no da otros resultados que producir desórdenes en el estómago. Esto es lo que sucedió. La salud del desgraciado Pascoul se alteró de nuevo,

pero ningún síntoma grave hizo presagiar su fin próximo. Margarita se desesperaba al ver que no llegaba el resultado tan vivamente deseado. Para colmo de desgracias, Furbicio no se presentaba en la granja sino raras veces. De vez en cuando, iba á ver á Pascoul, y al reconvenirle éste por la escasez de sus visitas, se excusaba con sus muchas ocupaciones. La Valbray le había dicho:

—Sigue mis consejos. Preséntate en todas partes menos en la granja. Arréglate de modo que te crean ocupado en los negocios. Viaja con la mayor frecuencia posible. De esta manera, cuando Pascoul sucumba, nadie pensará en acusarte de su muerte.

Furbicio seguía este parecer, y Margarita ya no le veía durante el día. Por la noche, iba algunas veces todavía, pero siempre de prisa. Ella sufría horriblemente por tan excesiva prudencia: entregada á sí misma, encargada de la horrible misión de matar á su marido, no encontraba en torno suyo ni quien la animara, ni quien la consolara; Furbicio, se decía, no la secundaba lo bastante en aquella monstruosa tarea. Es verdad que recibía de él, por conducto de la Valbray, cartas que, por orden suya, quemaba despues de haberlas leído. Pero aquellas cartas no podían proporcionarla las mismas dulzuras que su presencia. Se quejaba amargamente de la posición en que se encontraba; y no deja de ser conveniente el publicar, desde ahora, algunos fragmentos de cartas que ella le dirigía, ya por la Valbray, ya por Moulinet. Estas cartas se dieron á luz más tarde; porque, cediendo á un innoble cálculo, Furbicio las conservaba todas, mientras que mandaba que destruyeran las suyas.

«Mi buen marido, escribía ella (desde esta época, ya no le llamaba más que con este nombre): Empiezo á inquietarme. Veo que el veneno obra muy lentamente. La primera botella era mejor que las

»otras. Nada omsto, y sin embargo, no adelanto  
»apénas. No olvido ninguna de tus recomendacio-  
»nes. Mas ¡ay! no llego al fin. ¿Qué debo hacer?  
»Manda, obedeceré. He empezado, y nada me hará  
»retroceder.»

Y como Furbicio la diera prisa para que terminara, ella le contestaba:

«Estoy animada de los mismos deseos. Hago lo  
»que puedo; pero no me es posible ir más de prisa.  
»Estoy desesperada. Pienso siempre en tí. Esta no-  
»che me he visto en tus brazos. Estoy impaciente  
»por abrazarte y quisiera ser ya tu mujer. Si quisie-  
»ras ayudarme, nuestras penas tocarían pronto á  
»su término. Los hombres tienen más valor que las  
»mujeres, ¡y te sería tan fácil acabar de un solo gol-  
»pe con él!»

No era ésta la intención de Furbicio. Temiendo comprometerse, no quería emplear los medios violentos.

—Puesto que el agua fosfórea no produce resultado,—dijo una noche á Margarita,—sírrete del fósforo.

Y algunos días despues, le escribía:

«Mi buen marido: He hecho lo que me has indi-  
»cado. La primera vez, he puesto dos pedazos de  
»fósforo en una tortilla, y no han producido nin-  
»gun resultado. El día siguiente he puesto cuatro.  
»El ha dicho: «Esta tortilla huele á azufre.» La ha  
»comido sin embargo, y no ha sentido nada. Ya no  
»sé qué imaginar. Si quisieras ayudarme, pronto se  
»calmarián nuestros males. Soy muy desgraciada.  
»No tengo ya ni aun el medio de verte y hablarte  
»con seguridad. El domingo iré á Gordes á la pri-  
»mera misa: es nuestro único modo de encontrar-  
»nos. Estoy siempre inquieta. En el momento en

«que te escribo, estoy muy triste y sólo tu presencia podría consolarme.»

Algunas semanas se pasaron así. Un domingo, al salir de misa, Furbicio deslizó en la mano de Margarita un polvo blanco y cristalizado. Parecía vidrio machacado.

Era sublimado corrosivo.

Pero Pascoul ponía en vivir un empeño singular, que parecía aumentar cuantos más esfuerzos se hacían para matarle. Margarita, que con el pretexto de prodigarle los más solícitos cuidados, se complacía en preparar sus comidas, le presentó el sublimado corrosivo en una sopa. Apenas Pascoul había llevado la cuchara á la boca cuando arrojó rápidamente su contenido.

—Esta sopa tiene polvos de hierro,—dijo.

No quiso acabar de tomarla. Se la dió á su perro, que olfateó la escudilla y se volvió sin tocarla.

Furbicio entonces envió á Margarita dos gramos de opio, que se había proporcionado con el pretexto de domar un caballo rebelon. Se los hizo tomar á su marido en varias veces, y tampoco produjeron ningun efecto.

De este modo, los criminales proyectos de aquellos miserables eran constantemente desbaratados por su torpeza, por su ignorancia ó por el mismo Pascoul. Habían creído en la eficacia del agua fosfórea: su error ha sido explicado. Habían tenido confianza en el fósforo en pedazos; pero en el plato en que se había hecho el cocimiento, el fósforo se había consumido sin dejar otros vestigios que un gusto horrible. Por fin, habían creído en la eficacia del opio: administrado sin conocimiento, no había obrado. Únicamente el sublimado corrosivo era un veneno susceptible de servir sus planes, y precisamente es el que Pascoul no había querido tomar.

Furbicio no sabía ya qué materia emplear. Su erudicion dejaba mucho que desear, y no conocía

otros tósigos que los que empleaba para sus caballos. Pero todos estos venenos habían tenido mal éxito. Margarita, sin embargo, aunque desanimada, continuaba su tarea; Pascoul tomaba veneno á todas horas, por todos los medios. En las sábanas de su cama, en sus ropas, en sus pañuelos, en sus alimentos, se echaban polvos nocivos. El desgraciado tenía la garganta echando fuego: tres meses de este horrible régimen bastaron para destruir para siempre su salud. Se le vió enflaquecer de nuevo; volvió á ser lo que era un año ántes.

—¿Habeis reparado cómo ha cambiado el amo?—dijo un día Moulinet á Margarita.

—Vuelve á atacarle su antiguo mal,—respondió ella sin inmutarse.

Aquella rápida trasformacion fué tambien advertida en el pueblo. Pero nadie conoció la verdadera causa. Un día, Federico Borel fué á la Bastida-Nueva y se asustó al observar los estragos cuyas huellas se veían en el rostro de Pascoul.

—Tengo aquí,—le dijo el desdichado señalando su pecho,—un fuego que me consume lentamente. Margarita me prodiga sus cuidados; los médicos no se separan de mí. Nadie comprende mi enfermedad, y sin embargo, conozco que me matará si no se detienen sus progresos.

Estas palabras entristecieron á Federico; su avaricia no le había privado de sensibilidad, y buscó á Margarita á fin de conocer por ella los detalles de la horrible enfermedad de que Pascoul se quejaba. La encontró sola en un rincón del jardín con la cabeza entre sus manos, presa de una violenta tristeza que ella atribuyó al espectáculo que Borel acababa de presenciar.

Al hablar de su pretendido dolor, no pudo contener algunas lágrimas.

—No te aflijas, Margarita,—la dijo Federico;—tu marido se pondrá bueno. Eso no es nada.

El día siguiente, ella escribía á Furbicio una

larga carta, que terminaba con estas palabras:

«...Cuando me ven con los ojos humedecidos, me dicen: «No llores; eso no es nada.» Cuando oigo decir que eso no es nada, lloro todavía más.»

## XIII.

El tiempo pasaba; Pascoul tenía el estómago echado á perder. En su débil cuerpo los órganos digestivos ya no funcionaban. Sus ojos habian perdido de nuevo su claro brillo, sus mejillas sus colores, y los médicos buscaban en vano un nombre á la misteriosa enfermedad que le consumia sordamente.

De todos los testigos de aquel sombrío drama, ninguno sospechaba la verdad. Más interesado que los demas en la muerte de Pascoul, cuya fortuna codiciaba, Federico Borel iba á la sazón á la Bastida-Nueva varias veces por semana. En apariencia, era para tener noticias de su primo, pero en realidad esperaba apoderarse de una prueba de la relacion adúltera de Margarita y Furbicio, que él habia sido el primero en conocer y dar á conocer en el país. A pesar de sus frecuentes visitas, no descubrió nada. Furbicio se presentaba en la granja raras veces. Margarita demostraba á su marido un afecto tanto mejor fingido, cuanto que á fin de hacerle tomar el veneno necesitaba no alterar su confianza. En cuanto á Moulinet, en vano Federico trató de hacerle hablar. No se dejaba arrancar ninguna confidencia.

De este modo, el crimen obraba lenta, pero seguramente; y cuando Margarita, ya en sus cartas, ya en las raras entrevistas que tenía con su amante, le reconvenia porque no la ayudaba:

—De qué te quejas?— la contestaba;— si no muere de prisa, tanto mejor para nosotros. Creerán que ha muerto de muerte natural.

Sin embargo, ella hizo todo lo posible por decidir á Furbicio á matar á Pascoul, ya ahogándole, ya aplastándole.

—Es inútil,—decia él.—Nos expondríamos á ser descubiertos. Yo me he encargado de mi mujer; encárgate tú de tu marido. Te he proporcionado el veneno; he hecho bastante por mi parte.

—Es que ya no podemos vivir así,—murmuró ella.—Perderemos la honra, y la honra es una gran cosa.

A pesar de su aparente calma, que tenía por objeto evitarle una participacion más directa en la muerte de Pascoul, Furbicio no estaba ménos intranquilo que su cómplice. Su intranquilidad obedecia á dos móviles: primero, su amor; despues, la necesidad de dinero. Entónces, para entretener la impaciencia que le devoraba, trató de envenenar á Brígida.

Un dia que comian juntos, ella se levantó un momento de la mesa. En el mismo instante vertió él en el vaso en que ella acababa de echar vino algunas gotas del agua fosfórea que habia dado ya á Pascoul. Brígida volvió á ocupar su sitio, teniendo en los brazos al mayor de sus dos hijos.

—Beber,—dijo el pobre pequeñuelo.

Ella le presentó su vaso.

El niño iba á mojar en él sus labios, pero Furbicio habia seguido todos los movimientos de su mujer.

—No bebas, nene,—exclamó él con viveza.

Y como Brígida le mirara sorprendida, añadió:

—Hay demasiado vino para él.

Al mismo tiempo echó agua en su vaso y se la ofreció á su hijo. Brígida bebió en el suyo. Apenas lo probó, cuando lo separó de sus labios.

—¡Ah!—dijo.—¡Qué mal sabe esto!

larga carta, que terminaba con estas palabras:

«...Cuando me ven con los ojos humedecidos, me dicen: «No llores; eso no es nada.» Cuando oigo decir que eso no es nada, lloro todavía más.»

## XIII.

El tiempo pasaba; Pascoul tenía el estómago echado á perder. En su débil cuerpo los órganos digestivos ya no funcionaban. Sus ojos habian perdido de nuevo su claro brillo, sus mejillas sus colores, y los médicos buscaban en vano un nombre á la misteriosa enfermedad que le consumia sordamente.

De todos los testigos de aquel sombrío drama, ninguno sospechaba la verdad. Más interesado que los demas en la muerte de Pascoul, cuya fortuna codiciaba, Federico Borel iba á la sazón á la Bastida-Nueva varias veces por semana. En apariencia, era para tener noticias de su primo, pero en realidad esperaba apoderarse de una prueba de la relacion adúltera de Margarita y Furbicio, que él habia sido el primero en conocer y dar á conocer en el país. A pesar de sus frecuentes visitas, no descubrió nada. Furbicio se presentaba en la granja raras veces. Margarita demostraba á su marido un afecto tanto mejor fingido, cuanto que á fin de hacerle tomar el veneno necesitaba no alterar su confianza. En cuanto á Moulinet, en vano Federico trató de hacerle hablar. No se dejaba arrancar ninguna confidencia.

De este modo, el crimen obraba lenta, pero seguramente; y cuando Margarita, ya en sus cartas, ya en las raras entrevistas que tenía con su amante, le reconvenia porque no la ayudaba:

—De qué te quejas?— la contestaba;— si no muere de prisa, tanto mejor para nosotros. Creerán que ha muerto de muerte natural.

Sin embargo, ella hizo todo lo posible por decidir á Furbicio á matar á Pascoul, ya ahogándole, ya aplastándole.

—Es inútil,—decia él.—Nos expondríamos á ser descubiertos. Yo me he encargado de mi mujer; encárgate tú de tu marido. Te he proporcionado el veneno; he hecho bastante por mi parte.

—Es que ya no podemos vivir así,—murmuró ella.—Perderemos la honra, y la honra es una gran cosa.

A pesar de su aparente calma, que tenía por objeto evitarle una participacion más directa en la muerte de Pascoul, Furbicio no estaba ménos intranquilo que su cómplice. Su intranquilidad obedecia á dos móviles: primero, su amor; despues, la necesidad de dinero. Entónces, para entretener la impaciencia que le devoraba, trató de envenenar á Brígida.

Un dia que comian juntos, ella se levantó un momento de la mesa. En el mismo instante vertió él en el vaso en que ella acababa de echar vino algunas gotas del agua fosfórea que habia dado ya á Pascoul. Brígida volvió á ocupar su sitio, teniendo en los brazos al mayor de sus dos hijos.

—Beber,—dijo el pobre pequeñuelo.

Ella le presentó su vaso.

El niño iba á mojar en él sus labios, pero Furbicio habia seguido todos los movimientos de su mujer.

—No bebas, nene,—exclamó él con viveza.

Y como Brígida le mirara sorprendida, añadió:

—Hay demasiado vino para él.

Al mismo tiempo echó agua en su vaso y se la ofreció á su hijo. Brígida bebió en el suyo. Apenas lo probó, cuando lo separó de sus labios.

—¡Ah!—dijo.—¡Qué mal sabe esto!

Furbicio palideció de pronto, balbuceó algunas palabras, se inmutó, y Brígida exclamó:

—¡Miserable, es veneno!

Y, en un movimiento de horror, rompió el vaso y huyó, lanzando terribles gritos.

El corrió tras ella y la hizo volver á la fuerza.

—Eres loca, —dijo, —loca de atar. ¿En dónde has visto el veneno?

—Allí, allí, —contestó señalando el vaso roto.

—Te callarás, bribona! —replicó él; —si alguien te oyera, pondría á los gendarmes en mi persecucion. No hay más veneno que en tu mano. Pierdes la cabeza.

Ella no se atrevió á insistir, pero su conviccion estaba formada. Fué á encerrarse en su cuarto, y, dejando caer la cabeza en la cuna de sus hijos, lloró largo tiempo. Solo, en la sala del piso bajo, Furbicio se preguntaba cómo haría desaparecer las sospechas concebidas por Brígida. Luégo fué á buscarla, y la dijo con voz amenazadora:

—¡Desgraciada de tí si dices una palabra de lo que acaba de pasar!

Brígida no contestó. Pero desde aquel dia no pudo comer ni beber más que con una instintiva repugnancia. Veía el veneno en todas partes, y temblaba más aún por sus hijos que por sí misma.

En cuanto á él, renunció provisionalmente á proseguir sus tentativas por aquella parte. La escena que acababa de pasar le sugirió graves reflexiones. Si su mujer había por instinto adivinado la presencia del fósforo en su vaso, ¿no podría Pascoul, á la larga, advertirlo de la misma manera? Todo era de temer de una imprudencia: bastaba que Margarita se turbara en presencia de su marido, como él acababa de turbarse delante de su mujer.

La misma noche fué á la Bastida-Nueva. Margarita, avisada, le esperaba en su cuarto. La contó lo que habia pasado aquel dia y la comunicó sus temores.

—¿No te lo habia dicho? —exclamó Margarita. —No era más prudente acabar de un solo golpe? A falta de un veneno activo que no podemos proporcionarnos, es preciso que te decidas á obrar tú mismo. Tú eres fuerte, y el doble pensamiento de mi amor y del hijo que es su fruto, debe aumentar tus fuerzas. Pascoul está tan débil que podrás matarle sin trabajo; el mal estado de su salud explicará suficientemente su muerte.

Y entónces, ella le dictó un nuevo plan que, desde el dia siguiente, él trató de poner en práctica.

Era á principios de Diciembre; el sol apareció radiante en un cielo sin nubes, inundando con sus rayos la naturaleza tranquila y comunicándola un aspecto alegre, á pesar de la intensidad del frio. Muy temprano, Furbicio se presentó en la Bastida-Nueva. Hacía mucho tiempo que no habia ido allá, y Pascoul, al verle, se puso muy contento.

—Me teneis olvidado, Furbicio, —le dijo al chalan. —¿Es porque estoy enfermo?

—No os olvido, —contestó este último, —y mi presencia aquí es la prueba de ello. Voy á Cavallon en mi carruaje. El tiempo está hermoso como en la primavera. Acompañadme. Almorzaremos en el camino.

Esta proposicion agradó al arrendador. Hacía algunas semanas que sus paseos eran raros y cortos. No tenia otra distraccion que la lectura, y tampoco podia dedicarse á ella mucho tiempo, porque sus ojos no podian soportar una larga fatiga. Interrogó á su mujer con la mirada.

—Estás muy débil, amigo mio, —le dijo ella.

—El viaje le dará fuerzas, —exclamó Furbicio. —Lo que le debilita es vivir encerrado. Necesita aire; confiadme. Yo os le devolveré en mejor estado.

—Tiene razon, —dijo el arrendador, que se levantó muy alegre.

Margarita no se resistió. Le ayudó á vestirse, le echó encima una gran capa, y el pobre hombre,

apoyado en el brazo del chalan, bajó lentamente la escalera de la granja para subir al carruaje. Abrazó á Margarita, que le prodigaba los mayores cuidados, y poco despues estaba con Furbicio en el camino de Cavaillon. Este último no se habia equivocado. El aire puro produjo en Pascoull una reaccion saludable, y cuando estuvo cerca de Cavaillon, declaró que tenia ganas de almorzar.

—Entónces, detengámonos aquí,—dijo el chalan.

Habia á las puertas de la poblacion una posada, reputada en el pais por los talentos culinarios del dueño del establecimiento. Furbicio la frecuentaba los dias de mercado, y de intento habia conducido allí á su víctima. Se instalaron en un cuarto, echaron bastante leña á la chimenea, y poco despues se sentaron á la mesa, delante de un succulento almuerzo, compuesto de caza y de salsas con muchas especias, acompañado todo de varias botellas de vino de Château-neuf-du-Pape, uno de los más fuertes del Mediodia. Pascoull, que por naturaleza era sóbrio, habia además perdido la costumbre de las comidas sustanciosas. Así es que, despues del almuerzo, que no duró ménos de tres horas, habia perdido completamente la razon.

—Ya no sabe lo que se dice,—pensó Furbicio al oir al arrendador balbucear palabras sin conexion y sin sentido.

El posadero, llamado para dar la cuenta, manifestó alguna inquietud al ver á Pascoull en aquel estado.

—¡Bah!—contestó Furbicio,—ántes que hayamos llegado á su casa, ya se le habrá pasado. Vamos á volver á la Bastida-Nueva; otro dia iré á Cavaillon. Ayúdame á colocarle en el carruaje.

Apénas instalado sobre los almohadones, Pascoull se durmió.

—Ahora se trata de empujarle de modo que caiga bajo las ruedas,—se dijo Furbicio despues de ponerse en camino.

Y cogiendo las riendas con una sola mano, con la otra sacudió con violencia á Pascoull, á fin de arrojarle del carruaje con la cabeza hácia adelante; pero en aquel sueño, producido por la embriaguez, el arrendador se habia agarrado con fuerza á los almohadones del coche. Esto fué lo que le salvó. Tres tentativas no pudieron vencer su resistencia inconsciente.

Exasperado, Furbicio detuvo de pronto su caballo y saltó al camino, á fin de arrojar en él con más comodidad á su compañero y aplastarle en seguida volviendo atras. En el momento en que iba á empezar esta maniobra, el caballo, no sintiéndose ya contenido, partió tan precipitadamente, que el chalan permaneció algunos segundos estupefacto en el mismo sitio. Por fin echó á correr y consiguió detener al fugitivo. Pero esta vez estaba conmovido; el silencio de los campos le intimidaba; tuvo miedo de nuevo, como cuando se habia encontrado ante el lecho de Pascoull.

—No puedo,—repitió, como lo habia hecho entónces.

Volvió á colocarse al lado de Pascoull, que seguia durmiendo, y se dirigió hácia la granja maldiciendo su debilidad.

Durante este tiempo, Margarita, febril, atormentada, habia contado las horas una tras otra. A cada instante se asomaba á las ventanas, con la esperanza de ver llegar á Furbicio y de conocer un poco ántes el resultado del viaje.

De repente se oyó ruido de cascabeles y de ruedas. El carruaje entraba en el patio. Precipitarse á su encuentro, comprender de una mirada la posicion de Pascoull, reconocer que no estaba muerto, todo esto fué rápido como un relámpago. No abrió la boca, pero la mirada que dirigió á Furbicio estaba llena de amargas reconvenciones.

—Se ha emborrachado,—dijo de un modo lastimero el chalan.—Convendria acostarle.

Margarita llamó á Moulinet, y los dos hombres condujeron á Pascoul á su cama.

—Cuando un hombre está tan enfermo como él, es una imprudencia emborracharle,—hizo observar Moulinet.

—Todos mis esfuerzos para impedir que bebiera han sido inútiles,—contestó Furbicio.

—Es extraño,—replicó Moulinet.

Margarita estaba exasperada, y su exasperación cayó sobre Moulinet, á quien mandó callar con malos modos. Pero éste continuó:

—Si he manifestado mi sorpresa, es porque en el estado en que se halla podría muy bien no volverse á despertar.

Estas palabras tuvieron el don de disipar la cólera de Margarita, que se acercó al lecho á fin de observar en el semblante de Pascoul los efectos de la embriaguez. Al cabo de una hora le vió despertarse, y sintió en el corazón una impresión dolorosa.

—¿Dónde estoy?—preguntó el arrendador.

—En vuestra casa, señor,—contestó Moulinet.—No habéis, os van á hacer té.

Al oír estas palabras, Margarita se precipitó fuera del cuarto, bajó rápidamente á la cocina, hizo hacer el té delante de ella y quiso llevárselo ella misma á su marido. Bebió de él varias veces durante la noche, y se quejó del mal gusto de aquella bebida, que le produjo violentos vómitos. Pero esta vez tampoco murió.

En vista de tantas tentativas frustradas, instado por su querida y deseoso él mismo de acabar cuanto antes, Furbicio tomó una resolución irrevocable. Una noche fué á ver á Margarita y la dió parte de su proyecto.

—El veneno no ha producido efecto,—dijo,—tú no has sabido arrojar á Pascoul en el pozo; yo no he tenido valor para ahogarle ni para aplastarle. Pero yo sabré matarle de otro modo: una buena escopeta nos librará de él.

Al escuchar estas palabras Margarita, exclamó. —¡Desgraciado! ¿qué estás diciendo? ¿Y el ruido, y la sangre? ¿Por qué no has querido ahogarle en Vauluse?

—Porque cuantas veces he debido tocarle, he tenido miedo. Pero con una escopeta, es otra cosa. Estoy seguro de mí con un arma en la mano.

—Eso no; te lo suplico,—replicó Margarita.— Ese ruido producirá en mí una sensación horrible. Piensa en nuestro querido hijo.

—Yo te avisaré ántes de disparar, y no sentirás ninguna emoción. Además,—añadió,—yo quiero que sea así.

Ahora hablaba como señor, y Margarita había llegado á ser su esclava.

Ella no hizo resistencia.

—De aquí á ocho días es Noche-buena. Yo vendré por la noche, y se hará.

—¿Tienes escopeta?—preguntó Margarita.

—Mañana, en Avignon, compraré una.

—Furbicio, ten prudencia, yo te lo suplico. Si te ven ese arma...

—No la verán.

—No compres ni pólvora ni balas: eso podría hacer que te descubrieran. Yo sé dónde mi marido tiene su pólvora, y te la daré.

—¿Y las balas?

—Hazlas con los cascabeles de tu caballo.

Estas fueron las últimas palabras de aquella conversación. Se separaron para no volverse á ver hasta el día en que todo quedaria consumado.

Durante la semana siguiente, Furbicio, arrastrado por la fiebre del crimen, fué á Avignon y allí compró una escopeta de caza. Margarita le envió pólvora por la Valbray, á quien el chalan tenía al corriente de estos diversos incidentes, y que intentó en vano hacerle abandonar el medio violento de que queria hacer uso.

—Estad tranquila, anciana; todo irá bien.

Pronunció estas palabras con una voz tan firme, parecía tener tanta confianza en sí mismo, que la Valbray se tranquilizó. Sabía que era hombre capaz de salir bien de todo.

La víspera de Navidad, por la mañana, Pascoul envió á Moulinet á Fontblanche, á convidar de su parte á Furbicio á la cena que, segun una costumbre descrita al principio de esta narracion, debía tener lugar por la noche en la granja. El chalan mandó dar un millon de gracias á Pascoul, pero no aceptó su invitación, pretextando que ese dia, él tambien se debía á su familia. Cenó en su casa, y fué una cena bastante triste, porque quiso tener á su mesa á la Valbray, por más que sabía que la vieja pordiosera inspiraba á su mujer un horror profundo.

A las ocho, abandonaron los placeres de la comida, que habia sido acompañada de abundantes libaciones. La Valbray tuvo un gran pesar. Pero habia llegado el momento de cumplir la promesa hecha á Margarita, y Furbicio estaba decidido. Cuando estuvo de pie, dispuesto á partir, embozado en su capa, dijo á su mujer:

—Si alguno viene á preguntar por mí, le dirás que he ido á la taberna. Allí me encontrarán toda la noche.

Y volviéndose á la Valbray, añadió:

—En marcha, anciana.

Salieron. Pero él volvió á entrar por la cuadra, cogió su escopeta ya cargada y escondida entre la paja, la ocultó lo mejor que pudo bajo sus ropas, y, reuniéndose con la vieja, que le habia esperado, se encaminaron hácia la Bastida-Nueva.

Mientras tanto, Brígida, que habia quedado sola, vertía amargas lágrimas pensando en su triste suerte. A aquella hora, todas las familias estaban reunidas; en todas las casas habia fiesta; el último de los criados se sentaba á la mesa del amo. A ella, abandonada para siempre, no encontrando todavía

un consuelo eficaz en sus tiernos hijos, no la quedaban en aquella noche solemne otros compañeros que los crueles pensamientos que iban á asaltarla y á mostrarla el porvenir bajo los colores más sombríos.

## XIV.

Furbicio y la Valbray caminaban muy de prisa, y emplearon muy poco tiempo en recorrer la distancia que hay de Fontblanche á la Bastida-Nueva. Tomaron por los atajos á fin de no verse obligados á pasar por Gordes; de este modo no encontraron á nadie, y no cambiaron ni una palabra durante el trayecto.

Furbicio, absorto en los pensamientos que se agolpaban tumultuosamente en su imaginacion, se complacia en aquel silencio que le dejaba su libertad de espíritu. En cuanto á la Valbray, habiendo ahogado en el fondo de su vaso una gran parte de su razon, iba bastante ocupada en cuidarse de no tropezar contra las piedras del camino.

Cuando llegaron delante de la granja, Furbicio se detuvo. La Valbray hizo lo mismo. Entónces el chalan se acercó á ella, y mirándola fijamente, poniéndola una mano sobre el hombro, miéntras que con la otra sostenia su escopeta:

—Hablemos formalmente, si es posible,—dijo.—¿Estais completamente borracha, anciana?

—¿Borracha! ¡yo!—contestó ella plantándose con arrogancia.—¿De dónde sacas eso? Los ojos están un poco turbados, es posible; las piernas se niegan alguna vez á andar, pero la cabeza está despejada.

Estas palabras tranquilizaron á Furbicio.

—Entónces,—dijo,—vais á entrar en la granja. ¿Recordais bien lo que os he dicho?

—Lo recuerdo todo, absolutamente todo.

—Repetirlo.

—¿Aún desconfías! ¿Pues por quién tomas tú á la Valbray, bobalicon? Conozco el valor de las palabras y la importancia de las cosas. Un tiro de escopeta no se dispara todos los días, y...

—¿Quieres callarte? —exclamó Furbicio tapándola la boca con la mano.

Y más bajo, —añadió:

—Si alguno estuviera en las ventanas, nos oiría. No pronuncies jamás esas palabras. Entra en la granja, dí á Margarita que espero sus instrucciones, y sobre todo, la lengua quieta; ¡anda!

La vieja, sin contestar nada, obedeció.

La puerta de la granja estaba entreabierta. La Valbray penetró en el patio, le atravesó en toda su extension, y, guiada por las luces que brillaban en las ventanas del piso bajo, entró en la casa.

Por la tercera vez, despues de la muerte de Rivarot, se celebraba la noche-buena en la Bastida-Nueva. Como en la noche cuyos acontecimientos hemos referido al principio de esta narracion, todo el personal de la granja, amos y criados, estaba reunido en la gran sala, en torno de una mesa cubierta de manjares y de vinos. En el sitio ocupado en otro tiempo por Rivarot, Pascoul estaba sentado entre Margarita y Federico Borel. A pesar del deplorable estado de su salud, habia querido presentarse en medio de los suyos. Pero su presencia, en vez de ser un motivo de alegría para los convidados, los habia sumido en la tristeza.

En vano Federico Borel trataba de reanimar su alegría. Ninguno secundaba sus esfuerzos; y si alguna vez una carcajada partía de la extremidad inferior de la mesa, en donde los pastorcillos se contaban historietas mientras comían la torta de almendras, miradas severas lanzadas por Moulinet la contenían inmediatamente.

Margarita estaba triste, y Moulinet queria que se

respetara su tristeza, que, para todas aquellas gentes, se explicaba por el lastimoso espectáculo que ofrecia Pascoul, sentado en su sillón, con la cabeza apoyada sobre un almohadon. Aquel hombre jóven, luchando contra un mal desconocido, aquella palidez cadavérica, aquel aspecto de tísico, aquella prematura decrepitud, eran capaces de enfriar las mayores alegrías.

La cena iba á terminar, y, al ver la turbacion de los convidados, hubiérase dicho que deseaban llegar el momento de poder levantarse de la mesa. Margarita salía de vez en cuando de la meditacion en que se hallaba sumida; miraba á su marido con inquietud, despues á sus convidados, como si hubiera querido incitarles á beber, á gritar y á reír. Pero Moulinet parecia no comprender; y su semblante, melancólico y severo á la vez, inspiraba en torno suyo un terror contra el cual iban á estrellarse los esfuerzos de Margarita.

Por fin, ella pareció adivinar que la presencia de su marido era el origen de aquella situacion molesta para todos. Se inclinó hácia Pascoul, y le preguntó si no queria subir á su cuarto.

—No, —contestó. —Estoy bien aquí; ¡hace tanto tiempo que no os habia visto á todos reunidos en mi mesa! Además, ántes de subir, iré á respirar el aire puro y frio de la noche. Eso me dispondrá al sueño y calmará tal vez el fuego que tengo siempre aquí.

Al decir estas palabras, señaló su frente.

—Si te quedas todavía con nosotros, —dijo entonces Margarita, —esfuérzate por aparecer alegre. Todo el mundo está triste, porque no te han visto sonreír, ni oído hablar.

Pascoul hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y al punto, levantándose con el vaso en la mano, y dirigiéndose á los presentes:

—Amigos míos, —les dijo, —brindo por vuestra salud.

—Gracias, gracias, señor,— exclamaron veinte voces.

Moulinet añadió:

—Nosotros deseamos que os veais pronto completamente restablecido.

Este doble brindis produjo en la sala una verdadera explosion de gritos y de risas. El amo había hablado; un súbito carmin había teñido su semblante; en sus labios vagaba una sonrisa: no se necesitaba más para tranquilizar á todas aquellas buenas gentes y animarlas á divertirse. En aquel momento entró la Valbray. Se la hizo buena acogida. Todos los años, el mismo día, á la misma hora, se presentaba en la granja. Iba allí á buscar la parte de los pobres, y en la Bastida-Nueva había personas caritativas.

—Venid á sentaros aquí, la Valbray.

—¡No, aquí!

—¡Venid acá!

Y todos la hacían un sitio, casi disputándose el placer de servir á la pordiosera. Ella se dirigió lentamente hácia Margarita, que la había llamado, arrojando su silla al sillón de Pascoul, y dijo:

—Este es mi sitio.

Al punto la sirvieron; pero no tenía ni sed ni hambre. El calor de la sala, el resplandor de las luces, el ruido de las voces, todo esto produjo en ella una sensacion tanto más fuerte, cuanto que acababa de abandonar la fria atmósfera de afuera. En su cabeza, ya un poco enardecida, se desarrolló por completo la embriaguez. Tuvo tiempo sin embargo de decir á Margarita, en voz baja:

—Querida mia, Furbicio os está esperando fuera.

Cumplida su comision, se entregó á una especie de monólogo á media voz, al que por de pronto ninguno prestó atencion. Las conversaciones se habian reanudado, y Margarita dirigia á todas partes miradas distraidas, buscando la ocasion de salir para reunirse con su amante.

Entretanto, la voz de la Valbray se elevaba poco á poco. Gesticulaba y hablaba á la vez. Federico Borel fué el primero que se apercibió de aquella pantomima, é interpellando á su prima, la dijo:

—Margarita, ¿podrias repetirnos lo que murmura entre dientes tu vecina? Mira, habla sola.

Margarita adivinó la verdad.

—La han hecho beber demasiado,—dijo un poco turbada.

—¿Quién habla de beber?—exclamó la Valbray, cuya lengua, un poco torpe, no articulaba las palabras de una manera muy distinta.—¿Sois vos, querida? Teneis sed. Bebed, hija mia... En la vida, es preciso comer cuando se tiene hambre, y beber cuando hay sed... Sois, en verdad, muy bonita. Pero eso no prueba nada... Yo tambien he sido hermosa, tan hermosa como vos. Ya veis lo que va de ayer á hoy... ¡Ah! yo quisiera encontrarme en vuestro lugar, para hacer morir de amor á todos los hombres que se acercaran á mí.

Al oír estas palabras, los que escuchaban á la Valbray (y eran casi todos los convidados) se miraron con sorpresa.

—Está divagando,—exclamó Pascoul, á quien aquella escena parecia divertir.

—Yo lo creo,—replicó Federico,—como que está enteramente borracha.

—¡Borracha! no, no estoy borracha; Furbicio me lo ha dicho tambien; pero ha mentado.

—¿Ha sido Furbicio el que os ha hecho beber?—preguntó Federico.

—Sois muy curioso, jóven,—contestó la Valbray, como si en aquel momento un relámpago de razon hubiera iluminado su trastornado cerebro.

—Calmaos, la Valbray,—la dijo Margarita, á quien aquella escena comenzaba á inquietar, desde que se habia pronunciado el nombre de su amante.

La Valbray continuó:

—Si las mujeres no tratamos mal á los hom-

bres, ellos nos tratarán mal á nosotras... Por eso yo tomé la delantera... ¡Les he jugado cada mala pasada!... Imítame, Margarita.

—Ya te tutea,—hizo observar Pascoul riendo.

Margarita escuchaba aquel torrente de palabras, dispuesta á contenerle si la Valbray iba demasiado lejos.

—¡De qué sirve tener corazon! Cuanto más se tiene, más se sufre. Cuando se posee la belleza, la virtud es inútil. Los hombres han nacido para trabajar para nosotras. No olvides nada de esto, Margarita.

—¡Bonitos principios!—murmuró Federico.

En cuanto á Moulinet, sentado enfrente de la Valbray, la escuchaba con una atención singular y seguía con la mirada todos sus movimientos. La vieja se había callado un momento; luego se levantó exclamando:

—Los maridos están en el mundo para ser engañados. A propósito de esto, yo sabía una canción. ¿Cómo decía? Cántala, Margarita. ¿No te la ha enseñado Furbicio?

Reinó un silencio glacial en la sala. Federico miró su vaso con aire turbado. Margarita se puso pálida como una muerta. Sólo Pascoul no pudo contener una sonrisa, y dijo á su mujer:

—¿Conoces tú esa canción? Deberías cantarla.

—Esta desgraciada está loca,—contestó Margarita;—si continúa así, pronto empezará á contar infamias.

—Nosotros se lo impediremos,—exclamó Moulinet.

Al mismo tiempo dejó su sitio, y colocándose detrás de la Valbray:

—Es preciso que os calleis, anciana,—la dijo con voz alta y segura.

Después, dirigiéndose á los convidados añadió:

—Obrad todos como si ella no estuviera aquí. Está excitada porque la escuchan.

Todos comprendieron y obedecieron. El mismo Pascoul, dando el ejemplo, se puso á hablar con Federico. Este último hubiera deseado, sin embargo, que la Valbray hubiera continuado, y maldecía interiormente á Moulinet, cuya intervencion la había hecho callar.

Pero la vieja, lejos de callarse, una vez sentada, dijo en tono de reconvenccion:

—¿Qué te he hecho yo, Moulinet? ¿Tienes alguna queja de mí? Yo supe en otro tiempo que amabas á Margarita y nada he dicho. ¡Pobre tonto! Ella amó á Pascoul en tus narices; ahora ella ama...

—Moulinet, hazla callar, te lo suplico,—exclamó Margarita.

—¡Bah! dejadla hablar, prima; es muy divertida,—dijo Federico Borel, que había oído las últimas palabras.

Pero las fuerzas de la Valbray estaban agotadas. Balbuceó algunas palabras ininteligibles y se durmió.

Margarita se levantó, y acercándose á su marido:

—¿Continúas decidido á salir?

—Sí,—contestó él.—El aire puro me será provechoso.

—Entonces voy á ver si no hace demasiado frio para tí.

Y, mientras que Pascoul la daba las gracias por su cuidado, salió rápidamente. Tenía prisa por ver á Furbicio.

Esperándola, el chalan se había recostado en la puerta del patio, despues de haber escondido su escopeta detrás de un monton de piedras, al borde de una zanja. Los brazos cruzados sobre su pecho, embozado en su capa, su sombrero sobre los ojos, se hallaba en una inmovilidad tan completa, que parecía un tronco de árbol derecho contra la pared.

—He esperado mucho tiempo,—dijo á Margarita en cuanto se acercó á él.

—La culpa es de la Valbray,—contestó.—La des-

graciada tiene la cabeza trastornada; desatina. Poco ha faltado para que lo dijera todo delante de mi marido.

— Miserable bribona! — exclamó Furbicio; — es el vino. Y eso que no ha bebido mucho. ¿Pero no ha dicho nada de más?

— Moulinet la impuso silencio; sin eso, estábamos perdidos.

Furbicio respiró.

— La escopeta está allí, — dijo.

— ¿Cargada?

— Cargada. ¿Dónde está Pascoul?

A esta pregunta, Margarita tembló de pies á cabeza.

— ¿No podrias matarle sin ruido? — preguntó. — ¡Ah! ese ruido me causa miedo.

— Es imposible evitarlo. Envía á tu marido aquí, despues sube á tu cuarto. Las ventanas están al otro lado; no oirás nada. Además, para mayor seguridad, mete la cabeza entre las almohadas.

— Si, seguiré ese consejo; pero tú, ¿cómo vas á componerte para no ser descubierto?

— La noche es oscura; en cuanto haya disparado echaré á correr hácia Gordes. Muy listo ha de ser el que me atrape.

— Al menos, procura no errar el tiro.

— Descuida. He puesto en mi escopeta tres casacaes á guisa de balas. Envíale hácia este lado.

Margarita pasó su mano por su frente. Hacía frio; estaba allí con la cabeza desnuda, sin abrigo, y sin embargo gotas de sudor corrian por su cara. Se acercó á su amante.

— Quiero besarte, — le dijo; — esto te dará valor.

Quando ella se marchó, Furbicio, sin temblar, fué á coger su escopeta al sitio donde la habia escondido. Segun lo habia dicho, la noche era oscura; pero sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad. Además la luz quesalía de las ventanas de la granja iluminaba la parte del patio por donde Pas-

coul debia pasar, dejando en la sombra la en que Furbicio estaba. Por un exceso de prudencia, permaneció fuera en el camino.

La gran puerta contra la que se hallaba apoyado estaba desvencijada, desunida, medio arruinada. Habia, á la altura de un niño, una hendidura producida por la vejez de la madera, de ocho centímetros de largo y siete de ancho. Pasó por ella el cañon de su escopeta, se arrodilló y esperó en silencio. Así colocado, tenía la puerta de la casa enfrente de sí á algunos metros; á su derecha, el camino de Gordes; á su izquierda, el de Vaucluse.

Hacia cinco minutos que estaba allí, cuando la puerta de la habitacion se abrió, y el interior de la sala donde habia tenido lugar la cena apareció á Furbicio en toda su extension. Reconoció á los convidados. Pero al que reconoció primero fué á Moulinet, que se dirigió hácia la cuadra. Detras de él se adelantaba Pascoul. Apoyado en un baston, muy abrigado, el arrendador miró al cielo cubierto de nubes, aspiró algunas bocanadas de aire; despues, volviendo á cerrar la puerta tras sí, dió tres pasos hácia adelante.

Furbicio esperó á que Moulinet hubiera desaparecido en la cuadra. Entónces montó su escopeta sin apoyarla en el hombro. Apuntando de abajo á arriba, tuvo durante algunos segundos á Pascoul enfilado con el cañon de su escopeta, y, cuando le vió enfrente de sí, disparó.

XV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Salió el tiro. Las tres balas le alcanzaron.

Pascoul giró sobre sí mismo y cayó de espaldas, lanzando un grito desgarrador. Atraídos por la detonacion y por sus gemidos, las gentes de la gran-

graciada tiene la cabeza trastornada; desatina. Poco ha faltado para que lo dijera todo delante de mi marido.

— Miserable bribona! — exclamó Furbicio; — es el vino. Y eso que no ha bebido mucho. ¿Pero no ha dicho nada de más?

— Moulinet la impuso silencio; sin eso, estábamos perdidos.

Furbicio respiró.

— La escopeta está allí, — dijo.

— ¿Cargada?

— Cargada. ¿Dónde está Pascoul?

A esta pregunta, Margarita tembló de pies á cabeza.

— ¿No podrias matarle sin ruido? — preguntó. — ¡Ah! ese ruido me causa miedo.

— Es imposible evitarlo. Envía á tu marido aquí, despues sube á tu cuarto. Las ventanas están al otro lado; no oirás nada. Además, para mayor seguridad, mete la cabeza entre las almohadas.

— Si, seguiré ese consejo; pero tú, ¿cómo vas á componerte para no ser descubierto?

— La noche es oscura; en cuanto haya disparado echaré á correr hácia Gordes. Muy listo ha de ser el que me atrape.

— Al menos, procura no errar el tiro.

— Descuida. He puesto en mi escopeta tres casacaes á guisa de balas. Envíale hácia este lado.

Margarita pasó su mano por su frente. Hacía frio; estaba allí con la cabeza desnuda, sin abrigo, y sin embargo gotas de sudor corrian por su cara. Se acercó á su amante.

— Quiero besarte, — le dijo; — esto te dará valor.

Cuando ella se marchó, Furbicio, sin temblar, fué á coger su escopeta al sitio donde la habia escondido. Segun lo habia dicho, la noche era oscura; pero sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad. Además la luz quesalía de las ventanas de la granja iluminaba la parte del patio por donde Pas-

coul debia pasar, dejando en la sombra la en que Furbicio estaba. Por un exceso de prudencia, permaneció fuera en el camino.

La gran puerta contra la que se hallaba apoyado estaba desvencijada, desunida, medio arruinada. Habia, á la altura de un niño, una hendidura producida por la vejez de la madera, de ocho centímetros de largo y siete de ancho. Pasó por ella el cañon de su escopeta, se arrodilló y esperó en silencio. Así colocado, tenía la puerta de la casa enfrente de sí á algunos metros; á su derecha, el camino de Gordes; á su izquierda, el de Vaucluse.

Hacia cinco minutos que estaba allí, cuando la puerta de la habitacion se abrió, y el interior de la sala donde habia tenido lugar la cena apareció á Furbicio en toda su extension. Reconoció á los convidados. Pero al que reconoció primero fué á Moulinet, que se dirigió hácia la cuadra. Detras de él se adelantaba Pascoul. Apoyado en un baston, muy abrigado, el arrendador miró al cielo cubierto de nubes, aspiró algunas bocanadas de aire; despues, volviendo á cerrar la puerta tras sí, dió tres pasos hácia adelante.

Furbicio esperó á que Moulinet hubiera desaparecido en la cuadra. Entónces montó su escopeta sin apoyarla en el hombro. Apuntando de abajo á arriba, tuvo durante algunos segundos á Pascoul enfilado con el cañon de su escopeta, y, cuando le vió enfrente de sí, disparó.

XV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Salió el tiro. Las tres balas le alcanzaron.

Pascoul giró sobre sí mismo y cayó de espaldas, lanzando un grito desgarrador. Atraídos por la detonacion y por sus gemidos, las gentes de la gran-

ja, con Federico Borel á la cabeza, se lanzaron hácia él, mientras que Moulinet salia de la cuadra, contemplando, estupefacto, el horrible espectáculo que tenia ante sus ojos.

—¡Me han asesinado!—dijo Pascoul con voz apagada.—¡Un sacerdote; pronto, un sacerdote!

—Y un médico,—exclamó Federico.

—Pedro, toma un caballo y corre al pueblo á pedir socorros,—añadió Moulinet dirigiéndose á un criado.

Al mismo tiempo, Moulinet y Federico, ayudados por las criadas, levantaron al desgraciado Pascoul, tendido sin movimiento en el suelo, y le llevaron á su cuarto. Cuando estuvo colocado sobre su cama, Federico, queriendo evitar á Margarita la vista de su marido ensangrentado, mandó á las mujeres que estaban allí fueran á su lado é impidieran que entrara en el cuarto. Esta precaucion era inútil. Margarita se había encerrado en su habitacion y no habia oido el escopetazo. Solo los gritos que se oian por todas partes en la granja acababan de hacerla saber que el crimen se habia consumado. La encontraron al pié de su cama, inclinada hácia adelante, con la cabeza apoyada sobre los colchones. Creyeron que lloraba, y respetaron su dolor. Pero en su rostro, si le hubiera levantado, no se hubiera visto una lágrima. Sus ojos estaban secos, su boca muda. No pensaba más que en dos cosas: ¿Furbicio estaba en salvo? La emocion no mataría al hijo que ella llevaba en su seno?

En medio del inexplicable desórden causado por aquella catástrofe, la Valbray habia quedado sola en la gran sala, dormida delante de la mesa abandonada. El ruido la despertó. Los vapores del vino se habian disipado y solo la quedaba cierta perturbacion en el cerebro. Escuchó las diseminadas voces que se oian en el patio, y encima de ella, en la escalera, en los cuartos. Volvió á recordarlo todo y se dibujó sobre sus labios una sonrisa.

Algunos minutos se pasaron. Despues subió y pudo llegar hasta el lecho de Pascoul rodeado por todos.

—¿Ha muerto?—dijo en voz baja.

—No, pero poco le falta.

—¿Qué desgracia tan grande!

—Es horrible,—contestó uno.—En vano se preguntan todos quién ha podido dar el golpe. Pascoul no tenia un enemigo en el país.

—Ya se descubrirá,—replicó la pordiosera meneando la cabeza con ademán significativo.

Un instante despues salió para tratar de reunirse con Furbicio y darle parte del éxito que habia obtenido su escopetazo.

Eran las diez próximamente. La Valbray, que, ya lo hemos dicho, no habia aún recobrado del todo sus sentidos, tomó á su izquierda en lugar de tomar á su derecha el camino de Gordes. Anduvo cerca de tres cuartos de hora, creyéndose en su camino. Absorta en sus pensamientos, ni miraba ni veia nada en torno suyo. Aquella miserable vieja se sentia á gusto y encontraba un placer en andar mezclada en el crimen. Pascoul, que la habia dispensado mil favores, á quien, tres años antes, habia servido, cuando arrastrado por su pasion habia cometido el único acto vituperable de su vida; Pascoul agonizaba, y ella no pensaba ni en llorarle ni aún en compadecerle. Unicamente se preguntaba cómo Furbicio, libre por una parte, llegaría á desembazarse de su mujer, é imaginaba un plan que someterle.

Mientras que su depravada imaginacion trabajaba así, tropezó de repente contra una roca y advirtió que se habia extraviado. Miró con inquietud en torno suyo, y no pudiendo orientarse á causa de la oscuridad de la noche, trató de volverse atras. Esta tentativa la hizo internarse más en el laberinto de rocas en medio de las cuales se habia perdido. Aún anduvo un poco más, obligada á subir

UNIVERSIDAD DE LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RUIZ"

1625 MONTERREY, MEXICO

una senda que ascendía ante ella. Después se detuvo de nuevo. Allí había otra senda; pero ésta descendía. La tomó, esperando que la conduciría á algún sitio que ella reconociera.

Así sucedió, en efecto: en el momento en que llegaba al final de aquella estrecha vereda, tallada en una masa caliza, la luna, atravesando las nubes, iluminó de repente el paisaje. La Valbray se encontraba en el valle cercado de rocas, en medio del cual está situada la célebre fuente de Vaucluse.

Tranquilizada por de pronto, se dispuso á tomar de nuevo el camino de Isla, único medio que la quedaba para llegar á la pequeña aldea de Vaucluse, desde donde la sería fácil dirigirse á Gordes; pero á cada instante la luna se ocultaba entre espesas nubes. Tuvo miedo de perderse otra vez; dió algunos pasos hacia adelante; después, ciñéndose el manto en torno de su fatigado cuerpo, con la cabeza trastornada, se sentó en un nicho tallado en peña viva.

Enfrente de ella se encontraba un enorme montón de rocas de una altura de más de cien metros, terminado por una vasta meseta, primer estribo de una serie de colinas apoyadas unas contra otras y que van á unirse con los Alpes en Briançon.

Al pié de aquellas rocas cortadas á pico hay un pozo ancho y profundo sobre el que se inclinan osadamente y del que nace la fuente de Vaucluse. En el mes de Diciembre, el agua brota en abundancia, se extiende, produciendo ruidos secos y violentos, en un lecho cuyo fondo tiene la tersura del mármol, y forma varios arroyos que, después de reunirse, llegan á ser el pequeño río que con el nombre de la Sorgue baña una parte del Condado-Venesino.

Se creería uno encerrado por todas partes. La piedra de las colinas es pardusca, árida, desnuda. En aquel rincón silvestre y perdido en medio de una exuberante vegetación, no hay más árboles que

una higuera que crece con trabajo en una excavación de la montaña y que, según cuentan, daba ya frutos en tiempo de Petrarca. En fin, dominando aquel valle cerrado que ha dado su nombre al departamento, cuya cabeza de partido es Avignon, se levantan las ruinas de un castillo llamado sin razón el castillo de Petrarca, y que pertenecía á la familia de Sade después de haber albergado al cardenal de Cabassol, el íntimo amigo del poeta italiano.

A la pálida claridad que la luna esparcía por intervalos, el paisaje tenía un aspecto espantoso. Las ruinas se asemejaban á los descarnados brazos de un esqueleto. Las rocas, amontonadas las unas sobre las otras, parecían prontas á desprenderse y á precipitarse en el abismo. El agua, corriendo con estrépito, era la única que turbaba el silencio de la noche. Por la primera vez de su vida quizás, la Valbray tuvo miedo. De repente creyó ver que se levantaban fantasmas en la cima de las rocas. Creyó oír que de las gargantas vecinas salían los gemidos de Pascoul. Pálida, con la mirada hosca, abandonó rápidamente su sitio y se dirigió por la parte del agua. Sus dientes castañeteaban, y de sus trémulos labios se escapaban palabras incoherentes. Contempló el agua que daba vueltas con rapidez. Su miedo se aumentó. Trató de gritar, de pedir socorro. Su garganta despidió un sonido ronco que el mismo eco se desdenó de repetir.

Entonces quiso huir. Pero no sabía por dónde. Saltaba, andaba, corría, y de pronto volvía sobre sus pasos. Perdía la cabeza como esos pájaros asustados por el ruido y que van á chocar despavoridos contra los alambres de su jaula. Al mismo tiempo, los fantasmas se lanzaban de las rocas para alcanzarla; los gemidos de Pascoul subían más distintamente del abismo.

Aterrada, medio loca, se arrancaba los cabellos y daba vueltas en el silencio de la noche como arrasada por una danza infernal.

—¿Adónde huir? ¿cómo huir?—exclamó.

La luna daba entonces de lleno sobre las rocas que dominan la fuente. En el desorden de su espíritu, la pareció que por allí podría salvarse, y se lanzó furiosamente por aquel lado escalando una roca. Había recobrado las fuerzas de su juventud. Sus pies se apoyaban sobre el resbaladizo terreno y permanecían fijos en él con la solidez de un bastón herrado.

Así subió durante unos diez minutos, siguiendo una senda que rodeaba horizontalmente los costados de la montaña.

De repente retrocedió lanzando un grito. La senda estaba cortada; un paso más y rodaba al abismo.

Quiso volver á bajar la rápida pendiente que acababa de subir, pero sus fuerzas estaban agotadas. Sus piernas empezaron á temblar.

Permaneció allí durante algunos segundos inmóvil. Después cayó desplomada. La sangre brotó de su frente y tiñó las piedras. Su cuerpo rodó de roca en roca hasta la base de la montaña y fué á rebotar en el pozo. El agua se arremolinó. Esto fué todo.

Furbicio podía, desde entonces, negar descaradamente su crimen. La muerte acababa de arrebatár á su única confidente, y nada tenía que temer de Margarita, su cómplice.

A la misma hora Pascoul se moría. Cerca de su lecho ensangrentado velaban Federico Borel y Moulinet. El médico y el juez de paz no habían llegado aún, y Margarita no se había presentado en el cuarto de su marido. Los dolores del desdichado arrendador debían ser terribles; fuera de sí, loco de dolor, trataba alguna vez de arrojarle de su cama y destrozarse la cabeza contra la pared.

—Que me acaben de matar! ¡qué me acaben de matar!—gritaba entonces en su delirio.

Después, ya sin fuerzas, volvía á caer aniquilado, jadeante, medio muerto; sus ojos se cerraban, y de sus labios, ya fríos, se escapaban sonidos inarticula-

dos, frases sueltas, quejas ahogadas, algunas veces gritos terribles.

No pudiendo aliviarle, no atreviéndose á tocar á sus heridas por temor de hacerle sufrir más, Federico Borel y Moulinet permanecían silenciosos al pié del lecho y miraban espantados. Moulinet, profundamente conmovido por aquella escena, había olvidado todos sus celos, todos sus rencores. Se le oía llorar.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo!—dijo de repente Pascoul tratando de levantarse;—¡agua, agua!

Moulinet tomó de encima de la mesa un vaso de agua azucarada que acababa de preparar, y acercándose á la cama, precedido de Federico, que llevaba una lámpara, se inclinó sobre el herido. Entonces Pascoul abrió los ojos, miró á su criado cuyo semblante se hallaba en aquel momento alumbrado por la lámpara, hizo un supremo esfuerzo para rechazar el vaso que le tendía, y exclamó en su delirio:

—¡Véte ¡véte! ¡tú amabas á Margarita; tú eres el que me ha muerto!

—¡Yo! ¡yo!—exclamó Moulinet.

Quiso protestar, pero le faltó la voz.

—¡Llamad á todo el mundo!—gritaba Pascoul, á quien el dolor había vuelto loco;—¡llamad á todo el mundo! ¡El es el que me ha muerto! ¡Es preciso que me venguen!

Su cuerpo estaba inclinado hácia adelante; su mano derecha se extendía amenazadora y señalaba á Moulinet.

—¡Llamad!—repetía—¡llamad!

Pero aquel esfuerzo había agotado sus fuerzas. Su brazo cayó inerte, sus ojos se cerraron y su cuerpo se desplomó con la inmovilidad de la muerte. En aquel momento entraba el médico; pero ya era tarde. Ahogado por un flujo de sangre, el marido de Margarita acababa de espirar.

## XVI.

El médico, asistido del juez de paz, del comisario de policía y del sargento de gendarmes, procedió á las primeras diligencias, mientras llegaban los magistrados de Apt, á los que se habia avisado. Reconoció que la víctima tenia varias heridas: la primera, de centímetro y medio de ancho, se hallaba situada en la articulacion externo-clavicular izquierda; la segunda, del mismo diámetro, entre la cuarta y la quinta cóstilla derecha. La distancia de una herida á otra era de diez y seis centímetros. Finalmente, se veia en la parte media del espaldar, entre la base del omoplato derecho y la columna vertebral, un tumor de tres centímetros de diámetro, ocasionado por un proyectil que, despues de haber atravesado el pecho, se habia alojado entre el tejido celular y la piel.

De estas diligencias resultaban tres hechos que debian ilustrar singularmente á la acusacion: primero, el tiro habia sido disparado desde cierta distancia, puesto que existian dos heridas á diez y seis centímetros una de otra, por una sola detonacion; segundo, aquellas heridas habian sido hechas de abajo arriba; tercero, la víctima habia sucumbido á consecuencia de una doble hemorragia interna y externa.

El reconocimiento duró toda la noche; no se terminó hasta cerca de las cinco de la mañana. A esta hora la cocina de la granja y el comedor estaban llenos de personas que habian acudido á la noticia del crimen, varios parientes de Pascoul, la mayor parte de sus vecinos, y por fin, Federico Borel, Moulinet y el personal de la granja. Todos rodeaban al juez de paz, que interrogaba á los unos y á

los otros, tratando de reunir datos para descubrir al culpable. En aquel momento apareció Furbicio.

La vispera, una vez cometido el crimen, se habia lanzado en el camino de Gordes, despues de haber arrojado su escopeta en el pozo de la Bastida-Nueva. En el pueblo se habia presentado en algunas casas, se habia afeitado en la barbería y habia bebido en la taberna con varias personas. En una palabra, hasta las diez, habia hecho todo lo necesario para preparar la coartada. En seguida habia vuelto á su casa, á fin de pasar en ella la noche, y por la mañana, despues de haber llamado inútilmente á la puerta de la Valbray, se habia ido á la Bastida-Nueva.

—¿Qué desgracia ha sucedido aquí?—dijo al entrar.—Me lo acaban de decir; pero yo no lo he creído.

—Pues sin embargo, es verdad,—le contestó secamente Federico Borel.

Furbicio se calló; pero al cabo de algunos instantes preguntó por Margarita, y supo que se habia encerrado en su cuarto, entregándose á su dolor y despidiendo á todas las personas que se ofrecian á acompañarla. Furbicio subió á su vez, y pudo entrar en la habitacion de su querida.

—Te agradezco el que hayas venido,—le dijo ella;—necesitaba verte. He pasado una noche horrible; he temblado por nuestro hijo. Pero vive, y por él quiero permanecer tranquila y evitar las emociones violentas.

Despues pidió á su amante detalles sobre el crimen. El se los dió.

—No pueden sospechar de tí,—dijo Margarita.—Se acusa á otro. Sobre todo, nada de imprudencias; ¡va en ello la vida!

—Puedes estar tranquila; soy dueño de mí,—contestó.

Se separaron, y Furbicio volvió á bajar á la sala donde estaban todos.

—¡Pobre amigo Pascoul!—exclamó delante de todo el mundo.—¡Qué monstruo le odiaba hasta el punto de asesinarle! Su carácter afable y franco hacía que fuera amado y apreciado de todos. Nadie le quería mal. ¿Cómo adivinar el nombre del miserable bribon que ha dado el golpe?

A estas palabras Federico Borel se acercó á Furbicio.

—¿No sabeis nada sobre ese particular?—le dijo en voz baja.

—¿Estais loco, Borel,—exclamó el chalan,—ó es que queréis vengaros de las desavenencias que hemos tenido en otro tiempo? Felizmente, me han visto ayer en Gordes á la hora en que se cometía aquí el crimen, y nada tengo que temer.

—¿Y quién piensa en acusaros?—replicó Federico volviéndole la espalda.

—Mejor será que me vaya,—se dijo Furbicio, confesándose que acababa de cometer una primera imprudencia.

Se dirigió hácia la puerta, pero encontró al sargento de gendarmes.

—Quedaos, señor Furbicio,—dijo éste.—Erais amigo del difunto; acaso podais proporcionar algunos datos importantes al juez de instruccion que va á llegar.

Temiendo despertar sospechas si se negaba á ceder á la invitacion del sargento, Furbicio se quedó. Se sentó en una silla en un rincon, y se le oyó prorumpir en exclamaciones de pesar por su amigo Pascoul.

—¡Cuánto daría por tener en mi poder al que le ha muerto!—exclamaba de vez en cuando.

A pocos pasos de él, Moulinet estaba sentado, triste, pálido, conmovido. Aquel sombrío drama había cubierto de luto su alma. No podía apartar de su vista la imagen de Pascoul moribundo y arrojándole á la cara una acusacion terrible. Federico Borel, que habia oido aquella acusacion, ¿la

daría crédito? ¿La pondría en conocimiento de los jueces? Moulinet no se atrevia á interrogarle sobre este particular.

Despues, en el fondo de aquella terrible aventura, veia el dolor de Margarita, dolor que le despedazaba el alma. Bien sabía que no amaba á su marido como se ama á un amante, pero creia que profesaba un afecto sincero á Pascoul. Presa de tan crueles reflexiones, no atreviéndose á levantar los ojos, humilde y taciturno en un rincon, bien podía pasar por el culpable. Esta fué la idea que se le ocurrió á Furbicio; quiso al punto sacar partido de ella, y acercándose al sargento:

—¿Creéis que el culpable esté aquí?—le preguntó.

—Si yo lo supiera, el trabajo de la instruccion se simplificaría mucho. Pero para que el culpable se atreviera á permanecer aquí, necesitaba ser muy descarado.

—Y además,—replicó Furbicio,—me parece que se delataría. Cuando un hombre ha cometido un crimen, se le debe conocer en la cara.

—No siempre,—contestó el sargento;—hay personas que tienen una osadía sin límites.

—Es verdad. Pero, en fin, si tuvierais que buscar al culpable, empezariais por examinar los semblantes é interrogar á la gente.

—Ciertamente.

—Y mirad, Moulinet, por ejemplo, que está allí en un rincon, ¿no os infundiría sospechas?

—A fe mía, no está al parecer muy tranquilo.

Al pronunciar el sargento estas palabras, hubo en el patio de la granja un gran movimiento y entraron cuatro personajes vestidos de negro, acompañados de un oficial de gendarmes. Eran el juez y el procurador imperial del tribunal de Apt, un médico juramentado, encargado de practicar las diligencias médico-legales, y un escribano comisionado para tomar acta de las declaraciones. Eran cerca de las nueve de la mañana.

El primer cuidado de los magistrados fué examinar el cadáver, oír el dictámen de los médicos, tomar algunos datos sumarios y reconocer con atención el sitio en que se había cometido el crimen.

Terminados estos preliminares, iban á entrar en la gran sala de la granja y á proceder con orden á diferentes interrogatorios, cuando el sargento de gendarmes creyó que debía comunicarles las sospechas que, gracias á las sugerencias de Furbicio, le inspiraba Moulinet.

—¿Cuál es la profesion de ese hombre?—preguntó el juez de instruccion.

—Es criado de la granja,—contestó el sargento.

—¿Qué causa, segun vos, puede haber armado su brazo?

—Lo ignoro absolutamente. Pero desde que he llegado aquí, le he visto constantemente pálido, temblando, turbado como si tuviera un crimen sobre la conciencia y temiera ser descubierto.

—Vamos á interrogarle.

Se dió una orden, y el sargento introdujo á Moulinet, á quien sus piernas no podían sostener.

—Tranquilizaos,—le dijo el juez de instruccion, y procurad responder claramente á mis preguntas.

Moulinet balbuceó algunas palabras que parecían una protesta de inocencia.

El juez fingió no haber oído, y replicó:

—¿Sabeis alguna cosa que pueda darnos luz acerca del crimen cometido en esta granja?

—Nada, señor,—dijo Moulinet recobrando un poco de tranquilidad.—Yo había cenado en la mesa con todos y no la abandoné hasta las nueve. El amo salió para respirar el aire de la noche, dirigiéndose al patio. Yo salí al mismo tiempo que él para ir á echar el pienso á los caballos. Acababa de entrar en la cuadra, cuando oí una detonacion y un grito. Me lancé fuera y encontré á mi desgraciado amo tendido en tierra sin movimiento. No he visto

más que á él, y nada ha podido indicarme de qué lado había partido el tiro.

—Nosotros lo sabemos ya,—contestó el juez de instruccion.

Despues, añadió:

—Es decir, que en el momento en que se disparó el tiro, miéntras que el crimen se cometia, ¿ya no estabais en la sala comun?

—No señor.

—¿Y pretendéis que acababais de entrar en la cuadra?

—Es la verdad, la pura verdad.

—¿Os acompañaba alguno?

—No señor, estaba solo.

—Es sensible para vos,—respondió gravemente el juez de instruccion.

Al mismo tiempo se volvió hácia el procurador imperial y el juez de paz, y les dijo en voz baja algunas palabras.

La vista de los magistrados discutiendo entre sí por su causa, amedrentó á Moulinet, que oía sin cesar resonar en sus oídos la terrible acusacion de Pascoul moribundo. Perdió completamente la cabeza, y, llorando á lágrima viva, cayó de rodillas en medio de la sala.

—Soy inocente, señores,—exclamó;—soy inocente, ¡yo os lo juro!

Pero los magistrados continuaban hablando entre sí.

—Señor oficial,—dijo por fin el juez de instruccion al jefe de los gendarmes;—os confío este hombre. No en calidad de preso, pero importa que esté custodiado á nuestra disposicion.

—Soy inocente,—repitió el desgraciado Moulinet.

—Pues bien, no os apureis entónces,—dijo el oficial conduciéndole á un cuarto inmediato.—Si sois inocente, os dejarán tranquilo.

—No está probado que ese hombre sea culpa-

ble,—hizo observar el procurador imperial.—Converdría saber si tenía algun interes en matar á Pascoul.

—Eso es lo que averiguaremos interrogando á la gente de la granja,—respondió el juez de instruccion.

Se hizo comparecer á Federico Borel, cuyo aspecto de listo y buenas maneras habian llamado la atencion de los magistrados.

—¿Sois vos el pariente de la víctima?—le preguntaron desde luégo.

—Su primo, señor juez,—contestó Federico con voz resuelta.

—Entónces, podeis informarnos acerca de las relaciones que existian entre el desgraciado Pascoul y un criado llamado Moulinet.

—Esas relaciones eran excelentes. Moulinet es el servidor más antiguo de la familia. Su vida entera la ha pasado aquí.

—En el momento en que el crimen se ha cometido, ¿es verdad que ya no estaba en la mesa?

—Eso es verdad; pero estaba en la cuadra. Cuando oí la detonacion, salí, y ántes de haber visto á mi pobre primo bañado en su sangre, ví á Moulinet que se lanzaba fuera de la cuadra con una linterna en la mano. Ahora bien; se os ha probado, señores, que el asesino estaba colocado en el camino, detras de la puerta principal de la granja; desde allí ha disparado.

Esta respuesta impresionó á los magistrados. —Para alejar las sospechas,—dijo, sin embargo, uno de ellos,—Moulinet ha podido disparar el escopetazo desde el camino y precipitarse despues en la cuadra, de donde saldria cuando os ha visto prestar auxilio á su amo.

—Eso no es posible,—se apresuró á contestar Borel.—Desde que Pascoul salió hasta que se oyó la detonacion, se pasaron tres minutos escasos. Moulinet salió al mismo tiempo que mi primo, pero

no tenía escopeta. Así, pues, habría tenido que ir á buscar su arma á la cuadra, único sitio donde habia podido ocultarla, ir á colocarse detras de la puerta, cometer el crimen y volver en seguida precipitadamente á la misma cuadra. Todo esto, en tres minutos, me parece imposible. Por lo demas, se puede hacer la prueba.

—Es evidente,—dijo el juez de instruccion,—y vamos á hacerla.

Se dirigieron al patio. El oficial de gendarmes tomó la carabina de uno de los suyos, se colocó primero en la sala donde la vispera habia tenido lugar la cena, y ejecutó sucesivamente, con un gran cuidado, todos los movimientos que acababa de indicar Federico Borel. La experiencia duró tres minutos. Repetida varias veces, dió el mismo resultado. Era un cargo abrumador para Moulinet, puesto que este espacio de tiempo correspondia exactamente con el que habia trascurrido desde que Pascoul habia abandonado la mesa hasta que se habia cometido el asesinato.

—¿Qué decis ahora?—preguntó el juez de instruccion á Federico Borel, que continuaba á su lado.

—Digo, señor juez,—replicó el jóven un poco turbado,—que no puedo creer en la culpabilidad de Moulinet á pesar de esa prueba y á pesar de lo que he oido.

—¿Pues qué habeis oido?—exclamó con viveza el procurador imperial.

Federico Borel se turbó cada vez más y balbuceó algunas palabras.

—Tened la bondad de contestarnos claramente,—replicó el juez de instruccion.—Recordad que estais en presencia de magistrados que tienen el derecho de exigir de vos la verdad.

—Pero,—contestó Federico,—mi desgraciado primo tenía la fiebre y el delirio. Perdía la razon; estaba medio loco. No se puede dar ninguna importancia á su acusacion.

—¿De quién hablais?

—Del que acaba de ser asesinado, de mi primo, de Pascoul.

—¿Ha designado acaso, ántes de morir, á su asesino?

—Mas...—baluceó Federico.

—Vamos á ver, explicaos,—dijo el procurador imperial.

—¿Pues bien! yo estaba solo en su cuarto, cerca de su cama, con Moulinet, cuando de repente, señalando á éste, gritó: «¡Véte, véte; tú amabas á mi mujer; tú eres el que me ha muerto!»

Los magistrados se miraron. Creían haber encontrado al culpable.

## XVII.

—¿Por qué,—dijo el juez de instruccion continuando el interrogatorio de Federico Borel,—habéis tardado tanto en repetirnos las últimas palabras de la víctima? No se os puede, sin embargo, ocultar su importancia, y habéis debido hacérselas conocer al juez de paz, aún ántes de nuestra llegada.

—Ya he tenido el honor de deciros,—contestó Federico, que habia recobrado toda su serenidad,—que yo no daba valor á esas palabras. Cuando las ha pronunciado, mi pobre primo no sabía ya lo que decía; estaba como loco. Si hubiera estado en su cabal juicio, no se le hubiera ocurrido jamás sospechar de un hombre que le era tan adicto.

—Muy adicto, en efecto, puesto que lo era hasta el punto de amar á la mujer de su amo,—observó irónicamente el procurador imperial.

—¿Oh!—dijo Borel,—otras personas aman á mi prima Margarita y no se sospecha que hayan asesinado á su marido.

—¿De qué personas hablais?—preguntó el juez de instruccion.

—Hablo de un tratante en caballos que se llama Furbicio y que vive en la aldea de Fontblanche.

—¿Ama á la mujer de Pascoul? Vamos, basta de reticencias, explicaos,—dijo severamente el magistrado.

—¿Oh! puedo explicarme sin temor,—replicó Borel;—la cosa, por desgracia, se sabe en todo el país. Se dice por todas partes que Furbicio está á partir un piñon con Margarita.

—¿Se dice!—hizo observar el magistrado;—¿pero se presentan pruebas en apoyo de esa asercion?

—Es muy difícil tenerlas. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Yo las tengo.

—¿Cuáles son?

—Mas...

—Os requerimos para que nos las digais.

—Yo he encontrado á Furbicio y á mi prima que volvian una noche, en carruaje, del mercado de Isla y se besaban en medio del camino.

—¿Acaso sospechais que ese Furbicio haya cometido el crimen que nos ocupa?—preguntó el juez de instruccion despues de haber cambiado en voz baja algunas palabras con su compañero.

—Yo no digo eso,—contestó Federico;—pero mejor sospecharia de él que de Moulinet. Le creo muy capaz de todo.

—¿Dónde vive ese hombre? Vamos á hacerle llamar. ¿Estaba ayer en la casa en el momento del asesinato?

—No, señor. No se le vió en todo el día. Llegó esta mañana, y despues no ha salido de la granja.

—Que le hagan entrar entónces,—dijo el juez de instruccion volviéndose al sargento de gerdarmes.

Y dirigiéndose á Federico Borel:

—No os alejeis,—añadió;—podemos necesitaros aún.

Algunos minutos despues Furbicio era introducido ante los magistrados.

—¿De quién hablais?

—Del que acaba de ser asesinado, de mi primo, de Pascoul.

—¿Ha designado acaso, ántes de morir, á su asesino?

—Mas...—balbuceó Federico.

—Vamos á ver, explicaos,—dijo el procurador imperial.

—¿Pues bien! yo estaba solo en su cuarto, cerca de su cama, con Moulinet, cuando de repente, señalando á éste, gritó: «¡Véte, véte; tú amabas á mi mujer; tú eres el que me ha muerto!»

Los magistrados se miraron. Creían haber encontrado al culpable.

## XVII.

—¿Por qué,—dijo el juez de instruccion continuando el interrogatorio de Federico Borel,—habéis tardado tanto en repetirnos las últimas palabras de la víctima? No se os puede, sin embargo, ocultar su importancia, y habéis debido hacérselas conocer al juez de paz, aún ántes de nuestra llegada.

—Ya he tenido el honor de deciros,—contestó Federico, que habia recobrado toda su serenidad,—que yo no daba valor á esas palabras. Cuando las ha pronunciado, mi pobre primo no sabía ya lo que decía; estaba como loco. Si hubiera estado en su cabal juicio, no se le hubiera ocurrido jamás sospechar de un hombre que le era tan adicto.

—Muy adicto, en efecto, puesto que lo era hasta el punto de amar á la mujer de su amo,—observó irónicamente el procurador imperial.

—¿Oh!—dijo Borel,—otras personas aman á mi prima Margarita y no se sospecha que hayan asesinado á su marido.

—¿De qué personas hablais?—preguntó el juez de instruccion.

—Hablo de un tratante en caballos que se llama Furbicio y que vive en la aldea de Fontblanche.

—¿Ama á la mujer de Pascoul? Vamos, basta de reticencias, explicaos,—dijo severamente el magistrado.

—¿Oh! puedo explicarme sin temor,—replicó Borel;—la cosa, por desgracia, se sabe en todo el país. Se dice por todas partes que Furbicio está á partir un piñon con Margarita.

—¿Se dice!—hizo observar el magistrado;—¿pero se presentan pruebas en apoyo de esa asercion?

—Es muy difícil tenerlas. Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Yo las tengo.

—¿Cuáles son?

—Mas...

—Os requerimos para que nos las digais.

—Yo he encontrado á Furbicio y á mi prima que volvian una noche, en carruaje, del mercado de Isla y se besaban en medio del camino.

—¿Acaso sospechais que ese Furbicio haya cometido el crimen que nos ocupa?—preguntó el juez de instruccion despues de haber cambiado en voz baja algunas palabras con su compañero.

—Yo no digo eso,—contestó Federico;—pero mejor sospecharia de él que de Moulinet. Le creo muy capaz de todo.

—¿Dónde vive ese hombre? Vamos á hacerle llamar. ¿Estaba ayer en la casa en el momento del asesinato?

—No, señor. No se le vió en todo el día. Llegó esta mañana, y despues no ha salido de la granja.

—Que le hagan entrar entónces,—dijo el juez de instruccion volviéndose al sargento de gerdarmes.

Y dirigiéndose á Federico Borel:

—No os alejeis,—añadió;—podemos necesitaros aún.

Algunos minutos despues Furbicio era introducido ante los magistrados.

—¿Se sospecha de mí?—dijo al entrar con una tranquilidad perfectamente fingida.

—Hay graves presunciones contra vos,—contestó con intencion el juez de instruccion.

Y sin darle tiempo para reponerse de este primer ataque, añadió en seguida:

—¿Qué haciais ayer á las nueve de la noche? ¿Dónde estabais?

—¿Dónde estaba?... ¡Ah!—dijo el chalan interrumpiéndose,—¡qué suerte la mía al recordar lo que hice ayer por la noche! Estaba en Gordes. A las nueve me afeitaba en casa del barbero, y á las nueve y media bebia cerveza, en el café, con el dueño del coche de Gordes á Avignon.

—Teneis buena memoria,—observó uno de los magistrados.—Casi le dan á uno tentaciones de creer que repetis una leccion.

—Respondo á lo que me preguntan,—replicó Furbicio un poco turbado por la observacion que acababan de hacerle.

—Está bien,—dijo el juez de instruccion;—vamos á mandar á pedir informes, y, si se prueba vuestra coartada, nada tendremos que ver con vos.

Se levantó y se fué á hablar en el antepecho de una ventana con el oficial de gendarmes. Cuando volvió á ocupar su sitio, Furbicio decia descaradamente á los que estaban á su lado:

—¿Qué interes podia tener yo en matar á Pas coul? Era mi mejor amigo.

El juez le interrumpió con estas palabras:

—¿No sois el amante de su mujer?

—¡Yo!—exclamó el chalan.—¡Es una infame lumnia!

—Sin embargo, se asegura que os han visto besarla.

—¡Oh, cómo pueden mentir así!—exclamó Furbicio.—¡Yo besar á la mujer de mi amigo! Qué la llamen, señor juez, que la llamen, y ya verán lo que dice. ¡Qué gente tan malvada hay en el mundo!

Apuesto á que es Federico Borel el que ha hablado mal de mí. Es una víbora, una verdadera víbora.

—¿Por qué sospechais de Federico Borel? ¿Tiene motivos para quereros mal?

—¿Que si tiene motivos? ¡Eh, pardiez! ¡no tenía envidia de la amistad que me profesaba ese querido Pas coul? Y, además, todo el mundo sabe que ha estado enamorado de su prima; queria mal á todos los que eran recibidos en la granja.

—Está visto,—dijo sonriendo el juez de instruccion al procurador imperial,—que todos se echan en cara haber amado á la mujer de la víctima.

—Tiene una gran reputacion en el país por su hermosura,—observó el juez de paz;—se la llama *la Vénus de Gordes*.

—¡Ah! ¿de veras? ¿La habeis visto despues de la catástrofe?

—La he visto de léjos,—contestó el juez de paz;—pero me pareció tan postrada que no me atreví á interrogarla.

—Nosotros respetaremos tambien su dolor,—replicó el juez de instruccion,—miéntras no haya una absoluta necesidad de hacerla comparecer ante nosotros.

En aquel momento, un gendarme enviado á Gordes para comprobar las diferentes coartadas invocadas por Furbicio, volvió á dar cuenta de su mision. De los informes tomados, resultaba que Furbicio habia entrado en casa del barbero de Gordes á las nueve y media y no á las nueve, como él habia asegurado. En cuanto al dueño de la diligencia, reconocia haber estado en el café con Furbicio, pero no á las nueve y media, sino á las diez. Por circunstancias particulares que Furbicio no habia podido prever, estas dos personas se habian fijado en la hora, y habian hecho que otros se fijaran.

—¿Qué decis de esos testimonios?—preguntó el juez de instruccion al chalan, que de repente se habia puesto muy pálido.

—Digo,—exclamó Furbicio,—que todas esas personas me quieren mal.

—¿Qué les habeis hecho?

—Yo no lo sé, pero me quieren mal, es seguro. Tratan de perderme.

—Yo creo más bien que sois vos el que os perdeis. De modo, que queda sentado que no os han visto en Gordes hasta las nueve y media lo más pronto. Ahora bien, el crimen se ha cometido á las nueve. ¿Cuánto tiempo se necesita,—continuó el magistrado volviéndose á las personas que le rodeaban,—para ir á pié de aquí á Gordes?

—Veinte minutos, yendo á buen paso,—contestaron.

Lo que más perjudica á un acusado es invocar una coartada que no puede probar. En seguida se sospecha, con razon, que la ha preparado para ponerse á cubierto de toda acusacion. Lo que, segun Furbicio, debia salvarle, contribuia á comprometerle. Así lo comprendió, y, á partir desde aquel momento, la serenidad que tanta falta le hacia y la sangre fria que se habia propuesto tener le abandonaron. Se habia creído tan seguro, tan al abrigo de toda sospecha, que al primer peligro, cuando necesitaba tener más energía, perdía la cabeza.

Pero su posicion iba á ser más crítica todavía. El gendarme que acababa de llegar de Gordes habia notado, al borde del sendero que va desde la granja al camino real, huellas de pasos, colocadas de tal modo, que debian haber sido hechas por un hombre corriendo ó caminando muy de prisa. Al punto, los magistrados, seguidos de Furbicio y de todas las personas presentes en aquel momento en la granja, se dirigieron al sitio indicado por el gendarme. Este no se habia engañado: las huellas de que habia hablado eran de las más visibles.

—Veamos si vuestro calzado entra en estas señales,—dijo el juez á Furbicio.

Este se vió obligado á obedecer, pero todo el

mundo observó su creciente turbacion. Sus zapatos, á primera vista, cubrian exactamente las señales.

—Esto es grave,—objetó el procurador imperial.

—Eso no prueba nada,—trató de decir Furbicio.—¿No hay aquí otro calzado semejante al mio?

—Vamos á saberlo.

Se hizo avanzar sucesivamente á diversas personas; sus zapatos eran muy grandes ó muy pequeños. Furbicio quedó aterrado.

Estos interrogatorios, estos minuciosos reconocimientos habian ocupado todo el dia. La continuacion de la instruccion se suspendió hasta el siguiente. Pero quedaron detenidos Moulinet y Furbicio. El primero permaneció en la granja bajo la vigilancia de un gendarme. En cuanto á Furbicio, se le condujo á Gordes, á una posada, donde debia pasar la noche custodiado.

El juez de instruccion, á fin de poder continuar sus trabajos al dia siguiente temprano, aceptó la hospitalidad que le ofreció el juez de paz de Gordes. Pasó una noche muy agitada. Sus sospechas recaian sobre dos personas. A las dos las tenia en su poder, pero á título oficioso, por decirlo así, porque aún no habia dictado ningun auto de prision. Las pruebas que hasta entónces habia reunido eran bastante graves para creerse autorizado á dictar ese auto?

Uno de los dos hombres era el culpable. ¿Cuál de los dos?

La turbacion de Moulinet, la terrible acusacion formulada contra él por la víctima, parecian condenarle. La coartada que Furbicio habia invocado y que no podia probar, sus relaciones con la mujer de Pascoul, la huella de sus pasos en el sendero, eran otros tantos cargos en contra suya.

Durante una gran parte de la noche, el honorable magistrado examinó los diversos incidentes de aquel asunto y todos los detalles que habian llama-

do su atención desde el momento en que habían ido á avisarle que se había cometido un crimen en Gordes, hasta la hora en que había salido de la granja. Tuvo que apelar á sus recuerdos, á su experiencia, á su sagacidad acostumbrada, para disipar sus dudas y formarse una convicción. ¡Ay! cuando amaneció, tuvo que confesarse que se hallaba tan indeciso como la vispera.

Se estaba vistiendo para reunirse con el procurador imperial y volver á Gordes á continuar la instrucción, cuando oyó un gran ruido en la calle. Abrió la ventana y vió un gentío inmenso delante de la posada en que, según sus órdenes, Furbicio había pasado la noche. Más lejos, varias personas rodeaban á un gendarme y parecían interrogarle con ansiedad. Al mismo tiempo vió al sargento de gendarmes, que habiéndole reconocido, atravesaba precipitadamente la calle y entraba en la casa.

—¿Qué habrá sucedido?—se dijo.—¿Se habrá escapado el preso?

Y corrió á abrir al sargento, que entró en su cuarto.

## XVIII.

El gendarme encargado de custodiar á Furbicio era un joven llamado Lebel. Era la primera vez que se encontraba delante de un individuo acusado de asesinato; así es que en todo veía un motivo para vigilar. Cada movimiento del preso le parecía una tentativa de fuga, y ejercía su consigna con tan rigurosa conciencia, que si el chalan hubiera tenido la intención de escaparse, habría tenido que desistir ante la actitud de su vigilante.

Peró Furbicio no pensaba en huir. Todo lo que había pasado, desde la vispera hasta aquel momento, le parecía un sueño. Había cometido el crimen con la certidumbre de la impunidad, y ahora que el

edificio de sus combinaciones se venía abajo, se sentía débil como un niño. Veía con terror todos sus planes volverse contra él, todos los medios empleados para no ser descubierto convertirse en otras tantas armas terribles suspendidas sobre su cabeza. Después, como él era pérfido y cobarde, no vacilaba en sospechar en los demás la perfidia y la cobardía.

—Si prenden á Margarita, como me han preso á mí,—se decía,—¿no hará declaraciones con la esperanza de mejorar su situación y hacer recaer sobre mí la mayor parte del crimen? Si estuviera seguro de ello,—añadía,—tomaría la delantera. Eso sería tal vez mejor para mí.

Llegaron á la posada en que Furbicio y el gendarme debían pasar la noche. Acababa de anoecer; nadie les vió entrar en el pueblo, y, para mayor precaución, Lebel ordenó al posadero que no hablara de los parroquianos á quienes daba asilo.

Se les instaló en un cuarto del primer piso. Tenía dos camas; una entre la puerta y la ventana, otra en una alcoba cuyo interior estaba oculto por una cortina.

Lebel procedió á examinar minuciosamente las paredes, á fin de ver si los papeles que las cubrían no ocultaban alguna salida. Satisfecho de su examen, dijo á Furbicio:

—Os acostareis en esa alcoba.

Furbicio no contestó; el gendarme añadió:

—Ahora, vamos á comer.

Pusieron dos cubiertos en una pequeña mesa delante de la chimenea, en la que ardía un gran fuego. Lebel y Furbicio se sentaron uno enfrente de otro. Este último apenas tocaba á los manjares: al verle sumido en sombrías reflexiones, el gendarme, perseguido por su idea fija, se decía:

—¡Atención! está meditando algo malo.

—¡Soy inocente,—exclamó luego el chalan,—y, sin embargo, estoy aquí vigilado como un malhechor!

Lebel evitó responder.

—Mi pobre mujer,—añadió hipócritamente Furbicio,—me estará esperando; es la hora á que acostumbro volver á casa.

Esta exclamacion enterneció al jóven gendarme.

—No os está prohibido,—dijo,—avisar á vuestra mujer de lo que pasa.

—¡No, no! demasiado pronto lo sabrá,—contestó el preso.

Rehusaba la autorizacion que le habian concedido, temiendo que su mujer, por vengarse de sus traiciones, fuera á revelar lo que sabía. Terminada la comida, quitaron la mesa. Entónces Lebel encendió su pipa, cerró la puerta con llave, guardó la llave en el bolsillo, colocó un sillón delante de la ventana, y sentándose con su sable entre las piernas:

—Ahora, camarada,—dijo á Furbicio,—os mando que os acosteis.

Furbicio obedeció. Entró en la alcoba, se echó vestido sobre la cama y trató de considerar su situacion. Pero las grandes emociones son como las fatigas del cuerpo: rinden y destrozan. Apenas se habia acostado, Furbicio sintió que le pesaban los párpados, cerró los ojos y se durmió profundamente.

Por la mañana se despertó á eso de las cuatro, y experimentando el efecto ordinario del despertar, se creyó al pronto en su casa. Luégo recordó la verdad; se le apareció todo el horror de su posicion. ¡Vió levantarse el cadalso ante sus ojos!

—Estoy perdido,—se dijo.

¿Qué pasó entónces en él? ¿Quiso, como aseguró más tarde, escapar á la deshonra por medio de una muerte súbita? ¿Quiso, por el contrario, inspirar compasion á sus jueces? Nunca se ha sabido.

Pero presa de una exaltacion producida más aún por sus temores que por sus remordimientos, cogió un cuchillo olvidado sobre la mesa, se infirió con él

una herida en el vientre, y se lanzó fuera de la alcoba con las ropas ensangrentadas y los ojos extrañados.

—¡Desgraciado!—dijo el gendarme despertándose de pronto;—¿qué habeis hecho?

—Yo soy el que he muerto á Pascoul,—exclamó Furbicio.—Me he castigado; no me cogerán vivo.

Quiso herirse otra vez, pero su mano, ya sin fuerzas, dejó escapar el cuchillo, y, perdiendo el conocimiento, rodó inanimado por el suelo.

Lebel, desconsolado por aquel suceso, del que sus jefes podian hacerle responsable, lanzó gritos de alarma que despertaron á todos los de la casa. El posadero acudió.

—¡Mi preso se ha dado la muerte!—exclamó Lebel.

El posadero no perdió la serenidad. Se arrodilló delante de Furbicio y le miró con atencion.

—No está muerto,—dijo.—Coloquémosle sobre la cama. Voy á avisar al médico, que duerme en un cuarto inmediato.

Este médico era el que el juez de instruccion habia llevado para las informaciones médico-legales. Se levantó inmediatamente y reconoció, no solo, como el posadero, que Furbicio no estaba muerto, sino, que su herida no era mortal. Entónces Lebel respiró, y miéntras que se hacia la primera cura fué á dar parte al sargento de gendarmes, su jefe inmediato. Hemos visto á éste dirigirse á casa del juez de instruccion.

Cuando llegaron los magistrados, Furbicio habia recobrado el conocimiento. Preguntaron desde luégo si el herido se hallaba en estado de soportar un interrogatorio, y habiendo contestado afirmativamente el doctor, procedieron á él en el acto.

—¿Reconocéis ser el autor del crimen cometido en la noche de anteayer en la Bastida-Nueva, en la persona de Pascoul?—preguntó el juez de instruccion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí, señor.

—¿Qué motivos os han impulsado á ese crimen?  
—Yo era el amante de su mujer hacia unos quince meses. Ella estaba en cinta, y no podíamos acostumbrarnos á la idea de que se descubrieran nuestras relaciones, lo que hubiera producido un rompimiento entre nosotros.

—¿Entonces resolvisteis matar á Pascoul?

—No fui yo, señor juez, ¡fué esa mujer!—exclamó Furbicio, á quien la fiebre comunicaba una gran animación.—A ella se le ocurrió la idea de que podríamos casarnos si conseguíamos desembarazarnos de mi mujer y de su marido. Ha intentado varias veces envenenar á este último con fósforo, con sublimado corrosivo, con opio. Cuando vió que el veneno no obraba con bastante rapidez, me incitó á concluir con él y á matarle de un tiro. Ella misma me ha proporcionado la pólvora con que cargué mi escopeta.

—Puesto que habeis entrado en el camino de las declaraciones, sed completamente sincero. ¿Hasido, en efecto, Margarita Pascoul la que os ha incitado á cometer ese crimen espantoso? Es difícil explicarse que hayais sido bastante débil para ceder.

A esta pregunta, Furbicio se enderezó sobre su lecho, y clavando la vista en el juez de intruccion:

—No conoceis por lo visto á esa mujer!—exclamó en su delirio.—¡No sabeis lo hermosa que es! ¡Me ha embrujado; ha hecho de mí lo que ha querido!

—Así, pues, ¿afirmais que ha sido ella la que os ha incitado al crimen? Reflexionad bien ántes de contestar; esto es de la mayor gravedad.

—Ella ha sido, sí señor, yo lo afirmo,—dijo cobardemente el herido.

—Nada nos lo prueba,—hizo observar el juez de instruccion;—todo nos hace creer que si ha sido vuestra cómplice, es gracias á vuestra influencia.

—¡Mi influencia! ¡si no tenía ninguna sobre ella!

Repito que ella es la causa de todo; ella me ha inducido al crimen. Por lo demas, sus cartas dan fe de ello.

—¿Sus cartas? ¿Luego os escribia?

—Sí, señor. Ultimamente no podíamos vernos más que raras veces; entónces me escribia.

—¿Qué habeis hecho de las cartas?

—Las he conservado. Están en un escondite de mi granero, detras de un monton de trigo, en el fondo de un agujero.

Al oír estas palabras, el juez dió una órden al comisario de policia. Este último salió inmediatamente para Fontblanche.

—Y vos,—preguntó el juez de instruccion,—¿no la habeis escrito nunca?

—Nunca,—contestó Furbicio.

—¿Qué habeis hecho del arma de que os habeis servido?

—La arrojé en el pozo de la Bastida-Nueva.

—¿Contabais, pues, con la impunidad?

—Sí. Estaba embrujado. ¡Ay! veo que me equivoqué.

Cobarde, humilde, vil, entregaba así, sin pudor, á la mujer que le habia amado hasta el crimen.

—¿Estais dispuesto á firmar todo lo que habeis dicho?—le preguntaron.

—Todo,—contestó.

Le pusieron una pluma en la mano y firmó. Despues habló largo tiempo todavía, echando sobre Margarita toda la responsabilidad del asesinato.

—Yo he sido el brazo,—decia con energía,—pero ella ha sido el alma.

En fin, cansado, se calló. Segun las órdenes del juez de instruccion, fué conducido al hospital de Gordes. No dejaba de pertenecer á la justicia, pero debia permanecer en el hospital hasta que estuviera curado de sus heridas.

Dos horas despues de este interrogatorio, el comisario enviado á Fontblanche volvió con todas las

cartas de Margarita, y contó que en la casa del chalan había encontrado una mujer sumida en la desesperacion.

—Viene detras de mí,—dijo;—no he podido evitarlo.

Era Brígida. El juez la autorizó para ver á su marido y la acompañó él mismo al hospital. Esperaba poder averiguar algunos hechos nuevos en la entrevista que la pobre mujer iba á tener con Furbicio.

Entró en el cuarto donde había sido colocado el culpable. Al verle tendido, pálido y sombrío, sobre una cama de correas, empezó á llorar á lágrima viva, y arrojándose á su cuello, le besó con efusion.

—¿Es aquí donde al fin debia encontrarte?—dijo ella.—Ah! nuestros pobres hijos, ¡qué va á ser de ellos!

Furbicio no se movió.

—Yo bien sabia,—continuó,—que tu conducta nos acarrearía una desgracia. Yo lo esperaba todo. He sufrido mucho por tí, pero en este instante sufro mucho más todavía. ¿Por qué no me escuchaste? ¿Por qué me has engañado? ¿Qué te habia hecho yo? Sin duda, esa mujer es más hermosa que yo, pero no te amaba.

—¡Sí! sí me amaba,—murmuró el herido, en quien el amor propio hablaba todavía.

—¿Por qué, pues, te ha conducido al crimen? Gracias á ella, te llevarán á los bancos del tribunal de Assises, y...

Brígida no se atrevió á acabar, y levantando la cabeza con energía:

—¡No, no!—exclamó;—eso no será. Yo te salvaré, porque, á pesar de todo, te amo. Me irá á arrojar á los pies de los jueces y me escucharán.

Se volvió hácia el juez de intruccion, añadiendo:

—¿No es verdad, señor, que me escucharán?

Sus lágrimas corrían en abundancia; su pobre cuerpo temblaba. Daba pena ver su dolor.

—Yo le amo,—decía.—No quiero que me le quiten. En adelante yo sabré contenerle. Volverá á ser bueno como en los primeros meses de nuestro matrimonio. El no es malo, señor; entónces me amaba mucho. ¿Por qué ha cambiado?

Se acercó al lecho de su marido, de donde se había separado para ir á hablar al juez de intruccion. Furbicio cerró los ojos como si no hubiera podido sostener su presencia.

—¿No me dices nada?—le preguntó.

—¿Qué quieres que te diga?—contestó él;—no hay remedio para mí. Y sin embargo,—añadió todavía volviéndose á los magistrados que presenciaban, impasibles en la apariencia, aquella escena cruel.—he sido víctima de las seducciones de Margarita Pascoul. Ella es más culpable que yo.

Aun acusaba á la rival de Brígida; pero ésta le interrumpió:

—¡Oh!—exclamó,—no la acrimines, puesto que dices que te ha amado.

El se detuvo sorprendido. No tenía en el alma otro sentimiento que un miedo indecible, y creía disminuir el peligro que le amenazaba echando sobre su querida la responsabilidad del crimen.

Tal vez las palabras de Brígida le hicieron comprender lo infame de su conducta con Margarita, porque se le oyó murmurar:

—¡Si me matara esta herida!

Brígida pareció reflexionar, y dijo con tono grave:

—Quizá sería mejor.

Al oír estas palabras, Furbicio, con un movimiento rápido, arrojó lejos de sí las ropas que le cubrían y arrancó el vendaje que el médico había colocado sobre su herida.

Al ver aquella herida abierta, aquel lienzo ensangrentado, Brígida lanzó un grito.

—¡Quiere volverse á matar! ¡Salvadle, salvadle, señor, yo os lo suplico!

El médico no se había alejado. Se le llamó y curó

de nuevo la herida, ayudado por Brígida, á quien en vano aconsejaba el juez de instrucción que se fuera. Permaneció allí cerca de una hora, y no consintió en marcharse hasta que se lo ordenaron formalmente y cuando vió á Furbicio adormecido.

Partió quebrantada por la emocion y la fatiga, loca de dolor, dejando á los testigos de aquella dolorosa escena profundamente enternecidos. El juez de instrucción no se habia atrevido á interrogarla. Además, habia dicho bastante, y de antemano sabia que su testimonio no sería sincero. No se la podia exigir que agravara más aún con sus declaraciones la terrible acusacion que pesaba sobre su marido. Atravesó, por fin, la puerta del hospital; pero cuando se vió en la calle, todo el horror de su posicion apareció con más claridad aún ante sus ojos; empezó á dar gritos horrorosos, semejantes á los aullidos lastimeros de una loba herida, y acurrucándose al pié de la pared, rehusó escuchar los consuelos que de todas partes trataban de prodigarla los corazones generosos.

En pocos minutos se formó un gran corrillo de gente. La poblacion de Gordes, muy agitada ya desde por la mañana por la noticia de aquellos trágicos sucesos, estaba allí toda entera. Cada uno daba su parecer.

—Es preciso llevarla á su casa,—decian los unos.

—Dejarla gritar,—decian los otros;—eso la aliviará.

La llevaban vino, tisanas; todos se apresuraban á servirla, porque su desgracia aumentaba las simpatías que inspiraba á todo el mundo hacia mucho tiempo. Pero Brígida no veía ni oía nada. Quería á su marido, y de su boca contraída no salian más que estas palabras:

—¡Que me le devuelvan! yo le he perdonado.

Como se prolongara aquella terrible escena, los magistrados se pusieron de acuerdo para encontrar un medio de terminarla sin molestar á la desgra-

ciada criatura. En el momento en que iban á dar órdenes, un anciano de cabellos blancos y largos, de rostro apacible y melancólico, se abrió paso por entre la muchedumbre, que se apartó respetuosamente ante él, y se acercó á la desconsolada Brígida.

Era el cura de Gordes. Habia visto nacer á Brígida. Conocia su piedad, su abnegacion, sus desgracias. Tendiéndola la mano:

—Venid, hija mia,—la dijo;—vuestros hijos os esperan. Dios os consolará por su conducto.

Ella obedeció. Su dolor pareció calmarse, y, sostenida por el venerable sacerdote, al que prestaron su ayuda algunos aldeanos, se dirigió lentamente á la casa de Fontblanche, en la que habia dejado á sus hijos.

—Señores,—dijo entónces el juez de instrucción á los que le rodeaban,—nos falta todavía interrogar á Margarita Pascoul.

Los magistrados, escoltados por varios gendarmes, tomaron el camino de la Bastida-Nueva.

## XIX.

Desde el momento en que su marido habia caído moribundo, Margarita no habia abandonado su lecho, dispensándose así de contestar á las preguntas indiscretas y curiosas de sus vecinas, en cuya presencia hubiera podido turbarse. Habia sabido el arresto de su amante y de Moulinet, pero no sabia nada más. A la hora en que Furbicio la vendia, revelando á los jueces todos los detalles de aquel espantoso crimen, ella se inquietaba por su suerte y se preguntaba con ansiedad si sería bastante hábil para hacer recaer sobre el criado la acusacion en que él estaba comprometido. Federico Borel entró en su cuarto y trató de interrogarla.

de nuevo la herida, ayudado por Brígida, á quien en vano aconsejaba el juez de instrucción que se fuera. Permaneció allí cerca de una hora, y no consintió en marcharse hasta que se lo ordenaron formalmente y cuando vió á Furbicio adormecido.

Partió quebrantada por la emocion y la fatiga, loca de dolor, dejando á los testigos de aquella dolorosa escena profundamente enternecidos. El juez de instrucción no se habia atrevido á interrogarla. Además, habia dicho bastante, y de antemano sabia que su testimonio no sería sincero. No se la podia exigir que agravara más aún con sus declaraciones la terrible acusacion que pesaba sobre su marido. Atravesó, por fin, la puerta del hospital; pero cuando se vió en la calle, todo el horror de su posicion apareció con más claridad aún ante sus ojos; empezó á dar gritos horrorosos, semejantes á los aullidos lastimeros de una loba herida, y acurrucándose al pié de la pared, rehusó escuchar los consuelos que de todas partes trataban de prodigarla los corazones generosos.

En pocos minutos se formó un gran corrillo de gente. La poblacion de Gordes, muy agitada ya desde por la mañana por la noticia de aquellos trágicos sucesos, estaba allí toda entera. Cada uno daba su parecer.

—Es preciso llevarla á su casa,—decian los unos.

—Dejarla gritar,—decian los otros;—eso la aliviará.

La llevaban vino, tisanas; todos se apresuraban á servirla, porque su desgracia aumentaba las simpatías que inspiraba á todo el mundo hacia mucho tiempo. Pero Brígida no veía ni oía nada. Quería á su marido, y de su boca contraída no salian más que estas palabras:

—¡Que me le devuelvan! yo le he perdonado.

Como se prolongara aquella terrible escena, los magistrados se pusieron de acuerdo para encontrar un medio de terminarla sin molestar á la desgra-

ciada criatura. En el momento en que iban á dar órdenes, un anciano de cabellos blancos y largos, de rostro apacible y melancólico, se abrió paso por entre la muchedumbre, que se apartó respetuosamente ante él, y se acercó á la desconsolada Brígida.

Era el cura de Gordes. Habia visto nacer á Brígida. Conocia su piedad, su abnegacion, sus desgracias. Tendiéndola la mano:

—Venid, hija mia,—la dijo;—vuestros hijos os esperan. Dios os consolará por su conducto.

Ella obedeció. Su dolor pareció calmarse, y, sostenida por el venerable sacerdote, al que prestaron su ayuda algunos aldeanos, se dirigió lentamente á la casa de Fontblanche, en la que habia dejado á sus hijos.

—Señores,—dijo entónces el juez de instrucción á los que le rodeaban,—nos falta todavía interrogar á Margarita Pascoul.

Los magistrados, escoltados por varios gendarmes, tomaron el camino de la Bastida-Nueva.

## XIX.

Desde el momento en que su marido habia caído moribundo, Margarita no habia abandonado su lecho, dispensándose así de contestar á las preguntas indiscretas y curiosas de sus vecinas, en cuya presencia hubiera podido turbarse. Habia sabido el arresto de su amante y de Moulinet, pero no sabia nada más. A la hora en que Furbicio la vendia, revelando á los jueces todos los detalles de aquel espantoso crimen, ella se inquietaba por su suerte y se preguntaba con ansiedad si sería bastante hábil para hacer recaer sobre el criado la acusacion en que él estaba comprometido. Federico Borel entró en su cuarto y trató de interrogarla.

—¿No sospechas de nadie?—la preguntó con insistencia.

Ella contestó evasivamente, ó, por mejor decir, no contestó. Había jurado no revelar su secreto, y cumplía su juramento.

Desde su cuarto oyó el canto de los sacerdotes, porque el entierro de Pascoul se verificó en cuanto terminaron las informaciones médico-legales. Aquellos cantos no la causaron ninguna emoción. Únicamente, cuando cesó de oírlos, lanzó un suspiro de satisfacción. Ya se creía libre por aquel lado. Pertenecía á Furbicio más íntimamente que ántes. Pero el juez de instrucción, despues de las declaraciones de este último, se presentó en la Bastida-Nueva. Tuvo que comparecer ante él.

—Si está enferma,—había dicho el magistrado,—nosotros iremos á su cuarto.

Ella prefirió levantarse. Puso un gran esmero en su tocado, y las personas presentes no pudieron contener un murmullo de admiración cuando, vestida de negro, se presentó en la gran sala de la granja. ¿Se había propuesto impresionar al que iba á interrogarla?

El juez de instrucción quedó, en efecto, predispuerto desde luego en su favor. Era difícil creer que se ocultara tanta ignominia bajo tan deslumbradora belleza. La adorable criatura que acababa de aparecersele no podía haber manchado las manos en un crimen odioso.

—Señora,—dijo á Margarita haciéndola sentar enfrente de él, en plena luz;—nos vemos en la dolorosa necesidad de haceros sufrir un interrogatorio. Tened la bondad de contestar con precisión á nuestras preguntas.

—¿De qué se me acusa?—preguntó Margarita.

—Se os acusa de haber inducido á Furbicio á matar á vuestro marido, despues de haber tratado, en vano, vos misma, de envenenar á aquel desgra-

—Todo lo saben,—se dijo Margarita.

Pero no tembló, porque suponía que Furbicio había negado. Y en alta voz, añadió:

—¿En qué pruebas, en qué hechos se funda esa acusación?

—Yo no puedo permitir os contestar de ese modo á mis preguntas con otras preguntas. Es preciso que os expliquéis claramente respecto de la acusación de que sois objeto. ¿Es verdad que habeis obligado á Furbicio á que matara á Pascoul de un tiro?

—No, señor. Yo amaba á mi marido.

—¿Es verdad que habeis atentado contra la vida de la víctima echando sustancias venenosas en las medicinas ó en los alimentos que le preparabais durante su enfermedad?

—No, señor.

—¿Teniais, sin embargo, relaciones adúlteras con Furbicio?

Al oír esta pregunta, Margarita levantó los brazos al cielo.

—¡Yo! ¡yo! ¡yo!—exclamó.—¡Ah! señor, ¿quién ha inventado esa infame calumnia?

—El mismo Furbicio. El es quien os acusa.

Margarita no se turbó. No pudiendo admitir la traición de su amante, pensó que trataban de tenderla un lazo.

—El señor Furbicio hace mal en acusarme,—dijo con la mayor tranquilidad y con voz muy segura;—soy inocente, y no se encontrará ninguna prueba en contra mia.

—Os equivocais,—dijo el juez de instrucción;—hélas aquí.

Al mismo tiempo, ponía de repente delante de los ojos de Margarita las veinte cartas que había escrito á Furbicio. No pudo contener un movimiento de sorpresa, pero se repuso al punto.

—Os estremeceis,—dijo severamente el juez.—Habeis reconocido estas cartas.

Ella contestó con voz dulce y tranquila:

—El movimiento que no he podido contener es, sin embargo, muy natural, señor juez. Me poneis de improviso unas cartas delante de los ojos, diciéndome: « Hé aquí las pruebas de vuestra culpabilidad... » Me he quedado penosamente admirada, y nada más.

—¿Es decir, que negais toda participacion en el crimen?

—Con todas mis fuerzas, — replicó con energía.

—¿Negais tambien haber escrito estas cartas?

—Es la primera vez que oigo hablar de ellas.

—Si esta mujer es culpable, — dijo en voz baja el juez de instruccion al procurador imperial, — se habia preparado perfectamente para contestarnos.

Y, continuando su interrogatorio:

—¿Cómo explicais las acusaciones que Furbicio lanza contra vos?

—No puedo explicarlas, señor juez.

—No habeis tenido nunca con él alguna cuestion que hubiera podido inspirarle el deseo de vengarse de vos?

—Nunca. Apénas le hablaba.

—¿Qué relaciones tenía con vuestro marido?

—Pascoul le queria mucho.

—¿No le ha prestado dinero?

—Sí, señor.

—Se dice que fuisteis vos la que le decidió á hacer ese préstamo.

—Mi marido me consultó. Yo le aconsejé que sirviera al chalan de Fontblanche, cuyos negocios iban mal, y cuya mujer é hijos vivian en la miseria.

—Pero esa misma mujer os acusa, — contestó con viveza el juez, recordando las palabras dirigidas por Brígida á Furbicio en el hospital, algunas horas ántes. — Ella ha echado en cara á su marido haberla engañado por vos.

—Ha dado crédito á absurdas calumnias.

—¿Sabeis que Furbicio está espirando? Os acusa desde su lecho de muerte.

Al escuchar esta declaracion, Margarita sintió que su corazon se oprimia, y una repentina palidez cubrió su semblante. Desde que la habian presentado su correspondencia con Furbicio, empezaba á creer que éste no habia tenido valor para negar, y sufría por eso; pero, saber al mismo tiempo que iba á morir, era un golpe demasiado violento.

—No podeis negar que os tomais interes por Furbicio, — dijo aún el juez.

—Soy inocente, — replicó ella.

—¿Persistis en vuestras denegaciones? — prosiguió el magistrado. — Entónces nos vamos á ver obligados á carearos con el que se dice vuestro cómplice. Os explicareis delante de él.

—Estoy pronta.

Al decir estas palabras, Margarita temblaba.

El juez de instruccion firmó, acto continuo, una orden, en virtud de la cual Margarita debia ser conducida inmediatamente al hospital de Gordes y puesta en presencia de Furbicio.

Miéntas se disponian á ejecutar dicha orden, hizo poner á Moulinet en libertad.

—Soy inocente, — exclamó Moulinet cuando se vió delante del magistrado.

—Ya lo sabemos, — contestó este último, — y estais libre.

—¿Quién es el autor del crimen? — preguntó con timidez Moulinet ántes de retirarse.

—Furbicio.

Al oír este nombre, Moulinet no pudo contener un grito de sorpresa. Su exclamacion llamó la atencion del juez, que le dijo:

—Furbicio ha muerto á Pascoul, porque amaban á la misma mujer.

Moulinet no contestó.

—¿Teniais noticias de las relaciones que existian entre el chalan y Margarita Pascoul?

Moulinet alzó los ojos, miró á su interlocutor, y contestó con voz conmovida, pero segura:

—Yo no sé en cuanto á eso, sino que Mad. Pascoul amaba á su marido.

Cuando salió, fué para ver á Margarita subir á uno de los carruajes de la granja, acompañada de un gendarme.

—¿A dónde va?—preguntó desatinado á Federico.

—A la cárcel,—contestó este último.

—¡Ella, á la cárcel!—prosiguió Moulinet.—¿Por qué, puesto que ha sido Furbicio el que ha muerto á Pascoul?

—Pues por eso,—contestó tristemente Federico.

A pesar de sus secretos rencores contra Margarita, se afligia al ver una persona de su familia en vísperas de ser llevada ante los tribunales. Moulinet rompió á llorar, y fué á ocultar su dolor en el sitio más apartado de la granja.

Algunas horas despues, en el hospital de Gordes, todo estaba dispuesto para el careo que debia tener lugar entre Margarita y Furbicio. Este habja mejorado notablemente. Su herida no era tan grave como se habia creido al principio. Los magistrados tomaron asiento cerca de su cama y dieron la órden de introducir á Margarita.

A su vista, Furbicio empezó á temblar; despues bajó la cabeza, no atreviéndose á sostener aquella mirada que tan bien conocia, y que todavia en aquel momento se fijaba en él con dulzura.

—Hé aquí al hombre que os acusa,—dijo el juez á Margarita;—contestadle.

Ella guardó silencio.

—Esta mujer,—prosiguió entonces dirigiéndose á Furbicio,—pretende que la acusais sin razon.

—Bien sabe ella que no,—murmuró Furbicio sin mirarla.

Margarita sintió un dolor agudo. Estuvo á punto de perder el conocimiento. La preguntaron la causa de aquel súbito desfallecimiento.

—Es mi embarazo,—dijo muy quedo.

Hacia entonces cerca de ocho meses que se ha-

llaba en cinta. La presentaron un sillón; se sentó en él, y pronunció muy despacio, pero con firmeza, las palabras siguientes:

—Ese hombre me calumnia. Yo no he tenido nunca con él relaciones adúlteras. Yo no he intentado envenenar á mi marido, y si él le ha muerto, no soy yo la que le ha inducido á hacerlo.

—¿Lo ois?—dijo el juez á Furbicio.

Con los ojos medio cerrados, contestó:

—¿Y las cartas que me ha escrito?

—¡Yo!—dijo ella con energía;—nunca os he escrito; ¡es una impostura, una infamia!

—Niega, si quieres,—replicó Furbicio volviendo la cabeza hácia la pared;—haces mal; estamos descubiertos, y es más prudente confesar.

Las personas presentes á esta escena recuerdan todavia la mirada de desprecio que Margarita echó á su amante. Durante un momento se vió pintarse en su hermoso rostro la cólera, la indignacion, hasta la repugnancia. Despues, serenándose un poco, y queriendo explicar ventajosamente para ella la alteracion que se habia advertido en sus facciones, exclamó:

—Las mentiras que ese hombre ha inventado para perderme me han indignado de tal modo, que no he sido dueña de mí.

Y volviéndose hácia el juez de instruccion:

—¿Es necesario, señor juez,—continuó,—prolongar este careo? ¿no tendreis piedad de una mujer que lleva un hijo en su seno?

Entonces se vió á Furbicio levantar la cabeza é incorporarse sobre su cama. Ya no estaba abatido y taciturno, como cuando Margarita habia entrado. Ahora se atrevia á mirarla de frente. La fiebre coloreaba sus mejillas, y en el delirio que de nuevo le habia acometido, no veia más que una cosa: que su querida le acusaba de haber mentido, que le desconocia públicamente.

—¡Te atreves á renegar de mí!—exclamó;—¡pues

el hijo de que hablas, es mi hijo! ¡Tú me lo has escrito! Leed, señor juez, leed, y encontrareis estas palabras: «En cuanto á este hijo, yo te aseguro que es tuyo.»

—Yo no he escrito esas cartas,—afirmó de nuevo Margarita.

Furbicio iba á contestar, cuando sus fuerzas le abandonaron. Volvió á caer sobre su cama diciendo:

—Es mi cómplice, yo lo juro!

—¡Ah,—exclamó Margarita,—si fuera verdad, si me hubierais amado hasta llegar á ser criminal por mí, no os atreveríais á acusarme, no, no os atreveríais!

Estaba sublime de indignacion, y durante un momento los magistrados dudaron todavía de su culpabilidad. Pero la acusacion tan clara y tan precisa de Furbicio, la correspondencia cogida, los informes que ahora les llegaban de todas partes, no les permitian vacilar por más tiempo. Pusieron fin á aquella escena, y se vieron obligados á manifestar á Margarita que quedaba en calidad de presa.

—¡Mi inocencia brillará!—contestó ella con altanería, mientras que el oficial de gendarmes la conducía á otra habitacion del hospital.

El juez de instruccion resolvió entonces ir á la aldea de Fontblanche. Quería ver la casa de Furbicio, interrogar á Brígida, á la que no se había atrevido á dirigir por la mañana ninguna pregunta precisa, y, en fin, buscar los venenos, si es que existían todavía. Estos eran piezas de conviccion que se debía procurar fueran unidas á las que ya se poseían. Entre estas últimas figuraba la escopeta que había servido para matar á Pascoul, y que se había encontrado en el pozo de la granja, gracias á las indicaciones de Furbicio.

Al entrar en la casa de Brígida, el juez de instruccion quedó dolorosamente afectado por el espectáculo que se presentó á su vista. Sentada en el

rincon de la chimenea, rodeada de algunos aldeanos que habían acudido á prodigarla sus consuelos, la pobre mujer se desesperaba, cubriendo de besos febriles á sus dos hijos. Sin hablarla, el magistrado mandó proceder inmediatamente al registro que debía producir el descubrimiento de los venenos. En la cueva se encontraron botellas llenas de agua fosfórea, y algunas gotas de opio en el fondo de un frasco. De este modo se confirmaba una de las declaraciones de Furbicio, que había reconocido ser detentor de materias venenosas y haberse las dado á Margarita.

Entonces el juez se acercó á Brígida.

—¿Conocíais la existencia de estos venenos en vuestra cueva?—la preguntó.

Ella fijó en él sus ojos bañados de lágrimas y pareció penosamente sorprendida al verle todavía allí. Sin embargo, contestó:

—Yo sabía que mi marido guardaba allí los remedios destinados á los caballos. Ignoro si esos remedios eran venenos.

—Sin embargo, ¿no intentó un día envenenaros?

—¡Jamás!—exclamó ella.

El juez no quiso insistir sobre este punto.

—¿Habeis sabido,—volvió á preguntar,—que vuestro marido mantenía relaciones adúlteras con Margarita Pascoul? ¿Podeis darnos algunas noticias sobre este particular?

Para obtener revelaciones, contaba sin duda alguna con el deseo de venganza que anima contra su rival, á toda mujer engañada.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de Brígida. Sin contestar, llevó de pronto las manos á su corazon, como para contener sus latidos. Despues dijo en voz baja:

—Yo no puedo declarar contra esa mujer. Yo no quiero acusarla.

El juez de instruccion comprendió; y, respetando un dolor tan grande, se retiró, dejando en

aquella casa, entregada desde entónces á la miseria y á las lágrimas, algunos socorros destinados á atender á las más apremiantes necesidades. Pero su opinion estaba formada. La misma noche abandonaba á Gordes. La instruccion en el lugar del crimen estaba agotada. Furbicio debia permanecer en el hospital hasta su completa curacion, custodiado por vigilantes que respondian de él. En cuanto á Margarita, partió para Apt una hora despues que los magistrados, en un carruaje escoltado por dos gendarmes.

Durante todo el camino, á pesar de la hora avanzada de la noche, los gendarmes vieron á un hombre que, con los piés descalzos, y sus zuecos en la mano, corria sobre el polvo detras de ellos. Varias veces tuvieron que impedirle que hablara á Margarita. Delante de la cárcel de Apt, hicieron bajar á la jóven. Entró, y las puertas se cerraron tras ella.

Entónces, aquel hombre que la habia seguido durante una distancia tan larga se acurrucó en los escalones de la cárcel, y allí, en el silencio de la noche, lloró amargamente.

Era Moulinet.

Permaneció hasta por la mañana en el mismo sitio; despues volvió á Gordes, preguntándose qué medios emplearia para arrancar á Margarita de las manos de sus jueces.

## XX.

Hacia tres dias que Margarita no habia podido disfrutar un solo instante de reposo; así es que la primera noche de su prision la pasó en un profundo sueño.

Su despertar fué terrible. Educada en el campo,

pero acostumbrada á la elegancia de las ciudades, habiendo sido siempre mimada, adulada y rodeada de todo el lujo que podia desear una mujer de su clase, debia sufrir cruelmente al despertarse de repente en la estrecha celda de una cárcel. Miró en torno suyo, y todo lo que la rodeaba le pareció horrible y triste.

Entónces cerró los ojos para no ver el tablado que la servia de cama, las negras paredes que la rodeaban por todas partes y la estrecha ventana guarnecida de barrotes. Pero, si los objetos exteriores no llamaron más su atencion, un fúnebre espectáculo se presentó ante su turbada imaginacion. Furbicio herido, tendido sobre el lecho del hospital, la señalaba con el dedo como su cómplice. Pascoul salia de su tumba, se adelantaba amenazador hácia ella, la cogia en sus brazos y la arrastraba hácia el cadalso.

Estas terribles visiones fueron de corta duracion; Margarita tuvo valor para ahuyentarlas. Se levantó, y ya no tuvo más que un pensamiento: preparar su defensa, reconquistar su libertad.

Durante aquella mañana recibió dos visitas: la de un carcelero, que la llevó manjares ordinarios á los que no quiso tocar, y la del capellan, al que no quiso oír. A todas las palabras misericordiosas que salieron de los labios del sacerdote, no contestó más que con estas palabras:

—Soy inocente y quiero salir de aquí.

Salió bien pronto, no para recobrar su libertad, sino para ser conducida al despacho del juez de instruccion, que se habia empeñado en decidirla á hacer declaraciones. Daba lástima, en verdad, ver á aquella hermosa criatura, cuyo modo de andar tenia una suma elegancia, y cuyas facciones eran tan nobles, atravesar entre dos gendarmes los sombríos corredores de la cárcel. Léjos de bajar los ojos, miraba con altanería en torno suyo, como una reina acompañada de su escolta.

En presencia del juez de instrucción, no cesó de negar, á pesar de la evidencia de las pruebas. Entre éstas, había tres importantes: las declaraciones abrumadoras de Furbicio; las cartas que ella le había escrito; y las relaciones que, según todo el mundo, mantenía con él.

Estas pruebas, Margarita las rebatía. Según ella, Furbicio mentía y no la acusaba más que con la esperanza de hacer su situación ménos grave. Las cartas cogidas en casa de él no habían sido escritas por ella. Habían imitado hábilmente su letra. En fin, las relaciones que la echaban en cara no descansaban en ningún dato serio. Ella únicamente había demostrado amistad á Furbicio porque le creía adicto á su marido.

Tal era el sistema en que se había encerrado Margarita. Nada la podía hacer salir de él. Oponía un mutismo absoluto á todas las demas preguntas embarazosas respecto á hechos que, de cerca ó de lejos, tenían relación con el crimen. En vano el juez de instrucción se esforzaba por hacerla caer en contradicciones que hubieran podido confundirla; ella fingía no comprender nada é ignorarlo todo.

Cuando un auto del tribunal de acusación la envió, al mismo tiempo que á Furbicio, ante el Tribunal de assises de Vacluse, formado en Carpentras, no había declarado nada.

¿Qué es lo que esperaba? ¿Por qué poner tanto empeño en defenderse? ¿No estaba perdida para siempre? Aun admitiendo que pudiera reconquistar su libertad, ¿qué iba á ser de ella? Furbicio, en quien había puesto todas sus esperanzas, todo su porvenir, de quien había hecho su Dios, ó más bien su ídolo, no la había vendido cobardemente?

Criminal, pero enérgica; perversa, pero valiente. Margarita podía amar á un miserable, pero la estaba prohibido amar á un cobarde y á un traidor. En vano había tratado de convencerse de que Fur-

bicio, obligado á hacer revelaciones, había caído en uno de esos lazos que los magistrados saben tender con tanta habilidad á los culpables. Todo la probaba, por el contrario, que él la había vendido desde el primer momento, sin lucha, sin remordimientos, con el solo objeto de merecer la indulgencia de los jueces. Había revelado los secretos más misteriosos de su amor y no había retrocedido ante ninguna profanación. Aquella larga correspondencia que él se había obligado á quemar, la había conservado con cuidado para convertirla más tarde en un arma en contra de ella. Mientras que ella se entregaba en cuerpo y alma, él formaba odiosos cálculos y pensaba en aprovecharse de sus debilidades. ¡El había mentido siempre y no la había amado nunca!

Si, á pesar de sus crueles desengaños y del gran dolor que había sentido, Margarita tenía aún apego á la vida, es que un nuevo sentimiento se había apoderado de todo su sér. Iba á ser madre, y experimentaba una ternura infinita por el hijo que llevaba en su seno. El amor maternal tiene eso de particular y de admirable: que puede deslizarse en el corazón de las criaturas más envilecidas, de las jóvenes más pervertidas, de las mujeres más desvergonzadas y más criminales.

Pero un sentimiento tan puro, tan desinteresado, produce sus frutos. En el corazón en que debe reinar en lo sucesivo, arrastra consigo, para que le sirva de comitiva, todo un mundo de sensaciones y de ideas nuevas. Dulcifica los caracteres ásperos, ablanda las naturalezas más rebeldes, fortifica los ánimos, doma las demas pasiones, hace ser mejor y más apto para comprender el bien, permite, en fin, ver la vida bajo un nuevo aspecto, comprender sus deberes, avergonzarse de los extravíos y de las faltas pasadas, y llorar amargamente los crímenes que hayan podido cometerse.

Por eso, poco á poco, Margarita se enterneció; á la

cólera que la dominaba sucedió el dolor, al orgullo la vergüenza; las lágrimas reemplazaron á las quejas. Sintió en su alma una gran tranquilidad, y en vez de quejarse, en vez de acusar, llegó á suplicar.

Entretanto, Furbicio, completamente restablecido, habia podido salir del hospital de Gordes y ser trasladado á su vez á la cárcel de Apt. Sólo tuvo desde entónces una preocupacion: escaparse. Le habian colocado en el segundo piso en un cuarto estrecho, que recibia la luz del patio por una ventana guarnecida de barras de hierro, fuertemente unidas entre sí. Por este lado la fuga era imposible. En cuanto á la puerta, era de roble y forrada en el exterior como en el interior de planchas de hierro batido. Quedaba el techo, que debia comunicar con los tejados. Furbicio se apresuró á atacarle. Pero una noche fué sorprendido en medio de su trabajo; se le encerró en otra celda, y se le vigiló con más rigor.

Entónces cayó en un desaliento profundo. Taciturno y sombrío, pasaba los días acurrucado en un rincón de su prision. ¿En qué pensaba? ¿En el tiempo pasado? No, en los medios de salvar su cabeza. Margarita ya no tenía cabida en su corazón. Se preguntaba cómo habia podido, por el amor de ella, arrojarse á cuerpo descubierto en el abismo en cuyo fondo se encontraba ahora. Repasaba en su memoria todas las imprudencias que habia cometido desde el momento en que se habia dejado seducir por su fatal belleza y por la esperanza de ser un día el dueño de la Bastida-Nueva, hasta el día en que, desoyendo los consejos de la Valbray, se habia decidido á disparar sobre Pascoul.

Maldecia su crimen, no por el horror que le inspiraba, sino porque la sociedad se preparaba á castigarle.

Luégo, el rumor público, ya muy excitado contra él, le acusó de otro crimen que se remontaba á una fecha más antigua. Se decia que, dos años ántes de

matar á Pascoul, el chalan, impulsado por la codicia, habia envenenado á su propia madre, con el objeto de recoger más pronto la pequeña herencia que debia corresponderle. Estos rumores, al principio muy vagos, no tardaron en tomar una consistencia tal, que la justicia se trasladó de nuevo á Gordes y procedió á una instruccion suplementaria. Se exhumó el cadáver de la anciana, y los órganos en que podian encontrarse las señales del veneno fueron colocados en frascos y llevados á Apt, á fin de someterlos á un reconocimiento. Este reconocimiento no dió resultado, lo mismo que el interrogatorio que sufrió Furbicio, y se abandonó la acusacion sobre este punto.

Sobre todos los demas, el chalan insistió en sus primeras declaraciones. Delante de Margarita, como lejos de ella, continuó acusándola, esforzándose en hacer recaer sobre su querida la parte principal del crimen.

Corria el mes de Enero, y como los Assises no debian abrirse en Carpentras hasta Mayo, se permitió á los dos acusados ver á su familia y amigos.

Una mañana, Moulinet se presentó en la cárcel y fué introducido en la celda de Margarita.

Al verla, cayó de rodillas y rompió á llorar.

—¡Vos! ¡vos aquí!—exclamó.

No pudo decir más. Su emocion le embargaba la voz. Margarita le recibió con cariño, le hizo levantar, sentar á su lado y empezó á contarle sus desdichas. Hablaba en voz baja. El vigilante que asistia á la entrevista se acercó.

—Yo no puedo permitir,—dijo,—que os habléis así. Yo debo oír todo lo que decís.

—Dejadnos cambiar, sin testigo, solamente algunas palabras,—pidió Margarita.

Al mismo tiempo fijaba sus grandes ojos suplicantes en el vigilante.

—Daos prisa,—dijo;—voy hasta la puerta.

Margarita inclinó la cabeza para darle gracias

por su condescendencia. Gracias á él, pudo contar á Moulinet la infamia de Furbicio.

—¿Tú sabes si yo le he amado!—dijo ella;—pues bien, me ha vendido!

—¡Miserable!—murmuró Moulinet.—¿Es también por su causa por lo que se os acusa de haber tenido parte en el asesinato?

—Después de haber contado á los jueces todas las peripecias de nuestro amor, ha dicho que yo le habia obligado á matar á Pascoul, poniéndole las armas en la mano, el veneno y la pólvora.

—¿Pero hay pruebas?—preguntó Moulinet, asustado de la gravedad de la acusacion.

—¡Hay cartas! Sin embargo, yo lo he negado todo.

—¡Sí! ¡sí! es preciso negarlo todo; pero ¿por qué no me habeis dicho que habiais escrito? Yo hubiera obligado á Furbicio á devolveros vuestras cartas.

—¡Ay de mí! yo creía que las habia destruido. Las conservaba, por el contrario, y se las ha entregado al juez para probarle que yo habia sido su querida. Después, no contento con esta cobardía, ha falsificado otras cartas y las ha mezclado con las que yo habia escrito como si también fueran mías, á fin de hacer creer en mi complicidad voluntaria en el asesinato.

En este último punto Margarita mentía; pero podia mentir impunemente, porque de todo lo que habia pasado entre ella y Furbicio, Moulinet no conocia más que su amor y no habia dado crédito á la acusacion de envenenamiento y asesinato. Margarita le dejó en aquella creencia, que debia, por otra parte, comunicar á su declaracion, si era interrogado de nuevo, el acento de la conviccion y de la sinceridad.

—Mi querida ama,—dijo Moulinet,—yo os salvaré.

Ella se dejó coger la mano, que él besó apasionadamente. En aquel momento el vigilante llegaba

cerca de ellos. Continuaron su conversacion en alta voz, teniendo cuidado de no dejar escapar ninguna palabra comprometedora.

Mientras Margarita permaneció en la cárcel de Apt, vió á Moulinet varias veces. La recomendaba que tuviera paciencia, la daba consejos y la comunicaba la esperanza que él mismo alimentaba en su corazon. El pobre hombre nunca habia sido tan dichoso. Habia llegado á serla casi indispensable. Recibia sus confidencias, conocia, ó creia conocer, sus secretos, y se ocupaba de ella. La desgracia les unia, y si Moulinet hubiera estado completamente tranquilo respecto al desenlace de tan grave asunto, habria bendecido la prision de Margarita.

Esta recibió también la visita de Federico Borel. Fué á verla impulsado, tanto por la curiosidad, como por el interés que le inspiraba su prima.

—Me has perjudicado mucho,—le dijo ella como reconviéndole.

—¿Qué he hecho yo?—preguntó él admirado.

—¿No has dicho que me habias encontrado una noche en carruaje con Furbicio?

—Lo he dicho porque era verdad. Pero esa declaracion no iba dirigida contra tí. Era contra él. ¿No era preciso salvar á Moulinet, á quien se acusaba injustamente?

—Sí, pero Furbicio me ha arrastrado en su caída. Me ha calumniado de una manera odiosa, y sin embargo, soy inocente. Mejor hubiera sido que no hubieras dicho nada.

Federico no contestó. Después de un momento de silencio, pidió órdenes á su prima respecto á ciertos trabajos de la granja, cuya direccion habia tomado desde que habian tenido lugar aquellos dramáticos acontecimientos.

—¿Qué me importan esas cosas?—contestó Margarita.—Si soy condenada, la granja te pertenecerá. Si no, la venderé, porque ya no quiero vivir en ese horrible país. Así, pues, puedes obrar como quieras.

—Pero si eres inocente, serás absuelta,—exclamó Federico.

—¡Absuelta! sí, así lo espero.

Y al mismo tiempo dirigía al cielo ardientes miradas. Federico se retiró aquel día dolorosamente conmovido.

Entretanto, tan larga estancia en la cárcel agotaba las fuerzas de Margarita y alteraba su salud, ya quebrantada por su embarazo, cuyo término se acercaba. El médico la mandó que hiciera mucho ejercicio, y se paseaba durante la mayor parte del día en el patio, cuando no estaban allí los demás presos.

Aquel patio se reducía á un largo terrado, separado de los jardines del palacio de Justicia por una elevada pared. Para ir á los pisos superiores de la cárcel era necesario atravesarle. Nunca, sin embargo, había encontrado allí Margarita á Furbicio, porque se tenía un gran cuidado en que no hubiera entre ellos ninguna comunicacion. Aquel día, mientras se paseaba y pensaba en él, vió de repente pasar una mujer, que subía acompañada de un vigilante. La reconoció en seguida. Era Brígida.

Era la primera vez que se veían desde el día en que se habían encontrado en casa de Furbicio. Margarita lanzó un grito ahogado. Brígida pasó friamente, con la frente alta, sin pronunciar una palabra. Pero había en sus ojos una expresion de bondad que llamó la atención de Margarita. Había causado á Brígida crueles dolores, y sin embargo, ésta no la había acusado. Quiso darla las gracias. Sus brazos se extendieron hácia adelante. Pero su feroz orgullo contuvo entre sus labios la súplica que iba á salir de ellos. ¿Lo comprendió Brígida? Acababa de pasar; iba á desaparecer bajo la bóveda de la escalera, cuando se volvió de repente hácia su rival:

—Hace mucho tiempo que os he perdonado,—la dijo con voz dulce y triste.—Os compadezco con

toda mi alma, y ruego todos los días por vos.

Margarita llevó la mano á su corazón y cayó sin conocimiento.

El día siguiente, con arreglo al parecer del médico, se la trasladó á Carpentras, donde debía ser juzgada, y entretanto se la colocó en la enfermería de la cárcel.

## XXI.

Desde aquel momento se vió á Moulinet hacer frecuentes viajes, tan pronto á Avignon, tan pronto á Carpentras, con el objeto de buscar entre los abogados de más fama un defensor para Margarita. Había dicho á Federico Borel:

—Eso corre de mi cuenta. Yo encontraré el hombre que necesitamos.

Asistía un día á la vista de un proceso correccional, cuando un orador, á quien oía por la primera vez, produjo en él una gran impresion.

—¿Sabeis cómo se llama ese abogado?—preguntó á uno de los que estaban á su lado.

La persona interrogada miró á Moulinet con aire sorprendido, y contestó dándose importancia:

—¿No conocéis á M. X..., el Demóstenes del Mediodía?

Moulinet no comprendió bien la significacion de aquel nombre de Demóstenes. Pero sabía lo bastante acerca de M. X..., después de haberle oido, para adivinar que era digno de presentar la defensa de Margarita.

M. X... pertenece al foro de Aix. Es una de las glorias de la Provenza. Ejerció en París y dejó allí los mejores recuerdos. En 1848 volvió á su ciudad natal, de donde había salido en otro tiempo con M. Thiers y M. Mignet, sus compañeros de colegio. En todo el Mediodía se disputan á M. X...; Burdeos, Tolosa, Marsella, Nimes, le han oido con

—Pero si eres inocente, serás absuelta,—exclamó Federico.

—¡Absuelta! sí, así lo espero.

Y al mismo tiempo dirigía al cielo ardientes miradas. Federico se retiró aquel día dolorosamente conmovido.

Entretanto, tan larga estancia en la cárcel agotaba las fuerzas de Margarita y alteraba su salud, ya quebrantada por su embarazo, cuyo término se acercaba. El médico la mandó que hiciera mucho ejercicio, y se paseaba durante la mayor parte del día en el patio, cuando no estaban allí los demás presos.

Aquel patio se reducía á un largo terrado, separado de los jardines del palacio de Justicia por una elevada pared. Para ir á los pisos superiores de la cárcel era necesario atravesarle. Nunca, sin embargo, había encontrado allí Margarita á Furbicio, porque se tenía un gran cuidado en que no hubiera entre ellos ninguna comunicacion. Aquel día, mientras se paseaba y pensaba en él, vió de repente pasar una mujer, que subía acompañada de un vigilante. La reconoció en seguida. Era Brígida.

Era la primera vez que se veían desde el día en que se habían encontrado en casa de Furbicio. Margarita lanzó un grito ahogado. Brígida pasó friamente, con la frente alta, sin pronunciar una palabra. Pero había en sus ojos una expresion de bondad que llamó la atención de Margarita. Había causado á Brígida crueles dolores, y sin embargo, ésta no la había acusado. Quiso darla las gracias. Sus brazos se extendieron hácia adelante. Pero su feroz orgullo contuvo entre sus labios la súplica que iba á salir de ellos. ¿Lo comprendió Brígida? Acababa de pasar; iba á desaparecer bajo la bóveda de la escalera, cuando se volvió de repente hácia su rival:

—Hace mucho tiempo que os he perdonado,—la dijo con voz dulce y triste.—Os compadezco con

toda mi alma, y ruego todos los días por vos.

Margarita llevó la mano á su corazón y cayó sin conocimiento.

El día siguiente, con arreglo al parecer del médico, se la trasladó á Carpentras, donde debía ser juzgada, y entretanto se la colocó en la enfermería de la cárcel.

## XXI.

Desde aquel momento se vió á Moulinet hacer frecuentes viajes, tan pronto á Avignon, tan pronto á Carpentras, con el objeto de buscar entre los abogados de más fama un defensor para Margarita. Había dicho á Federico Borel:

—Eso corre de mi cuenta. Yo encontraré el hombre que necesitamos.

Asistía un día á la vista de un proceso correccional, cuando un orador, á quien oía por la primera vez, produjo en él una gran impresion.

—¿Sabeis cómo se llama ese abogado?—preguntó á uno de los que estaban á su lado.

La persona interrogada miró á Moulinet con aire sorprendido, y contestó dándose importancia:

—¿No conocéis á M. X..., el Demóstenes del Mediodía?

Moulinet no comprendió bien la significacion de aquel nombre de Demóstenes. Pero sabía lo bastante acerca de M. X... después de haberle oido, para adivinar que era digno de presentar la defensa de Margarita.

M. X... pertenece al foro de Aix. Es una de las glorias de la Provenza. Ejerció en París y dejó allí los mejores recuerdos. En 1848 volvió á su ciudad natal, de donde había salido en otro tiempo con M. Thiers y M. Mignet, sus compañeros de colegio. En todo el Mediodía se disputan á M. X...; Burdeos, Tolosa, Marsella, Nimes, le han oido con

frecuencia, y cuantas veces debe hablar, la sala es demasiado pequeña para contener la muchedumbre ansiosa de escucharle. Se cita su elocuencia y son también dignas de elogio su probidad y su desinterés. Nunca se le ha visto encargarse de un negocio que tuviera maca, y varias veces ha defendido á pobres á quienes asistía la justicia.

M. X..., de más de sesenta años de edad, es alto, bien formado y ancho de hombros. Sus facciones son nobles, su voz vibrante y sonora, sus ademanes sencillos, su lenguaje expresivo, y tiene el dón de comunicar á sus oyentes la convicción que le anima.

Tal era el hombre escogido al primer golpe de vista por Moulinet con ese buen sentido que se encuentra muchas veces en las personas menos ilustradas.

M. X... había ido á Avignon á defender á unos obreros comprometidos en un delito de conspiración. Había ganado su causa y salía de la audiencia en el momento en que Moulinet se acercó á él. Veinte abogados le rodeaban, jóvenes y viejos, y le felicitaban calurosamente por su nuevo triunfo, cuando vió á Moulinet, que se mantenía á cierta distancia y no se atrevía á dirigirle la palabra. Dió dos pasos adelante.

—¿Sois uno de los obreros que acabo de defender?—le preguntó con bondad.

—No, señor; pero os he oído. Es admirable todo lo que habeis dicho. Eso me ha inspirado la idea de suplicaros os encargueis de la defensa de una mujer injustamente acusada.

—¿Por qué no os dirigis á uno de mis jóvenes compañeros? Yo no soy de aquí. Me voy mañana.

—¡Oh, señor!—replicó Moulinet cruzando las manos y con voz suplicante;—sois vos el que necesitamos. No nos negueis vuestros servicios.

M. X... se enterneció.

—No podemos hablar aquí,—le dijo.—Id mañana

por la mañana á mi hotel y me explicareis vuestro negocio.

Moulinet pasó la noche en una pobre posada de un arrabal de Avignon, y no pudo dormir: tan conmovido estaba al pensar en la visita del día siguiente. Hizo y rehizo diez veces el discurso que pensaba dirigir á M. X... Pero, por bien preparado que le llevaba, le faltó la memoria cuando se encontró en presencia del abogado, que se acercó á él diciendo:

—Explicadme vuestro asunto.

Moulinet tosió, abrió la boca y permaneció mudo. M. X... comprendió la turbación del pobre hombre, y tomando la palabra:

—¿Es por vos por quien venis á consultarme, amigo mio?—le dijo.

—No, señor; es por una jóven á cuyo padre y esposo he servido durante veinticinco años.

—¿Dónde está?

—Presa en Carpentras; debe comparecer ante los próximos assises.

—¿Negocio criminal! Contadme sus detalles.

—Es inocente, señor,—exclamó Moulinet, que iba recobrando un poco de serenidad.—Se la acusa de haber intentado envenenar á su marido, y de haber despues incitado á su amante á matarle para desembarazarse de él.

M. X... hizo un movimiento.

—La verdad,—continuó Moulinet,—es que Margarita Pascou es inocente; el otro ha dado muerte al marido por celos.

—¿Me habláis del crimen de la Bastida-Nueva, del famoso proceso de *la Vénus de Gordes*?—exclamó el abogado.

Moulinet contestó afirmativamente, y M. X... le dijo al punto:

—He leído algunos detalles en los periódicos. Pero, amigo mio, esa mujer es culpable, archiculpable. Hay cartas.

—¿Vos también, señor, vos la creéis criminal?

Y al ver un gesto del abogado, prosiguió:

—Es inocente, señor, yo os lo juro. No ha tomado parte en el crimen de que se la acusa. ¡Ah! si la conocierais, me creeríais. Y después, ¡la amo tanto!

Aunque acostumbrado á ver lágrimas y á oír lamentos, M. X... se conmovió.

—¿Tiene familia?—preguntó.

—Un primo, nada más. Los demás parientes son muy lejanos. Ese primo y yo estamos de acuerdo para buscarla un defensor. Venid, señor, yo os lo suplico; se os pagará cuanto queráis.

—Esa frase está de más, amigo mío,—contestó con viveza el abogado.—Si voy allá, es porque la causa es dramática, interesante, y sobre todo, porque hay una cabeza que salvar. En cuanto á la absolución libre, no hay que pensar en ella.

—Cuando la conozcáis mejor,—dijo Moulinet,—proclamareis por todas partes su inocencia.

—Está bien, iré,—contestó resueltamente el abogado.—Dentro de ocho días estaré en Carpentras para conferenciar con la acusada.

Moulinet partió con el corazón lleno de agradecimiento, y dió parte á Federico Borel del resultado de su viaje á Avignon. Margarita lo supo también inmediatamente. Esta noticia la recibió en la enfermería de la cárcel de Carpentras, en el momento en que acababa de sentir los dolores del parto. Este fué largo y laborioso. Por fin, dió á luz un niño.

—¡Quiero verle, quiero verle!—exclamó, á pesar de lo débil que se sentía.

Había dicho á Furbicio que aquel hijo era de él; se lo había escrito, y ella lo creía. Pero después de la especie de metamorfosis que se había obrado en ella, Margarita hubiera querido haberse equivocada; ahora deseaba con toda su alma que el niño se pareciera á Pascou. Una religiosa que la asistía hacía tres días, la presentó la tierna criatura. Mar-

garita la miró; la besó apasionadamente, y rompió á llorar. Como lo dijo más tarde su defensor, la cuna reproducía las facciones de la víctima. El niño fué entregado á una mujer de Gordes que se había encargado de criarle, y que, por complacer á Margarita, había consentido en instalarse en la cárcel hasta el momento del fallo.

Algunos días después, Margarita recibió la visita de su abogado.

A la vista de aquella jóven, á quien su palidez y la languidez de su mirada comunicaban un encanto más, M. X... experimentó, según él lo contó después, una de las más vivas sensaciones de su vida.

—Han ido á pedirme que me encargara de vuestra defensa,—dijo con emoción;—héme aquí. Pero es preciso que seáis conmigo sincera. Como el sacerdote, el abogado es un confesor. Guarda los secretos que se le confían. Decidme toda la verdad.

—La verdad es muy sencilla, señor,—contestó ella sin turbarse.—Se me acusa de un crimen odioso, y yo no le he cometido.

M. X... hubiera querido creerla. Pero acababan de entregarle las piezas del proceso, el resumen de las declaraciones de Furbicio, las deposiciones de los testigos; las había meditado largo rato antes de ir á la cárcel, y su convicción estaba formada.

—¿Por qué,—dijo con dulzura,—persistir en vuestras denegaciones? Ellas os enajenarán la voluntad de vuestros jueces y no os salvarán.

—Soy inocente,—dijo Margarita.

Cuando la habían anunciado algunos minutos antes la visita de M. X..., había pedido al punto que la llevaran su hijo. Le tenía en sus brazos, y parecía inspirarse con su vista para resistir á los ruegos de su abogado.

Este se había levantado, diciendo:

—No teneis confianza en mí. Debo renunciar á defenderos.

Ella no contestó.

—¡Qué orgullo es el vuestro!— prosiguió.—¡La luz de la verdad resplandece por todas partes y quereis apagarla! ¿Se puede apagar la luz del día?

—Soy inocente.

—No, sois culpable, y sería mejor para vos reconocerlo: es el único medio que tengo para enternecer á vuestros jueces.

Margarita no se inmutó.

En este momento, la religiosa que la velaba desde que habia dado á luz entró en la celda.

—Hermana mia,—exclamó M. X...,—ayúdame. Esta mujer ha cometido un gran crimen. Yo quiero defenderla; quiero salvar su cabeza, pero quiero tambien que confiese. Pues bien; lo niega todo, cuando todo la condena. Un buen consejo vuestro, y ella confesará.

Apacible y serena, la religiosa se acercó á Margarita.

—¿Hace mucho tiempo que no habeis orado, hermana mia?—la preguntó.

Sorprendida por esta pregunta, la jóven miró sucesivamente á sus dos interlocutores; despues sus ojos volvieron á fijarse en su hijo, y contestó con voz sombría:

—No, no hace mucho tiempo. Todos los días pido á Dios que haga brillar mi inocencia.

—¡Ah!—exclamó el abogado exasperado,—veo que ya nada me queda que hacer aquí.

Y se retiró con el corazón lleno de tristeza. Por la primera vez, en su larga carrera, encontraba un criminal sordo á sus consejos. Ante la obstinacion de la acusada, renunciaba á encargarse de una causa que no podia ganar. En cuanto á Margarita, así que se quedó sola, besó á su hijo, exclamando:

—Por tí resisto á sus consejos; por tí no confesaré nunca mi crimen. Todo me abruma y seré condenada. Pero, dentro de quince ó veinte años, tú, al ménos, crearás en la inocencia de tu madre.

¡No podrias creer en ella si consintiera en confesarme culpable!

El tiempo pasaba, y sólo faltaban algunos dias para que se abrieran los assises. Brigida habia elegido un abogado para su marido entre los miembros más autorizados del foro de Carpentras, y se decia en la ciudad que habiendo rehusado M. X... encargarse de la defensa de Margarita, se la nombraría otro abogado de oficio. Estas noticias no eran enteramente exactas. M. X... habia resuelto esperar. No creia prudente sostener la inocencia ante las pruebas que presentaba la acusacion; pero esperaba todavía que en el último momento Margarita confesaria.

Pero la antevíspera de la apertura de los assises, que debían empezar por el proceso de la Bastida-Nueva, la cárcel de Carpentras fué teatro de una escena que decidió tal vez de la suerte de Margarita.

Era por la noche. En la cárcel todo dormia. Retirada en su celda, Margarita, tendida en su catre, trataba en vano de coger el sueño, que parecia huir de sus párpados.

De repente se abrió la puerta de su prision y entró la religiosa, seguida de la nodriza del niño. Esta mujer se precipitó como una loca en el cuarto, gritando:

—¡Señora, señora, el niño está muy malo!

A este grito, Margarita contestó con otro grito más terrible todavía, y corrió á la cuna de su hijo.

La nodriza no habia exagerado nada. El pobre pequenuelo se moria atacado de una de esas crueles enfermedades que no tienen causa aparente, y queacaban con los niños. No estando Margarita en la cárcel más que preventivamente, se la guardaban ciertas consideraciones; y aquella noche, áun ántes de avisarla, el director habia enviado á buscar un médico, al que le bastó una mirada para hacer constar que el niño estaba perdido.

—No podeis salvarle, ¿no es verdad?—exclamó Margarita.

—Hay todavía esperanzas,—creyó deber decir el médico.

—¡No! ¡no!—replicó ella,—me engañais. Conozco que todo ha concluido.

Y, cayendo de rodillas al pié de la cuna, se puso á contemplar con ojos extraviados al pequeño moribundo.

—¡Oh!—murmuraba con voz ahogada por las lágrimas,—los ángeles te llaman y te vas con ellos. Tu madre es indigna de tí, te han dicho, y partes. ¡No! ¡no! quédate, yo te lo ruego; díles que no quieres morir.

El niño se agitó débilmente.

—Amigo mío,—exclamó Margarita levantándose y dirigiéndose al médico,—mi hijo no quiere morir. Salvadle.

El niño estaba espirando.

—Sacadla de aquí,—dijo el doctor á la religiosa.

Esta quiso llevarse á Margarita.

—Dejadme,—exclamó fuera de sí y loca de dolor,—no está muerto.

El niño murió.

Llevaron á Margarita á su prision. Permaneció durante ocho horas sentada en una silla, escuchando si el niño lloraba.

La religiosa no se separó de ella.

Dos días después, Margarita llamaba á M. X..., que se apresuró á presentarse.

—Yo haré, yo diré lo que queráis,—exclamó ella al verle.—Sí, soy culpable, y Dios me ha castigado cruelmente arrebatándome á mi hijo.

## XXII.

El proceso empezó el 1.º de Mayo de 1862, ante el Tribunal de Assises de Vaucluse, formado en Carpentras. Es difícil formarse una idea de la sensación que el crimen denunciado á la justicia habia causado en toda la comarca. De todos los puntos del departamento habian acudido los curiosos para presenciar los debates. El palacio de justicia se hallaba en cierto modo sitiado, y los gendarmes apenas podian contener á la muchedumbre que queria penetrar en la sala de audiencia.

El misterio de que todavía se hallaba rodeado el proceso, la posicion y la juventud de los acusados, la gran reputacion de belleza de Margarita Pascoul, la gravedad y el carácter dramático de los hechos acriminados, el reconocido talento de los oradores llamados á tomar parte en los debates, explicaban suficientemente la curiosidad del público, siempre ávido de esta clase de emociones.

Por fuera del palacio de justicia, se veian en las calles y en las principales plazas grupos numerosos que hablaban con una viveza meridional de las principales circunstancias de aquel drama conmovedor. Las puertas del Tribunal de Assises se abrieron á las ocho, y la parte de la sala de audiencia destinada al público fué al punto invadida. En un rincón reservado, Brígida Furbicio estaba sentada al lado de sus dos hijos. Sobre una mesa colocada delante de los magistrados, se veian, entre otras piezas de conviccion: una escopeta, un paquete de cartas, una gran botella medio llena de agua fosfórea, y diferentes frascos que contenian ó habian debido contener venenos. En el banco de la defensa se colocaron M. X..., abogado del foro de Aix, defensor de la viuda Pascoul, y M. B..., prior del co-

—No podeis salvarle, ¿no es verdad?—exclamó Margarita.

—Hay todavía esperanzas,—creyó deber decir el médico.

—¡No! ¡no!—replicó ella,—me engañais. Conozco que todo ha concluido.

Y, cayendo de rodillas al pie de la cuna, se puso á contemplar con ojos extraviados al pequeño moribundo.

—¡Oh!—murmuraba con voz ahogada por las lágrimas,—los ángeles te llaman y te vas con ellos. Tu madre es indigna de tí, te han dicho, y partes. ¡No! ¡no! quédate, yo te lo ruego; díles que no quieres morir.

El niño se agitó débilmente.

—Amigo mío,—exclamó Margarita levantándose y dirigiéndose al médico,—mi hijo no quiere morir. Salvadle.

El niño estaba espirando.

—Sacadla de aquí,—dijo el doctor á la religiosa.

Esta quiso llevarse á Margarita.

—Dejadme,—exclamó fuera de sí y loca de dolor,—no está muerto.

El niño murió.

Llevaron á Margarita á su prision. Permaneció durante ocho horas sentada en una silla, escuchando si el niño lloraba.

La religiosa no se separó de ella.

Dos días después, Margarita llamaba á M. X..., que se apresuró á presentarse.

—Yo haré, yo diré lo que queráis,—exclamó ella al verle.—Sí, soy culpable, y Dios me ha castigado cruelmente arrebatándome á mi hijo.

## XXII.

El proceso empezó el 1.º de Mayo de 1862, ante el Tribunal de Assises de Vaucluse, formado en Carpentras. Es difícil formarse una idea de la sensación que el crimen denunciado á la justicia habia causado en toda la comarca. De todos los puntos del departamento habian acudido los curiosos para presenciar los debates. El palacio de justicia se hallaba en cierto modo sitiado, y los gendarmes apenas podian contener á la muchedumbre que queria penetrar en la sala de audiencia.

El misterio de que todavía se hallaba rodeado el proceso, la posicion y la juventud de los acusados, la gran reputacion de belleza de Margarita Pascoul, la gravedad y el carácter dramático de los hechos acriminados, el reconocido talento de los oradores llamados á tomar parte en los debates, explicaban suficientemente la curiosidad del público, siempre ávido de esta clase de emociones.

Por fuera del palacio de justicia, se veian en las calles y en las principales plazas grupos numerosos que hablaban con una viveza meridional de las principales circunstancias de aquel drama conmovedor. Las puertas del Tribunal de Assises se abrieron á las ocho, y la parte de la sala de audiencia destinada al público fué al punto invadida. En un rincón reservado, Brígida Furbicio estaba sentada al lado de sus dos hijos. Sobre una mesa colocada delante de los magistrados, se veian, entre otras piezas de conviccion: una escopeta, un paquete de cartas, una gran botella medio llena de agua fosfórea, y diferentes frascos que contenian ó habian debido contener venenos. En el banco de la defensa se colocaron M. X..., abogado del foro de Aix, defensor de la viuda Pascoul, y M. B..., prior del co-

legio de abogados de Carpentras, defensor del acusado Furbicio.

Un gran movimiento de curiosidad se manifestó en el público, en el momento en que los dos acusados fueron conducidos por la gendarmería. Furbicio entró el primero. Llevaba la cabeza baja y parecía abatido. Su mujer trató en vano de llamar su atención; no pareció apercibirse ni de su presencia ni de la de sus hijos.

Margarita entró despues, y al punto todas las miradas se fijaron en ella. Pero la curiosidad del público no pudo satisfacerse, porque la acusada tenía el rostro enteramente cubierto con su velo. Un gendarme se colocó entre ellos. Furbicio, al ver á Margarita, hizo ademán de querer hablarla, pero ella volvió la cabeza.

A las nueve se constituyó el Tribunal.

El primer abogado general del Tribunal de Nîmes ocupaba el sitio del ministerio público, acompañado del procurador imperial de Carpentras. Despues de las formalidades de costumbre, se leyó el acta de acusacion.

Esta pieza esencial del proceso la hemos puesto en acción desde el principio de este relato. Siguiéndola á la letra, paso á paso, limitándonos únicamente á cambiar los nombres por un sentimiento de discrecion, pero sin alterar jamás la verdad ni desnaturalizar un hecho ni exagerar un carácter, es como hemos escrito los capitulos precedentes. No necesitamos, pues, colocar aquí ese documento, que reprodujo, bajo una forma conmovedora, todos los detalles que nuestros lectores conocen ya y que excitaron en diversas ocasiones la emocion del auditorio.

Despues de la lectura del acta de acusacion, se procedió al exámen de los testigos citados á petición del ministerio público, en número de cincuenta y tres. Las declaraciones no revelaron ningun hecho de que no hayamos dado cuenta en las pági-

nas que preceden. Ellas justificaban de la manera más completa los términos de la acusacion, corroborándola por medio de pruebas irrefutables.

Pero se esperaba, sobre todo, con impaciencia el interrogatorio de los acusados, y se notó un gran movimiento en aquella atenta muchedumbre cuando el presidente declaró que se iba á proceder á él. Furbicio fué interrogado el primero. A una orden del presidente, se levantó.

Su semblante no reveló ninguna emocion. Contestó casi siempre en voz baja y bajando la cabeza á las preguntas que le dirigieron; pero su actitud era la de un hombre seguro de sí mismo, que comprende la importancia de sus declaraciones.

Mientras que hablaba, reconviniendo sin cesar á su cómplice, echando sobre ella la responsabilidad de aquel crimen tan grande, Margarita fingia no mirarle. Si hubiera alzado sus ojos sobre él, habria leído en ellos un desprecio doloroso y profundo. Pero ninguno habia podido ver todavía las facciones de la acusada.

En cuanto á Brígida Furbicio, no pudo contener sus sollozos durante el interrogatorio de su marido, y los dos pequenuelos que la acompañaban rompieron á llorar al ver llorar á su madre. Esta escena impresionó grandemente al público. La primera audiencia se suspendió despues que Furbicio acabó de hablar.

Antes de abrirse la del dia siguiente, reinaba una gran agitacion en la sala de los Assises.

Se decia que Furbicio, al ir desde la cárcel al palacio de Justicia, habia intentado romperse la cabeza contra una pared. Los gendarmes que le acompañaban habian podido contenerle á tiempo y amortiguar el golpe.

Se habian entablado discusiones muy animadas con motivo de aquella nueva tentativa de suicidio. Los unos sostenian que el acusado, desesperando de salvar su cabeza, queria acabar lo más pronto

posible con la vida. Según los otros, no había tenido ninguna intención de matarse, y solo trataba de enternecer á los jurados acerca de su suerte.

Se hablaba también con mucha animación de Margarita Pascoul, que, hasta aquel momento, había constante y enérgicamente negado, no solo toda participación en el crimen de la Bastida-Nueva, sino también toda relación culpable con Furbicio. Todos se preguntaban cuál sería su actitud durante el interrogatorio y cómo, ante las pruebas que la abrumaban, contestaría á las preguntas de los jueces.

A una indicación del presidente, se levantó con dificultad de su banco, con el rostro siempre cubierto. Costó gran trabajo hacérsele descubrir. Su voz era débil y sus primeras palabras apenas pudieron oírse los jurados.

Después de las preguntas de costumbre, el presidente la habló en estos términos:

—¿Os habeis casado con Pascoul en 185..., y habeis tenido con ese joven, ántes de vuestro matrimonio, relaciones á consecuencia de las cuales os hicisteis robar, á fin de forzar el consentimiento de vuestro padre que se oponia á ese casamiento?

—Sí, señor.

—Pronto os cansasteis de vuestro marido, que era, sin embargo, según todos los testigos, excelente para vos y que os profesaba un gran cariño.

—Sí.

—¿Vuestro marido os trataba mal?

—No.

—Entonces, ¿por qué os alejasteis de él? Es verdad que habeis negado hasta ahora toda clase de relaciones con Furbicio. ¿Persistís en ese sistema de denegación?

Cuando el presidente formuló esta pregunta, hubo en el auditorio un movimiento, al que sucedió una gran agitación, cuando se oyó á Margarita dar esta respuesta que no se esperaba:

—No, señor presidente; confieso, por el contrario, las relaciones de que hablais.

Los jurados se miraron unos á otros, y hasta se advirtió cierta emoción entre los magistrados. M. X..., abogado de la acusada, se acercó á su cliente y la estrechó cordialmente las manos. La había aconsejado que confesara, y la daba las gracias por haberle escuchado.

Desde aquel momento, Margarita, como si hubiera recobrado todo su valor y tomado una gran resolución, ya no bajó la cabeza y contestó con serenidad y franqueza á las preguntas que la hicieron. La animación esparcida por su semblante, la expresión de sus ojos, ciertas actitudes, ciertos ademanes enérgicos, la prestaban un gran encanto é impresionaron á los espectadores.

El día siguiente se oyó al representante del ministerio público. Este magistrado habló con elocuencia. Contó de nuevo aquella terrible historia, desenvolviendo y agrupando con tanta habilidad como moderación las pruebas reveladas por los debates. «Para nosotros,—dijo al terminar,—con la mano levantada hácia Dios, que castiga el adulterio y el homicidio, juramos que los dos acusados son culpables y que ninguno de ellos merece perdon.»

Durante este discurso, la actitud de estos últimos no había cambiado, al ménos en la apariencia. Continuaban separados por un gendarme. Furbicio ya no intentaba hablar con Margarita, y ésta fingía no volverse hácia su lado.

Brígida Furbicio permanecía silenciosa en su banco, uno de sus hijos sentado sobre sus rodillas, el otro á su lado. Varias señoras de la ciudad que habían asistido á aquellos largos debates, demostraban su simpatía á aquella pobre familia sometida á tan crueles pruebas. El abogado del acusado se acercaba con frecuencia á Brígida y parecia insistir en que no se alejara de la audiencia y conservara á sus hijos á su lado; esperaba, sin duda, que el re-

cuerdo de aquella pobre mujer y de sus dos hijos inspiraría compasión al Jurado cuando fuera á decidir de la suerte de Furbicio.

Moulinet, sentado en silencio en el banco de los testigos, no perdía de vista á Margarita, y su fisonomía se animaba de repente cuando la acusada volvía la cabeza hácia él, sonriéndole tristemente.

Después del ministerio público se concedió la palabra á los defensores. El abogado de Furbicio habló el primero. ¡Ay, su causa no era buena! Aun siendo criminal, Margarita, tanto por su energía como por su belleza, había inspirado á todos los que la habían visto y oído una simpática conmiseración. Furbicio, por el contrario, no excitaba más que una repulsión violenta. Se había mostrado vil, bajo, codicioso, y se necesitaba nada ménos que la presencia de su mujer y de sus hijos, tristes é inocentes víctimas de sus feroces pasiones, para hacer desear que el Jurado fuera clemente con él. Esta situación particular supo explotarla hábilmente el abogado. Hizo esfuerzos por presentar á Furbicio bajo un aspecto mejor. Pero procuró sobre todo interesar al Jurado por aquellos á quienes su condena sumía en la miseria y la deshonra. Esta defensa duró más de dos horas y fué escuchada con recogimiento. Cuando después de terminar volvió á ocupar su sitio, la audiencia se suspendió, y las personas presentes se apresuraron á felicitarle.

Durante este tiempo, una escena de las más conmovedoras vino á llamar de repente la atención del auditorio. El hijo de Furbicio, un niño de cinco á seis años á lo más, abandonó el sitio donde estaba sentado al lado de su madre desde el principio de los debates, se arrastró sobre sus manos y rodillas, sin que nadie lo advirtiera, hasta el banco de los acusados, y allí, levantándose con rapidez, se arrojó al cuello de su padre.

Furbicio, admirado al pronto, tomó al niño en sus brazos, le miró y rompió á llorar. Ninguno de

los testigos de aquella escena se atrevió á intervenir en ella; el gendarme encargado de vigilar al acusado é impedirle comunicarse con el público no tuvo valor para interponerse. Se llevó la mano al bigote para variar de postura, y tal vez para ocultar su emoción. Pero el sonido de una campanilla anunció que la audiencia iba á continuar; un joven abogado se adelantó, sonrió al niño, le levantó en sus brazos y se le entregó á su madre, que sollozaba.

Este incidente pareció conmover á Margarita. ¿El hijo de Furbicio la había recordado al hijo que acababa de perder? Tranquila é impassible hasta entonces, dejó ver lágrimas en sus ojos.

El tribunal entró en sesión; el defensor de Margarita tomó la palabra y empezó en estos términos:

«Señores: Esas dos cabezas, ¿deben caer? Esta es la terrible cuestión que se debate ante vosotros. ¿Y cómo no ha de asustarme la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi palabra, cuyo poder se ha exagerado, no diré para disminuir su importancia, pero por una benevolencia que yo agradezco á los que me rodean, y que se dirige mucho más que á mí al nombre que llevo, cuyas nobles cualidades y tradicionales virtudes se han querido honrar?»

«¿Qué de peligros me cercan! Un crimen horrible se ha cometido, ¡y qué día! Algunas horas ántes de la en que el Hombre-Dios descendía sobre la tierra para redimir los pecados y los crímenes de los mortales, se quería al parecer añadir un crimen más á los crímenes que la sangre del Justo venía de nuevo á purgar.»

El defensor desenvolvió en seguida con una gran elevación de miras los principios de la responsabilidad y de la imputabilidad penales.

Después examinó el carácter de los acusados.

«Margarita Pascoul ha tenido una juventud ordinaria: tenía, según dicen, una imaginación ardiente. La justicia ha registrado sus cuadernos de colegio y ha encontrado en ellos proyectos de mucha

cha, cartas de amor á los trece, á los catorce años.

»¡Ah! si la justicia se permitiera semejantes indiscreciones con muchas colegialas, se expondría mucho á encontrar devaneos de pluma, por los que yo no me atrevería á imputarlas un pecado. La falta y la desgracia de Margarita es haber tropezado con Furbicio, ese chalan sin escrúpulo, ese Don Juan de lugar, haciendo restallar su látigo en lo físico como en lo moral, hombre de caprichos y afortunado, que ha revelado todo el cinismo de su corazón hablando de la belleza de Margarita.»

La defensa del ilustre abogado fué en toda su extensión una obra maestra de elocuencia y de lógica. Supo establecer la influencia de Furbicio, bajo cuyo imperio Margarita se había en cierto modo anonadado. Examinó las cartas de la desgraciada mujer, y probó que aquella correspondencia, Furbicio, por un cálculo maquiavélico, la había destruido en parte, á fin de hacer desaparecer de ella todo lo que hubiera podido acusarle.

Después de haber combatido todos los argumentos, desmenuzando todos los detalles de aquel dramático asunto, empleó el lenguaje siguiente:

«Dios ha querido que se hiciera la luz, los culpables se han descubierto: ¿cuál será la pena que haréis pesar sobre esas dos cabezas? Hemos debido separar por un instante las dos causas. Ahora debemos confundirlas. Furbicio, como Margarita, puede esperar también las circunstancias atenuantes, no por haber sido arrastrado por su cómplice, sino por haber sufrido yo no sé qué misterioso poder que le ha dominado.

»Cuando ví por la primera vez á Margarita Pas-coul, la dije: he leído vuestra correspondencia, conozco las pruebas que os abruma; ¿quereis darme ánimo? Al pié de la cama de vuestra prision, arrodillaos, orad, pedid á Dios que os inspire una buena resolución y á mí el celo y la libertad, la convicción que necesito para cumplir mi deber.

»Su orgullo se ha resistido al principio, pero luego me ha hecho llamar, y cogiéndome las manos: «He orado, exclamó, y Dios me ha oído.»

»Yo quería reconciliarla con Dios ántes de pedirle piedad para ella; y ha confesado, y no ha abandonado su humildad sino para levantarse ante la calumnia. ¡Ah! la noche y el remordimiento la habían envejecido, y hoy viene á vosotros con el luto en el corazón y en sus vestidos.

»Tenía soberbia, amor; se ha humillado, ha sacrificado todos sus sentimientos. Estaba orgullosa de su belleza, y las arrugas del remordimiento surcan su frente, lo mismo que la Magdalena después de haberse entregado á sus pecados embriagadores.

»¡Era madre y ha perdido á su hijo! La Escritura lo ha dicho: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.*

»Ah, señores, creed en las lecciones de esta audiencia, en su desilusión respecto del hombre que amaba, en su profundo dolor. Castigad con mano fuerte, pero no suprimais al culpable cuando ese culpable es todavía digno de vuestra indulgencia.»

La emoción que el abogado de Margarita acababa de comunicar á todos los corazones, se manifestó por todas partes por medio de muestras exteriores en cuanto terminó de hablar.

Todos se miraban, se estrechaban las manos. Los jueces se inclinaban el uno hácia el otro. Los jurados, inmutados, conmovidos, turbados, se preguntaban si debían castigar en nombre de la justicia ó perdonar en nombre del corazón. Su soberanía les asustaba, y en aquel momento hubieran abandonado su omnipotencia. ®

En cuanto al que producía tan viva impresión, estaba todavía más conmovido que su auditorio. Todo lo que acababa de decir, lo pensaba, lo sentía, lo padecía. No se puede ser elocuente sino á condición de estar convencido. Por eso, M. X...

había vivido durante dos horas de la vida de la acusada, se había identificado con ella, había tomado parte en sus pasiones, cometido sus crímenes, conocido sus remordimientos, padecido con sus dolores; por él mismo había llorado, clamado, pedido su perdón.

Margarita había cogido las manos de su defensor, se estrechaba contra él, lloraba en sus brazos. Moulinet estaba allí, no sabiendo de qué modo demostrar su agradecimiento. Durante algunos instantes experimentó una turbación inexplicable.

Poco á poco se restableció la calma; la voz del portero de estrados reclamó el silencio. El presidente tomó la palabra.

—Acusado Furbicio, ¿teneis alguna revelación que hacer, algo que decir en vuestra defensa?

—No,—contestó Furbicio con voz ahogada.

—Acusada Margarita Rivarot, viuda Pascoul, ¿teneis que añadir alguna cosa á las palabras de vuestro defensor?

Margarita hizo una seña negativa.

Entonces el presidente presentó un imparcial y claro resumen de los debates, despues del cual los jurados fueron invitados á pasar á la sala de las deliberaciones. En el momento en que salian, vieron á los dos hijos de Furbicio que les tendian los brazos y parecian pedir perdón para su padre.

Durante la deliberacion del Jurado, el público, todo el mundo lo sabe, queda, por decirlo así, entregado á sí mismo: el tribunal se retira, y los acusados son conducidos á una sala de espera cerca de los Assises. Entonces se produce en el auditorio una gran agitacion; todos están inquietos, desasosegados, deseosos de conocer el desenlace del drama que acaba de desarrollarse; se participa de la ansiedad de los desgraciados cuya existencia se discute en aquel momento.

En el proceso que nos ocupa nadie dudaba de la respuesta de los jurados. Seguramente sería afir-

mativa. ¿Pero se concedería á los acusados circunstancias atenuantes? Esta era la cuestion, puesto que se trataba para Margarita y para Furbicio de la vida ó de la muerte. De aquí la ansiedad, y para hacerla más corta, todos discutian las peripecias y las consecuencias probables del proceso.

Moulinet, pálido, agitado, febril, se deslizaba en todos los grupos y recogia las diversas opiniones. Tan pronto una frase le daba ánimo; tan pronto una palabra le asustaba. Una especie de vacío se había hecho en el fondo de la sala, en torno de Brígida; nadie se atrevia á acercarse á ella y consolarla: estaba orando.

La noche había llegado poco á poco, y algunas luces esparcidas en la gran sala de los Assises iluminaban con sus pálidos resplandores aquellas tristes escenas.

Un rumor siniestro, extendido sin duda por algun vigilante de la cárcel, circulaba tambien hacia un instante, y aumentaba la turbacion del auditorio. Se aseguraba que Furbicio hacía dos dias que rehusaba tomar toda clase de alimento, resuelto á dejarse morir de hambre si era condenado á pena capital. Por fin se oyó una campanilla. El tribunal y los jurados volvieron á ocupar sus asientos. El veredicto fué afirmativo respecto á todas las preguntas, pero mitigado por la admision de circunstancias atenuantes. Era la prision eterna, pero era la vida para los dos acusados. Moulinet lanzó un grito de alegría. En cuanto á Brígida, no se atrevia á creer en su felicidad.

El presidente dió la orden de hacer entrar á los acusados. En semejante caso, les basta una sola mirada echada sobre el auditorio para conocer su suerte. Una condena á muerte se lee en todos los semblantes; todos se vuelven, todos evitan mirar al desgraciado que acaba de entrar. Cualquiera que sea su crimen, se le compadece. Ya no es un criminal, es un moribundo. Pero si está absuelto, ó

bien si ha obtenido circunstancias atenuantes cuando era de temer que no las obtuviera, se inclinan todos hácia él, se le hacen señas; en el banco de los abogados, por donde tiene algunas veces que pasar para llegar á su sitio, se murmura á su oido: «Estais absuelto,» ó bien: «Habeis salvado la vida.» Un presidente de Assises no podría impedir esas generosas manifestaciones. Por lo demas, no piensa en ello; es hombre ántes de ser magistrado.

Furbicio no habia dado un paso en la sala cuando ya conocia el veredicto del Jurado. Entónces no pudo dominarse; dió libre curso á su alegría. Los que le habian visto abatido durante aquellos largos debates, y habian podido creer en sus remordimientos, se desengañaron. Furbicio no habia tenido más que un temor desde el momento en que fué preso; ¡el temor al cadalso! Este temor era el que habia arrugado su frente, hundido sus mejillas, encanecido sus cabellos. Si rehusaba obstinadamente hácia dos dias todo alimento, es porque temia ser condenado á muerte y preferia el suplicio del hambre á la cuchilla de la guillotina. Por fin respiraba; el peso que le oprimia acababa de desaparecer, y detras de su cuello no sentia ya á cada instante el frío del acero. ¿Qué le importaba la otra condena? ¿Qué le importaba el presidio? El presidio era para él la vida, era tal vez la libertad; no hay presidiario que no espere escaparse.

Si no hubiera estado contenido por un gendarme, Furbicio, sin respeto á la majestad de la audiencia, se habria entregado á alguna excentricidad. No se ha visto, en pleno tribunal de Assises, á un hombre absuelto arrojar de repente, en señal de alegría, su gorra á la cabeza de los magistrados? Es verdad que fué condenado, por aquella irreverencia, á algunos dias de prision; pero habia dado libre curso á su alegría; habia, á su manera, demostrado su reconocimiento.

Margarita conoció tan pronto como Furbicio el

veredicto del Jurado. En cuanto entró en la sala, su defensor y Moulinet la habian hecho una seña que ella comprendió al punto. Pero supo contenerse; la entereza de su carácter no se desmintió; un ligero carmin coloreó su semblante, y esto fué todo. ¿Acaso no temia la muerte como Furbicio? la vergüenza y la prision la espantaban sin duda tanto como el cadalso. Se dirigió lentamente hácia su banco, y no pudo ménos de echar una mirada de desprecio sobre Furbicio, que demostraba demasiado ruidosamente su alegría.

Entónces, con arreglo al artículo 357 del Código de instruccion criminal, el escribano leyó á los acusados la declaracion del Jurado, y el ministerio público pidió inmediatamente la aplicacion de la pena. Luégo, el tribunal, despues de haberse retirado para deliberar á la sala del Consejo, dictó, algunos minutos despues, una sentencia que condenaba á Furbicio y á Margarita á la pena de trabajos forzados á perpetuidad. En seguida se levantó la audiencia, y la muchedumbre se retiró profundamente conmovida. En los grupos que se habian formado en los sitios públicos, se habló mucho durante la noche de las peripecias de este proceso, cuyo recuerdo conservan todavía los habitantes del Mediodía.

En cuanto á M. X..., no contento con haber salvado la vida á su cliente, fué aquella misma noche á ver á Margarita en su prision y á darla algunos consejos para el porvenir; habia obtenido autorizacion para que le acompañara Moulinet.

— Es la noche mejor que he pasado en mi vida — ha dicho despues muchas veces el pobre hombre. ®

Nada podia separarle de Margarita, ni sus rigores para con él, ni sus faltas, ni sus crímenes. En su corazon no habia más que indulgencia y perdon. No se daba cuenta del sentimiento que experimentaba, y se contentaba con sufrir sus consecuencias. Habia amado á Margarita inocente; la amaba criminal.

Por su parte, el defensor de Furbicio consiguió que Brígida pudiera hablar con su marido. ¿Qué se dijeron durante las dos horas que estuvieron juntos? Nunca se ha sabido, pero aquella entrevista debió hacer cierta impresion en el ánimo de Furbicio, y decidió sin duda de un incidente que contaremos más adelante. Algunos dias despues de su condena, un carruaje celular conducia á Margarita á la Casa central de Montpellier. En cuanto á Furbicio, se le condujo á la cárcel de Avignon, desde donde salió poco despues para el presidio de Tolon.

## XXIII

No existe presidio para las mujeres. Las desgraciadas condenadas á trabajos forzados por cierto tiempo ó á perpetuidad, cumplen su condena en las *Casas centrales de fuerza y de correccion*. Entre los establecimientos de este género que existen en Francia, el más importante es el de Montpellier, á donde fué conducida Margarita despues de su condena, en Junio de 1862.

Nos parece conveniente hacer aquí el retrato de Margarita, en esta época triste de su vida. Tenía entonces veinticinco años; sus facciones estaban un poco alteradas, tanto por los trabajos de su prision preventiva, que habia durado algunos meses, como por las emociones que habia experimentado desde que conocia á Furbicio. Esto no obstante, el rostro era siempre notablemente hermoso. Una frente despejada, cejas muy arqueadas, ojos rasgados, dientes pequeños y blancos, labios rojos y primorosamente diseñados, la nariz griega de una pureza de líneas irreprochable, todo esto hubiera constituido un admirable conjunto, si la mirada, cada vez más huraña y de una dureza casi salvaje, no hubiera venido á arrojar un poco de sombra sobre este cuadro.

El mismo dia de su llegada, Margarita, al salir del baño que el reglamento impone á cada detenida á su entrada, tuvo que ponerse el traje de la prision, compuesto de un zagalejo blanco, de un vestido de paño burdo, de una pañoleta á cuadros azules y blancos, de medias de algodón blanco, de escarpines y de zuecos. El tocado consiste en una coña blanca que las presas tienen el talento de disminuir todos los días, y que no ocupa sobre su cabeza mucho más sitio que una pequeña redecilla.

Cuando estuvo vestida con el traje de la prision, compareció ante el director, quien despues de preguntarla lo que sabia hacer, la destinó al taller de costura fina.

Margarita no comprendió al pronto lo que tenía de horrible para ella el lado material de su posicion. La dureza de su trabajo cotidiano, la frugalidad de sus alimentos, lo tosco de sus vestidos, la severidad de las religiosas celadoras, todas estas cosas la dejaron insensible. Sólo tenía conciencia de su degradación moral.

Por eso no la costó ninguna dificultad obedecer los reglamentos de la casa, que imponen á las detenidas un silencio constante. En el taller, siempre estaba con la cabeza inclinada sobre su trabajo. Pero le ejecutaba con una lentitud tan afectada, que no era difícil adivinar la sorda rebeldía que la agitaba, y que no hubiera tardado en estallar si la hubieran provocado con excesivos rigores. Las religiosas comprendieron felizmente lo que pasaba en aquel alma feroz, y trataron de apaciguarla demostrándola un poco de indulgencia.

Entonces empezó una vida monótona, de la que el lector podrá darse cuenta cuando conozca el reglamento á que obedecen las casas centrales de mujeres.

La hora de levantarse es á las cinco en el verano y á las seis en el invierno. Dura veinte minutos, comprendido el rezo, y á continuacion, en todo

Por su parte, el defensor de Furbicio consiguió que Brígida pudiera hablar con su marido. ¿Qué se dijeron durante las dos horas que estuvieron juntos? Nunca se ha sabido, pero aquella entrevista debió hacer cierta impresion en el ánimo de Furbicio, y decidió sin duda de un incidente que contaremos más adelante. Algunos dias despues de su condena, un carruaje celular conducia á Margarita á la Casa central de Montpellier. En cuanto á Furbicio, se le condujo á la cárcel de Avignon, desde donde salió poco despues para el presidio de Tolon.

## XXIII

No existe presidio para las mujeres. Las desgraciadas condenadas á trabajos forzados por cierto tiempo ó á perpetuidad, cumplen su condena en las *Casas centrales de fuerza y de correccion*. Entre los establecimientos de este género que existen en Francia, el más importante es el de Montpellier, á donde fué conducida Margarita despues de su condena, en Junio de 1862.

Nos parece conveniente hacer aquí el retrato de Margarita, en esta época triste de su vida. Tenía entonces veinticinco años; sus facciones estaban un poco alteradas, tanto por los trabajos de su prision preventiva, que habia durado algunos meses, como por las emociones que habia experimentado desde que conocia á Furbicio. Esto no obstante, el rostro era siempre notablemente hermoso. Una frente despejada, cejas muy arqueadas, ojos rasgados, dientes pequeños y blancos, labios rojos y primorosamente diseñados, la nariz griega de una pureza de líneas irreprochable, todo esto hubiera constituido un admirable conjunto, si la mirada, cada vez más huraña y de una dureza casi salvaje, no hubiera venido á arrojar un poco de sombra sobre este cuadro.

El mismo dia de su llegada, Margarita, al salir del baño que el reglamento impone á cada detenida á su entrada, tuvo que ponerse el traje de la prision, compuesto de un zagalejo blanco, de un vestido de paño burdo, de una pañoleta á cuadros azules y blancos, de medias de algodón blanco, de escarpines y de zuecos. El tocado consiste en una coña blanca que las presas tienen el talento de disminuir todos los días, y que no ocupa sobre su cabeza mucho más sitio que una pequeña redecilla.

Cuando estuvo vestida con el traje de la prision, compareció ante el director, quien despues de preguntarla lo que sabia hacer, la destinó al taller de costura fina.

Margarita no comprendió al pronto lo que tenía de horrible para ella el lado material de su posicion. La dureza de su trabajo cotidiano, la frugalidad de sus alimentos, lo tosco de sus vestidos, la severidad de las religiosas celadoras, todas estas cosas la dejaron insensible. Sólo tenía conciencia de su degradación moral.

Por eso no la costó ninguna dificultad obedecer los reglamentos de la casa, que imponen á las detenidas un silencio constante. En el taller, siempre estaba con la cabeza inclinada sobre su trabajo. Pero le ejecutaba con una lentitud tan afectada, que no era difícil adivinar la sorda rebeldía que la agitaba, y que no hubiera tardado en estallar si la hubieran provocado con excesivos rigores. Las religiosas comprendieron felizmente lo que pasaba en aquel alma feroz, y trataron de apaciguarla demostrándola un poco de indulgencia.

Entonces empezó una vida monótona, de la que el lector podrá darse cuenta cuando conozca el reglamento á que obedecen las casas centrales de mujeres.

La hora de levantarse es á las cinco en el verano y á las seis en el invierno. Dura veinte minutos, comprendido el rezo, y á continuacion, en todo

tiempo, un paseo de veinticinco minutos, despues del cual empieza el trabajo. De nueve á diez des-ayuno y recreo. De diez á cuatro, trabajo interrumpido únicamente por un corto descanso. De cuatro á cinco, comida y paseo, y despues vuelve á empezar el trabajo hasta las ocho. Antes de acostarse, una ligera colacion. En verano, las detenidas pueden pasearse una media hora ántes de subir á los dormitorios, en los que hay luz toda la noche.

El régimen alimenticio es bueno. El pan es poco más ó ménos como el de los soldados, y se da á discrecion. A excepcion del domingo, en que los platos son de carne, las detenidas reciben todos los días un medio litro de sopa por la mañana, y un medio litro de legumbres por la tarde, sazonado todo con manteca, ó bien queso, frutas secas ó del tiempo, segun la estacion, y guisados de carne. Estos víveres suplementarios se les venden al precio fijado de antemano por una tarifa oficial. El silencio absoluto es obligatorio en todas partes y siempre.

Todas las contravenciones á los reglamentos son objeto de una informacion y denunciadas al tribunal de justicia disciplinaria. Este tribunal, que se constituye tres veces por semana y más á menudo si es necesario, se compone del director, presidente; del inspector y de la hermana superiora, asesores; la hermana institutriz desempeña las funciones de escribano. Los asuntos se despachan de la manera más breve. El director falla sin apelacion. Segun la gravedad de los casos, las penas son: reprension, privacion de cantina, privacion de pitanza, pan seco, dormir sin colchones, celda y calabozo.

Puede ahora comprenderse lo que fué la vida de Margarita durante los tres años que pasó en Montpellier. Estaba dominada por una espantosa tristeza. Su conducta fué ejemplar, su afabilidad inalterable. ¿Se arrepentia, tenía remordimientos? Problema

insoluble que no han querido resolver los que la veian en aquella época. Solamente se ha hecho constar que recibia los sacramentos y demostraba sentimientos religiosos, en cuya sinceridad se puede creer si se recuerda que en el momento en que su hijo iba á morir habia orado con fervor.

Su tristeza daba á su hermosura un carácter de resignacion que la hacia más simpática, y como tenía siempre los ojos bajos, no se recibia la dolorosa impresion de la dureza de su mirada.

Bajo el modesto traje de la prision, no habia perdido nada de su distincion y de su gracia. Se adivinaba la flexibilidad de su talle, á pesar del tosco vestido á que la condenaba el reglamento. La cofia que la servia de tocado, colocada con coqueteria sobre sus hermosos cabellos, hacia resaltar su brillo y suavidad, y varias veces las hermanas celadoras la reconviniéron porque en su modo de vestir no habia la modestia que conviene á una presa. ¿Qué culpa tenia ella?

La disciplina de la prision no la permitia recibir visitas. Sin embargo, un dia fué llamada al locutorio, y encontró allí á Moulinet.

Al aspecto de la que él habia conocido en otro tiempo rodeada de lujo, elegante y orgullosa, no pudo contener sus lágrimas. En cuanto á Margarita, su amor propio y todos sus pudores se despertaron: se avergonzó al verse así sorprendida en su rebajamiento, vestida con su librea infamante, y fijó sobre él que la visitaba aquella mirada que tantas veces habia lastimado su corazon. Pero él, humilde y respetuoso, explicó que no habia podido resistir al deseo de verla, y que con dicho objeto habia recorrido la gran distancia que separa á Gordes de Montpellier, despues de haber revuelto cielo y tierra para conseguir la autorizacion de llegar hasta ella.

El orgullo de Margarita cedió ante tan tiernas declaraciones. Tendió la mano á aquel último y fiel amigo, y le abrió su corazon.

—Me siento morir entre estas sombrías paredes,—exclamó.—Esta vida me mata. Necesito moverme, correr, ver los árboles, vivir en fin. ¡Ah! ¿quién pondrá un término á mi suplicio!

—¿No habeis intentado huir? —preguntó Moulinet en voz baja.

—No he pensado en ello. Además, es imposible.

—¿Si se presentara la ocasion, la aprovechariais? Margarita no contestó.

Moulinet se retiró prometiendo hacer lo posible para mejorar la suerte de Margarita. Ella le vió partir con pena y sin esperanza. Aquel hombre pobre y oscuro, ¿qué podía hacer por ella?

El día siguiente, Moulinet se presentó al director y se ofreció para entrar al servicio de la prision. Pero supo que no habia más que un corto número de hombres empleados, y que todas las plazas estaban ocupadas.

Tuvo que volverse á Gordes, desconsolado por no haberse podido consagrar á Margarita, segun habia esperado, pero decidido á intentarlo todo para mejorar la posicion de la que amaba.

Al empezar el tercer año de su prision. Margarita tuvo por vecina de dormitorio y de taller una jóven recién llegada. Era una antigua institutriz, cuyas aventuras y proceso habian dado mucho que hablar y que acababa de ser condenada á cinco años de trabajos forzados. Las dos presas que, por su educacion, sus anteriores costumbres, su carácter, tenian ciertos puntos de contacto, se hicieron en seguida muy amigas.

Por el día, bajo la severa vigilancia de las hermanas religiosas, no podian decirse más que breves palabras. Pero durante la noche, aprovechando la inmediacion de sus camas, consiguieron cambiar algunas confidencias. Fué un gran consuelo para Margarita, en medio de su largo infortunio, encontrar una detenida capaz de comprenderla.

Su prision la era, sin embargo, insoportable.

Aquella espléndida criatura, tan jóven, tan ardiente, se marchitaba como la flor privada demasiado pronto de los rayos del sol. Aquella vida enclaustrada, toda soledad, inmovilidad y silencio, la abrumaba y minaba poco á poco su salud.

Su imaginacion trabajaba sin cesar, y, en su sueño, agitado y febril, veia aparecer todas las noches á los dos hombres que habia amado: Pascoul y Furbicio.

—Puesto que el encierro es el que os mata,—la dijo un día su compañera,—¿por qué no pedis ir á Cayenna?

Y como Margarita la miraba sorprendida, ésta la explicó que, en virtud de nuevas decisiones administrativas, las condenadas, solteras ó viudas, podian alguna vez, á peticion suya, ser enviadas á la colonia.

Esto fué para Margarita una revelacion. Desde entónces ya no tuvo otra idea que la que acababa de comunicarla la institutriz.

Pocos días despues, fué llamada una mañana al despacho del director, y allí se encontró con M. X..., su elocuente defensor ante el Tribunal de Assises de Vaucluse.

—El señor desea hablaros,—dijo el director.

Y, por un sentimiento de discrecion que explicaba el carácter del abogado, salió en seguida.

—Un amigo que se interesa por vos,—dijo entónces M. X...—ha venido á verme. Me ha contado vuestros sufrimientos y la inutilidad de sus esfuerzos para proporcionaros algun alivio. Me suplicaba que pidiera vuestro indulto. No hay que pensar en ello; no conseguiríamos nada. Vuestra condena es demasiado reciente. Pero si el encierro os pesa, teneis un medio de hacerle cesar: id á Cayenna.

—Ya habia pensado en ello,—contestó Margarita,—y os lo agradeceré si me proporcionais los medios de conseguirlo. Sí; por salir de esta casa, iré donde quieran, haré lo que quieran.

—Os exigirán,—prosiguió el abogado,—el compromiso formal de casaros al llegar á la colonia con un internado que os agrade y que justifique sus medios de existencia.

—Corriente,—exclamó ella;—consentiré en todo y bendeciré á los que me ayuden á salir de aquí.

—Dirigid,—continuó el abogado,—una instancia al ministro de Marina. El director la apoyará, porque está satisfecho de vuestra conducta, y no tardareis en ver cumplidos vuestros deseos.

—¡Oh! gracias,—exclamó Margarita.—Me habreis salvado la vida dos veces. Aquí, notardaria en morir.

Y como el abogado se habia puesto en pié, ella creyó que la despedia, y se dirigió hácia la puerta. El la detuvo con un gesto.

—¿No me preguntais quién es el amigo que se interesa por vos?

—No necesito preguntarlo,—dijo Margarita;—lo sé.

—Os ama profundamente,—prosiguió M. X..., con gravedad.

—Sí, más de lo que yo merezco,—contestó ella sonriendo con tristeza.

—Me está esperando fuera para tener noticias vuestras; ¿qué quereis que le diga de vuestra parte?

Ella se quedó un momento pensativa; despues cogió de pronto un cortaplumas que estaba sobre la mesa del director, levantó su cofia, cortó un pequeño rizo de sus cabellos, y entregándosele á M. X...:

—Le direis que conserve eso como recuerdo mio; es cuanto poseo ahora. Pero todavía son hermosos,—añadió sonriendo.

El día siguiente, Margarita redactaba, ayudada por su compañera la institutriz, una instancia dirigida al ministro de Marina, en la que pedia ser conducida á la Guyana francesa.

«Soy muy jóven todavía,—decia ella en aquel do-

cumento;—mi salud es de las más fuertes, como lo prueba el certificado del médico. La desgracia ha madurado mi razon. He aprendido á conocer mis deberes para con Dios y la sociedad; sería, pues, muy triste para mí verme obligada á pasar mi vida en una prision y no poder aprovecharme de la bondad del Gobierno que me proporciona el medio de reconquistar una libertad relativa, cuyo valor conozco y de la que, yo lo aseguro, no abusaré.»

Despues de darse curso á esta instancia, se vió cambiar de repente el carácter de Margarita. De sombría y taciturna, llegó á ser jovial; en el mes de Junio de 1865 compareció dos veces ante el Tribunal de la Casa central, y fué condenada á penas disciplinarias por desaplicacion en el taller.

En fin, en los primeros días de Julio, supo que su instancia habia sido resuelta favorablemente. Estaba designada para formar parte del más próximo convoy de deportadas. Al mes siguiente, salió de la Casa central de Montpellier.

—Sed dichosa,—la dijo su amiga la institutriz abrazándola con ternura;—yo me quedo. No me admiten allá abajo. Tengo el disgusto de ser casada.

El 12 de Agosto de 1865, un buque de la marina imperial, el *Cacique*, salia por la mañana de la rada de Rochefort, con destino á la Guyana francesa. El *Cacique* es una embarcacion mixta, es decir, que puede navegar á vela ó á máquina; efectúa en union de otros tres, que son el *Alecton*, la *Amazona* y la *Céres*, el transporte de los sentenciados que se envian á las penitenciarías de Cayenna.

Llevaba armas, víveres, piezas de tela destinadas al vestuario de los trasportados, algunos soldados de infantería de marina que iban á incorporarse á sus regimientos, varias religiosas de la orden de San José de Chartres, tres padres jesuitas enviados á la colonia en calidad de capellanes, y, finalmente, cuarenta mujeres hasta entónces detenidas en

diversas casas de reclusion, y que, á petición suya, iban á la Guyana.

Entre estas mujeres se encontraba Margarita Pascoul.

Al medio dia el *Cacique* estaba mar adentro. Las costas de Francia desaparecian en una especie de bruma luminosa, y los pasajeros, agrupados en la proa ó en la popa, daban á la patria un último adiós.

El comandante mandó hacer subir á las trasportadas sobre el puente. Las pobres mujeres obedecieron; se las relegó al centro del buque, cerca de la máquina. Margarita se sentó sobre un rollo de cables y contempló el horizonte. Montpellier, Gordes, Fontblanche, la Bastida-Nueva, estaban ya muy lejos. Todo su pasado desaparecia; ya no la quedaba nada, ni aún su país, ni aún el derecho de volverle á ver.

—¡Qué soledad he hecho en torno mio!—no pudo menos de murmurar.

—Yo estoy aquí,—dijo de repente una voz á su oído.

Ella se volvió con rapidez.

Un hombre, que reconoció en seguida, se habia deslizado detras de ella.

#### XXIV.

Era Moulinet.

M. X... experimentaba cierta simpatía por este hombre que, despues de haberle elegido para defender la causa de Margarita, le habia demostrado en distintas ocasiones su gratitud de la manera más afectuosa, y confesado su invencible amor y su largo martirio. Por esta razon habia hecho que le pusieran al corriente de los pasos de Margarita

para ir á Cayenna. Habia sabido la salida de Montpellier, el próximo embarque en Rochefort, y se habia apresurado á avisar á su protegido.

Moulinet reunió todas sus economías, salió de Gordes y entró en Rochefort tres dias ántes de darse á la vela el *Cacique*.

Se trataba de embarcarse en este buque, pero era muy difícil; el *cuadro* estaba completo, y, además, Moulinet no tenía ya la edad para engancharse como marinero.

Durante dos dias, sus pasos no dieron resultado. Por fin, gracias á una carta de recomendacion de M. X..., consiguió que se interesara por él un oficial superior de infantería de marina que, debiendo tomar pasaje en el *Cacique*, consintió en llevar como criado al antiguo mozo de la granja.

¡Iba, pues, á seguir á Margarita en su destierro! Ya nada podia separarle de ella.

Moulinet, en breves palabras, puso á Margarita al corriente de estos detalles.

—¿He hecho mal?—preguntó al concluir.

—No,—contestó ella;—gracias.

Y le alargó furtivamente la mano. El se bajó, puso una rodilla en tierra como si tratara de recoger alguna cosa, besó la mano de Margarita y corrió á la popa del buque donde su servicio le reclamaba.

Los buques del Estado que conducen á Cayenna las detenidas de las casas de reclusion ó de fuerza y los presidiarios del presidio de Tolon (es el único presidio que queda en Francia; los de Brest y Rochefort han desaparecido hace algunos años) están arreglados del modo siguiente:

A lo largo del entrepuente, de la proa á la popa y por ambos lados, á babor y á estribor, se extienden dos rejas de hierro, aseguradas en el entarimado y en el techo. Los trasportados tienen por alojamiento el espacio comprendido por cada lado entre las portas y la reja. El espacio libre entre las dos rejas está reservado á centinelas escogidos

entre los marineros, colocados de cinco en cinco pasos y con el sable en la mano. Estos centinelas tienen orden de impedir que los presidiarios se apoyen contra las rejas, que empujadas por cien manos vigorosas podrian doblarse muy fácilmente. El centinela está autorizado para herir con su sable á todo el que no obedezca á la primera intimacion.

En plena mar las portas están cerradas con cerrojo exteriormente durante la noche, pero se las deja abiertas durante el día. En caso de arribada á un puerto, embarcaciones armadas circulan en torno del buque para impedir las evasiones. Todos los individuos de la tripulacion están tambien armados con puñales, con los cuales deben dormir.

Todos los días, durante una hora, los detenidos pueden salir de sus mazmorras. Así se llaman esas especies de jaulas que hemos descrito. Suben al puente, pasando por en medio de una doble fila de marineros colocados en las escaleras. Despues se colocan delante del palo mayor. Los centinelas les impiden salir de aquel límite.

Todas estas medidas de precaucion no deben admirar á nadie, teniendo en cuenta que á veces se hallan á bordo 400 ó 500 trasportados, que entre ellos los hay dispuestos á jugar una mala pasada á la tripulacion si la ocasion se les presentara; y, finalmente, que en virtud de una medida de las más generosas, todo presidiario, desde el momento en que sale de Tolon para ser conducido á las colonias penitenciarias no lleva grillos en los piés.

Los castigos que se imponen durante la travesía son el encierro en la sentina y los gratelazos. Al desgraciado condenado á este último castigo le atan á un banco de velero (donde los veleros se sientan para trabajar), y generalmente es uno de sus compañeros de infortunio, un presidiario como él, el encargado de golpearle con el gratel.

Al lado del castigo está la recompensa: los trasportados que se han conducido bien en Tolon ó que

se distinguen á bordo por su obediencia, pueden circular libremente por la proa del buque, empleados en ciertos servicios, y reciben alguna vez, como la tripulacion, una racion de vino.

Estos detalles se refieren lo mismo á los presidiarios que á las mujeres trasportadas; pero estas últimas, en el viaje de que aquí se trata, eran las únicas que ocupaban las mazmorras del *Cacique*. El reglamento no se aplicaba en todo su rigor. La tripulacion se compadecia de aquellas desgraciadas, y los oficiales cerraban los ojos cuando alguna vez se infringia la disciplina. Poco á poco se iba consintiendo á las presas permanecer sobre el puente durante el día, cuando el tiempo y las maniobras lo permitian.

Moulinet se acercaba entónces á Margarita y hablaba con ella. Aquel aldeano, de talento inculto, era tan delicado como el hombre mejor educado. No hablaba nunca del pasado, de las faltas y de los crímenes cometidos; parecia haber olvidado los nombres de Federico Borel, de la Valbray, de Pascoul y de Furbicio. Ya no se acordaba de Gordes, de Fontblanche, del Tribunal de Assises y de Montpellier. Hubiérase dicho que Margarita era para él una mujer desconocida que encontraba á bordo por la primera vez y de la que se habia enamorado repentinamente. Trataba de interesarla por el pais que iba á habitar; se le describia lo mejor que podia, y la daba una porcion de detalles que habia recogido por todas partes para contárselos.

Sólo algunas veces, cuando la mar estaba en calma y la ocasion era propicia; cuando se esparcia en torno de ellos una especie de melancólica poesía, la hablaba de su sacrificio, de su afecto á toda prueba, de su adoracion por ella.

Ella le escuchaba en silencio, sin interrumpirle, con los ojos fijos en el horizonte. Moulinet no pedía más; era dichoso; no se quejaba de la lentitud del viaje, y no deseaba llegar al puerto.

Sin embargo, tuvo también horas desgraciadas. Una mujer como Margarita no podía pasar desapercibida en ninguna parte. Su hermosura, que parecía iba á desaparecer entre las paredes de la prisión de Montpellier, renacia al aire libre y bajo los rayos del sol. Su tez se había animado, sus ojos tenían más brillo, sus labios eran más rojos, y bajo el tosco corpiño que la cubría, se adivinaban formas adorables que habían llegado á su completo desarrollo. Cuando subía al puente, los oficiales que se paseaban en la popa se detenían para mirarla y cuchicheaban entre sí.

Por el pronto, el sentimiento de su dignidad y las órdenes severas del comandante les impidieron acercarse á su bella prisionera; pero la vida es tan monótona á bordo, el aire tan embriagador, los aires perfumes de la mar tienen tal dominio sobre la imaginación, que poco á poco algunos de ellos prescindieron de la disciplina é hicieron algunas tentativas para ver á Margarita más de cerca.

¿Qué sucedió? Desde las primeras palabras amables que uno de ellos trató de dirigir á Margarita una tarde, al ponerse el sol, ella le detuvo con un gesto y una sonrisa.

—Comprendo, señor oficial, que tengais de mí la peor opinión del mundo; es muy natural; pero soy vuestra prisionera, compadeceos de mi infortunio y no trateis de hacerle más penoso juzgándome con ligereza.

Estas tiernas palabras conmovieron al jóven marino, que se alejó dándose por vencido.

Sus compañeros, ¿fueron más afortunados con Margarita? No es de suponer, porque no se hubieran creído obligados á ser muy discretos respecto de una trasportada, y se hubiera dicho algo sobre el particular entre los oficiales ó entre los alumnos. Sin embargo, un aspirante de segundo año, un muchacho muy guapo, de buen color y arrogante figura, fué sorprendido una tarde por el comandante

en el momento en que trataba de deslizarse en el entrepuente por la parte de las mazmorras. ¿Tenía una cita, ó trataba de probar fortuna? Sin explicarse sobre este particular, se contentó con cumplir los ocho días de arresto que le impusieron. Pero todo el mundo, á bordo, se imaginó que aquella desgraciada tentativa iba dirigida contra Margarita, porque habían visto al oficial superior de infantería de marina, cuyo criado era Moulinet, hablar con el comandante en el momento en que este último bajaba al entrepuente del buque para sorprender al corredor de aventuras.

El *Cacique* es uno de los buques ménos veleros de la marina francesa; con viento favorable, todas las velas desplegadas, con todas sus *barrederas*, hace de siete á ocho *nudos*, lo cual es bien poca cosa en una época en que varias embarcaciones del Estado han alcanzado una velocidad de doce nudos por hora. Es verdad que el *Cacique* se servía raras veces de su máquina; los buques dedicados á los trasportes, que son casi todas embarcaciones mixtas, no se sirven del vapor, por razones de economía, mas que en tiempo de calma chicha ó de viento enteramente contrario. Los pasajeros, los trasportados sobre todo, cuya vida material deja bastante que desear, sufrieron mucho á causa de esta lentitud.

Por fin, después de una travesía de cuarenta y dos días, se tomó tierra en las islas de la Salud, que vienen á ser los puestos avanzados de nuestras posesiones. El día siguiente, las trasportadas subían el río del Maroni, que separa la Guyana francesa de la Guyana holandesa. Poco después llegaban á San Luis y se las conducía, escoltadas, al establecimiento que las estaba destinado hasta la época de su casamiento, y que dirigen las hermanas de San José de Chartres.

## XXV.

A la extremidad de las tierras que rodean á Cayenna, capital de la Guyana francesa, y en las islas que la circundan, han sido fundadas penitenciarías á donde son enviados, desde hace varios años, salvas muy raras excepciones, todos los individuos condenados á trabajos forzados por más de ocho años.

Segun una ley reciente, una vez entrados en la colonia, ya no pueden salir de ella. Mientras son considerados como sentenciados, habitan ó en las penitenciarías flotantes de la rada de Cayenna, ó en las penitenciarías de tierra firme, que consisten en una reunion de chozas que pueden contener treinta personas, y alrededor de las cuales se encuentran las explotaciones agricolas que les están confiadas. Oficiales de infantería de marina están encargados de dirigir sus trabajos.

En estas penitenciarías la vida es agradable para los presidiarios, si se la compara con la que llevan segun el régimen adoptado en los presidios de Francia. Gozan de una libertad relativa, y sea cual fuere la extension de su condena, pueden abreviarla por su buena conducta.

Extinguida su condena, llegan á ser *libertados*. En calidad de tales tienen derecho á una concesion de tierras, á una casita amueblada y al alimento diario durante dos años. Al terminar el plazo de prueba, la concesion, que era provisional, llega á ser definitiva, y el hombre que la patria ha arrojado de su seno es ya un colono, libre de rehabilitarse por el trabajo, que encuentra en las autoridades del país indulgencia, socorro y simpatía, y que puede hacer que vaya á su lado su familia, ó

casarse, si justifica sus medios de subsistencia.

Esto, como se ve, es una obra esencialmente moralizadora. Está todavía empezando, pero ya ha producido felices resultados. Los criminales arrepentidos que en Francia hubieran sido arrojados vergonzosamente de todos los sitios en que se hubieran presentado, y arrastrados quizá por el desaliento á nuevos crímenes, se dedican animosamente al trabajo con la esperanza de volver al bien y de reconquistar la consideracion. Los ingleses nos habian precedido ya en este camino. Cayenna no es otra cosa que una reproduccion de Botany-Bay.

Se debe tambien á la colonia penitenciaria de la Guyana francesa haber limpiado nuestro suelo de malhechores, que más tarde tal vez hubieran llegado á ser un peligro, y el haber mejorado, y por decirlo así, vivificado posesiones importantes que la intemperie del clima y la falta de brazos nos hubieran puesto un dia en la necesidad de abandonar.

Hace tres años se tropezó con una grave dificultad. Faltaban mujeres en la colonia, y los libertados se hallaban en la imposibilidad de casarse. Entónces se pidieron en Francia, en las casas centrales, en los depósitos de la Asistencia pública y en las casas de correccion, jóvenes solteras ó viudas dispuestas á abandonar la madre patria para ir á establecerse en la Guyana.

Se encontró un gran número de ellas que se decidieron á partir y fundaron dos casas en las orillas del Maroni, la una en San Lorenzo, la otra en San Luis, donde existian ya grupos importantes de libertados concesionarios. Despues, todos los años se envian varios convoyes de mujeres á dicho punto. Margarita, ya lo hemos visto, habia formado parte de uno de esos convoyes y habia entrado en el establecimiento de San Lorenzo.

Por la mañana, á las cuatro, la despertaba la campana. Bajaba á la capilla con sus compañeras, y

despues de una corta oracion se dirigia á los talleres de costura, en los cuales las mujeres están dedicadas á confeccionar vestidos para los sentenciados. De diez á cuatro, es decir, durante el gran calor, podia entregarse al descanso ó trabajar por su cuenta. Desde las cuatro volvia á empezar el trabajo y duraba hasta la hora de cenar; despues se acostaba.

Margarita buscaba en el sueño el olvido de sus penas. Pero el calor, el zumbido y la picadura de los mosquitos, la tenian con frecuencia despierta. Entónces pensaba en el destino que la estaba reservado: casarse con un libertado, un antiguo presidiario, uno de esos hombres que, en su viaje á Tolon con Pascoul, cuando éste la habia robado, habia visto en el arsenal, con blusa encarnada, pantalón amarillento, cubiertos con un gorro verde numerado y caminando dos á dos con grillos en los piés!

Recordaba tambien las confidencias de Moulinet durante su larga travesia. Nunca se habia explicado con claridad, pero no la habia costado trabajo adivinar sus proyectos y sus secretas esperanzas. Quería casarse con ella. No podia dudarle.

¿Por qué habia de negarse?

A todos aquellos hombres que iban á ofrecerse á ella, y cuyo pasado ofrecia pocas garantías, preciso era confesarlo, ¿no era natural preferir aquel amigo adicto, aquel hombre honrado que la amaba ardentemente, que se habia desterrado por su causa y que la habia perdonado hasta sus crímenes?

Sin duda. Pero por momentos, la Margarita de otros tiempos volvia á parecer, y solia decirse:

«Moulinet es muy viejo para mí.»

Olvidaba el largo martirio de aquel hombre, su sacrificio, su abnegacion, su profundo amor, para pensar en su edad, en su figura, en su conformacion física.

La monótona existencia de las trasportadas en-

contraba alguna distraccion en los domingos: tenían el derecho de salir é ir á los paseos públicos que rodean á San Lorenzo. Los libertados deseosos de casarse tenían entónces ocasion de verlas, de hablarlas y de escoger una compañera entre aquellas mujeres que la solicitud del gobierno francés les habia enviado.

El amor, en esta circunstancia, no se paga de formas exquisitas y refinadas. Un colono ve una mujer que le conviene, y si él la agrada, el matrimonio se decide inmediatamente. Algunos dias despues, se celebra la doble ceremonia civil y religiosa, y la colonia cuenta con una familia más. En estos encuentros semanales se han arreglado la mayor parte de las uniones á las cuales debe San Lorenzo del Maroni su importancia y su poblacion. Todo pasa á la vista de una autoridad vigilante y severa, y nunca se ha oido hablar de una intriga de mala ley.

Quando Margarita se presentó por la primera vez en el paseo público, se oyó un grito de admiracion. Los libertados no estaban acostumbrados á ver entre ellos criaturas tan perfectas. Pasaban y repasaban por delante de ella; pero los más osados no se atrevian á detenerse: tan verdad es que la belleza ejerce siempre y sobre todos su prestigio. Al verles adelantarse, y despues alejarse, se les hubiera podido tomar por un grupo de danzarines dando vueltas en torno de la reina del baile y no atreviéndose á invitarla por temor de ser desairados.

Hubo un jóven, sin embargo, que fué más audaz que sus compañeros. Alto y esbelto, llevaba el traje de los libertados: pantalon de tela gris, camisa de lana, sombrero de paja. Su fisonomía revelaba la inteligencia; de seguro, aquel hombre no habia cometido á sangre fria y por cálculo la falta que le habia conducido á Cayenna. Debía haber obrado bajo el dominio de alguna violenta pasion. En efecto, el desgraciado habia sido condenado por crimen

de asesinato. Era corso, y en su país habia dado muerte de un tiro al único heredero de una familia con la cual la suya estaba en *vendetta* hacia dos siglos. Esclavo de una preocupacion odiosa, expiaba los errores de su educacion.

Despues de haberse cruzado con Margarita en varias ocasiones, se decidió á hablarla, saliendo á su encuentro:

—¿Estais dispuesta,—la preguntó,—á pasearos un momento conmigo?

Esta escena pasaba en el hermoso camino que va de San Lorenzo á San Luis, otra penitenciaría situada á una legua de allí. El camino está trazado en medio de un bosque, cuyo espeso follaje protege á los paseantes contra el sol. Por todas partes se extiende hasta perderse de vista esa exuberante vegetacion de los trópicos, admirada y cantada tantas veces.

Margarita miraba á su interlocutor sin contestarle.

—No os sorprenda la manera de presentarme á hablaros,—prosiguió,—esta es la costumbre del país. Todos estamos aquí con el mismo objeto: las mujeres para buscar un marido; los hombres para buscar una mujer. No hay medio de hacerse mucho tiempo la corte. Vos me convenís; si yo tengo la fortuna de conveniros, podremos entendernos.

Ella continuaba mirándole, ruborosa y turbada. A primera vista, no la desagradaba; desde que habia adquirido el compromiso de casarse, la habia sucedido, en sus largos insomnios, buscar en su futuro marido las cualidades corporales que encontraba reunidas en su nueva conquista.

Pero las palabras que acababa de pronunciar el jóven la hacian comprender de una manera cruel su abyeccion, y la recordaban de un modo muy significativo que habia celebrado con el Estado un contrato que era preciso cumplir sin tardanza. Su orgullo, que aún no habia podido ser dominado por

tres años de prision, iba á dictarla alguna contes-tacion comprometedora en su posicion de deportada, cuando de pronto vió á un hombre que se adelantaba con rapidez hácia donde ella estaba. Le reconoció al punto, se lanzó hácia él, y dirigiéndose á su primer interlocutor:

—El Estado,—le dijo,—exije que yo me case; pero me da el derecho de hacerlo con quien me agrade. Hé aquí el que yo he escogido.

El jóven miró al recién llegado, y conociendo por su traje que era un colono libre, se alejó prudentemente; pero se le oyó murmurar encogiéndose de hombros:

—Si los extraños vienen aquí á quitarnos las mujeres que nos envian, ¿qué nos quedará á nosotros?

Moulinet, pues era él, no podia creer en su felicidad. ¡Cómo! habia cesado al fin su largo martirio! Su sacrificio iba á tener su recompensa. ¡Ah! ¿qué importaba el pasado? ¿Qué importaba el esposo vendido, la sangre vertida?

¿Podia él lamentarse de un crimen al que debia hoy su casamiento con Margarita? Inocente y honrada, nunca hubiera podido elevarse hasta ella. Criminal y sin honra, ella se arrojaba en sus brazos, y él bendecia aquella abyeccion y aquella deshonra.

Caminaban juntos: ella, siempre un poco pensativa, echando una mirada de compasion sobre el jóven corso, cuando pasaba á su lado. Moulinet, orgulloso de pasearse con aquella reina de la belleza, la participaba sus proyectos para el porvenir. Habia obtenido la concesion de un terreno y de una casa que Margarita iria pronto á habitar. Bajo aquel hermoso cielo, en medio de aquella rica naturaleza, podrian, con un poco de trabajo, labrarse una existencia tranquila y feliz.

Ella le escuchaba ahora con simpatía. Sonreía á sus proyectos de porvenir, pero al mismo tiempo

el pasado se aparecía alguna vez ante sus ojos con todos sus recuerdos.

—¿Qué ha sido de Furbicio?— se preguntaba entonces.

## XXVI.

Una visita al presidio de Tolon basta para comprender la gran utilidad de los establecimientos que el Gobierno ha fundado en la Guyana francesa. En el presidio, todo revela en el presidiario la existencia de un germen de cólera y de rebeldía que nada puede apaciguar. La severidad de los reglamentos, el uso de la cadena, la carencia absoluta de libertad, imprimen á la fisonomía de los sentenciados un carácter bajo y vil. Se lee en sus ajadas facciones la desesperación que les roe y les lanza á veces á nuevos crímenes, sin provocar jamás en ellos un arrepentimiento sincero.

En la Guyana pueden acariciar la esperanza de una rehabilitación relativa. La libertad se levanta ante ellos como recompensa de una conducta irreprochable. Nada de cadena, y por consiguiente, nada de esas humillaciones que artojan más profundamente en el abismo del mal aquellas naturalezas extraviadas. No se les dice sin cesar que son los párias de una sociedad que les ha lanzado de su seno, y que su vida ya no puede tener un fin honroso; se les tiende, por el contrario, una mano compasiva. Se impulsan sus esfuerzos hácia el bien, señalándoles en el porvenir la posibilidad de una sosegada existencia. El arrepentimiento y el trabajo producirán sus frutos, y el más criminal de todos puede pensar que un día podrá crearse una fortuna y una familia.

La llegada de Furbicio á Tolon tuvo lugar en un

caluroso día de verano, en la primera quincena del mes de Junio de 1862. Todos los presidiarios estaban trabajando, en los talleres y en los almacenes de madera, según sus disposiciones y sus fuerzas. Se hizo entrar al antiguo chalan en una sala y se procedió al ferraje, que consiste en rodear la pierna de un *grillete*, ó, por mejor decir, de un anillo de hierro, al cual va unida una cadena de nueve eslabones. Se puso el uniforme del presidio, y le cortaron el pelo en forma de escalones, marca de infamia renovada con frecuencia y que impide muchas veces que las evasiones tengan buen éxito.

Durante tres días le permitieron disfrutar de un descanso absoluto, después del cual le unieron, por medio de la cadena, con uno de sus semejantes, y fué destinado á los trabajos del arsenal. Entonces conoció todos los horrores de la vida del presidio.

Su comida se componía diariamente de 915 gramos de pan, de 48 centilitros de vino, y de un potaje de habas distribuido al medio día durante el verano, y al terminar los trabajos en el invierno. Dormía en uno de los encierros flotantes que están colocados en la rada, á lo largo del arsenal; estos son embarcaciones viejas del Estado, desarmadas y sin arboladura, que recuerdan, en todo, los pontones en que Inglaterra retenía sus prisioneros durante las guerras del Imperio.

Por la mañana, una lancha conducía al arsenal á Furbicio y sus compañeros. Al anoecer los volvía á llevar á bordo.

Un lecho de campo y una manta de lana componían el *ajuar de cama*. Cuando todos los desgraciados estaban tendidos sobre su tabla, un guardachusma reunía todas las cadenas por medio de una varilla de hierro llamada *barra de hacina*, que atravesaba la batería del buque en toda su longitud.

Las primeras semanas de aquella nueva vida abatieron á Furbicio. Pero sólo le preocupaban sus

sufrimientos físicos, sin tener en cuenta la degradación moral en que había caído. Su abyecta posición no le inspiraba ni horror ni vergüenza. Cuando atravesaba los almacenes del arsenal llenos de marinos, de obreros y de curiosos, con su traje de presidiario, abrumado por el peso de su cadena, aniquilado bajo el gorro verde de los condenados á perpetuidad, no bajaba los ojos. ¿Quién le conocía? Ya no era Furbicio, el chalan de Gordes. Era el número 5.344.

Por lo demás, como la mayor parte de sus compañeros, acariciaba secretamente la esperanza de recobrar pronto su libertad.

Enfrente de semejante perspectiva, sin cesar delante de sus ojos, el remordimiento no podía hacer impresión en él. De todo lo pasado no sentía más que una cosa: la torpeza con que se había dejado coger, proporcionando él mismo y de buena voluntad terribles armas á la acusación. En cuanto á Margarita, ¿pensaba en ella todavía? Sí, recordaba los instantes de alegría que le había proporcionado; y este recuerdo, lejos de aliviar sus penas, le producía algunas veces largos y crueles insomnios.

Su vigorosa salud triunfó pronto de las primeras molestias que había sentido, recobró su audacia natural, y con ella el orgullo de su crimen. Sus aventuras, su proceso y su condena habían hecho demasiado ruido en el Mediodía para no ser conocidas en el presidio de Tolon. Los presidiarios gustan de estar al corriente de los crímenes que se cometen en el territorio francés. Si los elegantes se ocupan de modas, los autores dramáticos de estrenos de obras, los bolsistas de la marcha de la Bolsa, es muy natural que los habitantes de los presidios se interesen en el crimen. ¿No están en su terreno?

Furbicio, por la pasión que había inspirado á Margarita, su inmenso cinismo y la especie de celebridad que se había adquirido, había merecido la

estimación del presidio; se le guardaron, desde su entrada en la casa, las consideraciones reservadas habitualmente á los sentenciados que han envejecido bajo el gorro numerado. Los ladrones, los falsarios, los incendiarios, los mismos que no tenían sobre su conciencia más que uno ó dos asesinatos sin premeditación; en fin, la morralla de los condenados á cinco, diez ó veinte años de trabajos forzados, no podía ménos de admirar aquel héroe del adulterio, del envenenamiento y del asesinato, que iba sin orgullo á participar de su suerte.

Furbicio, á falta de otros éxitos, se regocijó de los que obtuvo; se dió importancia con su gloria, y se desvaneció con el incienso que se le prodigaba. Si los guarda-chusmas le designaban de lejos á algun curioso, se le veía contonearse con agrado, como diciendo:

—Sí, sí, yo soy el célebre Furbicio, el asesino de Pascoul, el amante de la *Vénus de Gordes*.

Los mismos comisarios del presidio parecían que guardaban consideraciones al nuevo huésped: en lugar de darle por compañero de cadena á un presidiario vulgar, le habían apareado con otra celebridad del presidio, un antiguo cazador de la guardia imperial, condenado, por un consejo de guerra, á trabajos forzados á perpetuidad por robo y asesinato. Se llamaba Pradeilles, y acababa de cumplir treinta años. Su semblante era enérgico y sombrío. La violencia de su temperamento, secundada por una fuerza hercúlea, se disimulaban mal bajo la fingida dulzura de su lenguaje. Examinándole con atención, se adivinaba sin trabajo uno de esos seres decididos á todo, y que no retroceden jamás ante las consecuencias más graves de una nueva falta.

Furbicio no podía encontrar en torno suyo un hombre más á propósito para comprenderle, siempre que se tratara de cometer una mala acción. Tenían más de un punto de semejanza. En el fondo del corazón, la misma bajeza; en el cerebro, la misma

audacia; en los brazos, el mismo vigor; en el pasado, la misma infamia.

El día en que la cadena les unió, los dos nuevos apareados se echaron una mirada profunda. Se estudiaron; se convinieron. Pero se necesitaron seis meses para establecer entre ellos una entera confianza.

—¡Si fuera un espía!— se había dicho desde el primer momento Pradeilles.

Furbicio había tenido el mismo pensamiento.

Durante mucho tiempo, cada uno de ellos estuvo sobre aviso y se contentó con dirigir á su compañero las palabras que hacía necesarias su vida común. Despues llegó un día en que se contaron su historia. Este fué un primer paso. Otra vez, delante de ellos, un presidiario intentó escaparse. Todo el presidio estaba de acuerdo para proteger su fuga. El miedo y la torpeza la hicieron fracasar.

—¡El imbécil!— exclamó Furbicio;—si yo hubiera estado en su lugar!

Pradeilles le miró sonriendo. Se habían comprendido. Pero la vigilancia es tal, sobre todo para los individuos de su categoría, que estuvieron mucho tiempo sin poder intentar nada. Además estaban en invierno, y querían esperar el buen tiempo.

Los que han oído hablar de las costumbres del presidio saben que la conspiración es allí permanente. Tiene por objeto proteger la evasión de los que la suerte ha designado. Es raro, sin embargo, que estas tentativas tengan buen éxito. Pero no hay nada que pueda con la paciencia de los presidiarios. Veinte veces salen mal, y siempre están dispuestos á volver á empezar. El atractivo de la libertad les hace encontrar dulces los trabajos que pasan por recobrarla. Para la mayor parte de ellos, condenados á no conseguirlo jamás, la vida se pasa así en esas alternativas conmovedoras, hasta el día de la suprema libertad: la muerte.

Lo que impedirá siempre acabar con la especie

de liga formada en los presidios en pro de las evasiones, es que los presidiarios saben que están apoyados por fuera. Hay alrededor de ellos, aunque de ellos separados, seres consagrados á la obra común. Existe un fondo general destinado á proporcionar los primeros recursos á los evadidos. Todo está combinado, organizado, colocado entre las manos de un jefe desconocido, que es no se sabe quién, uno ó varios, que vive no se sabe dónde. Tal vez no tiene más que una cabeza, tal vez también se llama Legion.

Algunos días despues de su llegada, Furbicio conoció estos secretos, que le fueron revelados, bajo la amenaza de una puñalada si los descubría. No pensaba en descubrirlos, pero sí en aprovecharse de ellos, y se manejó con tanta habilidad, supo tan bien servirse de Pradeilles, que un día fué designado para escaparse con su compañero.

Desde aquel momento, el presidio entero llegó á ser su cómplice. Habían renunciado á toda tentativa por agua, pues Furbicio no sabía nadar; por tierra, pues, se buscaron las ocasiones en provecho de ellos. Se las hacían conocer, y ellos decidían si era ventajoso aprovecharse de ellas. Con los reglamentos del presidio, no era posible fijar de antemano el día y la hora de la evasión. Los incidentes de la vida cotidiana debían facilitarlos. Se trataba de encontrar la ocasión más oportuna. Era preciso llamar la atención de los vigilantes hácia un punto, á fin de distraerla de aquel en que debía darse el golpe. Tal es la preocupación constante de los presidiarios. Hay siempre entre ellos y la *chusma* una lucha cuyas peripecias permanecen secretas. No se sabe qué se debe admirar más, si la paciencia de los presos ó la vigilancia de los agentes encargados de su custodia.

Furbicio y Pradeilles conocieron todas las emociones de estas alternativas. Todas las mañanas, cuando la lancha les conducía á tierra, podían decirse:

—¿Será hoy?

Pero llegaba la noche. Era preciso volver. De nuevo los remos golpeaban el agua acompasadamente, y toda esperanza de fuga debía dejarse para el día siguiente. Eran unos días terribles aquellos.

Varios meses se pasaron así. Furbicio y Pradeilles hablaban poco. Completamente entregados á una idea fija, no se atrevían á comunicarse sus impresiones. Temían ser escuchados.

Llegó el mes de Agosto.

—Es preciso acabar de una vez,—solía decir Pradeilles, que sabía que el invierno no es á propósito para las evasiones.

Un día estaban de servicio en el primer patio del arsenal. Este patio solo está separado de la calle por una doble reja colocada entre dos cuerpos de edificio y por un vestíbulo. De aquella reja pende una campana.

—¿Ves esa campana?—dijo Pradeilles.

—Sí,—contestó Furbicio.

—Pues bien: una tarde, uno de los nuestros se encaramó á la cuerda sin hacer sonar la campana. Envovió el badajo con un lienzo. Despues fué á buscar ocho compañeros, les hizo subir delante de él, les siguió y los nueve se lanzaron al tejado.

—¿Y se escaparon?—preguntó Furbicio jadeante.

—El solo. Estaban á cinco pasos del centinela. Este dió el grito de alarma, pero no tan pronto que no pudiera desaparecer el que habia salido el último. A los demas los atraparon.

Furbicio se quedó largo tiempo silencioso. Aquella historia aumentaba á la vez sus temores y sus esperanzas. Admiraba al hombre audaz cuya aventura acababa de contarle Pradeilles.

—¡Bah! nosotros conseguiremos lo que nos proponemos,—exclamó.

—Cállate,—le dijo Pradeilles sin mirarle.

Un guarda-chusma venía hácia ellos.

Pasaron delante de él silenciosos, con la cabeza baja, arrastrando pesadamente la cadena que les unía.

## XXVII.

El 21 de Agosto de 1863 se designó á Furbicio y á Pradeilles para ir á trabajar al almacén de la arboladura. Este almacén es en cierto modo un arsenal en el arsenal. En él se fabrican los mástiles de los buques del Estado, y jamás se vió en un solo punto tanta madera reunida de todas clases y de todos tamaños.

Durante una parte del día trabajaron bajo la vigilancia de un *cabo*, jornalero encargado de dirigir los trabajos de cierto número de presidiarios. En torno de ellos iban y venían obreros libres, carpinteros de ribera y de taller, que la administración marítima emplea en gran número.

A eso de las seis, en el instante en que el día empieza á declinar, y algunos momentos ántes de terminar los trabajos, Pradeilles, que acechaba sin cesar en torno suyo, vió á dos obreros desaparecer detras de un enorme monton de madera. Estos dos hombres medían maderos que debían ser labrados á escuadra el día siguiente.

—¡Atencion!—dijo Pradeilles.

En seguida lanzó un grito singular, que fué inmediatamente comprendido por sus compañeros reunidos en el almacén; se agitaron, hicieron señas equívocas y llamaron sobre ellos la atencion de la *chusma*.

Entretanto, Furbicio y Pradeilles desaparecían detras de las vigas, se acercaban á los dos obreros que habian visto, y de comun acuerdo, sin haber

pronunciado una palabra, se lanzaban sobre ellos, les derribaban y blandían sobre sus cabezas un compas y un martillo de hierro que acababan de arrancarles.

—No nos hagais daño,—dijo uno de los obreros juntando las manos.

—Corriente, pero daos prisa,—replicó Pradeilles.—Haced saltar la *chapeta*.

Y tendía al obrero su ferrado pié. Furbicio hizo otro tanto.

Cada sentenciado, como ya lo hemos dicho, lleva en la pierna un anillo de hierro llamado *grillete*; este anillo está cerrado por un perno, en cuya extremidad se halla una chapeta remachada sobre un yunque. Las cadenas van unidas al grillete: basta, pues, para *desferrar* á un presidiario, limar la chapeta ó romperla. Los dos obreros, de rodillas delante de los sentenciados que los tenían cogidos por la nuca, los desembarazaron en cinco minutos de sus hierros.

—Ahora,—dijo Furbicio amenazándoles,—desnudaos.

Sin contestar, los dos obreros obedecieron. Furbicio y Pradeilles les imitaron y se pusieron la ropa de los pobres diablos, que á su vez tuvieron que vestirse el uniforme del presidio y colocar, bien ó mal, los grilletes en sus piernas.

Durante esta operacion habia anochecido. Sonó la campana.

—Vais á reuniros con nuestros camaradas,—dijo entónces Pradeilles, colocando su gorro y el de Furbicio sobre la cabeza de los obreros. No direis nada de lo que acaba de pasar, y si la chusma no os reconoce, os quedareis entre los amigos hasta mañana por la mañana. Entónces os explicareis como podais; pero ni una palabra de aquí allá, ó si no... ¡pobres de vosotros!

Todo aquello habia sucedido con tanta rapidez, que los obreros, llenos de estupor y de espanto, no

podieron hablar hasta pasar un momento, y cuando los dos presidiarios habian desaparecido.

—Si esperamos hasta mañana,—dijo uno de ellos,—creerán que somos sus cómplices.

—Si hablamos ahora,—contestó el otro,—nos matarán como á perros.

Hubo un corto silencio.

Los desgraciados se miraban, temblando todavía, azorados, no pensando siquiera en hacer caer las cadenas que pendían de sus piernas y que se sostenían por milagro.

De repente uno de ellos tomó su determinacion y gritó con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡favor!»

A los gritos lanzados por los dos obreros transformados en presidiarios, acudieron los vigilantes, comprendieron lo que habia pasado y se precipitaron hácia las rejas. Acababan de cerrarse despues de salir el último obrero. No habia que dudarle, Furbicio y Pradeilles ya no estaban en el arsenal.

Al punto, miéntras que unos cuantos agentes se esparcían por la ciudad, visitando las calles oscuras y las casas sospechosas, se dió la alerta, segun la costumbre adoptada en semejante caso. Seis cañonazos disparados de los fuertes, tres por cada uno de los presidiarios, advirtieron de su fuga á todas las autoridades y á los habitantes de Tolon. Las señas de los fugitivos fueron enviadas al prefecto marítimo, al mayor general, á la gendarmería de los departamentos más cercanos, á los comisarios de policía y al inspector de aduanas. En fin, el dia siguiente por la mañana se fijaban carteles en el campo destinados á poner á los aldeanos en guardia contra los vagabundos.

Miéntras se tendía esta red de inextricables mallas en torno de los dos fugitivos, ¿qué habia sido de ellos? Con una suerte poco comun, se habian puesto fuera de alcance. Lo sencillo, lo imprevisito, lo audaz de su plan, les habia dado el éxito. Despues de haber derribado á los dos carpinteros y

vestido sus ropas, se habian unido á un grupo de obreros, y gracias á su disfraz, habian conseguido salir del arsenal sin llamar la atencion de los inspectores de policia que están siempre delante de la puerta. A partir de aquel momento, Furbicio, que no conocia á Tolon, se dejó guiar por Pradeilles en las calles de la ciudad, que atravesaron rápidamente para salir al campo. Siguieron por algun tiempo la orilla del pequeño rio Eygoutier, llegaron á unas tierras labradas y se detuvieron para consultarse.

En el presidio les habian indicado una casa en la cual, dándose á conocer, les sería posible proporcionarse algun socorro. Pero no se presentaron en ella, por temor de ser descubiertos. Además, habian encontrado dinero en los bolsillos de las ropas que habian robado, y aquella cantidad podia bastar á sus primeras necesidades.

—Procuremos llegar á los bosques de Ollioules,—dijo Pradeilles.—Allí únicamente estaremos seguros.

Algunos instantes despues, al pasar por detras del fuerte Lamalgue, que domina la ciudad, oyeron el estampido del cañon.

—Ya han notado nuestra fuga.—dijo Furbicio.

—Sí,—contestó su cómplice,—y debemos apretar el paso.

Es preciso haber vivido en las poblaciones inmediatas á Tolon para comprender el terror causado por la evasion de un presidiario. La noticia va corriendo de pueblo en pueblo. Los labradores preparan su escopeta de caza. Por la noche cierran las puertas de su casa con más cuidado que de costumbre. Constantemente en guardia contra una sorpresa, reciben de muy mala gana á los mendigos y viajeros. Todos temen al presidiario fugitivo como se teme á un perro rabioso. Y, sin embargo, el desgraciado que con tanto trabajo ha recobrado su libertad, no tiene en aquel instante más que un solo pensamiento: ocultarse. Está muy lejos de pen-

sar en atacar y en sorprender. Busca los caminos más desiertos; tiene que temerlo todo de las comarcas habitadas.

Más tarde, únicamente se atreverá á presentarse en ellas cuando el hambre le arroje de los sitios solitarios que por de pronto le han servido de refugio. Al amanecer, es decir, diez horas despues de su fuga, Furbicio y Pradeilles se habian internado en los bosques de Ollioules.

Al salir de Tolon, en una extension de algunas leguas, se encuentran bosques de encinas y de pinos. Los de Ollioules, plantados en medio de las rocas, en el seno de una naturaleza silvestre, ofrecen á los que los conocen más de un asilo seguro. Durante quince dias, los dos evadidos vivieron allí como animales monteses, durmiendo al raso, ocultándose por el día y acercándose algunas veces, por la noche, á las pequeñas aldeas situadas en los confines del bosque, para hurtar gallinas y huevos, con los cuales se mantenian. Contra lo que generalmente sucede, pudieron librarse de los que les perseguian. Se dieron dos batidas en el bosque; pero como no se tenía la seguridad de que estuvieran allí, no registraron una gruta en la que se habian refugiado.

Cuando pasó este último peligro, se comunicaron sus intenciones. Pradeilles queria ir á París, la ciudad del mundo en que es más fácil ocultarse, y en la que su cuñado, que vivía en la Lozète, debia proporcionarle socorros y papeles. En cuanto á Furbicio, también tenía adoptado su plan. La Camargue le ofrecia un seguro refugio.

Al cabo de quince dias, los dos presidiarios estaban desconocidos. Sus cabellos y su barba habian crecido lo bastante para asegurar su incógnito, y una mañana se separaron. Pradeilles se dirigió hácia París. Furbicio tomó el camino de Marsella: desde allí podia fácilmente pasar á la ciudad de Arles y entrar en Camargue.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXVIII.

La Camargue, de la que todos nuestros lectores han oído hablar y que tan poco conocen, es una pequeña isla situada entre los dos principales brazos del Ródano, no lejos de su embocadura y un poco más abajo de Arles. Una de sus extremidades se baña en el mar.

Apénas separada de una gran ciudad por un estrecho brazo del río, en la parte superior de la isla se ven varias elegantes casas de campo y tierras perfectamente cultivadas. Pero si se penetra en el interior del país, se encuentra una naturaleza virgen y silvestre, praderas pantanosas pobladas de toros y yeguas; pobres aldeas habitadas por pescadores y diseminadas como por casualidad en las orillas del mar.

No hay nada más misterioso y más pintoresco. Hay allí pequeños desiertos cubiertos de una arena gris que el viento seco y abrasador del estío levanta y arroja á los ojos. Despues, de repente, se presentan á la vista sábanas cubiertas de crecida hierba y en medio de las cuales se encuentran á veces frescos oasis que ofrecen, como en Africa, un descanso benéfico al viajero fatigado.

En el seno de aquellas soledades están esparcidas algunas granjas, cuyos habitantes viven escondidos, ignorados, ignorantes, como si estuvieran separados por un mundo de todo centro de civilización.

Vientos impetuosos se disputan el dominio de aquella comarca. El mistral se venga, como puede, en la vasta extensión de tierras bajas, de no tener altas cimas que destrozar. Tuerce el frágil tronco de los cañaverales; derriba la hierba, que sepulta

entre la arena, y absorbe el agua de las profundas zanjas, en las que deja, sin embargo, la suficiente humedad para que las algas marinas se corrompan y escondan el gérmen de las fiebres. Esto no obstante, cualesquiera que sean sus furores es todavía beneficioso. Cuando sopla, comunica al cielo una inalterable pureza y permite que los ardientes rayos del sol fertilicen la tierra.

Pero al mistral sucede el jaloque. La influencia perniciosa de este temido viento se deja sentir durante las tardes de estío. Aunque es cálido, esparce en la atmósfera una humedad malsana que comunica á todos los cuerpos la flojedad y la indolencia. El cielo pierde su limpidez, y al ir á ponerse el sol, éste se oscurece entre sombrías nubes formadas por los vapores de los pantanos.

Tal es la Camargue, y continuará tal como es hasta el día en que la civilización y la ciencia hayan trazado grandes caminos á través de esa isla de suelo fértil pero inculto, cegado las zanjas, secado los pantanos, cavado la tierra, esparcido, en una palabra, la vida en aquel desierto.

Allí fué donde Furbicio, decidido á hacerse olvidar, habia buscado un asilo. Una tarde llamó á la puerta de una granja no lejos del mar. Su semblante y sus ropas llevaban las señales de los trabajos y fatigas que habia pasado desde su salida del presidio. Sus facciones estaban descompuestas, sus mejillas sin color; parecia un fantasma.

—¿Qué deseais?—le preguntó el *bayle*, individuo encargado de la explotación de las granjas y de la direccion de los trabajos.

—Un asilo por esta noche,—contestó.

Esta petición no causó extrañeza. En Camargue, la hospitalidad se ejerce con largueza y nunca se ha pensado ni en rehusarla ni en violarla.

—Entrad,—replicó el *bayle*,—comereis un plato de potaje; despues ireis á dormir al hórreo.

Furbicio obedeció. Era la hora de cenar. Se sentó

á la mesa y comió con ánsia. Nadie le preguntó nada. Concluida la cena, fué á dormir en compañía de los pastores sobre la paja fresca de los establos.

El día siguiente se acercó al bayle.

—¿No podeis proporcionarme trabajo?— preguntó.

—¿Qué sabeis hacer?

—Sé hacer de todo.

—¿Cómo os llamais?

—Mario Franc.

Este era el nombre supuesto escogido por Furbicio.

—Teneis documentos?— prosiguió el bayle.

—No; pero os serviré honradamente. Ponedme á prueba, y si no os doy gusto, partiré.

—Necesítamos un vaquero. Pero tal vez no sepa montar á caballo.

—¡Oh! los caballos, ese es mi fuerte,—contestó el antiguo chalan sonriendo.

—¿Acaso habeis sido soldado?—preguntó el bayle con finura y discrecion.—¿Habeis servido en caballería?

Furbicio no contestó.

—¿Sois desertor?

El mismo silencio.

—Y bien, me convenis, acepto vuestros servicios. Tendreis 30 escudos de salario al año, una chupa por Navidad y un capote cada tres años. ¿Os conviene?

—Me conviene.

El trato quedó cerrado de este modo. Mientras encontraba otra cosa mejor, Furbicio estaba seguro de no morir de hambre.

A los ocho dias ya estaba acostumbrado á su nueva vida. Los dias los pasaba en los pastos, á orillas del Ródano, en medio de las toradas cuyo cuidado tenia á su cargo.

Montado en un pequeño caballo de la isla, recorría la sábana, con una pica en la mano para con-

ducir los animales extraviados é impedir que se escaparan. De su silla pendia un saco de cuero destinado á las provisiones, y un gran capote de buriel con el que se abrigaba por la tarde cuando hacía frio. La mayor parte de las veces, su cama consistia en un monton de paja fresca, recogida en medio de los campos y arrojada al lado de su caballo. Los toros pacian tranquilamente en torno suyo, y únicamente se ponian en movimiento cuando una yeguada pasaba de repente entre ellos, sembrando de grandes manchas blancas la masa de sus pieles negras y lustrosas.

Alguna vez, cuando no tenía tabaco ó cuando estaba cansado del silencio y de la soledad, Furbicio se adelantaba hasta la mar. No tardaba en encontrar, por la tarde, cerca de la playa, algunos contrabandistas que volvian de una expedicion á Marsella, Tolon ó Saint-Tropez. Se encendia un gran fuego al abrigo de una roca, y se preparaba la comida; Furbicio se sentaba al lado de aquellos hombres y comia con ellos. Durante la velada hablaban largamente de las ganancias del día, de las dificultades del oficio, y el chalan adquiria ánimos para algunos dias en su compañía. Al oír voces humanas, recobraba un poco de valor para ir á arrostrar de nuevo la horrible tristeza de su aislamiento.

Ciertamente, en aquel sitio y en aquel traje, nadie hubiera reconocido ni al elegante chalan de Gordes, ni al audaz compañero de cadena de Pradeilles. Estaba en salvo si quería continuar viviendo en su soledad. Pero ¡cuán penosa era su vida! Siempre solo, siempre colocado enfrente de sí mismo, no teniendo para desechar su tristeza mas que las correrías por la sábana ó la compañía de los pescadores y de los contrabandistas. Algunas veces se encolerizaba. Lloraba su porvenir destruido, sus perdidas esperanzas. Pero lo que más echaba de ménos era la fortuna. «Hubiera podido ser rico, se decia, gozar, disfrutar de lo bueno de la vida.»

Alguna vez, cuando sus toros pastaban á lo largo de las praderas que circundan la mar y veía á lo lejos destacarse sobre el horizonte la blanca vela de un buque, le daban grandes deseos de huir á países donde no le conocieran, donde pudiera andar con la frente levantada y probar fortuna sin tener nada que ocultar ni que temer. Pero esos deseos duraban poco. La larga contemplacion de la mar concluía por perturbarle. El abismo le espantaba; sus deseos de viajar desaparecian, y, con la rabia en el corazon, obligaba á su caballo á volverse y á arrastrarle lejos de allí.

Dos años se pasaron sin producir ningun cambio en la situacion de Furbicio. Por más que estuviera completamente desconocido, temblaba siempre y temia ser descubierto. Así es que mientras sus compañeros pedían y obtenían todos los meses un día de licencia, que iban á pasar en las tabernas de Saint-Gilles ó de Arles, en compañía de alguna linda muchacha; mientras que en los domingos de estío iban con los toros de la *manada* á los pueblos de Provenza y del bajo Languedoc, Furbicio se quedaba siempre cerca de su torada, rehusando participar de los placeres que podían poner á la gendarmería sobre su pista.

A fines de 1864, un periódico traído de Marsella por un contrabandista cayó en su poder, y supo que su antiguo compañero de cadena, Pradeilles, había sido detenido en Paris en el mes de Agosto, en las oficinas de la Prefectura de policía, después de haber disparado un pistoletazo sobre el agente encargado de prenderle, y condenado de nuevo á trabajos forzados á perpetuidad. Esta noticia le llenó el alma de terror. Hasta pensó en abandonar la Camargue. ¿No había dicho en otro tiempo á Pradeilles en qué sitios pensaba ocultarse, y éste, á quien no dejarían de preguntar por él, no caería en la tentacion de venderle? Sin embargo, no partió, sea que tuviera confianza en su antiguo compa-

ñero de cadena, sea que obedeciera al nuevo sentimiento que se había apoderado de él.

Sí, la soledad y el aislamiento habían producido sus frutos; el tiempo había por fin triunfado de aquel alma pervertida; algo de humano se había infiltrado poco á poco en aquel corrompido corazon. Furbicio, nadie lo creyera, sentía hacia algunos meses el ardiente deseo de abrazar á su mujer y sus hijos. ¿Aspirar á la dicha de estrechar contra su pecho á los hijos que al parecer apenas amaba; arder en deseos de volver á ver á su mujer, á quien había querido envenenar! ¿Quién podrá explicar este fenómeno singular?

Durante el último año de su estancia en Camargue, cien veces ya Furbicio había estado á punto de partir de repente, de evitar las ciudades, de atravesar los campos y los bosques y de ir, durante la noche, á llamar á su casa de Fontblanche. ¿Vivía Brígida todavía? ¿Sus hijos estaban á su lado? ¿Quién les mantenía á todos ahora? ¿Se veían obligados á mendigar su pan? Estas preguntas se las hacía continuamente. En su aislamiento, ya no tenía más que una idea fija: saber qué había sido de los suyos.

Poco á poco la imagen de Margarita, bella, arrebatadora, voluptuosa, se había desvanecido. Ya no veía más que la dulce figura de Brígida. Recordaba su amor por él, su inalterable paciencia, su bondad, su infinita misericordia. Se le aparecía en el momento en que había ido á despedirse de él la tarde que había sido sentenciado. No se habían escapado de sus labios ni reconvenciones ni quejas: ella le había dicho:

—Vas á sufrir mucho; yo educaré á tus hijos y rogaré por tí.

Y había llorado sobre su corazon.

Veía también á su hijo mayor en el momento en que, en la sala de Assises, se había deslizado hasta él y le había estrechado entre sus pequeños brazos.

Todos estos recuerdos, largo tiempo olvidados, se presentaban ahora sin cesar ante él y le atormentaban. ¿Es que los remordimientos habían penetrado en su alma? No, pero la naturaleza había recobrado sus derechos; no estando ya dominado por su pasión por Margarita, calmado y apaciguado por el aislamiento, Furbicio volvía á ser esposo y padre.

Una noche, el deseo de volver á Fontblanche le atormentó más imperiosamente que nunca, y huyó de pronto, sin avisar á nadie, dejando su torada al cuidado de Dios.

## XXIX.

Después de la condena de su marido, Brígida no había salido de Gordes. Las peripecias del sangriento drama al cual sobrevivía, y del que era la víctima más interesante, estaban sin cesar presentes en su imaginación; pero no había sucumbido bajo el peso de tan grande infortunio. Privada de su marido, viuda hasta cierto punto, había sacado de sí misma tesoros de energía y se había dedicado con valor al trabajo. ¿No era preciso mantener á los hijos?

En aquellas tristes circunstancias, la simpatía pública había venido en su ayuda. Todos la habían proporcionado medios de ganar honrosamente su pan. Las familias más acomodadas del pueblo utilizaban con gusto sus servicios. La escuela se había abierto para los dos niños, y en medio de su desgracia, Brígida había encontrado una tranquilidad relativa. No era aquella la felicidad que había soñado en otro tiempo, cuando su destino iba unido al de Furbicio; pero era asegurar la existencia

á los que amaba. En aquel momento no le era permitido aspirar á más.

Los dos pequeñuelos iban creciendo. El uno tenía nueve años, el otro seis. Eran robustos, inteligentes. El mayor, sobre todo, se distinguía por la precocidad de su talento y por la ternura de su corazón. En la escuela era siempre el primero por su aplicación, su conducta y puntualidad. En la casa, prodigaba á su madre encantadoras caricias, mezcladas con esos dichos graciosos cuyo secreto posee únicamente el corazón de los niños. Se le encontraba grave y serio para su edad, un poco taciturno, poco aficionado á mezclarse en los juegos de sus compañeros, y se le veía siempre con un libro en la mano cuando no jugaba con su hermano, al que prodigaba cuidados, por decirlo así, paternales, y á quien protegía ya. Parecía que aquel niño había presentido ó adivinado las desgracias de su madre, ó quizás experimentado alguna dolorosa sacudida.

En efecto, su infancia, ¿no había participado en cierto modo del drama que le separaba de su padre? Las lágrimas de su madre habían corrido sobre sus manecitas, y los besos que le daba le habían comunicado algo de la enfermiza fiebre que ella misma sentía. Al contacto de estos dolores profundos, los jóvenes cerebros llegan pronto á un grado sorprendente de madurez.

Después, entre sus más recientes recuerdos, tenía presente una escena que había echado sobre su infancia como un velo de tristeza. El día en que por la primera vez debía ir á la escuela, en la que había sido admitido por las recomendaciones del cura de Gordes, Brígida le llevó á un rincón y le dijo:

—Estéban mío, aunque no seas más que un niño, me veo obligada á tratarte como á un hombre. Tu padre ya no volverá á nuestro lado. Yo sola seré ahora la encargada de mantenerte á tí y á tu hermano. Te conceden una plaza en la escuela, y es

preciso que trabajes para que pronto puedas bastarte á tí mismo. Si yo llegara á morir, el niño (asi le llamaban al más pequeño) no tendrá más sosten que tú.

Estéban no se atrevió á preguntar por qué su padre no estaba ya allí, cuando la muerte no habia entrado en la casa. Pero las palabras de su madre se grabaron profundamente en su corazon. Las lágrimas de la pobre mujer fueron para él un estímulo elocuente y doloroso.

Una vez en la escuela, supo allí lo bastante respecto á su padre. Oyó contar que un día los gendarmes se le habian llevado lejos del país, y que permanecería toda su vida en un calabozo. Estéban protestó, trató á sus compañeros de embusteros, les pegó y le pegaron. Pero relacionando las lágrimas de su madre con todo lo que se decia en la escuela y en el pueblo, no tardó en comprender que siendo aún muy niño, debian haber sucedido cosas muy feas que pesaban sobre él y los suyos.

Desde aquel día tuvo el pudor de su infortunio. Se le vió poco á poco dejar de jugar con los niños de su edad, por la tarde delante de la iglesia y los domingos en los paseos. Llevaba al campo á su hermano pequeño, buscaba chinias, cogia flores y nidios, á fin de distraerle y hacerle olvidar que habia cerca de ellos muchachos con los cuales hubieran podido divertirse.

A corta distancia de la aldea de Fontblanche, á orillas de un pequeño rio que se llama el Calayon, se encuentra un valle circundado de colinas cubiertas de robles y al pié de las cuales existen grutas ocultas entre la espesa maleza. No hay nada más silvestre que aquel retiro, en el que todo es silencio, sombra y misterio. No lejos de allí, en medio de los árboles y de las rocas, se levanta el Monasterio de Senanque. Es de construcción romana y se halla en tal estado de conservación, que los monjes de la orden de Citeaux han podido instalarse

en él. Solo su presencia da un poco de animación á aquel rincón retirado y en cierto modo inaccesible.

Los hijos de Furbicio gustaban de pasearse por aquella parte. Estéban caminaba con gravedad, cuidando de su hermano, que se entregaba sin temor á su alegría infantil. Así llegaban hasta el convento. Algunas veces entraban en la hermosa iglesia abacial y escuchaban, si era la hora de los oficios, el canto de los monjes ocultos detras de las rejas del coro. Las más de las veces eran vistos por algun lego, que los llevaba á la cocina y á la huerta, y volvian á Gordes cargados de provisiones, pan y frutas.

En un hermoso día del mes de Setiembre los dos niños habian ido, como de costumbre, al valle de la Senáncola; caminaban por la orilla derecha del rio, cuyo lecho estaba seco, y buscaban bajo sus piés piedrecitas redondas y bruñidas.

De pronto, un ruido les hizo estremecer, y se volvieron.

Un hombre acababa de salir de las rocas que costean la orilla izquierda, y en cuya base, como hemos dicho, se encuentran varias grutas. Causaba espanto ver aquel hombre. Su traje estaba hecho girones; sus desnudos piés salian de sus zapatos destrozados hasta el empeine; su barba y sus cabellos incultos ocultaban sus mejillas tostadas por el sol y enflaquecidas por la miseria.

—Tengo miedo,—dijo el menor de los niños, estrechándose contra su hermano.

Habia por qué tenerlo. El hombre acababa de entrar en el lecho del rio, dirigiéndose hácia donde ellos estaban.

—No temas nada,—le contestó Estéban, que cogió á su hermano de la mano y apretó el paso á fin de llegar cuanto ántes á convento, cuyas ennegrecidas paredes se veian al traves de los árboles.

Pero el hombre continuaba andando hácia ellos,

y, como iba más de prisa, les alcanzó en seguida. Los niños se echaron instintivamente fuera del camino.

—No tengais miedo,—dijo de pronto.—No os voy á hacer ningun daño.

Estéban acortó el paso. Al mismo tiempo clavaba la vista en el semblante del desconocido.

—¿Tan mala facha tengo que os asusto como si fuera un lobo que saliera del bosque?—preguntó el hombre dando de intento á su voz una gran expresion de dulzura.

—Yo no he tenido miedo,—contestó con arrogancia Estéban, temblando un poco todavía.—Pero habeis asustado mucho al pequeño.

—Yo soy amable con los niños, muy amable.—¿Quereis contestar á mis preguntas?

—Sin duda, señor, puesto que no quereis hacernos mal.

Estéban se detuvo, pero no soltó la mano de su hermano, y esperó. El desconocido pareció reflexionar un momento; miró varias veces con inquietud á todas partes; despues dijo á Estéban:

—¿Quereis venir al otro lado del rio? Estaremos más tranquilos para hablar.

—No pasa nadie por el camino,— contestó con viveza Estéban, que volvía á desconfiar.

Despues añadió como por prudencia:

—Sólo podrian pasar los monjes al dirigirse al Monasterio.

El hombre se quedó silencioso y triste. Despues se miró de piés á cabeza, y añadió:

—¿Está visto, les causo miedo!

Y los niños pudieron ver una lágrima en sus ojos.

—¿Sois de Gordes?—les preguntó de repente.

—Sí, de la aldea de Fontblanche.

—¿De Fontblanche! — exclamó. — ¿Conoceis á Brígida Furbicio? ¿La conoceis?

—¿Es nuestra madre!

—¡Vuestra madre! Pero entónces...

No acabó. De pié en el camino, los brazos cruzados sobre su pecho, absorto en una muda contemplacion, los miraba fijamente, y la expresion de su mirada era tal, que ya no tuvieron miedo.

La contemplacion duró algunos minutos; en seguida abrió los brazos, cayó de rodillas, y de repente, estrechando á los niños contra su pecho, les cubrió de besos y de lágrimas. No salieron de sus labios más que dos palabras.

—¡Hijos míos! ¡hijos míos!

Pasaba sus encallecidas manos por sus rubios cabellos, palpaba sus débiles miembros, fijaba sus ojos en los de ellos, y los niños, como si hubiesen comprendido que un estrecho lazo les unía á aquel desconocido, se mostraban dóciles y le besaban cuando él se lo pedía con voz conmovida y cariñosa.

—¿Amáis á vuestra madre?—preguntó cuando se hubo calmado un poco la fiebre de los primeros besos.

—Tanto como ella á nosotros,—contestó Estéban.

—¿Os habla alguna vez de vuestro padre?

—Nunca.

Sus ojos se volvieron á llenar de lágrimas, pero se secaron al punto al oír estas palabras que Estéban se apresuró á añadir:

—Pero todas las noches nos hace orar por él.

—¿Nadie os ha hablado de aquel por quien vuestra madre os hace orar?

—Algunas veces

—¿Y qué os han dicho?

—Muchas cosas. Mi madre nos ha prohibido repetir las.

Furbicio escuchaba enajenado aquella voz infantil; hubiera querido oírla siempre. Sentía en aquel instante una alegría infinita. Sus hijos se habian presentado á él de una manera tan imprevista, que

disrutaba la doble dicha de haberles vuelto á ver y de hablarles cuando se creia lejos de ellos todavía.

Su cansancio, sus desgracias, las heridas de su cuerpo magullado por los caminos, todo lo habia olvidado. Hacía dos años que esperaba aquel instante con una impaciencia cada vez más creciente. Le parecía que su largo suplicio habia terminado.

Cuando Furbicio agotó toda su alegría, cuando se cansó de estrechar á sus hijos contra su pecho, recordó que tenía muchas cosas que decir á Estéban. Se levantó é iba á sentarse sobre un tronco de árbol derriba lo á la orilla del camino, cuando de repente oyó el sonido de una campana. Un monje venía hácia ellos, caminando al lado de un carro tirado por un caballo y cargado de hierba. Se adelantaba con la cabeza baja, teniendo un látigo colgado al cuello, y en sus dedos un rosario cuyas cuentas repasaba.

—Escucha,—dijo Furbicio dirigiéndose á Estéban,—yo no debo ser visto. Tengo que volver al otro lado del río, donde es más fácil ocultarse. Tengo que decirte muchas cosas. ¿Tendrás todavía miedo de venir á reunirme conmigo?

—¡Oh! no,—contestó el niño.

—Entónces, seguidme.

Furbicio saltó al enjuto lecho del Calavon, llegó al otro lado y desapareció detras de los árboles ántes que el monje hubiera levantado la cabeza. Estéban y su hermano, cogidos de la mano, tomaron á su vez el mismo camino; pero más despacio, con cuidado, por temor de caerse. No habian aún andado la mitad, cuando oyeron que les llamaban. Era el monje Bernardino que les miraba con inquietud.

—Volved acá, muchachos,—exclamó el religioso.—Os vais á romper las costillas.

—No tengais miedo, padre reverendo; vamos á buscar nidos.

Despues de hablar así, Estéban continuó su camino. El buen monje siguió el suyo, encogiéndose

de hombros y repasando las cuentas de su rosario.

En la otra orilla y detras de los árboles encontraron á Furbicio. Este dió algunos pasos delante de ellos y se detuvo por fin junto al hueco de una roca. En aquel hueco habia un monton de paja, y sobre el monton de paja una manta.

—Sentémonos sobre mi cama,—dijo Furbicio, quien, despues de sentarse, colocó con cuidado á sus hijos sobre sus rodillas.

—¿Es ésta vuestra cama? No es bonita.

—La casa tampoco lo es. Todo el mundo no puede vivir en palacios.

Y, al decir estas palabras, Furbicio sonrió tristemente. Despues volvió á contemplar á sus hijos con amor, no interrumpiéndose más que para estrecharles contra su pecho.

—Háblame de tu madre,—dijo de pronto á su hijo.

Entónces, Estéban tomó la palabra, y, en su lenguaje infantil, contó la vida de Brígida. Pintó sus penas, sus lágrimas, su valor. Habló de los incidentes cotidianos de una existencia en la que todo era incidente, en razon de su misma monotonía y oscuridad.

Furbicio escuchaba en silencio. El más pequeño de sus hijos se habia bajado de sus rodillas y se divertía plantando pedacitos de paja en la tierra húmeda. Estéban continuaba hablando. Pero, de vez en cuando, se separaba de su padre para ayudar al pequeño á mover una gran piedra que estorbaba sus plantaciones. Furbicio pasó así una hora, la más agradable de su vida despues de tres años.

—Tengo hambre,—dijo el pequeño volviendo á su lado.

Furbicio miró tristemente á Estéban: despues, sacando de un mal talego un pedazo de pan negro, se le dió al niño, diciéndole:

—Eso es todo lo que me queda.

—¿Por qué no habeis venido á casa?—preguntó misteriosamente Estéban.

—¿Eres razonable? ¿Se te puede hablar como á un hombre?

—Como á un hombre,—contestó con arrogancia.

—Pues bien,—prosiguió Furbicio:—no he ido á casa porque he temido ser visto por ojos que no deben verme.

—Pero por la noche...

—Sí, por la noche,—contestó algo turbado,—hubiera podido ir; pero he llegado ayer, y estaba tan cansado, que me dormí hasta por la mañana.

No decía más que una parte de la verdad. Había llegado, en efecto, la víspera; pero no había consagrado la noche al sueño. Dos días había tardado desde la Camargue, y no se había atrevido á ir directamente á su casa. Se había detenido en el valle de la Senáncola, y, encontrando un asilo en las grutas, se había hecho una cama con un monton de paja que había cogido en la era del convento. Por la noche se había dirigido hácia Gordes, y durante una hora había estado dando vueltas alrededor de su casa sin atreverse á entrar en ella. Temía arrostrar lo desconocido. ¿Vivía Brígida todavía? ¿No había buscado en los brazos de otro un consuelo á la viudez? ¿Qué había sido de los niños? ¿Iba á encontrar la miseria ó el bienestar? Su casa encerraba pa a el desgraciado un misterio que le prohibía la entrada.

Sus indecisiones duraron largo tiempo. Por fin se dirigió hácia la Bastida-Nueva con la esperanza de encontrar á Moulinet, á quien se podía confiar sin temor. Moulinet estaba entónces muy lejos; pero Furbicio no lo sabía.

Al acercarse á la granja temblaba como la hoja en el árbol. Ignorando lo que había sido de Margarita, le parecía á cada instante, en su turbación, que iba á aparecer ante sus ojos. Por el agujero que le había servido en otro tiempo para matar á Pas-

coul y que subsistía todavía en la puerta, cada vez más carcomida, vió á Federico Borel atravesar el patio dando órdenes. Se hizo atras precipitadamente, y dió la vuelta á la granja con la intencion de preguntar á algun criado que no le conociera. Pero de repente sintió ruido detras de la reja del jardin, y se apartó á un lado instintivamente. La voz de Federico Borel resonó de pronto en sus oídos.

—¿Quién va allá?

Furbicio no contestó. Los perros ladraron. Felizmente una oscuridad profunda le protegía. Durante algunos instantes permaneció en la inmovilidad más completa. Pero delante de aquella casa en la que había cometido tan grandes crímenes no pudo conservar mucho tiempo su sangre fría. Un sudor helado empezó á correr por sus espaldas. Sus ojos se oscurecieron, y como si un relámpago hubiera iluminado todo el campo, le pareció que veía distintamente la escena del asesinato.

—¡Cielos!—exclamó,—¡Pascoul!

Y echó á correr como un loco sin contestar á los que de repente habían salido de la granja y á cuya vista desapareció al instante.

Hé aquí por qué desde la primera noche de su llegada no había ido á su casa. Pero no podía confiar sus impresiones á Estéban. Ahora sabía, gracias á él, todos los detalles que había querido conocer. Podía presentarse á Brígida.

—Escucha bien,—continuó dirigiéndose al mayor de sus hijos;—dirás á tu madre que aquel en quien piensa irá á verla esta noche.

—Entónces, vos sois mi...

—Cállate,—exclamó Furbicio poniendo la mano sobre la boca de Estéban.

Y añadió:

—Sobre todo, no digas á nadie que habeis encontrado un hombre en el bosque de Senanque y que os ha besado largo tiempo. No lo digas.

Y para asegurarse el silencio de Estéban asustándole, añadió:

—Si hablas de mí á alguno, como no sea á tu madre, iré por la noche á tirarte por los piés.

—No me amais,—dijo el niño,— puesto que quereis amedrentarme.

Esta contestacion provocó de nuevo los besos y las lágrimas de Furbicio. Pero por fin tuvieron que separarse. El chalan ayudó á los niños á repasar el lecho del Galavon, y despues de haberles vuelto á abrazar, les siguió largo tiempo con la vista. Despues se volvió á su gruta, y echándose sobre su cama de paja, trató de dormir.

En cuanto á Estéban, cuando cesó de ver á su padre, empezó á andar rápidamente, arrastrando tras él á su hermano, que le seguia con trabajo. Llegaron sofocados y sudando á Fontblanche. Brígida, al verlos volver así, les salió al encuentro.

—¿Qué os ha sucedido?—exclamó.

Estéban se arrojó á su cuello. Despues, inclinándose á su oído, la dijo:

—Madre, le he visto.

—A quién?—preguntó ella.

—A aquel por quién tú nos haces orar todas las noches á mi hermano y á mí. A la noche vendrá aquí á reunirse con nosotros.

Al oír estas palabras, Brígida se puso de repente muy pálida, cerró los ojos y se apoyó en la pared para no caerse.

### XXX.

Al llegar la noche, Brígida acostó á sus hijos.

Estéban opuso algunas dificultades para acostarse. Pretendia que era bastante razonable para ser iniciado en los sucesos que iban á tener lugar en la casa.

—Es preciso dormir,—dijo la madre con dulzura;—yo lo mando.

—Pero él va á venir.

—Ya le verás cuando te despiertes.

—Dile,—añadió Estéban durmiéndose,—que ya no causa miedo al pequeño.

Poco despues no se oyó en el cuarto más que la tranquila respiracion de los dos niños. Entónces, Brígida se acercó á un espejo colocado junto á la ventana, y levantando la lámpara por encima de su cabeza, se miró largo rato.

No habia tenido nunca otra belleza que el brillo de sus ojos y la frescura de su tez. ¡Ay! sus facciones estaban ahora ajadas, una especie de palidez amarillenta cubria su semblante, y en torno de sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se veian profundas arrugas. Lanzó un suspiro, despues se quitó los vestidos de luto que llevaba hacia más de tres años, y buscó entre sus modestos atavíos, tan largo tiempo olvidados en un rincon, algo con que adornarse.

Y sin embargo, no era la alegría la que llenaba su alma, sino un terror cuyas causas es preciso explicar aquí. En el tiempo en que su marido vivia en Fontblanche habia perdido una á una sus más queridas ilusiones sin cesar de amarle. La vida licenciosa de aquel miserable, sus relaciones adúlteras con Margarita no habian podido destruir aquella profunda adhesion. El día en que Furbicio llegó á ser criminal, el amor desapareció, pero el lazo misterioso que une á ciertas mujeres de corazón con el hombre que las ha hecho madres no pudo romperse. A pesar de sus faltas, á pesar de sus crímenes Furbicio era para Brígida el padre de sus hijos. Ciertamente no deseaba que volviera; habia sufrido demasiado por él. Pero puesto que volvia no creia tener el derecho de tratarle como á un extraño. Se disponia á recibirle dignamente, sin echarle nada en cara y sin debilidad; pero él, ¿con qué intenciones volvía?

Y para asegurarse el silencio de Estéban asustándole, añadió:

—Si hablas de mí á alguno, como no sea á tu madre, iré por la noche á tirarte por los piés.

—No me amais,—dijo el niño,— puesto que quereis amedrentarme.

Esta contestacion provocó de nuevo los besos y las lágrimas de Furbicio. Pero por fin tuvieron que separarse. El chalan ayudó á los niños á repasar el lecho del Galavon, y despues de haberles vuelto á abrazar, les siguió largo tiempo con la vista. Despues se volvió á su gruta, y echándose sobre su cama de paja, trató de dormir.

En cuanto á Estéban, cuando cesó de ver á su padre, empezó á andar rápidamente, arrastrando tras él á su hermano, que le seguia con trabajo. Llegaron sofocados y sudando á Fontblanche. Brígida, al verlos volver así, les salió al encuentro.

—¿Qué os ha sucedido?—exclamó.

Estéban se arrojó á su cuello. Despues, inclinándose á su oído, la dijo:

—Madre, le he visto.

—A quién?—preguntó ella.

—A aquel por quién tú nos haces orar todas las noches á mi hermano y á mí. A la noche vendrá aquí á reunirse con nosotros.

Al oír estas palabras, Brígida se puso de repente muy pálida, cerró los ojos y se apoyó en la pared para no caerse.

### XXX.

Al llegar la noche, Brígida acostó á sus hijos.

Estéban opuso algunas dificultades para acostarse. Pretendia que era bastante razonable para ser iniciado en los sucesos que iban á tener lugar en la casa.

—Es preciso dormir,—dijo la madre con dulzura;—yo lo mando.

—Pero él va á venir.

—Ya le verás cuando te despiertes.

—Dile,—añadió Estéban durmiéndose,—que ya no causa miedo al pequeño.

Poco despues no se oyó en el cuarto más que la tranquila respiracion de los dos niños. Entónces, Brígida se acercó á un espejo colocado junto á la ventana, y levantando la lámpara por encima de su cabeza, se miró largo rato.

No habia tenido nunca otra belleza que el brillo de sus ojos y la frescura de su tez. ¡Ay! sus facciones estaban ahora ajadas, una especie de palidez amarillenta cubria su semblante, y en torno de sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se veian profundas arrugas. Lanzó un suspiro, despues se quitó los vestidos de luto que llevaba hacia más de tres años, y buscó entre sus modestos atavíos, tan largo tiempo olvidados en un rincon, algo con que adornarse.

Y sin embargo, no era la alegría la que llenaba su alma, sino un terror cuyas causas es preciso explicar aquí. En el tiempo en que su marido vivia en Fontblanche habia perdido una á una sus más queridas ilusiones sin cesar de amarle. La vida licenciosa de aquel miserable, sus relaciones adúlteras con Margarita no habian podido destruir aquella profunda adhesion. El día en que Furbicio llegó á ser criminal, el amor desapareció, pero el lazo misterioso que une á ciertas mujeres de corazón con el hombre que las ha hecho madres no pudo romperse. A pesar de sus faltas, á pesar de sus crímenes Furbicio era para Brígida el padre de sus hijos. Ciertamente no deseaba que volviera; habia sufrido demasiado por él. Pero puesto que volvia no creia tener el derecho de tratarle como á un extraño. Se disponia á recibirle dignamente, sin echarle nada en cara y sin debilidad; pero él, ¿con qué intenciones volvía?

Sus labios, ¿pronunciarían palabras de cólera ó palabras de disculpa? ¿No querría despojar á su mujer y sus hijos á fin de proporcionarse nuevos recursos? ¿No estaba autorizada para temerlo todo de él? Además, si aparecía así de improviso, es que se habia escapado del presidio; debian perseguirle. Estos pensamientos llenaban de terror el alma de Brígida. Temía nuevas tempestades. Esto no era egoísmo. No temía nada por ella; lo temía todo por sus hijos.

A las nueve sintió dar dos golpes á la puerta y fué á abrir temblando.

—Soy yo,—dijo Furbicio, que entró precipitadamente y volvió á cerrar la puerta con cuidado.

Ella le cogió la mano y le llevó con rapidez dentro del cuarto. Allí, entre las cunas de los niños, á la luz de la lámpara, que arrojaba en torno de ellos una suave claridad, le miró. Ya no era el Furbicio arrogante y orgulloso que ella habia conocido. Volvia humilde, turbado, abatido; no queria nada, no pedia más que un poco de ternura y un poco de perdon. No hablaba, pero su actitud embarazosa, el lastimoso estado de su traje, la alteracion de sus facciones, sus ojos bajos, decian claramente lo que pasaba en él.

Brígida sintió que se apoderaba de su corazon una inmensa conmiseracion. Olvidó en un segundo lo que habia sufrido para pensar en los sufrimientos grabados en las facciones de Furbicio. Ya no vió en él un criminal, sino un desgraciado; ella le abrió sus brazos, y él se precipitó en ellos como si estuviera hambriento de perdon y de cariño. Estuvieron callados largo tiempo; despues, Furbicio contó su vida desde el día en que habia entrado en el presidio, sus tormentos, su evasión, su estancia en la Camargue, su precipitada salida y su llegada á Fontblanche.

—He vacilado mucho tiempo en volver,—decia;—ya no me atrevia á presentarme delante de tí.

Pero sin tí, sin los niños, ya no podia vivir. Lejos de vosotros, me sentia acometido de una sombría desesperacion que me hubiera conducido á nuevas faltas. Entónces, lo he dejado todo y he venido. Ayer he abrazado á mis hijos; hoy te abrazo á tí y me siento ménos desesperado.

Estaba de rodillas delante de Brígida, que le miraba y escuchaba en silencio.

—He sido muy culpable,—continuó;—tú puedes ayudarme á ser mejor. He resuelto crearme una nueva existencia, una existencia honrosa; pero es preciso que tú la compartas conmigo, es preciso que consientas en emigrar.

—¿Emigrar!—exclamó Brígida;—¿y los niños?

—Irán contigo; ¿acaso puedo pasarme sin ellos?

—¿A dónde iremos?

—Los contrabandistas que he conocido en Camargue,—continuó Furbicio,—me han dicho que en las costas de España me seria posible crearme una posicion. Allí viviremos ignorados. No tendré ni que temer á los gendarmes, ni que avergonzarme delante de nadie. Podré trabajar á mi gusto. ¿Me seguirás?

Brígida no contestó.

—Repararé todo el mal que te he hecho,—prosiguió Furbicio con calor.—Sabré hacerte feliz. La desgracia me ha enmendado. Ten confianza en mí. No te niegues á seguirme.

Brígida continuaba mirándole sin contestar, preguntándose si las protestas que oia eran sinceras.

—Quiero creerte,—dijo ella al fin,—y si no se tratara más que de mí, mañana partiriamos juntos. Pero pienso en nuestros hijos. No puedo condenarles á las fatigas y á las aventuras. Parte para España, y el día que hayas asegurado nuestra existencia, escríbeme. Yo te juro que me reuniré contigo.

El reflexionó un instante. Pareció luchar consigo mismo; despues contestó con dulzura:

—Tienes razon; partiré solo mañana.

—Mañana?—dijo ella.

—Sí. Es preciso.

—¿Tan pronto?

—No puedo,—prosiguió Furbicio,—permanecer aquí más tiempo sin peligro. Si alguno de nuestros vecinos me reconociera, estaria perdido.

—Cuando te has acercado á la Bastida-Nueva, preguntó Brígida, alarmada de pronto,—¿estás seguro de no haber sido visto por Federico Borel?

—Era casi de noche, y además, habia tenido el cuidado de tapanme la cara con el pañuelo. Voy á descansar veinticuatro horas,—continuó,—y la noche inmediata volveré á Camargue, desde donde me será fácil trasladarme á España.

—¿Serás prudente y me escribirás?

—Te lo prometo.

—Ahora es preciso descansar.

—Quisiera comer,—dijo dulcemente Furbicio.

—¡Loca de mí! no habia pensado en ello,—exclamó Brígida.

Bajó corriendo á la cocina y subió en seguida con los restos de la cena y una botella de vino. Encontró á Furbicio delante de la cuna en que dormia Estéban; contemplaba á su hijo mayor.

—¡Hijos de mi corazon!—murmuró volviendo á sentarse á la mesa que su mujer habia servido.

Comió y bebió, mientras que Brígida le miraba extasiada. Ahora estaba tranquila; su marido le habia sido devuelto corregido por el infortunio. Ya no perdía la esperanza de volver á encontrar una vida mejor; se veia con él en un apartado rincón del mundo, ayudándole á soportar el remordimiento de las faltas pasadas y educando á sus hijos, que ignorarian siempre la infamia de su padre.

Por la mañana, muy temprano, Brígida estaba en pié.

—Te quedarás aquí todo el dia,—dijo á su marido.—Tus hijos te harán compañía. Hoy no los mandaré á la escuela.

Al despertarse los niños, se sorprendieron de ver al hombre del Monasterio, tendido sobre un colchon en el cuarto en que habian dormido.

—Ven acá Estéban,—dijo Furbicio.

El niño se apresuró á obedecer á su padre, que le puso á su lado.

—Yo tambien quiero ir,—exclamó el otro.

Estéban fué á buscarle, y cuando estuvieron los tres reunidos, los besos se repitieron sin cesar.

—¿Tú sabes quién soy yo?—dijo Furbicio á su hijo mayor.

—¡Oh! sí, padre; lo he adivinado.

—Pero es preciso que no hables á nadie de mí.

—Ya me lo habeis dicho,—replicó Estéban, que se puso serio.

Fué un dia delicioso para Furbicio. Jugó con los niños y se divirtió con su graciosa charla. Brígida iba á cada instante á abrazar á los tres. Hacía mucho tiempo que el chalan no habia asistido á una fiesta semejante. Entre aquellos seres, cuya ternura apreciaba ahora, se sentia mejor. Perdía el recuerdo de sus desgracias y de sus faltas. La irritacion que habian producido desaparecia.

En distintas ocasiones, despues de mediodia, varios vecinos fueron á llamar á la puerta de la casa. Brígida temió despertar sus sospechas si no les abria; pero encontró un pretexto para alejarles. Vió tambien á Federico Borel, que andaba por las cercanías con una escopeta de caza en la mano; se alarmó y participó sus temores á Furbicio.

—¿No acostumbra á cazar por estos sitios?—preguntó el chalan.

—Sí, le veo con frecuencia; ayer mismo atravesaba el prado que está enfrente de casa, pero hoy todo me inquieta.

—Yo te aseguro que no ha podido verme la cara.

—Sí, pero conoce tu modo de andar. Me han contado que hace un mes, en una taberna de Gor-

des, dijo lo siguiente: «Si alguna vez Furbicio vuelva aquí, juro que he de hacerle prender.»

—¡El miserable!—exclamó Furbicio;—entonces, que Dios le libre de que le encuentre en mi camino.

Sus ojos despedían fuego, su semblante tenía una expresión feroz. Ya no era el marido de Brígida, el padre de Estéban el que hablaba en aquel momento; era el apercibido por la justicia, el compañero de Pradeilles, el presidiario escapado de presidio.

Luego prosiguió con más calma:

—Por lo demás, en mi posición, debo desconfiar de todo y de todos. No quiero perderte otra vez. He sido hoy tan feliz, que había pensado no partir hasta mañana. Pero me separaré de tí esta noche; es lo más prudente.

Cuando llegó la noche, Brígida, como la víspera, acostó á sus dos hijos. Luego, mientras que su marido, después de haberles abrazado, trataba de descansar un poco, se ocupó de los preparativos del viaje. Puso vino en la calabaza de Furbicio, provisiones y ropa blanca en su saco, y á eso de la una de la madrugada le despertó.

—Es la hora,—le dijo.

Al mismo tiempo, los ojos de la pobre mujer se llenaron de lágrimas.

—No llores,—la dijo él estrechándola contra su pecho.—Dentro de algunas semanas estaremos reunidos para siempre.

Ella trató de ponerle en la mano un poco de dinero, diciéndole:

—Toma eso; yo no soy rica, pero tienes que hacer un viaje muy largo.

El la detuvo.

—No, no,—exclamó,—no quiero que mi visita te sea gravosa. Tengo todavía algunos escudos. Es más de lo que necesito para volver á la Camargue.

Se acercó á la cama de los niños, les contempló largo tiempo, y sin despertarles, depositó un largo

beso sobre la frente de cada uno de ellos. Entretanto, Brígida había abierto la puerta. La noche estaba oscura y en el campo reinaba una profunda soledad.

—Amame,—dijo Brígida,—y sobre todo, no olvides á tus hijos.

—Ten confianza,—contestó él.

No se dijeron más. El se desprendió de los brazos de su mujer y se alejó con rapidez.

Pero apenas había andado diez pasos, cuando varios hombres ocultos detrás de una pared, se precipitaron de repente en el camino. Una mirada bastó á Furbicio para conocer con quién tenía que habérselas. Seis gendarmes le rodeaban. Más lejos, las blusas de una docena de aldeanos, armados de palos y escopetas, se destacaban en la sombra. Furbicio quiso echarse á un lado, pero no tuvo tiempo: estaba cercado por todas partes. Entonces el sargento que mandaba á los gendarmes, echó atrás el embozo de su capote, bajo el cual ocultaba su linterna, y dirigió la luz sobre el rostro del chalan.

—En nombre de la ley,—dijo,—daos preso. Sois el llamado Furbicio, presidiario escapado del presidio de Tolon en 1863.

A estas palabras contestó un grito espantoso. Brígida, que lo había oído todo, acababa de caer sin conocimiento sobre el umbral de su puerta. Furbicio quiso correr á socorrerla; de un salto arrojó al suelo á dos gendarmes y atravesó el círculo que le encerraba. Pero al instante se lanzaron sobre él. Se trabó una lucha terrible. El chalan, cuyas fuerzas duplicaba la ira, hizo frente á sus enemigos más de diez minutos. Por fin, consiguieron derribarle, le ataron los brazos y las piernas, y se lo llevaron en dirección de Gordes.

Brígida no recobró sus sentidos hasta más de una hora después de esta terrible escena. Varias personas la rodeaban, y entre ellas Federico Borel.

Al fijar en él sus ojos extraviados, él creyó leer una reconvenccion en su mirada.

—Más tarde,—dijo,—me dareis las gracias por lo que he hecho. He reconocido á vuestro marido cuando estuvo dando vueltas en las inmediaciones de la Bastida-Nueva, y he creído que debía libertaros, lo mismo que al país, de semejante malhechor. Pero podeis estar tranquila; yo cuidaré de vuestros hijos y de vos.

Por de pronto, ella no contestó. Despues se levantó y extendió el brazo como para coger un objeto que se la escapaba.

—¡Ah! ¡mis hijos!—murmuró.

Y de repente soltó una inmensa carcajada. Trataron de calmarla.

—Quiero partir para España,—exclamó tratando de desasirse.

—¡Cielos! ¡está loca!—dijo Borel.

Estaba loca, en efecto. Su pobre cabeza, ya muy débil, no habia podido resistir á las últimas emociones. Algunos dias despues, era admitida en el hospital de locos de Saint-Remy.

Al principiar el año 1866, Furbicio volvió á entrar en el presidio de Tolon. Allí sufrió el castigo reglamentario impuesto á todos los individuos evadidos y vueltos á coger: treinta golpes de gratel. En seguida fué conducido á las casamatas del presidio.

Cuando se encontró solo, encadenado como una bestia feroz, le acometió una rabia espantosa. Se golpeaba la cabeza contra las paredes, se arrojaba al suelo, lanzaba gritos terribles. Despues de dos años de libertad, habia venido á parar en una posicion peor que la que no habia podido resistir. Es difícil de explicar cómo no se volvió tambien loco.

A la ira sucedió una negra melancolía que duró algunos dias, y que le condujo por la fuerza de las cosas á ideas más tranquilas. Llegó á considerar con frialdad su posicion, y comprendió que era des-

esperada. Desde ahora, estaba colocado entre los que en el presidio se llaman los indóciles. Ya no debia contar con el beneficio de su buena conducta en el porvenir para ver mejorar su situacion. Iba á encontrarse sometido á la más rigurosa vigilancia y á verse obligado á renunciar á toda esperanza de fuga. Entónces fué cuando pidió ser trasladado á Cayenna.

—¿Sabia acaso que iba á encontrar allí á Margarita?

XXXI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIEZ" 1625 MONTEPREY MEXICO

La existencia regular y tranquila á que estaba sometida Margarita desde su llegada á San Lorenzo del Maroni, los cuidados perseverantes y afectuosos de Moulinet, los buenos consejos de las religiosas y las exhortaciones del capellan de la penitenciaría, habian provocado en ella una reaccion saludable.

Consideraba el porvenir con ménos tristeza que otras veces; ya no la parecia imposible crearse una vida feliz en aquel país en el que encontraba un sol todavía más ardiente que el de la Provenza, y en el que todo el mundo, en torno suyo, parecia contribuir á hacerla olvidar la condena que sufría.

Así es que Moulinet la encontraba dócil á sus proyectos. La veía con frecuencia en sus paseos, en el locutorio de la penitenciaría, y era siempre bien acogido. Con la naturaleza esencialmente material que hemos conocido en Margarita, su predisposicion á prendarse de la forma y á no tener en cuenta las cualidades morales, era difícil que renegara de una vez de su pasado y sintiera amor por Moulinet. Pero mortificada en su cuerpo, calmada y apaciguada por la regularidad de su vida y el apartamiento de todo lo que en otro tiempo la habia per-

Al fijar en él sus ojos extraviados, él creyó leer una reconvenccion en su mirada.

—Más tarde,—dijo,—me dareis las gracias por lo que he hecho. He reconocido á vuestro marido cuando estuvo dando vueltas en las inmediaciones de la Bastida-Nueva, y he creído que debía libertaros, lo mismo que al país, de semejante malhechor. Pero podeis estar tranquila; yo cuidaré de vuestros hijos y de vos.

Por de pronto, ella no contestó. Despues se levantó y extendió el brazo como para coger un objeto que se la escapaba.

—¡Ah! ¡mis hijos!—murmuró.

Y de repente soltó una inmensa carcajada. Trataron de calmarla.

—Quiero partir para España,—exclamó tratando de desasirse.

—¡Cielos! ¡está loca!—dijo Borel.

Estaba loca, en efecto. Su pobre cabeza, ya muy débil, no habia podido resistir á las últimas emociones. Algunos dias despues, era admitida en el hospital de locos de Saint-Remy.

Al principiar el año 1866, Furbicio volvió á entrar en el presidio de Tolon. Allí sufrió el castigo reglamentario impuesto á todos los individuos evadidos y vueltos á coger: treinta golpes de gratel. En seguida fué conducido á las casamatas del presidio.

Cuando se encontró solo, encadenado como una bestia feroz, le acometió una rabia espantosa. Se golpeaba la cabeza contra las paredes, se arrojaba al suelo, lanzaba gritos terribles. Despues de dos años de libertad, habia venido á parar en una posicion peor que la que no habia podido resistir. Es difícil de explicar cómo no se volvió tambien loco.

A la ira sucedió una negra melancolía que duró algunos dias, y que le condujo por la fuerza de las cosas á ideas más tranquilas. Llegó á considerar con frialdad su posicion, y comprendió que era des-

esperada. Desde ahora, estaba colocado entre los que en el presidio se llaman los indóciles. Ya no debia contar con el beneficio de su buena conducta en el porvenir para ver mejorar su situacion. Iba á encontrarse sometido á la más rigurosa vigilancia y á verse obligado á renunciar á toda esperanza de fuga. Entónces fué cuando pidió ser trasladado á Cayenna.

—¿Sabia acaso que iba á encontrar allí á Margarita?

XXXI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIEZ" 1625 MONTEPREY MEXICO

La existencia regular y tranquila á que estaba sometida Margarita desde su llegada á San Lorenzo del Maroni, los cuidados perseverantes y afectuosos de Moulinet, los buenos consejos de las religiosas y las exhortaciones del capellan de la penitenciaría, habian provocado en ella una reaccion saludable.

Consideraba el porvenir con ménos tristeza que otras veces; ya no la parecia imposible crearse una vida feliz en aquel país en el que encontraba un sol todavía más ardiente que el de la Provenza, y en el que todo el mundo, en torno suyo, parecia contribuir á hacerla olvidar la condena que sufría.

Así es que Moulinet la encontraba dócil á sus proyectos. La veía con frecuencia en sus paseos, en el locutorio de la penitenciaría, y era siempre bien acogido. Con la naturaleza esencialmente material que hemos conocido en Margarita, su predisposicion á prendarse de la forma y á no tener en cuenta las cualidades morales, era difícil que renegara de una vez de su pasado y sintiera amor por Moulinet. Pero mortificada en su cuerpo, calmada y apaciguada por la regularidad de su vida y el apartamiento de todo lo que en otro tiempo la habia per-

turbado, estaba en mejor disposicion para comprender ciertas delicadezas, para dejar hablar á su corazon con perjuicio de su imaginacion y de sus sentidos, únicos que hasta entónces la habian dominado.

Por su parte, á fuerza de amar y de asegurar su amor por medio de innumerables sacrificios, Moulinet habia adquirido una especie de prestigio bajo el cual desaparecian su edad y su imperfeccion física. Margarita no podia ménos de sentir un poco de conmiseracion y de reconocimiento hácia aquel hombre olvidado siempre y siempre apasionado, que áun buscaba ahora el medio de sacarla de su abyeccion. Por lo que hace á él, disfrutaba una felicidad sin límites, tanto mayor, cuanto que sólo estaba separado de ella por su propia voluntad.

Margarita le habia dicho:

—Seré vuestra mujer cuando lo exijais. Sin embargo, si sois bueno, esperareis todavía. El plazo que os pido dará más fuerza á mis resoluciones y servirá para que os quiera más aquella por la que tanto habeis hecho.

No sin dificultad habia conseguido Moulinet que la administracion superior le permitiera casarse con Margarita. Las mujeres que consienten en salir de Francia para la Guyana francesa, están destinadas á los deportados, y no habia ejemplo de que un colono libre hubiera buscado entre ellas su compañera. Pero en aquel país, en el que la autoridad militar tiene una gran influencia, las relaciones que habia adquirido Moulinet debian allanar muchos obstáculos. Lo mismo que en otro tiempo habia podido conquistar las simpatías de M. X..., el célebre abogado del Mediodía, de igual manera acabó por captarse la voluntad del oficial superior de infantería de marina que le habia hecho embarcar á bordo del *Cacique*. Su nuevo protector escribió desde Cayenna á las autoridades de San Lorenzo, y gracias á su influencia, consiguió que se barrenaran los reglamentos.

Moulinet habia, pues, obtenido autorizacion para casarse con Margarita; pero tuvo que consentir en vivir de la vida de los individuos que le rodeaban, que contentarse con la choza reglamentaria y comprometerse á no volver jamás á Francia mientras su mujer viviera. Aceptó todas estas condiciones sin vacilar. ¿Qué le importaba la Francia? ¿La verdadera patria de aquel enamorado fanático no era la comarca habitada por la mujer amada?

En los confines de la penitenciaría, y no lejos del Maroni, se encuentran los terrenos concedidos á los trasportados y las chozas que habitan; Moulinet tuvo por habitacion una de esas chozas construidas de madera y con arreglo á un modelo uniforme. En el piso bajo se hallan los almacenes destinados á guardar las provisiones y las herramientas. En el primer piso, al que se sube por una escalera exterior, hay dos grandes piezas. El mobiliario es sencillo, pero se permite á los concesionarios aumentarle si tienen medios para ello.

Antes de abandonar la Francia, Moulinet habia comunicado sus proyectos á Federico Borel, y éste le habia entregado para Margarita una cantidad de dinero, producto de los arrendamientos de la Bastida-Nueva. Esta cantidad Moulinet no quiso emplearla en el embellecimiento de su posesion. Prefirió dedicar á dicho objeto el resto de sus economías, y como no escaseaba gastos, como la rica naturaleza que le rodeaba le servia á las mil maravillas, consiguió convertir su pobre choza en una morada digna de la *Vénus de Gordes*.

De este modo el porvenir parecia sonreír al uno y al otro. La nueva vida que se habian preparado se presentaba bajo venturosos auspicios. Despues de los grandes temporales que habian corrido, el puerto se presentaba ante su vista, y nada hacia presagiar que no pudieran entrar en él.

Cerca va de terminar nuestra narracion, hemos llegado al domingo 16 de Setiembre de 1866.

La vispera, Moulinet habia ido á ver á Margarita al locutorio de la penitenciaría.

—Me encuentro mal, — le habia dicho ella; — siento unos dolores de cabeza insufribles, y, á pesar de ese sol abrasador, tengo frio en todo el cuerpo. ¿Habré contraído una de esas fiebres malignas, á las cuales, segun dicen, están expuestos en este país todos los europeos?

Estas palabras aterraron á Moulinet: la fiebre amarilla habia hecho grandes extragos la semana anterior en Cayenna, y empezaban á temer su presencia en San Luis y en San Lorenzo. Pero se guardó muy bien de decírselo á Margarita; trató, por el contrario, de tranquilizarla, y al terminar su visita lo habia conseguido.

—Venid mañana temprano, — le dijo ella; — es mi día de salida, y daremos un largo paseo, que sin duda me repondrá.

A pesar de esta buena promesa, Moulinet no pudo cerrar los ojos en toda la noche del sábado al domingo; estaba inquieto y no hacia más que pensar en aquella terrible fiebre amarilla, tan temida bajo los trópicos.

Por la mañana empezaba á dormirse, cuando le despertó el estampido del cañon. Corrió á enterarse, y supo que un trasporte del Estado, la *Amazona*, habia llegado durante la noche. Quinientos cuarenta sentenciados que se hallaban á bordo debian desembarcar durante el día en San Luis y en San Lorenzo.

Esta noticia, que el cañon acababa de confirmar, causaba cierta emoción en la colonia; su poblacion, compuesta en su mayor parte de antiguos habitantes de los presidios ó de las prisiones de Francia, no puede ménos de interesarse en la llegada de todos los convoyes de deportados. Cada cual espera encontrar entre los recién llegados algun antiguo compañero de cadena que le entere de la suerte de los camaradas que han quedado en Francia.

Moulinet, para quien el mundo empezaba y concluía en San Lorenzo, no participaba de la emocion general. No se cuidaba más que de saber si Margarita estaba mejor ó en disposicion de salir.

En cuanto se abrieron las puertas entró en la penitenciaría de las mujeres, y dirigiéndose á una de las hermanas que habian hecho con él la travesía de Rochefort á la Guyana, y que parecia haber tomado á Margarita bajo su proteccion:

—¿Cómo está hoy? — la preguntó.

—Acabo de verla, — contestó la hermana María; — dice que ha pasado buena noche; pero me ha parecido agitada, febril. Hace dos días que no me gusta el color de su tez. Si sale hoy, tened cuidado con el calor, que es abrasador.

Moulinet corrió al locutorio. Advirtió, en efecto, cierta alteracion en las facciones de Margarita.

—Tal vez sería mejor que no salierais, — la dijo.

—¿Por qué? — exclamó ella con animacion; — ¿no es hoy domingo? Quiero aprovechar mi día de libertad; estoy dispuesta, venid.

Quiso llevarla al paseo de costumbre.

—No, no, — dijo ella, — vamos hácia el puerto.

—Pero os va á dar el sol de plano.

—Poco importa. ¿No estoy acostumbrada al sol de la Provenza? Me han dicho que el puerto estará hoy muy animado. Quiero verlo.

Toda la poblacion de San Lorenzo parecia haberse dado allí cita. Los colonos libres, los sentenciados libertados, las mujeres de las penitenciarías, soldados de infantería de marina, marineros, formaban diferentes grupos y esperaban el desembarco de los pasajeros de la *Amazona*.

Margarita, á quien le faltaban las fuerzas á cada instante, se sentó al lado de Moulinet, sobre un monton de maderas de construccion. Una choza de tablas colocada detras de ellos les resguardaba un poco de los rayos demasiado ardientes del sol.

Poco despues, se sintió un gran ruido de voces:

tres lanchas con unos cincuenta hombres cada una llegaban á la márgen del Maroni. Los sentenciados saludaban con sus cantos la tierra de destierro. Apénas desembarcados, los gendarmes de la marina les hicieron colocar de dos en dos en una larga fila, á fin de conducirles á las penitenciarías que de antemano les estaban designadas y en las que debían descansar un poco.

No puede formarse una idea de la tristeza que inspiraba la vista de todos aquellos hombres, cuyas alteradas facciones y fatigados miembros revelaban los sufrimientos de una larga y penosa travesía. Algunos apénas podían sostenerse, y se veían obligados á apoyarse en los hombros de sus compañeros; otros levantaban sus manos por encima de su cabeza para ponerse al abrigo del implacable sol que les inundaba con sus rayos; éste, arrastraba su pierna dolorida como si todavía llevara los hierros; y aquél, despues de haber buscado inútilmente entre el gentío una cara amiga que esperaba ver, bajaba tristemente los ojos; por fin, los últimos, fingían cantar y reír, y su alegría hacía daño.

Aquel convoy, despues de haber pasado lentamente delante de Margarita, desapareció en la población.

—El espectáculo que estamos presenciando es muy triste,—se atrevió á decir tímidamente Moulinet;—mejor sería que fuéramos al paseo á buscar un poco de sombra y de fresco.

—No,—dijo ella,—no me marcharé hasta que hayan pasado todos.

Otras lanchas acababan de llegar; una segunda fila de sentenciados se formaba y tomaba la misma direccion que la primera. De repente Moulinet vió á Margarita levantarse y mirar fijamente hácia un punto. Al final de la hilera se adelantaba un hombre, pálido, delgado, encorvado, andando con trabajo. Su barba habia crecido desmesuradamente durante la travesía; estaba medio cubierta de ca-

nas; sus labios estaban descoloridos y sus ojos apagados; parecía un viejo.

Era Furbicio.

A tal estado habia llegado en algunos años aquel hombre tan envanecido en otro tiempo de sus cualidades físicas. La pérdida de su libertad, tan difícilmente recobrada, la idea de que ya nunca podría evadirse, la desesperacion que se habia apoderado de él, la vida del presidio, las casamatas de Tolon, los trabajos de la travesía, la fiebre y tal vez el remordimiento, habian destruido su salud, su juventud y su fuerza. Se hallaba en el mismo estado en que el veneno habia puesto en otro tiempo á Pascoul.

—¡Y ese hombre es el que yo he amado!—dijo Margarita sin cesar de mirar á Furbicio.

El continuaba avanzando maquinalmente, siguiendo su fila, con la cabeza baja. Unos pasos más y hubiera pasado delante de Margarita sin verla.

—¡Ah! ¡qué mujer tan hermosa!—exclamó de pronto el sentenciado que iba al lado de Furbicio.

Estas palabras le sacaron de su letargo. Por un antiguo resto de costumbre, levantó la cabeza y vió á la que habia sido su querida. Pero sus ojos, apagados para siempre, permanecieron sin expresion, y su empobrecida sangre ni aun dió color á su semblante. Sin embargo, quiso detenerse; pero los que iban detras de él le empujaron, y, sin fuerza para resistirles, continuó arrastrándose hácia adelante. Margarita le siguió con la vista hasta que desapareció del todo; y entónces, volviéndose hácia Moulinet, le dijo con triste sonrisa:

—Estoy bien curada.

Ninguna palabra de lástima subió de su corazón á sus labios. La mujer que no ama ya es implacable, y Margarita no podia ya amar á Furbicio. Le habia elegido entre todos, por su juventud, por su vigor, por su aspecto de conquistador y de valen-

ton; ahora estaba gastado, sin fuerzas; iba con las orejas gachas; para nada le servía aquel inválido del amor. En otro tiempo podía haberle perdonado sus traiciones y su cobardía; hoy no le perdonaba el no ser más que la sombra de sí mismo. Cuando el corazón no se ha interesado en unas relaciones, basta una mirada para romperlas.

A la hora reglamentaria, Margarita se hizo conducir á la penitenciaría. El malestar que sentía desde la víspera, parecía haberse disipado. Al separarse de Moulinet, le dijo:

—Yo sabía que Furbicio iba á llegar aquí. Por esta razon retardaba nuestro matrimonio. Ahora ya nada teneis que temer de mí, y seré vuestra mujer cuando querais.

A los tres dias, Moulinet, que se habia ocupado la víspera de los preparativos de su casamiento, se presentó á eso de las tres de la tarde en la penitenciaría de las mujeres, y pidió autorizacion para ver á Margarita. Hacía un instante que esperaba en el locutorio, cuando se abrió la puerta. En vez de Margarita, á quien creía ver aparecer, la hermana María se adelantó hácia él.

—Vuestra amiga no puede venir á veros,—le dijo con emocion,—está enferma.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿qué tiene?

—Está muy mala,—contestó la hermana sin querer explicarse.—Desde ayer se la ha trasladado á la enfermería.

—Entónces que me conduzcan allá. Supongo que me permitirán verla.

—No, es imposible. Nuestra directora ha dado órdenes muy severas sobre ese particular. Las personas de la poblacion no pueden comunicarse con la enferma.

—¿Luego está atacada de alguna enfermedad contagiosa? ¡La fiebre amarilla, tal vez!—exclamó él de repente recordando sus temores de la víspera.

La hermana María guardó silencio. Entónces,

sin pronunciar una palabra, Moulinet atravesó el locutorio, entró en el patio de la penitenciaría, se dirigió hácia una puerta sobre la cual se veía escrito: *Despacho de la hermana directora*, abrió la puerta, se encontró en presencia de una religiosa de unos cincuenta años de edad, y, arrodillándose delante de ella, mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos:

—¡Hermana mia!—dijo con voz conmovida,—una mujer que adoro, con quien iba á casarme, se muere en vuestra casa. Os suplico que me permitais verla, y yo me comprometo á no salir de aquí hasta que esté curada. Seré vuestro enfermero, vuestro criado, vuestro prisionero; no tendré ningun contacto con las personas de la poblacion. Por favor, tened piedad de mí; ¡seré tan desgraciado lejos de ella!

—Venid conmigo, hijo mio,—dijo la hermana levantándole.

Antes de entrar en la pieza en que descansaba Margarita, la hermana directora dijo á Moulinet:

—Armaos de valor para mirarla, y procurad sobre todo que ella no se aperciba del dolor que experimentaréis al encontrarla tan cambiada.

A pesar de esta advertencia, Moulinet no pudo contener un grito cuando se acercó á la cama de Margarita. Esa terrible enfermedad que nosotros llamamos la fiebre amarilla, y á la cual tambien se le da el nombre de *vómito negro*, habia hecho desde la víspera terribles extragos en el semblante de la desgraciada mujer. Sus delicadas facciones se habian hinchado desmesuradamente; sobre las mejillas aparecian grandes manchas azuladas. Hubiérase dicho que la sangre iba á salir por sus ojos, en otro tiempo tan claros, y á traves de sus labios, descoloridos y secos, se veían sus dientes ya amarillentos.

—No esperaba veros,—dijo ella á Moulinet con voz débil.

El no pudo contestar; la emoción le oprimía la garganta.

—Ayer, cuando me sentí de repente tan mala,— prosiguió,—quise veros, y me contestaron que no se permitía á nadie acercarse á mí. Temen, sin duda, que se les pegue mi mal.

El hizo un esfuerzo y consiguió decir:

—Ya no se teme nada, puesto que estoy aquí.

—¡Ah! es que vos habeis revuelto cielo y tierra. Os conozco... ¡Y bien! mi pobre y único amigo, voy á abandonaros.

—¡Abandonarme! ¿por qué?

—Porque voy á morir.

—¡Vos, morir! ¡vamos! —exclamó.

Se encogió de hombros y trató de reir, pero se echó á llorar.

—Bien lo veis,—dijo ella:—ya me llorais.

El hizo un brusco movimiento, se inclinó sobre el lecho de Margarita, colocó sus dos manos sobre sus hombros, y mirándola fijamente, exclamó:

—¡Yo lloraros, si murierais! Os chanceais. ¿Acaso tendré tiempo de hacerlo? Yo moriré de vuestra muerte, un instante despues que vos.

—No,—dijo ella,—será preciso que recordéis lo fea que estaba en mis últimos momentos... Sí, debo estar horrible; me he visto ayer en un espejo, y me causé miedo... Hoy debo estar todavía más horrible... Nadie se muere de amor por una mujer tan fea.

—Cuando el corazon está interesado,—dijo dulcemente Moulinet,—no se hace caso de todo eso.

Despues de haber reflexionado un instante, ella murmuró:

—Segun eso, mi corazon no ha amado nunca á Furbicio... Despues de todo, es posible.

Cerró los ojos, cuyos párpados se hinchaban y ya no podían resistir la luz del día. Hubo un largo silencio. Sentado al pié de la cama, con la

mirada fija, Moulinet seguía los progresos del mal en el semblante de la moribunda.

Las manchas azuladas que ya habia advertido se extendian y se tornaban violáceas poco á poco; de los ojos y de la boca corrian gotas de sangre. A traves de todos los poros de la piel, parecia transpirar la sangre. Ya entónces no pensaba en condolerse de la suerte de Margarita y de la suya. Estaba como petrificado por el terrible espectáculo que presenciaba. El cuerpo de Margarita viva se descomponia como se descompone un cadáver.

De repente, la hermana directora, que despues de haber introducido á Moulinet en la enfermería se habia retirado, volvió acompañada de un médico. Este último se acercó á la enferma, examinó el rostro, levantó las mantas de la cama y miró el cuerpo; despues dijo:

Vamos, la naturaleza y nuestros medicamentos han triunfado del mal. Estoy contento.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó la hermana.

—Nada, hermana mia; el reposo bastará.

Salió, y Moulinet, lanzándose detras de él, exclamó:

—¿Acaso pensais lo que acabais de decir?

—No,—contestó el doctor;—á vos, que sois un hombre, debo deciros la verdad: no la quedan dos horas de vida.

—¿Luego nadie se cura de esa enfermedad?

—Sí, alguna vez, como del cólera; pero aquí se trata de un caso fulminante; la ciencia nada puede hacer.

Moulinet volvió á sentarse junto al lecho de Margarita.

—Y bien,—le dijo ella,—sabeis á qué ateneros? Ha debido confesaros la verdad. Estoy perdida... ¡Oh! no trateis de infundirme valor, es inútil; vos lo necesitais más que yo. Me habeis conocido muy pequeña y sabeis que siempre he sido valiente; era

tal vez mi única propiedad; no la perderé en este momento.

Su respiracion se hacia penosa, su voz era ronca, agitada.

Ya no salian de sus labios más que pedazos de frase, palabras sin ilacion. Sin embargo, se podia comprender su sentido. Parecia sobre todo muy preocupada por la idea de verse desfigurada.

—Es muy justo,—decia;—soy castigada en mi belleza, de la que he abusado... No me ha servido más que para cometer faltas... crímenes... Estoy fea... horrible... Bien merecido lo tengo... Pascoul está vengado y Moulinet lo está tambien... Moulinet que tanto me ha amado... ¿y á quien tanto hice sufrir! ¿Dónde estás, Moulinet? ¿Estás ahí cerca de mí?... Sí, te veo todavía... ¡Ah! ¡no tienes suerte, pobre amigo!... me muero cuando iba por fin á hacerte dichoso... Toma, hé aquí mi mano; es todo lo que puedo darte... tómala, si es que no te causa horror.

Se calló; despues, al cabo de un largo instante, Moulinet la oyó reir en són de burla.

—¡Y soy yo la que llamaban *La Vénus de Gordes!*—decia;—¡ah! ¡si me vieran ahora!

Desde este momento empezó su agonía. Sin embargo, se asegura que su razon no la abandonó ni aún en su última hora. Se la vió acercar sus labios al crucifijo que la presentaba el capellan de la penitenciaria y, al espirar, murmuraba todavía estas palabras:

—Pascoul, Moulinet, Brígida, vosotros todos, perdon, perdon!

Cuando dejó de existir, Moulinet, cuyos ojos estaban secos y que parecia tranquilo, se adelantó hácia la hermana María.

—Hermana mia,—la preguntó,—¿cuándo se verificará el entierro?

—Mañana por la mañana,—contestó;—en un clima como éste no se puede esperar más.

—¿Dónde está el cementerio de la poblacion?

—No tenemos cementerio. Se conduce á los muertos hasta el rio, se les coloca en una barca que descende la corriente á algunas leguas de aquí, y la mar les sirve de sepultura.

—Quisiera,—dijo Moulinet,—un ataud de plomo para la que acaba de morir. Hacedme el obsequio de encargarle, hermana mia. Aquí teneis dinero, no economiceis nada; pero que el ataud sea de plomo, os lo suplico; esto es para mí de gran importancia.

Pasó la noche de rodillas contemplando á Margarita, cerca de la cual ardia un cirio. El día siguiente la amortajó él mismo en el ataud; ayudó á bajarla á la capilla y oyó la misa sin revelar la menor emocion. Despues acompañó al cuerpo hasta el rio, y quiso entrar en la barca que encerraba todo lo que él habia amado. A dos leguas de la poblacion, el hombre que conducia la barca dejó de remar, colocó sus remos y dijo:

—Es inútil ir más léjos; el rio es bastante profundo; ¿quereis ayudarme á arrojar el cadáver?

—Sí,—dijo Moulinet.

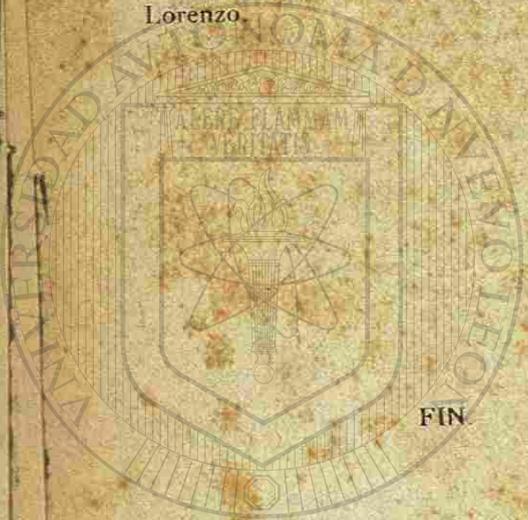
—Tomad, aquí teneis la cuerda; pasadla por la argolla que está por ese lado; de esta manera el ataud resbalará más fácilmente.

Moulinet se inclinó y permaneció un instante arrodillado sin que el barquero, que creia que oraba, se cuidara de lo que hacia. En seguida empujaron el ataud fuera de la barca y le hicieron deslizar sobre la cuerda. Tocó el agua, se le vió bajar y sumergirse; despues, de repente, arrastrar á Moulinet, que habia atado la cuerda alrededor de sus piés.

El pobre hombre, no queriendo sobrevivir á Margarita, habia imaginado morir como habia vivido, encadenado al lado suyo. En lugar de la piedra ó de la bala que se ata á un cadáver para que baje al fondo del agua y permanezca allí, Moulinet se

había puesto en los pies un ataúd de plomo, el ataúd de Margarita, de quien ya no se iba a separar.

Furbicio continúa en la penitenciaría de San Lorenzo.

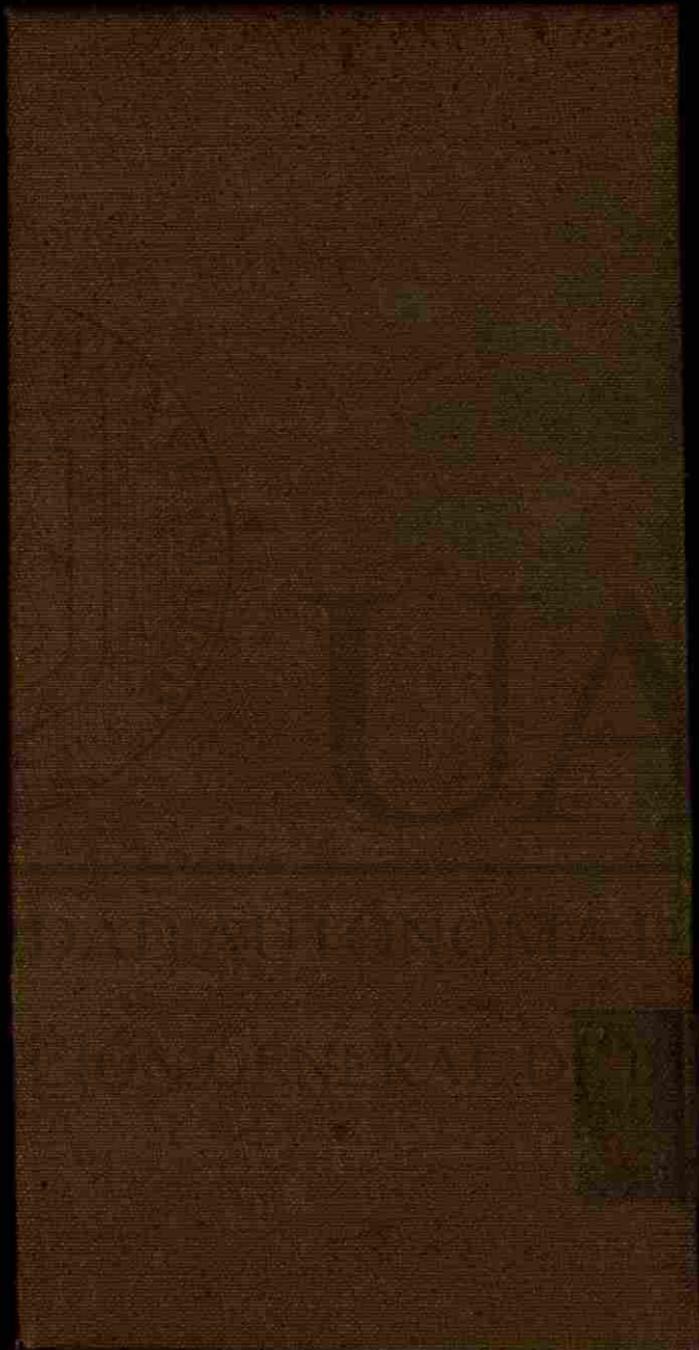


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GI

TEC  
PRO  
W